LIMBOS ROJIZOS

La nostalgia por el socialismo en Rusia y el mundo poscomunista

Rainer Matos Franco

Jornadas
174

EL COLEGIO DE MÉXICO

LIMBOS ROJIZOS

La nostalgia por el socialismo en Rusia y el mundo poscomunista

Rainer Matos Franco

Jornadas
174

EL COLEGIO DE MÉXICO

JORNADAS 174

LIMBOS ROJIZOS
La nostalgia por el socialismo en Rusia y el mundo poscomunista

Rainer Matos Franco

EL COLEGIO DE MÉXICO

320.530947019
M4336l

Matos Franco, Rainer María
Limbos rojizos : la nostalgia por el socialismo en Rusia y el mundo poscomunista / Rainer Matos Franco. – 1a. ed. – Ciudad de México, México : El Colegio de México, 2018. (Jornadas ; 174)

ISBN (ePub) 978-607-628-478-0
ISBN (papel) 978-607-628-252-6

1. Poscomunismo – Aspectos psicológicos – Rusia – Siglo XXI. 2. Nostalgia – Aspectos políticos – Rusia – Siglo XXI. 3. I. t. II. ser.

Primera edición electrónica, 2018

D. R. © El Colegio de México, A. C.

Carretera Picacho-Ajusco núm. 20

Ampliación Fuentes del Pedregal

Delegación Tlalpan

C.P. 14110

Ciudad de México, México

www.colmex.mx

ISBN (versión electrónica) 978-607-628-478-0

Libro electrónico realizado por Pixelee

ÍNDICE

PORTADA

PORTADILLAS Y PÁGINA LEGAL

AGRADECIMIENTOS

ABREVIATURAS

NOTA PRELIMINAR

PRELUDIO. La nostalgia por el socialismo

I. ANATOMÍA DE LA NOSTALGIA

II. “SER SIN SER YO MISMO”: LA NOSTALGIA POR EL SOCIALISMO MEDIANTE SU NEGACIÓN Y FETICHIZACIÓN

La razón absoluta

La negación de la nostalgia

La fetichización de la nostalgia

III. POLITIZAR LA NOSTALGIA, “NOSTALGIZAR” LA POLÍTICA

Una suite de disonancias

La politización de la nostalgia

La “nostalgización” de la política

IV. EL PODER DE UN ADJETIVO: LO “COMUNISTA” EN LA POLÍTICA RUSA DESPUÉS DE 1991

El “fin de la luz”

Nostalgia politizada: el movimiento comunista en la Rusia postsoviética (1991-1999)

El neocomunismo en la práctica: el PCFR en el ámbito local

Subibajas: “nostalgización” de la política en Rusia (1999-2017)

V. LAS TRINCHERAS DE LA NOSTALGIA. TENDENCIAS NOSTÁLGICAS EN RUSIA DESDE ABAJO

El nostálgico derredor

Las trincheras de la nostalgia

Estrategias de sustitución del Estado: cambiar para seguir igual

El último nostálgico

EPÍLOGO. Niki Ardelean, coronel en reserva

APÉNDICE 1

APÉNDICE 2

APÉNDICE 3

SOBRE EL AUTOR

COLOFÓN

CONTRAPORTADA

AGRADECIMIENTOS

Resulta inexorable la práctica común de mencionar a las personas que han hecho posible el resultado que aquí se presenta, menos por cortesía que por un sincero reconocimiento a todos quienes aportan lo propio en diferentes cantidades, pero bajo una misma intención, tanto en el menor apoyo moral como en la más grande idea que se origina a partir de la interacción. La ausencia de cualquiera de ellos hubiese significado una imperfección aún mayor que la que representa este libro.

Fernando Escalante Gonzalbo fue guía, directa e indirectamente, durante el proceso de escritura. A él debo, primero que a nadie, el fungir como partera de ideas entre sus alumnos y ser un interlocutor de primer nivel. A Raúl Zambrano debo su incondicional amistad, su pasión por la música y su extraordinario libro que fue fuente de inspiración más de una vez. A Pablo Lozano su amistad, confianza y colaboración para que este proyecto saliera a flote durante mi estancia en la Embajada de México en Moscú. A Javier Garciadiego debo el interés en este proyecto y su apoyo en el proceso de publicación. Agradezco los valiosos comentarios de Soledad Loaeza, Rogelio Hernández y Francisco Gil Villegas antes de y durante el examen profesional que permitió la publicación de este libro. A Erika Pani agradezco haberme acercado de manera fortuita al trabajo de Peter Fritzsche. A Nora Rabótnikoff, Nitzan Shoshan y los miembros del Seminario "Tiempo y política" del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la unam agradezco la invitación a debatir y el interés en mi investigación, así como la valiosa retroalimentación y sus comentarios. A Jaime Hernández Colorado, Marcela Valdivia, Rodrigo Galindo, Jorge Zendejas y Fernanda Rivera, su amistad y apoyo invaluables.

Deseo agradecer también a quienes me asesoraron en la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México: Gabriela Said y Claudia Priani, y a Pablo Reyna por el diseño de portada. Asimismo, mi

sincera gratitud se dirige a la familia Lajous por el generoso premio a la mejor tesis de licenciatura en Relaciones Internacionales de El Colegio de México que una versión anterior de este trabajo obtuvo en 2014.

Dedico este libro a mis entrevistados en Rusia, por ser sinceros. A Nina y Víktor But, ejemplos de rectitud y sencillez y a Anatoli Makárov. A mis padres y mi familia.

A Alyona, por su paciencia.

ABREVIATURAS

FRELIMO	Frente de Liberación de Mozambique
KGB	Comité de Seguridad del Estado (Unión S
KSČM	Partido Comunista de Bohemia y Moravia
LDDP	Partido Democrático del Trabajo de Litua
LDPR	Partido Liberal Democrático de Rusia
MPLA	Movimiento para la Liberación de Angola
PCFR	Partido Comunista de la Federación Rusa
PCJS	Partido Comunista de la Justicia Social (E
PCRM	Partido de los Comunistas de la Repúblic
PCRT	Partido Comunista Ruso del Trabajo
PCU	Partido Comunista de Ucrania
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PCUS-UPC	Partido Comunista de la Unión Soviética- tidos Comunistas
PR	Partido de Regiones (Ucrania)
PRI	Partido Revolucionario Institucional (Mé
RDA	República Democrática de Alemania
RSFSR	República Soviética Federativa Socialista
SNS	Partido Nacional Esloveno
URSS	Unión de Repúblicas Soviéticas Socialista

NOTA PRELIMINAR

La transliteración del ruso al español es por entero de mi autoría. Procuré hacer una transliteración basada en una pronunciación y acentuación acorde con la lengua española, sin enfatizar los alófonos como ii en Vitalii o Zhirinovskii, que en español sonarían como una sola i (Vitali, Zhirinovski). Se respeta la ii sólo cuando representa el plural al final de la palabra. También modifiqué, a diferencia de la transliteración al inglés, la escritura de la ë rusa (ió), que en inglés permanece como e escrita y en la que siempre cae la sílaba tónica, lo cual se presta a enormes confusiones: Semën debe pronunciarse Semión; Alëna debe pronunciarse Alyona/Aliona. En algunas palabras rusas, como Gorbachëv (Gorbachiov), el diptongo apenas si es reconocible, por lo que preferí la transliteración Gorbachov.

Me decanté por el término socialismo al ser el nombre de la fase que alcanzaron los regímenes marxistas del siglo

XX

a partir de su propia terminología. Asimismo, aunque parezca una contradicción, el término poscomunista me parece más adecuado (y, en español, más cómodo que postsocialista) para retratar lo que vino en el nuevo orden a partir de 1989, pues no sólo cayó el Estado socialista como tal, sino también el deseo aparejado por alcanzar el comunismo, anhelo con el cual los recuentos en este libro tienen mucho que ver.

Todas las traducciones —del inglés, francés, italiano, portugués, búlgaro, polaco, ucraniano y ruso—, salvo donde se indique lo contrario, son de mi autoría. Agradezco la paciencia de Alyona But para ayudarme a discernir a cabalidad las traducciones del ruso.

DE RUINA

3

Luto gentil al orden despojado
concede palmo a palmo la maleza,
suma de acierto y húmeda destreza
sobre tanto fulgor equivocado

que probó los reparos y el cuidado
en el trance letal de la torpeza,
hasta volver a medias la cabeza
y sufrir la quietud a su costado

celebrando la trama silenciosa
del castigo sensible que la espina
impone y guarda, por igual celosa,

para vestir de redes sin sentido
el mineral esmero de la ruina
a sus hábiles artes sometido.

G

ERARDO

D

ENIZ, Adrede (1970)

PRELUDIO

La nostalgia por el socialismo

C'est le temps que tu as perdu pour ta rose qui fait ta rose si importante.[1]

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY, Le petit prince

Dentro del desigual mercado de la industria cinematográfica en el planeta circula un filme apenas conocido que tiene la desventaja internacional de haber sido filmado, producido y dirigido en Croacia. A pesar de la famosa globalización, este hecho estructural le impide, como a muchas otras cintas similares, llegar a escenarios masivos más allá del que concurre el público de aquel país —menos lejano en geografía que en conocimiento de causa—, además de algunas salas y canales de televisión europeos.[2] Sin embargo, Maršal[3] ("Mariscal") es una película chusca a ratos pero seria en su mensaje y de una simplicidad presupuestal y visual considerable. Sus imágenes dicen más que varias palabras: tanto, que puede verse en croata, sin subtítulos, y entenderse a fondo si se tiene un mínimo de cultura anterior que avive el estribo al escuchar el histórico sobrenombre de Tito. El título, pues, remite al mariscal Josip Broz Tito, líder de la República Socialista Federal de Yugoslavia desde 1943 hasta su muerte en 1980; pero lo interesante es que Tito, protagonista y eje central de la cinta, sólo aparece en fotografías o videos.

El largometraje relata la historia de un oficial croata que en 1999 llega al puerto de Vis, un pueblito en la isla homónima tendida sobre el mar Adriático frente a la costa dálmata, a investigar lo que, se dice, son "apariciones" póstumas de Tito. Lo que de ello se

desprende resulta absolutamente genial. El filme ilustra la poderosa capacidad que tiene el pasado de influir en la vida diaria del presente, al tiempo que explora las muy distintas formas en que cada personaje, de acuerdo con sus condiciones presentes (y pasadas), entiende un mismo acontecimiento bajo una lógica específica. Si se añade la variable de la ideología comunista, fenómeno "fuera de moda" pero que al mismo tiempo no deja de irse, se reflejan en la cinta varios caminos que la nostalgia por el socialismo ha tomado en sus poco más de 25 años de existencia formal. El munícipe de Vis, por ejemplo, decide explotar el aparente fenómeno sobrenatural y atraer una derrama económica mediante el turismo a la isla, por lo que pinta las calles de rojo, cuelga banderas socialistas por doquier e invita a partisanos de tierra firme a conocer el lugar donde Tito pasó un tiempo durante la invasión nazi. Por su parte, los partisanos y veteranos locales, un puñado de ancianos, interpretan las apariciones como una señal casi divina para restaurar el socialismo y la gloria de la antigua Yugoslavia; pronto, una veintena de ellos se hace del poder —aunque apenas pueden cargar un rifle— e instaura una dictadura del vejetariado en la aldea. Stjepan, el oficial, hace a un lado la morriña y descubre que el supuesto fantasma es un majareta que se escapó del manicomio y que se cree Tito. Éste termina por ser el líder de jure del nuevo régimen mientras los ancianos lo mantienen aislado en una habitación, debido a la senectud del personaje, sin dudar de que se trata del mariscal devuelto de la tumba para salvar a su patria.

La trama es profundamente interesante. Tito es el gran protagonista y héroe del filme a la vez, pero no está presente físicamente en ningún momento; a partir de ello, cada personaje define su propia realidad e identidad por medio de variadas percepciones, en función de la dualidad que surge del supuesto aparecido: un oxímoron que se debate entre su presencia y su ausencia. El pueblo de Vis termina enmarañado en una urdimbre de embustes y verdades distorsionadas, ubicándose en algún punto de confluencia entre los mundos sobrenatural, nostálgico y material. Al final se impone la lógica en la mente de cada personaje. En medio de un aciago desenlace, se alza triunfante el "teorema de Thomas": si los hombres definen una situación como real, ésta es real en sus consecuencias.[4]

En Maršal la pequeña Vis vive de pronto en lo que podría llamarse un limbo rojizo. El limbo (limbus en latín) es, de acuerdo con la tradición católica, el lugar al que van las almas de quienes mueren en el pecado original, es decir, sin bautizar. La cultura occidental tomó el concepto de limbo prestado de allí para redefinirlo más recientemente como un espacio borroso entre dos elementos, que no es parte ni de uno ni del otro, que está —para decirlo coloquialmente— "a medias", en espera de una definición. Rojizo es el color "que tira a rojo", según lo define el Diccionario de la Real Academia Española. Así, el limbo rojizo es el estado en el que se encuentran no sólo los habitantes de Vis en el filme Maršal, sino también quienes son sujeto de estudio en este libro: individuos a quienes la profunda nostalgia que sienten por el pasado no les permite estar del todo en el presente, pero tampoco volver a ese pasado. Inmersos a medio camino entre pasado y presente, se encuentran esperando un afianzamiento de su condición en el futuro que quizá nunca llegue a darse. Estos sujetos viven, por decirlo de algún modo, un vaivén entre los tres tiempos. Ese limbo atemporal es de color rojizo porque tiende a un rojo intenso, el rojo del sistema que perdieron: el llamado "socialismo real", también conocido como comunismo. Sin embargo, aunque el rojizo "tiende a rojo", no llega a serlo: parece imposible una restauración, al menos total, del antiguo régimen que es objeto de añoranza.

El ejercicio de la memoria, el recordar, a veces implica una evaluación del pasado; con mayor razón si el objeto del recuerdo es un orden político o social. Sin embargo, no existe una "forma correcta" de evaluar el pasado porque las experiencias que éste produjo son tan numerosas como los individuos que lo vivieron. Todo orden político recién nacido tiene la entendible necesidad de legitimarse mediante la reescritura de la historia, de instrumentalizarla para confirmar un statu quo en teoría innegable, apoyado en diversos actores —políticos, medios de comunicación, producción académica—, lo que da como resultado una visión homogénea, bien construida y relativamente incuestionable que se impone a la sociedad en el momento del "triunfo" de ese nuevo orden. Queda en cada quien comprar la idea o tomar distancia; no obstante, siempre habrá visiones ajenas a la oficial y tabúes construidos por el nuevo orden para evitar todo tipo de resquicios que evoquen el anterior.

Es éste el caso del comunismo político en tanto que recuerdo. Para saber cómo operaba, cómo educaba o castigaba, se vuelve imperioso preguntar directamente a quienes lo vivieron desde abajo y no a quienes lo vencieron —en parte porque ya se sabe qué tienen éstos que decir: "totalitario", "represor"—. Se han escrito cientos de páginas que dan voz a visiones normativas y homogéneas que describen el socialismo ya sea reduciéndolo a sus elementos represores, o bien evaluándolo con base en los términos del presente. Habría que empezar por esclarecer que rememorar dicho sistema fuera de la órbita de su carácter represivo no se traduce en idealizarlo políticamente, ni en justificar su récord violento. La realidad, como siempre, es más compleja. Fuera de normatividades y discursos políticos, el represor era apenas un rasgo del socialismo entre muchos otros, a pesar de que buena parte de la literatura reduzca en él la historia del sistema entero. Asimismo, abundan recuentos de viva voz que ven de forma positiva —o, al menos, no estrictamente negativa— el "socialismo real" y permiten entender lógicas sociales importantes. Al final resulta tan ingenuo reducirlo a la unicidad de la represión como negar sus aportaciones: hay un legado evidente en salud y educación públicas, en la política cultural y en el Estado benefactor.

Bien visto, no sorprende que la nostalgia aparezca como el fenómeno más visible y común de lo que llamaré poscomunismo. Su relevancia se advierte no sólo en su ubicuidad o en sus enormes consecuencias políticas, sino también como cuestionadora de visiones politizadas y homogéneas del socialista como un periodo negativo en todo aspecto; en especial, la idea omnipresente en tres tipos de producción —política, mediática y, en menor grado, académica— de que los tiempos actuales son "mejores" que el antiguo régimen únicamente por ser "democráticos" o porque se han entregado al libre mercado.

La nostalgia por el socialismo es un fenómeno poco estudiado pero bastante extendido en el mundo poscomunista. Las encuestas de opinión en los últimos 25 años han sido muy reveladoras. Una que destaca por su amplia cobertura es la que dio a conocer en 2006 el diario búlgaro Standart: según sus muestreos, más de 60% de la población en Kazajstán, alrededor de 50% en Kirguistán y Tayikistán —70% en este último según otros sondeos—,[5] 38% en

Bulgaria, 36% en Rusia, 31% en Eslovaquia y 27% en Uzbekistán prefería en ese año el antiguo régimen (socialista) que el actual.[6] Incluso en algunos países de Europa del este, donde el socialismo suele verse como algo "impuesto" desde Moscú y en los que el sistema fue más asfixiante para la vida privada que en el resto, como la ex Checoslovaquia y Rumanía, encuestas recientes dejan ver tendencias similares. En la República Checa un sondeo de STEM en enero de 2013 mostró que 33% de los checos prefiere el antiguo régimen al establecido desde 1989.[7] Otra, realizada por el Instituto Rumano de Evaluación y Estrategia en julio de 2010, reveló que 41% de quienes respondieron hubiesen votado por el ex dictador Nicolae Ceaușescu si hubiese sido candidato a la presidencia y que 63% prefería la vida en el antiguo régimen.[8] En Berlín poco menos de 40% de los habitantes de la parte oriental dijo en 1999 haber sido "más feliz" viviendo en la República Democrática de Alemania (RDA).[9] En la República de Macedonia más de 60% de los encuestados en octubre de 2010 por el Centro de Investigación y Formulación de Políticas Públicas consideró que bajo el socialismo había "mayores libertades personales, la economía era más fuerte y los estándares de vida más altos".[10] En una encuesta de Levada realizada en Rusia en enero de 2005, 66% de los entrevistados pensaba que la desintegración de la URSS había sido un "desastre" y más de la mitad respondía que "sería mejor si estuviéramos como antes de 1985"; es decir, antes de las reformas de Gorbachov, pues "había orden" (26%), "había confianza en el futuro" (24%) y "los precios eran bajos y estables" (20%). Sólo 21% veía la Perestroika como un "cambio positivo".[11] Para el caso específico de Rusia, en 2016 los números seguían siendo impresionantes: 56% de la población "lamenta" la caída de la URSS, 28% no ve en su desaparición motivo de orgullo, 51% considera que pudo evitarse, y 44% desea que la URSS y su sistema (político, económico, social) sean restaurados.[12]

Incluso en otros Estados poscomunistas que actualmente viven inestabilidad y volatilidad a raíz de protestas continuas y conflictos internos a causa de divisiones territoriales, como la parte sur de Yemen, la nostalgia por el antiguo régimen socialista —en este caso, por la República Democrática Popular de Yemen (1967-1990)— se alza como punto de partida de la articulación de un discurso opositor de tinte regionalista, basado en el descontento social y

político desde hace más de dos décadas.[13] Esto es mucho más visible en Ucrania, que vive una guerra civil en el este desde 2014, donde el bando separatista utiliza amplios recursos nostálgicos del pasado soviético para construir su discurso estatista y trasnacional vis-à-vis el renovado nacionalismo liberal de Kiev; muchos de los habitantes locales se autodenominan no ucranianos o rusos, sino "soviéticos", en porcentajes que van de 32.2% en Crimea a 37.1% en Donetsk.[14] Del mismo modo, los cambios tan abruptos en Estados que aún se dicen comunistas, como China, donde buena parte de la clase trabajadora (obrera y campesina) ha quedado desmoralizada con la liberalización masiva de la economía, obliga a aquélla a exigir al Estado regresar a los "días gloriosos" del maoísmo[15] y ser fiel a los postulados comunistas de la Constitución.[16]

Basten los números por ahora. A vuelo de pájaro, el tema es amplio y da para mucho. Dejando de lado las encuestas, la nostalgia poscomunista se manifiesta de varias formas y por medio de diversas significaciones en las prácticas y en el lenguaje cotidianos. Los capítulos de este volumen se dedican cada uno a un tipo de nostalgia. El capítulo I analiza la nostalgia en términos generales, sin el aditivo de las sociedades poscomunistas, y funge como referencia para el resto del libro. El capítulo II define la nostalgia por el comunismo mediante lo que no es, sacando punta a lo que sobre para descubrirla, desnuda y prístina, al final del apartado. Se analizará, en específico, desde su negación y su fetichización, es decir, la forma en que se le minimiza o rechaza en el orden poscomunista y la confusión que implica examinarlo mediante una reducción a sus formas comerciales. Me parece importante hacer esta aclaración porque en la literatura existe una confusión sobre lo que cuenta y lo que no como manifestaciones de la nostalgia poscomunista. El capítulo III observa la nostalgia a través de sus cauces partidistas, identificando primero el amplio campo que comprende el poscomunismo, para luego revisar el papel que los partidos sucesores de los partidos comunistas únicos han desempeñado en el nuevo orden bajo una serie de acciones que llamo politización de la nostalgia. En este capítulo también se pretende averiguar por qué la nostalgia es utilizada como instrumento político desde otros partidos o regímenes que no se denominan "comunistas" ni se saben nostálgicos, lo que permite

saber si aquélla es anterior al oportunismo, aunque la literatura al respecto suele afirmar lo contrario. A este último fenómeno, interesantísimo, le llamo nostalgización de la política.

En la segunda mitad del libro, en los capítulos IV y V, se analiza la nostalgia comunista en Rusia, la cual tiene una singularidad muy marcada por el lugar tan preponderante y definitorio que ostenta en las prácticas socioculturales y políticas de aquel país. En el capítulo IV se revisa la nostalgia partidista mediante una breve descripción de la historia y actividades del Partido Comunista de la Federación Rusa, al igual que el uso político que el régimen de Vladímir Putin da al fenómeno nostálgico. En el capítulo V, en cambio, se analizan las principales tendencias de la nostalgia en Rusia "desde abajo", en la forma de un diálogo constante con actores de primera mano: las personas más comunes que pude encontrar y entrevistar para dejarlos hablar fluida y libremente sobre el fenómeno, y escuchar lo que tienen que decir. El texto se complementa con un epílogo cinematográfico que cierra el ciclo con el que se inició.

Antes de pasar al cuerpo del texto deseo hacer una precisión. Es ésta un anhelo, quizá imposible, de lograr la mayor imparcialidad en este trabajo. No pretendo tomar parte en una discusión bizantina en la que muchos autores se enfrascan en superficialidades, por ejemplo, la pregunta inútil y simplista de si el modelo socialista fue "bueno" o "una tragedia para Rusia y para el mundo";[17] si la democracia (¿cuál?, ¿cómo?) es "buena" en sí misma y lo que no sea "democrático" es "malo", o si los partidos comunistas actuales son "amenazas" para la "democracia". No es algo trivial. Se toman hoy en día decisiones de política pública o política exterior con base en estas y otras determinaciones semejantes, además de que ha aflorado una vastísima literatura entusiasta que tergiversa la realidad y da explicaciones simplistas con base en estos y otros postulados. Desde 1785 la discusión moral sobre lo "bueno" y lo "malo" es banal; en ese año Kant abre la Fundamentación de la metafísica de las costumbres diciendo que "Ni en el mundo, ni, en general, tampoco fuera del mundo, es posible pensar nada que pueda considerarse bueno sin restricción, a no ser tan sólo una buena voluntad".[18] La implicación obvia de los escritos entusiastas sobre la democracia sería que tiene mayor razón quien siente empatía por el objeto de estudio que quien no, cosa que

incluso Bronisław Malinowski desmintió, aun después de morir, con la publicación de su Diario en el estricto sentido del término en 1967, el cual trajo otra visión del pionero de la etnografía y antropología in situ al exponer sus anotaciones personales, entre las que destacaba una "General aversion to niggers".[19]

De la mano viene la discusión, igual de ridícula, sobre si algunos regímenes actuales, como el de Vladímir Putin, Aleksandr Lukashenko o Ilham Alíyev —o incluso el soviético— son o fueron "poco democráticos", terreno en el que la literatura al respecto aflora. El soviético evidentemente era "poco democrático"; por definición, constituía una dictadura del proletariado —término este último que sí es más cuestionable—. Impresiona que se derrochen miles de dólares de presupuesto universitario en buscar más de cuatro pies al gato, en palomear a quien es más o menos "democrático" y en condenar a quien no lo sea. Por citar una de las frases menos absurdas al respecto, John Keep aduce en su libro A history of the Soviet Union, 1945-1991 (1995) que, "en retrospectiva, puede decirse que [Nikita] Jrushiov perdió una oportunidad para democratizar el Partido [Comunista soviético], para luego preparar el terreno hacia una transición a un régimen multipartidista".[20] Amén del axioma de que la URSS constituía una dictadura por definición y de que Jrushiov no tenía la mínima intención de "democratizar" —preguntémosle a Imre Nagy— ni de vislumbrar el multipartidismo, los enunciados de este tipo abundan. En ellos se aprueba y resalta aquel elemento que podía permitir mayor "democracia" y "libertad" (¿de qué?, ¿para quién?) y se condena el que no. Esto poco tiene que ver con el oficio de historiar, o de hacer simple y llana ciencia social, pues se trata más bien de desarmar sucesos para justificar un estado de cosas actual con las piezas que convengan. Desde que el sistema político ruso se volvió un típico régimen autoritario hacia 2003, como argumentaré más adelante, ha surgido una cascada de literatura sobre "las perspectivas de la democracia en Rusia" y en otros Estados sobre cuán "democrático" y "libre" es el régimen. Estos estudios, aunque indudablemente aportan ideas a la discusión del tema, obnubilan la seriedad de toda investigación y ostentan un halo normativo que tuerce la información disponible —de por sí no muy abundante—, no sólo de éste sino de todo objeto en la ciencia social. Otra razón por la que no me puedo permitir escribir de esta manera es que la

literatura sesgada y normativa en pro de la democracia como la conoce Occidente niega, también por definición, el fenómeno aquí estudiado: la nostalgia. Los autores que se dedican a escribir con base en estas bondades —citados y criticados en los siguientes capítulos— no pueden explicar, bajo sus modelos de regresiones y su entusiasmo por "la democracia", por qué el Partido Comunista estuvo a punto de ganar la elección presidencial de 1996 en Rusia —lo que conlleva la siempre incontestable pregunta de qué hubiera pasado, y una probable respuesta es que quizá la efusividad "democrática" hubiera durado sólo cuatro años—, o por qué en 1994 en Bielorrusia, mediante una elección "libre y justa", llegó Lukashenko al poder, con un electorado consciente del eventual cierre del sistema político y social que implicaba dicha decisión. Esto es aún menos asequible para una visión como la del citado Paul Johnson,[21] por ejemplo, pues había un mercado más libre en la década de 1990 en Rusia que en ninguna otra región del mundo, flanqueado por mayorías electorales que no sólo votaban en contra de la "mercantilización" de absolutamente todo sino que la rechazaban en sus prácticas cotidianas.[22]

No sólo pasa en la literatura. El colmo de la democracia liberal, que supuestamente da cabida a toda expresión política por medio de la representación, es que a veces en la práctica tiene que negar la existencia de estas instituciones subversivas, a pesar de presentarse como la ideología más abierta. Simplificaciones de la realidad y negaciones de un sentimiento de afinidad por lo pasado son lo que la famosa dupla O'Donnell/Schmitter considera que sería el sistema democrático perfecto: "En una nuez, los partidos de centro-derecha y derecha deben ser 'ayudados' para salir airosos, y los partidos de centro-izquierda y de izquierda nunca deben ganar por una mayoría abrumadora".[23]

Como reacción a esa politización inútil de la literatura académica, quiero resaltar también la importancia de preguntar a los actores de forma presencial, íntima. La nostalgia, estudiada bajo esta luz —llámese antropológica o empírica—, permite dar cuenta del sinnúmero de tergiversaciones que otras ciencias y mentalidades han delineado al tratar de estudiar el poscomunismo, en trabajos donde la nostalgia no sólo es algo menor o meramente ignorado, sino que para muchos no puede existir por definición, como ya se

dijo, lo cual representa una omisión bastante grave de esa realidad. La ventaja de la antropología, dice Caroline Humphrey, es que puede empezar con la excepción y no con la regla: sólo tiene que registrar lo que ve para dar cuenta de fenómenos que escapan a las otras ciencias, las cuales requieren en muchas ocasiones ajustar el objeto de estudio a un modelo previamente definido, a como dé lugar.[24] Las técnicas de la entrevista directa y profunda y de la observación participante permiten atrapar tanto el contenido de las memorias del actor nostálgico como la variedad de formas en las que éstas se ramifican en la vida contemporánea.[25] De ahí la importancia ya no de reportar in situ de forma taimada, sino de elaborar un verdadero estudio empírico sobre particularismos locales para entender y hacer entendible una lógica profunda y sólida. Parafraseando a Alison Stenning, los recuerdos de la gente común en el poscomunismo, que constituyen una narrativa por lo general (y naturalmente) subjetiva, terminan siendo en realidad los recuentos más objetivos que se pueden encontrar,[26] dado que se relata la vida diaria desde abajo, desde la escala más diminuta del orden social. Éste es el enfoque que se dará al resto del libro, sobre todo en la última parte, donde las entrevistas que realicé en distintos lugares de Rusia a personas de perfiles variopintos servirán como base para desmitificar varias nociones que suelen escribirse desde la comodidad de las interpretaciones de escritorio, las cuales ni siquiera tienen el mínimo contacto con el lugar o los sujetos de estudio.

Lejos de ser una fabricación de mal gusto, la nostalgia es la gran constante del mundo poscomunista, ya sea mediante prácticas, simples recuerdos, formas de hacer política o de rechazar un presente nada favorable. Resulta peculiar que todos saben que está ahí, pero rara vez se dice con todas sus letras. Más allá de esto, la nostalgia también deja ver que el recuerdo positivo del comunismo busca reivindicar menos una gloria revolucionaria o una ideología política que la más simple de las dignidades. Como dijo Daniel Singer en una brillante reseña, parafraseando a Walter Benjamin, “nunca sabemos cuál va a ser nuestro pasado”.[27]

Pero la nostalgia por este particular modo de vida produce, sobre todo, sentimientos: añoranza, aflicción e incluso esperanza, pues hay que recordar que el socialismo, a través de su lenguaje, se

orientaba siempre hacia un futuro prominente. Cuando éste fue sustituido en el angustioso presente de los años noventa por guerras, devaluaciones, violencia e inestabilidad, no quedó más que voltear al pasado, cuando el futuro era promisorio. En suma, como lo resumió un granjero polaco entrevistado por Agnieszka Pasieka, “la situación es mucho más compleja de lo que piensan las personas [que trabajan] en el IPN [Instituto de Memoria Nacional]”.[28]

NOTAS AL PIE

[1] “Es el tiempo que has perdido por tu rosa lo que ha hecho a tu rosa tan importante”, Moscú, Jupiter-Inter, 2009, p. 73.

[2] Aun cuando este tipo de películas llega a los grandes mercados cinematográficos —y pienso de inmediato en el estadunidense—, no son del interés general. Sobra decir que la cinta en cuestión es más recordada por haber sido rechazada como candidata a mejor película extranjera en la 73ª entrega de los premios de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Estados Unidos que por su trama o moralejas diversas; en ese certamen fue eclipsada por el filme estadunidense-taiwanés Crouching tiger, hidden dragon, algo más “acorde” con la rapidez (acaso por la “acción”) y complejidad de la vida moderna. Ya lo advertía Georg Simmel en 1903: “Así como una vida de placeres inmoderados puede hastiar, porque exige de los nervios las reacciones más vivas, hasta ya no provocarlas en absoluto, así impresiones sin embargo menos brutales arrancan al sistema nervioso, debido a la rapidez y la violencia de su alternancia, respuestas a tal punto violentas, lo someten a choques tales, que gasta sus últimas fuerzas y no tiene tiempo de reconstituirlas” (“Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura, 2ª ed., trad. de Salvador Mas, Barcelona, Península, 1986, p. 4).

[3] Croacia, dirigida por Vinko Brešan, Hrvatska Radiotelevizija, 1999.

[4] William I. Thomas y Dorothy S. Thomas, The child in America: behavior problems and programs, Nueva York, Knopf, 1928, pp. 571-572.

[5] Iason Athaniasiadis, "Tajikistan pines for old Soviet Union strength", The Christian Science Monitor, 27 de mayo de 2010; http://www.csmonitor.com/World/Global-News/2010/0527/Tajikistan-pines-for-old-Soviet-Union-strength.

[6] Maria Todorova, "Introduction. From utopia to propaganda and back", en Maria Todorova y Zsuzsa Gille (eds.), Post-communist nostalgia, Nueva York, Berghahn, 2010, p. 12, n. 5. Véase mi reseña a este libro en Foro Internacional, vol. LIV, núm. 1 (2014), pp. 192-199. Para un panorama más general, véase Zhanara Nauruzbayeva, "'What was socialism about?': the politics of remembering and representing the communist past", Anthropology of East Europe Review, vol. 23, núm. 2 (2005), pp. 11-21.

[7] "Poll shows Czechs are 'nostalgic for communism'", B92, 31 de enero de 2013; http://www.b92.net/eng/news/world.php?yyyy=2013ymm=01ydd=31ynav_id=84442.

[8] Elena Dragomir, "In Romania, opinion polls show nostalgia for communism", Balkanalysis, 27 de diciembre de 2011; http://www.balkanalysis.com/romania/2011/12/27/in-romania-opinion-polls-show-nostalgia-for-communism/.

[9] Mitja Velikonja, “Lost in transition: nostalgia for socialism in post-socialist countries”, East European Politics & Societies, vol. 23, núm. 4 (2009), p. 544.

[10] Sinisa Jakov Marusic, “Poll finds Macedonians nostalgic for communist era”, Balkan Insight, 24 de noviembre de 2010; http://www.balkaninsight.com/en/article/macedonians-deem-communist-past-better-than-present.

[11] Stephen White, “Soviet nostalgia and Russian politics”, Journal of Eurasian Studies, vol. 1, núm. 1 (2010), pp. 1-9.

[12] “Bolshe polovíny rossián sozhaliéyut o raspade SSSR” (“Más de la mitad de los rusos lamentan la caída de la URSS”), Centro Levada, 19 de abril de 2016; http://www.levada.ru/2016/04/19/bolshe-poloviny-rossiyan-sozhaleyut-o-raspade-sssr/.

[13] Bilal Ahmed, “Red nostalgia in South Yemen”, Souciant, 16 de julio de 2015; http://souciant.com/2015/07/red-nostalgia-south-yemen/.

[14] Taras Kuzio, “Soviet conspiracy theories and political culture in Ukraine: understanding Viktor Yanukovych and the Party of Regions”, Communist and Post-Communist Studies, 44 (2011), p. 223; Matthew Van Meter, “Russian separatists in Ukraine are nostalgic for the Soviet Union”, Forbes, 25 de mayo de 2014; http://www.forbes.com/sites/realspin/2014/05/25/russian-separatists-in-ukraine-are-nostalgic-for-the-soviet-union/; Rainer Matos Franco, “Las dos riberas del Dniéper”, Nexos, núm. 439 (julio de 2014), pp. 16-19; http://www.nexos.com.mx/?p=21687.

[15] Véase el impecable estudio de Ching Kwan Lee, “The ‘revenge of history’. Collective memories and labor protests in North-Eastern China”, Ethnography, vol. 1, núm. 2 (2000), pp. 217-237; Lisa Rofel, Other modernities: gendered yearnings in China after socialism, Berkeley, University of California Press, 1999; Stephan Feuchtwang, “Remnants of revolution in China”, en Chris M. Hann (ed.), Postsocialism. Ideals, ideologies and practices in Eurasia, Londres, Routledge, 2002, pp. 196-214. Véase también Dai Jinhua, “Imagined nostalgia”, Boundary 2, vol. 24, núm. 3 (1997), pp. 143-161.

[16] Geremie R. Barmé, In the red: on contemporary Chinese culture, Nueva York, Columbia University Press, 1999, pp. 316-344.

[17] Paul Johnson, Tiempos modernos, trad. de Aníbal Leal, Buenos Aires, Javier Vergara, edición aumentada, 2000, p. 940. Johnson es un periodista (¡e historiador!) por demás cuestionable: su deificación del libre mercado como base de la sociedad ideal, su forzamiento en cualquier tipo de régimen con tal de que aquél exista, es de una gravedad impresionante: “Aunque la crítica extranjera concentró la atención en el aspecto represivo del régimen militar de Pinochet, la cuestión más importante [sic] fue la decisión de contener el crecimiento del sector público […] y de abrir la economía a las fuerzas del mercado” (ibid., p. 903). Su texto está plagado de errores e interpretaciones provocativas. Aduce que la ONU y el Consejo de Seguridad “por primera vez comenzaron a funcionar como era la intención de sus fundadores” a partir de 1991 (ibid., p. 856), para lo que seguramente pensó en Somalia o Ruanda y las Resoluciones 837 y 872 del Consejo, respectivamente, como gloriosos ejemplos. Sobre la invasión soviética a Afganistán, dice: “Centenares de miles de afganos fueron asesinados (un cálculo afirma que las muertes se elevaron a un millón)”, pero no cita fuentes. Su conocimiento de Rusia es avasallante: afirma que en algún momento Gorbachov entró en “el Parlamento ruso o ‘Casa Blanca’ en la plaza Manezh” (ibid., p. 939). Antes de 1993 la “Casa Blanca”, hoy sede del gobierno ruso, sí era sede del Parlamento, pero no se encuentra en Manézhnaya, sino en la región de

Krasnoprésnenskaya. Inventa que el Mausoleo de Lenin en la Plaza Roja fue “clausurado” y se procedió a “retirar su cuerpo embalsamado para sepultarlo nuevamente junto a los restos de su madre” (ibid., p. 941). A menos que el Mausoleo sea una bien armada ilusión óptica o que Lenin sea un muñeco —cosa más probable—, esto es completamente falso. En la última frase del libro sentencia que algunos “males humanos señalados” deben ser erradicados de la sociedad mundial para su pleno funcionamiento, entre ellos “el rechazo de los valores judeocristianos” [sic]. Asimismo, cita el año de fallecimiento de Tito en 1984 y no en 1980 (ibid., p. 932), lo que en verdad espero que sea un error de imprenta de la edición en español, pues quizá Johnson no sabe que tan sólo 85% de la población croata sabe en qué año falleció el Mariscal (Mitja Velikonja, Titostalgia. A study of nostalgia for Josip Broz, Ljubljana, Media Watch/Peace Institute for Contemporary Social and Political Studies, 2008, p. 91).

[18] Immanuel Kant, Fundamentación de la metafísica de las costumbres, trad. de Manuel García Morente, Madrid, Encuentro, 2003, p. 19. Cursivas del original. La idea de la “buena voluntad” es la del cuchillo que se enseña en clase de Ética en la preparatoria. El cuchillo no es malo ni bueno en sí: puede seccionar nuestra comida o puede matar al prójimo, dependiendo de la voluntad del portador.

[19] “Aversión general a los negros”. Bronisław Malinowski, A diary in the strict sense of the term, trad. de Norbert Guterman, Stanford, Stanford University Press, 1989, p. 162. Cursivas del original.

[20] John L. H. Keep, Last of the empires. A history of the Soviet Union, 1945-1991, 2ª ed., Oxford, Oxford University Press, 2010, p. 63.

[21] P. Johnson, op. cit.

[22] Véase el excelente estudio de Colin C. Williams y John Round, "The shallow and uneven diffusion of capitalism into everyday life in post-Soviet Moscow", Debatte: Journal of Contemporary Central and Eastern Europe, vol. 18, núm. 1 (2010), pp. 53-69. Los autores arguyen mediante un estudio empírico que 90% de la economía en los hogares moscovitas subsiste mediante prácticas que rebasan, rechazan o ignoran las del libre mercado formal; una abrumadora mayoría, número que puede extrapolarse a otras regiones de Rusia, sobrevive gracias a la informalidad.

[23] Guillermo O'Donnell y Philip Schmitter, Transitions from authoritarian rule: tentative conclusions about uncertain democracies, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986, p. 62.

[24] Caroline Humphrey, The unmaking of Soviet life: everyday economies after socialism, Ithaca, Cornell University Press, 2002, p. xix.

[25] Patrick Heady y Liesl L. Gambold Miller, "Nostalgia and the emotional economy: a comparative look at rural Russia", en Maruška Svašek (ed.), Postsocialism. Politics and emotions in Central and Eastern Europe, Nueva York, Berghahn, 2006, p. 34.

[26] Alison Stenning, "Post-socialism and the changing geographies of the everyday in Poland", Transactions of the Institute of British Geographers, vol. 30, núm. 1 (2005), p. 121.

[27] Daniel Singer, “Exploiting a tragedy, or le rouge en noir”, The Nation, 25 de noviembre de 1999; https://www.thenation.com/article/exploiting-tragedy-or-le-rouge-en-noir/.

[28] Cit. en Agnieszka Pasieka, “Resurrected pigs, dyed foxes and beloved cows: religious diversity and nostalgia for socialism in rural Poland”, Journal of Rural Studies, 28 (2012), p. 77.

I. ANATOMÍA DE LA NOSTALGIA

Nessun maggior dolore

che ricordarsi del tempo felice

nella miseria.[1]

DANTE ALIGHIERI, “Inferno”, canto V, La divina comedia

La nostalgia es, en pocas palabras, un sentimiento de añoranza por algún elemento que ya no se tiene. El término fusiona dos vocablos griegos: νόστος (nostos, literalmente “anhelo” pero generalmente traducido como “regreso a casa”) y άλγος (algos, “dolor”). La reducción en una palabra del terrible sufrimiento por encontrarse lejos del hogar se debe a Johannes Hofer, estudiante de medicina de la Universidad de Basilea, quien la acuñó en su tesis en 1688.[2] Hofer prefirió su propio término a la palabra vernácula alemana Heimweh porque ésta carecía de la seriedad y especificidad médica para describir los fatales casos que encontró entre sus pacientes, soldados suizos que llevaban a cabo sus labores militares lejos de su país y que, por ello, eran “indiferentes a la vida”, “rechazaban comida y agua” y terminaron por morir.[3]

Para la Real Academia Española (RAE), la nostalgia es tanto la “pena de verse ausente de la patria o de los deudos o amigos” como una “tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida”.[4] El problema con estas acepciones, como lo fue para Hofer, es que ninguna remite a una realidad evidente en la vida diaria de quien la sufre: a la segunda acepción de la RAE yo me atrevería a añadir “con consecuencias reales en el presente de quien la vive”. Que el término se acuñase en primer lugar para denotar un mal médico habla de su trascendencia en el plano individual.
A Immanuel Kant se debe la síntesis de ambas acepciones —la que

concierne a un espacio y la que concierne a un tiempo—; en 1798 el filósofo notó que las personas que anhelaban volver a un lugar después de una larga ausencia quedaban decepcionadas, puesto que, en realidad, deseaban regresar a un tiempo específico.[5]

Esto me lleva a decir que la nostalgia es posible sólo dentro de un carácter dual: es ausencia y presencia a la vez. Es la constante ausencia de lo pasado en la vida cotidiana lo que mantiene viva la nostalgia en el presente y produce consecuencias netas ya en la psique individual, ya en el ejercicio de la memoria —personal o colectiva—, o bien en el plano material. La dualidad presencia-ausencia que caracteriza a la nostalgia es perfectamente asequible en la inagotable mente humana. De manera sublime, así lo resumía Rainer Maria Rilke en uno de sus poemas tempranos:

Ésta es la nostalgia: morar en la onda

y no tener patria en el tiempo.

Y éstos son los deseos: quedos diálogos

de las horas cotidianas con la eternidad.

Y eso es la vida. Hasta que de un ayer

suba la hora más solitaria de todas,

la que sonriendo, distinta a sus hermanas,

guarde silencio en presencia de lo eterno.[6]

Una forma de asir la nostalgia es mediante elementos físicos; en estos casos, se convierte en el delta de un río que comienza en hechos, lugares, objetos o incluso sonidos específicos que conducen, mediante el cauce de la asociación mental, hacia un mar de recuerdos probablemente inmenso y, en ocasiones, compuesto de lágrimas. Pero también puede originarse sin la necesidad de que intervengan los sentidos, a través de un proceso mnemónico. El

pasado puede evocarse no más que en la memoria, tanto más cuanto que ha cambiado considerablemente con respecto al presente. No obstante, sin importar el origen, la nostalgia sólo se conoce hablando con la persona que la padece; a menudo las historias que parecen triviales resuenan en gran medida como testimonio de la manera en que los individuos se cuelan y adaptan a la historia para dar sentido a sus vidas.[7] La nostalgia dice mucho acerca del pasado, pero dice más sobre el presente. Esto obliga al estudioso del fenómeno a realizar un trabajo empírico para sacar a la luz la nostalgia y su relevancia. Lo que se añora en la nostalgia, después de todo, es un pasado como una persona lo ha vivido y no directamente las bases culturales o epistemológicas que dieron vida a ese pasado.[8] Los deseos del presente pueden carecer de la esencia de las cosas pasadas, aunque estén influidos por éstas, así como el pasado puede estar reconstruido y redefinido mentalmente con base en los términos del presente. Detrás de la nostalgia hay una experiencia única e irrepetible. Sería imposible evocar un recuerdo si la experiencia no está allí previamente de manera latente, escondida en los recovecos de la memoria. Aunque sea bastante obvia, cabe la distinción; además en el capítulo II se verá, mediante ejemplos, cómo la literatura sobre la nostalgia —en general, y particularmente la poscomunista— ha confundido en más de una ocasión esta jerarquía pensando que la nostalgia aparece en forma de objetos, mas no por medio de los mismos, como catalizador de un sentimiento previo.

Pero la nostalgia no es exclusivamente un fenómeno subjetivo. En su dimensión colectiva, pública, la nostalgia se entrelaza, por un lado, con el campo político, materializada en algún partido que prometa restaurar lo perdido o que lo simbolice como heredero de un estilo de hacer política, así como en el uso político, legitimador, que le dan actores que no son propiamente "nostálgicos". Por otro lado, está anclada al campo sociocultural, en el ejercicio de la memoria conjunta entre dos o más personas, con consecuencias sociales. En ambos casos hay una suma de subjetividades que da paso a un fenómeno más amplio y que se inserta en la famosa memoria colectiva: la que "cubre las memorias individuales sin confundirse con ellas".[9] Es éste un ejercicio que ostenta una continuidad nada artificial, pues retiene del pasado lo que sigue vivo o capaz de vivir en la conciencia del grupo que la conserva y,

por definición, no rebasa los límites de ese grupo.[10] Cuando la reacción nostálgica es fuerte, asegura Fred Davis, el cambio se asimila dentro de la maquinaria institucional de la sociedad como no sucedió en el momento de la ruptura con el pasado sino hasta después, y como tampoco podría asimilarse más tarde si sólo se dejara en manos del sentimiento nostálgico privado.[11] La nostalgia, pues, tiende a manifestarse de manera pública, con el fin de subrayar su afirmación.

Otra manera de entender el fenómeno nostálgico como acción colectiva, en tanto que suma de subjetividades, es contrastar su estudio con el de la historia. Maurice Halbwachs, el gran teórico de la "memoria colectiva", sugiere que la historia se divide en periodos, generalmente separados por siglos —como los actos de una ópera—; pareciera como si de un periodo a otro todo se renovase: intereses, modos de apreciación del hombre, tradiciones, perspectivas futuras. Para la memoria colectiva, en cambio, el pasado ya no es, y es éste su fundamento porque no puede darse sin sesgo ni selección, mientras que para el historiador un periodo tiene —supuestamente— la misma validez que otro y, en teoría, deben contarse las cosas como sucedieron, sin sesgos. La nostalgia, puesto que el pasado ya no es, se convierte en un ejercicio de memoria colectiva maleable y sumamente selectivo con base en un periodo vivido, inalcanzable en el presente, que deja fuera las vías recurrentes de pensamiento sobre el pasado y las sustituye forzosamente;[12] con mayor razón si se trata de una práctica cultural cuyas formas, significados y efectos cambian con el contexto, dependiendo de la situación presente de los actores.[13] Mientras que la "memoria histórica" se traduce a veces en defender o impulsar una nueva interpretación de ella,[14] la nostalgia se trata menos de redefinir o hacer un balance de lo ya experimentado —positivo o negativo— que de rememorar solamente los "buenos tiempos", y ubicarse así en una mayor especificidad. La nostalgia no hace balances objetivos: es un sentimiento, un instrumento para medir la subjetividad. Como dice Anu Kannike, "la cualidad más importante que distingue la remembranza nostálgica de otras formas de voltear al pasado es su habilidad para transformar la cotidianidad en algo significativo y lo [actualmente] desagradable en algo agradable".[15]

Que la nostalgia se derive de la propia experiencia parecería una banalidad axiomática de no ser por una duda legítima: ¿puede sentirse nostalgia por lo que no se ha vivido? Considero que sí, lo cual genera una segunda manera de conceptualizar la nostalgia: hay una nostalgia directa, derivada de una vivencia real del pasado, y otra indirecta, manifestada por quienes no experimentaron ese pasado más que en recuentos de viva voz y que son, generalmente, personas cercanas a los actores nostálgicos directos. Esto no es algo trivial, pues los actores secundarios (indirectos) de la nostalgia cultivan un apego hacia ella porque son educados bajo una visión melancólica, derrotista, del mundo. Bajo esa forma, la nostalgia es punto nodal en la producción y reproducción de sus identidades, colectivas e individuales.[16] Al mismo tiempo, representa una práctica de comunicación, en tanto que estos actores encuentran en ella un lenguaje común para discutir pasado y presente.[17] Naturalmente, la nostalgia indirecta es mucho más débil —al menos en el plano individual— que su contraparte, directa y más cercana a la memoria histórica, pues los actores secundarios crecen y se adaptan más fácilmente al nuevo orden político en la mayoría de los casos y pueden usar elementos de éste para producir simplemente una defensa de una interpretación particular del pasado.[18] Olena Nikoláyenko ha demostrado cómo en Rusia y Ucrania, entre la generación de jóvenes nacidos en el periodo 1989-1992, se manifiesta una nostalgia indirecta por el sistema soviético que ellos no vivieron, pero del cual saben por lo que cuentan sus padres y abuelos, así como los libros de texto, con obvias diferencias entre cada versión y siempre tomando en cuenta el contexto sociopolítico en el que crecieron y se educaron, el cual favoreció esa interpretación histórica.[19]

Ligado a esto viene otro aspecto fundamental para entender la nostalgia como ejercicio de memoria colectiva y sus consecuencias. En tanto que ensalza y se lamenta por el pasado o por lo que ya no se tiene, reivindica algo que al menos en el presente parece imposible de obtener; sin embargo, si la preocupación honesta del intelectual ha de “sumergirse en la particularidad de una realidad empírica, históricamente situada y fechada para lograr asir la lógica más profunda del mundo”,[20] no puede descartarse que una restauración no sea improbable en el ideario de muchos actores. Esto es algo que suele ignorarse en la literatura sobre el tema.

Vladímir Yankelévich[21] o Peter Fritzsche,[22] por ejemplo, han apadrinado un matrimonio forzado entre nostalgia e irreversibilidad, y su argumento es contundente en el sentido de que es imposible repetir un hecho bajo exactamente las mismas condiciones que en un primer momento —no es pensable ni siquiera en la ficción con una máquina del tiempo, como ilustró en 1952 Ray Bradbury en A sound of thunder—. No obstante, es importante advertir que la regresión se presenta como posible en el ideario de un sinnúmero de actores, lo cual no es trivial, porque se trata de una de las mayores motivaciones de, por ejemplo, la acción política nostálgica, es decir, la que va encaminada a restaurar el pasado, a crear un sentido de continuidad sociohistórica con respecto a aquello que se había tomado por descontinuado. Y esto es sociológicamente relevante sin importar su "coherencia" política: sea por ignorancia o por convicción, los individuos pueden salir a votar por un partido que represente el pasado y se legitime en él, creyendo ferviente y ciegamente que vendrá una restauración íntegra del antiguo régimen.[23]

Hay ejemplos para ambos argumentos. Entre los que muestran que el pasado es reversible mediante el voto, el más claro desde 1994 es el régimen bielorruso de Aleksandr Lukashenko, lo más parecido al antiguo régimen en el país, cuyo caso se analizará en el capítulo III. No obstante, sin duda los ejemplos sobran para hablar de irreversibilidad. Mozambique es un caso pertinente: se trata de un antiguo régimen socialista gobernado desde su independencia en 1975 por el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) que ha transitado al multipartidismo y balance de poderes de una forma que Occidente consideraría sana. Si bien el FRELIMO —por voluntad popular— nunca ha dejado el poder y ostenta una mayoría absoluta en la Assembleia da República, tampoco ha dado continuidad al antiguo régimen y se encuentra lejos de un retorno al pasado por ser distintas las condiciones nacionales[24] e internacionales[25] de las predominantes entre 1975 y 1990. Un caso más reciente es el Kuomintang taiwanés, que regresó a la presidencia en 2008 sin los tintes autoritarios que lo caracterizaban en tiempos de Chiang Kai-shek, a pesar de contar con un soporte legislativo, hasta enero de 2012, de 62.8% de los asientos en el Yuan.[26] El caso de México y el retorno del Partido Revolucionario Institucional (PRI) al poder en 2012 podría entenderse de manera

similar, sumado a una composición legislativa más o menos balanceada y una institucionalización en el ámbito federal en muchos frentes, así como una distribución asimétrica del poder entre los ámbitos Ejecutivo y Legislativo por un diseño constitucional donde el primero es débil frente al segundo.[27] Si los presidentes priistas lograron por décadas parecer omnipotentes —hasta Ernesto Zedillo en la primera mitad de su sexenio (1994-2000)—, fue debido a un conjunto de prácticas políticas que anularon el poder de otras instituciones, lo que llevó a una sobrevaloración del Ejecutivo, que contó por años con una mayoría absoluta de su partido en el Congreso (hasta 1997) y en casi todo puesto de elección popular.[28] El voto por un partido que en el pasado era hegemónico o único no denota automáticamente nostalgia, pero cuando lo hace resulta uno de sus componentes más interesantes.

Regresando al tema central, la nostalgia es tanto más angustiante cuanto mayor la aceptación de lo irreversible y también más aguda si se cae en la cuenta de que no hay esperanza de recuperar lo perdido. Al prolongar la agonía la nostalgia es aún más achacosa en la memoria si durante toda la vida se creyó que nunca iba a llegar, es decir, si se pensaba y se repetía a diario que, ora la estasis de la grandeza patriótica, ora el carácter teleológico de una ideología —o ambos combinados— sería la constante del futuro, pensándose como algo eterno. Christopher Lasch resume la idea cuando asevera que la nostalgia es “el gemelo ideológico” del progreso; la diferencia estriba en que aquélla mira al pasado mientras éste se concentra en el futuro.[29] La barrera que divide pasado y presente es la experiencia de la desilusión, momento que hace imposible recapturar la “inocencia” de los días perdidos.[30] Para un sistema político y social como el soviético, cargado de un contenido ideológico que moldeaba la vida diaria y de un delirio de grandeza que no sólo dio importancia espontáneamente a regiones remotas, como Kamchatka, y a países ajenos al concierto de naciones, por ejemplo Tayikistán, sino que también definió por décadas tanto la política internacional como un modelo de Estado que aún subsiste, este choque fue particularmente aciago.

En ese tenor la nostalgia adquiere un carácter por demás relevante en el espacio postsoviético, tema de la segunda mitad del libro.[31]

Y es que la Revolución bolchevique trajo lo que la francesa en su momento: una redefinición del tiempo mismo en la que el presente abría paso al futuro y fomentaba en el "hombre moderno" la capacidad de imaginarse haciendo historia.[32] La idea es empleada por Reinhart Koselleck para describir las configuraciones temporales del Imperio romano: desde la escritura del Libro de la Revelación de San Juan[33] hasta el año 476,[34] la cristiandad aplazó la fecha del Juicio Final,[35] que se imaginaba imposible durante un esplendor aparentemente sempiterno en el que "no podía pasar nada particularmente nuevo".[36] Fritzsche sentencia este planteamiento, que no requiere más explicación: "no puede haber más que nostalgia esporádica sin la conciencia de una historia que actúe dando credibilidad a ideas individuales sobre el aislamiento".[37] En una dirección similar, los dirigentes socialistas solían "posponer" el arribo del comunismo, fase posterior al socialismo, lo cual fomentó la idea de que inevitablemente algún día iba a llegar; esto, a su vez, detonó una segunda basada en que el socialismo de Estado había llegado para quedarse. La credibilidad entera de cualquier partido comunista, así como su legitimidad para gobernar, se basaba en esta promesa.[38] El líder soviético Nikita Jrushiov (1953-1964) declaró en el XXII Congreso del Partido Comunista de la URSS, en octubre de 1961, que el comunismo quedaría construido "en lo básico" en suelo soviético "dentro de veinte años"; como respuesta, el golpe que sacó a Jrushiov del poder tres años después trajo a una generación completamente técnica y pragmática encabezada por Leonid Brézhnev (1964-1982), alejada del romanticismo revolucionario, lo cual explica en mucho la informalidad y el pesimismo generalizados en la URSS durante las siguientes dos décadas.[39] Cuando el socialismo cayó, la mayoría de los partidos comunistas ofreció no vislumbrar un "comunismo" futuro con base en los nuevos arreglos democráticos y condiciones socioeconómicas, sino regresar por completo al pasado, cuando el futuro era "promisorio" y parecía certero.

Como última acotación, se habrá advertido a lo largo de esta anatomía de la nostalgia la repetición del adjetivo político. Es algo que resulta inevitable porque la nostalgia en última instancia proviene de allí, de lo político, y en ese sentido Andreas Pickel tiene razón cuando afirma que "la transformación poscomunista es una serie de problemas prácticos, no científicos. Una teoría de la

transformación que pueda sugerir respuestas a ellos no puede ser una teoría científica, sino una teoría política".[40] En efecto, la nostalgia es un sentimiento que va más allá de estar lejos de un lugar: su objeto es una manera antigua de hacer las cosas, un modo de vida perdido, imbricado en la constancia de lo público y en la toma de decisiones en la cúspide del poder, pero también abajo, en el orden social. Lo ejemplifica muy bien Edward Casey en torno a Odiseo y su amada y lejana Ítaca:

"Ítaca" es para Odiseo menos un sitio geográfico particular, situado en algún paraje cartográficamente precisado del mar Egeo,[41] que un mundo, un modo de vida, una manera de estar en el mundo. Al ser nostálgicos lo que parecemos extrañar, necesitar o no tener, es un mundo como alguna vez fue establecido en algún lugar. Este mundo se revela mediante el localismo del lugar pero no se reduce a la localidad per se. No es, pues, la particularidad del lugar como tal lo central a la nostalgia; es el modo en que esta particularidad resiste a un mundo perdido y lo exhibe a nuestra patéticamente necesaria aprehensión del pasado.[42]

En una nuez, negar el sentimiento nostálgico, el que según Herman Hesse rechaza la "vacuidad de esta vida", sería no tener la menor piedad ante el más grave sufrir del prójimo: el de lo irrecuperable.

Mi más lejano valle, tú estás

hechizado y desvanecido.

Muchas veces, en mi penar y agonía,

tú me has hecho señas desde

tu país de sombras.

Y abriste tus legendarios ojos,

hasta que yo, perdido en una rápida ilusión,

me perdí de nuevo en ti por completo.

Oh, oscura puerta,

oh, oscura hora de la muerte,

da un paso adelante,

para que pueda recuperarme de la vacuidad de esta vida,

e ir a casa hacia mis propios sueños.[43]

NOTAS AL PIE

[1] “Ningún dolor es mayor que acordarse del tiempo feliz en la miseria”; trad. de J. A. R. [sic], Barcelona, Musa, 1988, I, 5, p. 23.

[2] Johannes Hofer, “Medical dissertation on nostalgia”, trad. de C. K. Ansprach, Bulletin of the History of Medicine, 2 (1934), pp. 376-391.

[3] Jean Starobinski, “The idea of nostalgia”, Diogenes, 54 (1966), pp. 86-87.

[4] DRAE, s. v. NOSTALGIA.

[5] Immanuel Kant, Anthropologie in pragmatischer Hinsicht, cit. en Linda Hutcheon, “Irony, nostalgia, and the postmodern”, Universidad de Toronto, 1999; http://www.library.utoronto.ca/

utel/criticism/hutchinp.html.

[6] Rainer Maria Rilke, “Ésta es la nostalgia”, en Obras poéticas, edición en español de E. M. S. Danero, Buenos Aires, Efecé, 1973, p. 37.

[7] Peter Fritzsche, “Specters of history: on nostalgia, exile and modernity”, The American Historical Review, vol. 106, núm. 5 (2001), p. 1617.

[8] Edward S. Casey, “The world of nostalgia”, Man and World, 20 (1987), p. 365.

[9] Maurice Halbwachs, La mémoire collective, ed. crítica, París, Albin Michel, 1997, p. 98.

[10] Ibid., p. 131.

[11] Fred Davis, “Yearning for yesterday: a sociology of nostalgia”, en Jeffrey K. Olick, Vered Vinitzky-Seroussi y Daniel Levy (eds.), The collective memory reader, Oxford, Oxford University Press, 2011, p. 449.

[12] E. Casey, art. cit., p. 366.

[13] Kathleen Stewart, “Nostalgia–A polemic”, Cultural Anthropology, vol. 3, núm. 3 (1988), p. 227.

[14] Emilio de Antuñano, “Memoria de la Guerra Civil Española: en torno al trasfondo y las derivas de la ‘Ley de la memoria histórica’ de 2007”, Foro Internacional, L, núm. 1 (2010), p. 64.

[15] Anu Kannike, “Refuge or resource: home and nostalgia in postsocialist Estonia”, Journal of Ethnology and Folkloristics, vol. 3, núm. 1 (2009), p. 60.

[16] Oleg Pachenkov y Lilia Voronkova, “New old identities and nostalgias for socialism at St. Petersburg and Berlin flea markets”, en Ingo Schröder y Asta Vornerau (eds.), Changing economies and changing identities in postsocialist Eastern Europe, Münster, Lit, 2008, p. 193. En Die Kultur der Niederlage (2001), Wolfgang Schivelbusch explica de manera brillante cómo la derrota ha definido al mundo moderno (edición en inglés: The culture of defeat. The American South 1865, France 1871, Germany 1918, trad. de Jefferson Chase, Nueva York, Holt, 2003).

[17] Maya Nadkarni y Olga Shevchenko, “The politics of nostalgia: a case for comparative analysis of post-socialist practices”, Ab Imperio, 2 (2004), p. 517.

[18] E. de Antuñano, art. cit.

[19] Olena Nikolayenko, “Contextual effects on historical memory: Soviet nostalgia among post-Soviet adolescents”, Communist and Post-Communist Studies, 41 (2008), pp. 243-259.

[20] Lauren Berlant, cit. en Rossana Reguillo, “Prólogo”, en Lauren Berlant, El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo, trad. de Victoria Schussheim, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 10.

[21] L’irréversible et la nostalgie, París, Flammarion, 1974.

[22] Art. cit.

[23] Según Mitja Velikonja la nostalgia “frecuentemente envuelve un deseo utópico e incluso un esfuerzo por regresar [al pasado]” (Titostalgia…, p. 27). Véanse Richard Rose, William Mishler y Neil Munro, Popular support for an undemocratic regime: the changing views of Russians, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, y Amber L. Seligson y Joshua A. Tucker, “Feeding the hand that bit you: voting for ex-authoritarian rulers in Russia and Bolivia”, Demokratizatsiya, vol. 13, núm. 1 (2005), pp. 11-42.

[24] Entre otras, el término de una guerra civil de 15 años (1977-1992) entre, por un lado, el FRELIMO, auxiliado por los regímenes de Tanzania y Zimbabwe con efectivos y por la URSS con armamento y, por otro, su rival acérrimo, la Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO), financiada por el régimen del apartheid sudafricano y Estados Unidos, así como la institucionalización de ambos como partidos políticos en un sistema que hasta ahora ha tenido pocas averías. Véanse Victor Igreja, The monkey’s sworn oath: cultures of engagement for reconciliation and healing in the aftermath of the civil war in Mozambique, tesis doctoral, Leids Universitair Medisch Centrum, 2007; https://openaccess.leidenuniv.nl/handle/1887/12089; María Dolores Rocca Rivarola, “¿Quiénes son ‘los otros’? La cuestión étnica en la lucha por la liberación de Mozambique”, Estudios de Asia y África, vol. XLVII, núm. 1 (2012), pp. 89-118; Béatrice Hibou, De la

privatización de las economías a la privatización de los Estados. Análisis de la formación continua del Estado, trad. de Guillermina Cuevas, México, Fondo de Cultura Económica, 2013, especialmente las pp. 19-23.

[25] La caída de la URSS y del grueso del bloque socialista, con lo que Mozambique adoptó desde 1990 una nueva Constitución y se convirtió en un régimen basado en instituciones democrático-liberales.

[26] Comisión Central Electoral de la República de China; http://engweb.cec.gov.tw. Véase Marisela Connelly, Historia de Taiwán, México, El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 2014, especialmente las pp. 423-425.

[27] En mayo de 2013 Jaime Hernández Colorado escribía atinadamente que "el PRI no está luchando contra el nuevo siglo, lo está usando a su favor. Está aprovechando las nuevas condiciones para extenderse hasta donde pueda. El 'viejo' PRI —que ya no existe, pues se ha amoldado a la realidad actual— no puede perder la batalla contra el siglo XXI, simplemente porque no la va a dar. A veces se olvida que conocen el sistema político. No sólo lo conocen, lo inventaron. Y también a veces se olvida que no pueden intentar regresar, puesto que nunca se han ido" (Jaime Hernández Colorado, "Desempolvando conjuros", Alma Máter, 28 de mayo de 2013; http://almamater.nexos.com.mx/?p=960).

[28] Rogelio Hernández Rodríguez, "Cambio político y renovación institucional. Las gubernaturas en México", Foro Internacional, XLIII, núm. 4 (2003), pp. 793-795.

[29] Christopher Lasch, The true and only heaven. Progress and its

critics, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1991, p. 82.

[30] Ibid., p. 83.

[31] No es coincidencia, pues, la frase con la que Alexéi Yurchak titula su estudio sobre la sorpresiva caída del titán soviético: “Todo era para siempre, hasta que ya no era”. Alexéi Yurchak, “Soviet hegemony of form: everything was forever, until it was no more”, Comparative Studies in Society and History, vol. 45, núm. 3 (2003), pp. 480-510. La idea ampliada de este artículo se encuentra en su libro homónimo, Everything was forever, until it was no more: the last Soviet generation, Princeton, Princeton Universty Press, 2005.

[32] P. Fritzsche, art. cit., p. 1590.

[33] Todo parece indicar que el llamado Apocalipsis fue escrito hacia la mitad del siglo II, pues ya san Justino Mártir se refiere a él en su Diálogo con Trifón, cap. LXXXI, 4: “Entre nosotros un hombre llamado Juan, uno de los apóstoles de Cristo, vaticinó en la revelación hecha a él que aquellos que han creído en nuestro Cristo pasarán mil años en Jerusalén; y que en lo sucesivo la resurrección y el juicio general y […] eterno de todos tendrá asimismo lugar” (cit. en Brooke Foss Westcott, A general survey of the history of the canon of the New Testament during the first four centuries, Oxford, Macmillan, 1875, p. 190).

[34] Año en que se depuso al último emperador romano, Rómulo Augústulo, hijo del “bárbaro” Orestes.

[35] Reinhart Koselleck, Le futur passé. Contribution à la

sémantique des temps historiques, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1990, p. 21.

[36] P. Fritzsche, art. cit., pp. 1589-1590.

[37] Ibid., p. 1595.

[38] Alfred B. Evans Jr., “The crisis of Marxism-Leninism in the Soviet Union”, en Stephen White, Alex Pravda y Zvi Gitelman (eds.), Developments in Soviet and post-Soviet politics, Durham, Duke University Press, 1992, p. 25.

[39] Rainer Matos Franco, Historia mínima de Rusia, México, El Colegio de México, 2017, pp. 262-290.

[40] Andreas Pickel, “Transformation theory: scientific or political?”, Communist and Post-Communist Studies, 35 (2002), p. 111.

[41] En realidad, Ítaca se encuentra en el mar Jónico, al oeste de Grecia, no en el Egeo.

[42] E. Casey, art. cit., pp. 363-364. Cursivas en el original.

[43] Herman Hesse, “Infancia”, cit. en David S. Werman, “Normal and pathological nostalgia”, Journal of the American Psychoanalytic Association, 25 (1977), p. 397.

II. “SER SIN SER YO MISMO”: LA NOSTALGIA POR EL SOCIALISMO MEDIANTE SU NEGACIÓN Y FETICHIZACIÓN

LA RAZÓN ABSOLUTA

Me cruza una imagen fugitiva: un viejo pájaro que siempre ha vivido en una jaula. Un día lo sueltan: cree lanzarse, ebrio de gozo, hacia la libertad, pero ya no sabe. Es demasiado fuerte, demasiado nuevo: sus alas atrofiadas ya no saben volar. Se desploma como una masa inerte y revienta en silencio, ante la puerta finalmente abierta de la jaula.

ROBERT LINHART, De cadenas y de hombres[1]

Yo sentía pena y aburrimiento; estaba acostumbrado a vivir libremente, desde la mañana hasta la noche, en las arenosas calles de Kunávino, a orillas del Oká, de turbias aguas, en el campo y el bosque. Me faltaba la abuela, los camaradas, no tenía con quién hablar, y la vida me irritaba mostrándome su reverso, feo, falso.

MAKSIM GORKI, Por el mundo[2]

El año 1867 fue, en muchos sentidos, un trampolín al siglo siguiente: Alfred Nobel patentaba la dinamita, el emperador Meiji tomaba posesión en Japón rompiendo con una tradición milenaria y abordando el afamado tren de la modernidad, mientras Garibaldi entraba triunfante en Roma para liquidar al papado en nombre de un republicanismo férreo —del cual México daba una lección a Europa con el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo—.[3] Además, nacían Marie Curie y Wilbur Wright; Gustave Courbet consolidaba el realismo en la pintura con La caza del ciervo, y Modest Músorgski completaba su Noche en la montaña calva.[4] En medio de esta cornucopia renovadora aparecieron en terreno literario dos obras que arrojarían sus jabalinas al futuro. La primera fue el volumen inicial de El capital, de Karl Marx, que reveló las contradicciones en los modos de producción del capitalismo, de

gran vigencia hoy y a la que me referiré más adelante. La segunda fue Peer Gynt, drama del autor noruego Henrik Ibsen (1828-1906).

Peer Gynt es un charlatán cualquiera, quien promete a su desdichada madre, Åse, recuperar la fortuna y el prestigio familiar. Para él no hay dilema que no pueda resolverse de una forma sumamente simple —con una simplicidad característica del modernismo literario de medio siglo después—,[5] ya que considera al "hombre auto-realizado" como un "semidiós cuya voluntad indomable es más fuerte que el destino, […] el caballero de mil aventuras".[6] Este personaje quijotesco construye su realidad mediante ilusiones, de manera que resulte inviolable. Dice Bernard Shaw:

Sólo sumergiéndose en ilusiones, frente a las cuales todo hecho arroja una mentira, [Peer Gynt] puede persuadirse de que su voluntad es una fuerza que puede superar a todas las demás […] y persuadirse de que Peer Gynt, el raído holgazán de la campiña, es Peer Gynt, Emperador de Sí Mismo, como escribe sobre la puerta de su cabaña en las montañas. Sus hazañas de cazador son inventadas, su genio militar no tiene mayores fundamentos que una pelea callejera con un herrero y su reputación como hombre intrépido y temerario se la gana mediante la bravata de llevarse cargando a la novia de una boda en la que los invitados lo desdeñan. Sólo en las montañas puede disfrutar de sus ilusiones sin ser perturbado por el escarnio.[7]

Pero no sólo en las montañas puede ser Peer proclamado "Emperador de Sí Mismo". En el acto IV del drama el protagonista emprende un viaje para encontrarse, para descubrir a "sí mismo". Tras intentar fallidamente ser un hombre de negocios en Estados Unidos y un profeta en Marruecos, decide convertirse en un historiador de renombre y viaja a Egipto. Allí, Gynt conoce a un extraño alemán, quien lo toma por un erudito que ha resuelto el enigma de la Esfinge[8] y lo lleva a un "club de los sabios" en El Cairo. En uno de los pasajes más brillantes de la obra, Peer Gynt descubre que dicho club es, en realidad, un manicomio; sólo allí,

entre individuos dementes que no son más que “ellos mismos”, puesto que viven en su propio mundo lejos de toda realidad, el protagonista finalmente puede ser coronado como Emperador del Yo:

BEGRIFFENFELDT: Prométame no temblar.

PEER GYNT: Lo procuraré.

BEGRIFFENFELDT: (Le lleva a un rincón y le dice en voz baja)

La razón absoluta expiró anoche a las once […]

Hoy queda muy claro, y es evidente

que eso de estar muy fuera de sí

implica un cambio en el mundo entero.

Aquellos que antes eran considerados como locos

se hallan, a partir de las once de la noche, en estado

normal, según la nueva fase del intelecto.

Y si examinamos la cuestión debidamente,

es evidente que, desde esta misma hora,

los cuerdos han empezado a delirar.[9]

De esa manera Ibsen logra describir puntualmente, mediante diálogos sublimes, al individuo socialmente incompatible, cuya enajenación se confirma en la práctica y se nutre tanto de su propia cosmovisión como del rechazo social, manifestado a través de procesos de negación y ridiculización. En ese tenor, la nostalgia poscomunista no es un conjunto de prácticas muy disímil de la (ir)racionalidad con que Peer Gynt recibe y comprende el mundo. Dado que la “razón absoluta” del socialismo expiró sin avisar el 9

de noviembre de 1989 en Berlín y fue rematada el 25 de diciembre de 1991 en el bosque de Belavezha, tras la firma del acuerdo homónimo que desintegró la URSS, de pronto la humanidad obtuvo millones de "nuevos locos" que recibieron terapias de choque no sólo económicas —las cuales de un día a otro alteraron precios y decidieron qué correspondía a quién de una forma profundamente desigual—, sino también culturales y psicológicas. Fue éste el origen de millones de actores sumidos en la incertidumbre, en una situación sin precedentes en la que un buen día el salario ya no se iba a poder pagar, la pensión se iba a reducir y buena parte de la educación ya no sería gratuita, lo que orilló a muchos de ellos a la nostalgia de un tiempo certero, cuando era absolutamente impensable ser despedido de una fábrica porque no había dónde colocar sus productos o cuando una hiperinflación desatada de un día para otro era algo inconcebible. Mientras más se ha excavado en las arenas del poscomunismo, más se ha diagnosticado este sentimiento. Esos actores se asemejan mucho al propio Peer Gynt sumido en la consternación cuando, líneas más abajo del diálogo citado, suplica al doctor Begriffenfeldt que le dé un momento para entender lo sucedido: "Deme usted un plazo, no puedo, ¿comprende?, estoy atontado", o más adelante: "Yo soy yo en todo, pero me parece, si he entendido bien, que aquí lo que vale es ser sin ser yo mismo".[10]

Ahora bien, ¿cómo ser uno mismo en un presente que constantemente aconseja y recuerda cómo no hay que ser, cómo no actuar, sea éste el socialismo, el capitalismo, el liberalismo, un "régimen burocrático-militar", etc.? ¿Cómo, si toda la vida se ha actuado de una sola manera y de pronto uno es arrojado a un vacío en donde la cotidianidad queda atrapada en un limbo incomprensible y en el que los pilares de la certeza han sido derrumbados por su propio peso? Éstas son las preguntas que busco responder en el caso de la nostalgia poscomunista. Este capítulo busca "sacar punta" a esa nostalgia; descubrir qué es denunciando lo que no es. En concreto, en la primera parte describo el fenómeno de la negación de esta nostalgia y de cómo el presente democrático-liberal la rechaza y ridiculiza. En la segunda parte analizo cómo es convertida en un fetiche y confundida, sobre todo en la literatura, por un reduccionismo bastante grave como es su vertiente comercial. El capítulo está adornado con múltiples episodios y

anécdotas que dan vida a la nostalgia por el socialismo después —e incluso desde antes— de 1991.

LA NEGACIÓN DE LA NOSTALGIA

¿“Yugo-nostalgia”? No va a ser posible que encuentres a alguien hablando de Tito; y aunque lo encontraras, sólo sería en forma muy privada, cuando las personas intiman, dentro de la familia, o tendrían que conocerte muy bien y confiar en ti. De otro modo, temerían que pudiera ser algo explotado políticamente.

ANÓNIMO kosovar, 2005[11]

Negar y reconocer

El epígrafe recién citado resume a la perfección la situación actual de la nostalgia poscomunista. El anónimo de origen kosovar comienza su respuesta a la antropóloga que lo entrevistaba aseverando que nadie en Kósovo habla sobre la yugonostalgia —así se denomina coloquialmente la nostalgia por el socialismo en los países de la antigua Yugoslavia—; después recula y sugiere que sí es posible hallar ese sentimiento y al final termina aceptando que existe al grado de explotarse en términos políticos. Esta evolución en las respuestas de los entrevistados, que va de la negación a una admisión contrita, es sumamente común en la literatura al respecto y contribuye a afianzar la metodología cualitativa —la antropología y la etnografía in situ— como la manera más eficaz de exprimir el sentimiento nostálgico entre los individuos que lo padecen.

El ejemplo muestra cómo la nostalgia poscomunista puede empezar a definirse en este libro a partir de lo que no es. Los números presentados en encuestas de opinión en la introducción del volumen permiten, al menos, hacerse a la idea de que esa nostalgia existe, aunque no sea algo que se conozca o de lo que se escuche a menudo. Esto ocurre por la obviedad de que el discurso en boga, el ambiente imperante instalado por el nuevo régimen, tiende a

deslegitimar el de cualquier régimen anterior. Hablar positivamente del socialismo hoy en Hungría, Mongolia o Benín es motivo de condena pública por una simple razón política; sin embargo, lo que destaca es que "hablar bien" del socialismo o comunismo ya no es motivo de alarma social —salvo entre sectores muy conservadores, por lo general reducidos— sino, más bien, de ridiculización. Este interesante síntoma demuestra cómo de cierta forma se ve en el socialismo un tema confinado al pasado y sin posibilidades de resurgir en el futuro: la caída fue total. Nadie señala "comunistas" en la actualidad como en la era del macartismo en Estados Unidos, pues la "amenaza" —o al menos la percepción de la amenaza— era real entonces. O, por decirlo de otra manera, no se espera hoy en día que un "comunista" realice acciones subversivas radicales dentro de un orden sociopolítico liberal, especialmente tras el ascenso de otras formas de "amenaza", como el terrorismo islamista o el avance electoral de lo que suele llamarse ultraderecha. Incluso el radicalismo izquierdista hoy ha pasado a ocupar el lugar de víctima, cosa que le ocurrió al Ejército Zapatista de Liberación Nacional de México dentro y —en especial— fuera del país,[12] y como también dejó claro el ataque perpetrado en Oslo el 22 de julio de 2011 contra el ala juvenil del Partido Laborista (que en realidad es de centroizquierda), a cuyos miembros el ultraderechista Anders Behring Breivik atacó porque, según él, eran "marxistas".[13]

Pese a que la ultraizquierda se percibe cada vez menos como una amenaza latente en las sociedades liberales, y de que incluso se ha llegado a posicionar como una nueva víctima compadecida o ridiculizada, la nostalgia poscomunista, aun en lugares donde adquiere mayor fuerza y donde hay partidos políticos que la canalizan, no ha conseguido salir del todo a la discusión pública y sigue siendo un tema tabú. Los abundantes testimonios de nostalgia por el antiguo régimen en el mundo poscomunista surgen, las más de las veces, de forma privada, cuando un antropólogo o un reportero pregunta directamente a la gente, en la comodidad —y seguridad— de sus hogares. Hay una diferencia abismal entre lo que los mismos individuos dicen en público y lo que afirman más tarde, en un ambiente privado más propicio para conversar. Cuando la negación de un fenómeno es pública, cuando se convierte en tabú, se requieren estrategias específicas para dar con lo que la gente cree y siente.[14]

Los caminos que ha tomado la nostalgia poscomunista en Polonia, así como la forma en que ésta se construye en el discurso privado en contraposición al público, son elementos muy reveladores de lo anterior. Los actores nostálgicos polacos, al igual que ocurre (con diferentes grados de intensidad) en el resto del mundo poscomunista, tienen frente a ellos un ambiente hostil, entendiblemente impuesto desde el gobierno liberal, para expresar su descontento hacia el nuevo régimen, y tienden a suprimir públicamente cualquier viso de nostalgia. Muchas de las personas que votan desde 1989 por la izquierda polaca —repleta de cuadros del antiguo régimen— construyen un discurso apologético sobre el socialismo de una forma tímida, impensable para la santísima trinidad conformada por los medios de comunicación, la mayoría de los actores políticos[15] y algunos círculos académicos; según Barbara Wieliczko y Marcin Zuk, es este triunvirato el que suele ridiculizar constantemente al régimen anterior a 1989 en sus diversas producciones.[16] Wieliczko y Zuk, quienes realizaron entrevistas en uno de los centros comerciales más grandes de Varsovia, detectaron que los miembros de la clase media polaca que acuden a hacer sus compras en estos lugares no articulan sus actitudes nostálgicas hacia el antiguo régimen de manera abierta: “estas actitudes son suprimidas por los mismos miembros de la clase media, ignoradas o incluso desalentadas por los medios de comunicación masiva, los políticos y los académicos”.[17] Los autores arguyen que en la televisión polaca, por ejemplo, se muestran deliberadamente escenas de filmaciones vetustas que se reconocen públicamente como “negativas”, pues se observa la vida diaria en el régimen socialista, con énfasis en el supuesto “hastío” en las largas filas para obtener productos de primera necesidad o en la escasez material en algunas tiendas, lo cual pretende desalentar cualquier sentimiento nostálgico de ese pasado.[18]

Un lector occidental podría preguntarse por qué, en principio, alguien sentiría nostalgia por el hecho de tener que hacer filas aparentemente interminables para obtener productos de primera necesidad en el socialismo, cuando ahora, en el capitalismo, se tiene una pléyade de productos a la mano en cualquier esquina. El pertinente ejemplo de la fila es un tema fascinante por su satanización en Occidente como una de las primeras imágenes que se tienen del “malvado” socialismo. No obstante que el

contraargumento del cómo puede ser posible es bastante tenaz en la enraizada mente occidental,[19] al hablar en privado con quienes vivieron aquello, muchas personas recuerdan sin ningún fastidio estar de pie durante horas para obtener productos básicos y, en cambio, lo llegan a rememorar de buen modo e incluso con nostalgia, pues aseveran que dicha actividad era una forma de socialización, de conocer gente fuera del entorno vecinal inmediato —no la única, por supuesto— y de discutir política, además de que era una fuente valiosa de información general.[20] Una de las entrevistadas por Simina Bădică en su estudio sobre la negociación social de la escasez en la Rumanía de los años ochenta aseveró que "por lo demás, me gustaba mucho hacer fila, especialmente con mi abuelo, quien se quedaba en la fila contando historias a otros hombres viejos, haciendo alarde de todo tipo de aventuras en su juventud. Había un verdadero concurso de historias maravillosamente adornadas".[21] Roma, una mujer lituana, además de recordar el pasado socialista como "el mejor", dice nunca haberse sentido denigrada u oprimida en las filas; por el contrario, para ella era una actividad que permitía tener "la mesa y el estómago llenos".[22] El recuento de un inmigrante polaco en Gran Bretaña en 2002 permite ver hasta qué punto la idea de la fila podía llegar a ser adoptada (y adaptada) por los individuos de manera positiva, de modo que pudiera sacarse ventaja de la situación —como siempre sucede cuando el individuo logra aprovecharse del sistema por los medios del sistema mismo—; deja ver, también, que no todo recuento al respecto es negativo:

Mi esposa estaba orgullosa de ser tan astuta en las filas [en la Polonia socialista]. Sabía en cuál formarse, cuándo hacerlo, dónde encontrar [buenos] productos y demás. Cuando llegó aquí [a Gran Bretaña] y se dio cuenta de que podía tener todo, pero que tenía que economizar, que podía comprar esto y no aquello, le tomó mucho tiempo adaptarse […] Se deprimió mucho aquí porque no podía usar sus estrategias colistas [queuing skills] y, en vez de ello, se daba cuenta de que gastaba más en comida que los vecinos. Por tanto, necesitas estrategias completamente diferentes para sobrevivir en esta sociedad.[23]

La idea occidental, fantasiosa, del supuesto problema que representaba la fila en el centro urbano era lo que la colectivización al ámbito rural, en el cual hay relatos similares: “Cuando cosechábamos papa, diez vecinos se juntaban y trabajaban en las parcelas de todos. Había plática, chistes y alcohol”.[24] Para decirlo con Frances Pine en su etnografía de la Polonia rural, bajo el socialismo la agricultura “era un hecho social, un modo de relacionarse y de socializar tanto como era una necesidad económica”,[25] al igual que las famosísimas e interminables filas en los centros urbanos. Aunque para la posición a priori del occidental la fila es una de las primeras ideas que surgen en el momento de criticar el socialismo real —que muchos de esos críticos no conocieron de primera mano—, en muchos países socialistas hacer fila a diario para comprar productos básicos era más una rareza que una cotidianidad, un hecho que ocurría solamente en temporadas específicas en las cuales, para seguir con Bădică, el problema recaía “más en una falla (shortcoming) en la distribución de estos productos que [en] una carencia real de alimentos”, fenómeno que llama “la paradoja de la escasez”.[26]

Otro lugar común sobre la nostalgia poscomunista, cuando se advierte, es que se trata de un fenómeno propio de los llamados “perdedores de la transición”, es decir, las personas que vieron decaer su ingreso o su posición política o social al caer el régimen socialista.[27] Sin embargo, retomando el caso polaco, parecería que ocurre exactamente lo contrario, pues la nostalgia ha florecido entre personas que suelen verse como las “ganadoras” de la dichosa transición. Wieliczko y Zuk lo advirtieron de inmediato entre sus entrevistados en un centro comercial muy exclusivo de Varsovia. En su estudio, los autores descubrieron que, irónicamente, más de la mitad de los encuestados —personas de “clase media” entre 35 y 50 años— manifestó su oposición a las sucesivas reformas económicas emprendidas desde 1989.[28] Lo mismo ocurre con individuos que pasaron de dirigir granjas colectivas a ser empresarios exitosos, quienes suelen votar por los partidos de izquierda que sucedieron al Partido de los Trabajadores de Polonia porque resienten el declive en los estándares socioeconómicos de sus propias localidades.[29]

En la antigua Yugoslavia hay casos similares de “ganadores de la transición” que sienten una profunda nostalgia por el régimen socialista, pero que no lo dicen abiertamente por temor a la condena de un tercero, lo que refuerza el mecanismo de la negación. Stephanie Schwandner-Sievers relata cómo en Prístina, capital de Kósovo, en 2008 el dueño de un renombrado café —es decir, un “emprendedor” exitoso de los que se habla ad náuseam en el nuevo orden— prendió su aspiradora al máximo para que en la calle no se escucharan los éxitos yugoslavos de rock de las décadas de 1970 y 1980 en voz de varios kosovares embeodados que recordaban su juventud.[30] No lejos de allí, en Mostar, Bosnia-Herzegovina, a pesar de que sólo una minoría de la población se identifica como jugonostalgičar (“yugonostálgica”) —especialmente por el revigorizado nacionalismo balcánico en el que este término es sinónimo de “antinacionalista”, o sea enemigo público—,[31] en conversaciones privadas buena parte de ella habla con fluida nostalgia sobre los tiempos de Tito.[32] Dubravka Ugrešić, en un pasaje de su novela El ministerio del dolor (Ministarstvo Boli, 2004), sintetiza bien no sólo este sentir sino también la combinación de nostalgia que se da entre los “ganadores de la transición” y el fenómeno de la negación:

Me sorprendí al encontrar la portada de una revista pegada torpemente en la puerta. Era una imagen de Tito en su uniforme de mariscal. Siempre había pensado que mamá y papá[33] odiaban a Tito… Papá había sido miembro cuatro años de los partisanos de Tito sólo para caer un año después, y sin razón aparente, en el peor de los campos de trabajo del país. Y ahora el “verdugo” de papá colgaba en medio de una dicha doméstica, entre humildes reservas de arroz, harina, cebollas y papas. Habían decidido rehabilitarlo. Evidentemente preferían los años de Tito a la situación actual, aunque no se atrevieran a decirlo abiertamente, así como había muchas cosas que no se atrevían a decir durante aquellos años.[34]

En el caso de la ex Yugoslavia —a través de interpretaciones como la de Ugrešić en voz de uno de sus personajes—, la nostalgia adquiere una significación especial por haber sido, en todo el

mundo socialista, el régimen que se vino abajo de la forma más violenta. No es sorpresa que la nostalgia por la Yugoslavia de Tito se manifieste en prácticas culturales tan recurrentes, especialmente si se piensa que en aquel Estado plurinacional se vivía por lo menos una relativa paz interétnica que quedó completamente borrada en la década siguiente tras su desintegración, cuando la constante era la diferenciación entre uno y otro país, que sustituyó el discurso socialista unitario e interrepublicano de los cuatro decenios anteriores. Como dijo Tibor Várady en 1997, "las pasadas décadas en Yugoslavia quizá no han sido un presente gozable, pero se han convertido en un pasado respetable e incluso envidiable".[35] Además de los problemas derivados de la guerra, desde hace más de 20 años la zona —salvo Eslovenia, que no tuvo recesiones económicas considerables hasta 2009— ha sido constantemente golpeada por el desempleo, la inflación y por la corrupción rampante generada por la llamada "mafiocracia",[36] lo que en ocasiones no se trata sino de las mismas prácticas predatorias del régimen anterior, llevadas a cabo por los mismos individuos, pero ya sin un marco corporativo de protección estatal y mucho menos legal.[37] Todo ello ha convertido automáticamente a la Yugoslavia socialista en "los buenos tiempos".[38] Allí los ejemplos de nostalgia entre los "ganadores de la transición" sobran: según un cantante de rock esloveno, por ejemplo, de quien el nuevo orden podría decir que el socialismo no lo dejaba expresarse libremente, "todos teníamos cierto orgullo. Crecimos creyendo que Yugoslavia era un país grande, poderoso y bello […] Eslovenia hoy es un país sin importancia, periférico y parroquial, a menudo confundido con Eslovaquia".[39] En 2004, cuando la alcaldía de Sarajevo propuso renombrar una sección de la principal arteria de la ciudad con el nombre del primer presidente bosnioherzegovino, Alija Izetbegović, la protesta pública fue de tal tamaño que tuvo que mantenerse el nombre original, Títova.[40] Se trata de un ejemplo claro de manifestación colectiva de la nostalgia y de la apropiación que sus actores hacen de meros símbolos, ya ni siquiera de objetos concretos —la importancia del nombre de la calle, por encima de la utilidad física que la calle genera—.

Debido a la herencia bélica de los noventa, la yugonostalgia es un tema delicado en la zona que comprende. Decir en público que uno es jugonostalgičar equivale a negar los valores de la nación de

procedencia, lo que después de las guerras interétnicas no es algo bien visto bajo el clima ultranacionalista de la región, esa "forma retorcida de la moral del resentimiento [que] es el último refugio de los canallas".[41] Y sin embargo, en ciudades como Mostar, en Herzegovina, uno puede encontrarse con que 35% de los habitantes se reconoce como bosniak, 34% como croatas, 19% como serbios y 12% como "otros", entre los que destacan los "yugoslavos".[42] Pero la nostalgia local también pasa inexorablemente por la figura paternalista de Tito, cuya muerte (1980) conllevó la decadencia de una forma de hacer política que derivó en una debacle sumamente violenta. Contrario a los sepulcros de otros líderes socialistas —excepto los de Lenin y Stalin en la Plaza Roja de Moscú—, el mausoleo de Tito en Belgrado ha sido visitado desde su muerte por millones de personas[43] que escriben un sinnúmero de mensajes dirigidos a él,[44] y sus estatuas son inundadas de arreglos florales en cada uno de los países que conformaban el Estado plurinacional. Como apunta románticamente otro anónimo: "Mi abuelo tenía un reloj que le regaló Tito, porque era un funcionario comunista de alto rango. Cuando Tito murió, el reloj se detuvo".[45]

Detrás de esa negación de la nostalgia y todo lo que ella implica se esconde una explicación relativamente sencilla —y a la vez más compleja— sobre el orden social poscomunista. En éste la negación es un fenómeno puramente político que busca legitimar una sola forma de hacer las cosas, la cual, igual que el "malvado" y "totalitario" antiguo régimen cuyos restos se busca aniquilar, tampoco acepta desviaciones ni derivados. ¿Por qué se percibe en los actores nostálgicos un halo de vergüenza que impide a más de un individuo declarar públicamente que extraña el régimen anterior o algún aspecto de éste, si precisamente la democracia liberal presume una tolerancia en apariencia desinteresada que permite (casi) toda expresión? La respuesta es muy evidente —aunque casi nadie lo dice—: el orden actual no se concibe siendo subvertido. Al igual que el régimen anterior, se vislumbra eterno e inmutable, como lo sentenció Francis Fukuyama en su planteamiento del "fin de la historia", que no era más que un disparate egoísta de Occidente, pero entendible dentro de esta lógica.[46]

La corte liberal de las vergüenzas

La vergüenza —ya sea en Polonia, la ex Yugoslavia o el grueso del mundo poscomunista— es el fenómeno que marca el límite de lo que puede exteriorizarse en público: se vuelve el núcleo de un sistema social, basado en una serie de sanciones formales e informales que impiden al individuo expresar su descontento abiertamente.[47] En El proceso de la civilización (1939), Norbert Elias identifica la vergüenza (Scham) como la forma predominante de control social, en ascenso desde el fin de la Edad Media por la creciente función del Estado como monopolizador de la fuerza física. La transformación del desenfrenado caballero feudal en cortesano intrigante mediante la centralización y sujeción de la nobleza restringió, en buena medida, el libertinaje y violencia de aquél. El resultado de este largo proceso fue que al final, en la corte, "la fuerza física y los arrebatos afectivos directos están prohibidos y son una amenaza para la existencia".[48] La exageración deliberada ("amenaza para la existencia") es un recurso que refuerza al tabú al expresar que, de no hacerse las cosas así, habría consecuencias catastróficas. Este pasaje es muy similar a la advertencia emitida por la exposición permanente Realismo socialista en Kozłówka, Polonia, que de forma orgullosa muestra "claramente que los regímenes totalitarios de todo tipo representan un gran riesgo para la humanidad".[49] Ante advertencias como ésta, los actores de la nostalgia en el orden nuevo manifiestan una contención para declarar su melancolía en público, como si fueran caballeros de la corte del liberalismo, que puede contrastar profundamente con lo que cada uno confiesa en privado, en un ambiente más propicio, sea en el hogar o al amparo del barullo y el anonimato en un centro comercial. Hay un halo de autocensura en el ambiente, con origen en la más pura vergüenza, para quienes no pueden (o no deben) expresar directamente sus pensamientos, por no ser válidos para una ideología en boga, a pesar de que ésta se conciba a sí misma como la más tolerante. Como señala Oana Popescu-Sandu, el pasado personal de estos actores es indirectamente orillado a la obsolescencia ante la devaluación y rechazo por parte del sistema liberal imperante.[50]

Tomando la clara influencia de Ibsen en Peer Gynt, el escritor brasileño Joaquim Machado de Assis (1839-1908), en su novela O alienista (El alienista, 1882), describe la historia de Simão Bacamarte, un psiquiatra que recluye a 4/5 partes de la población de Itaguaí en un manicomio conocido como la Casa Verde, para luego liberarlos porque "había resultado la convicción de que la verdadera doctrina no era aquélla sino la opuesta y que por lo tanto se debía admitir como normal y ejemplar el desequilibrio de las facultades, y como hipótesis patológicas todos los casos en que aquel desequilibrio fuese interrupto [sic]", por lo que "[el doctor] declaraba al Ayuntamiento que iba a poner en libertad a todos los reclusos de la Casa Verde y a proceder a acoger a las personas que se encontraban en las condiciones ahora expuestas [es decir los cuerdos]".[51] Así, el nuevo orden liberal es una especie de Simão Bacamarte, "activo y sagaz para descubrir enfermos [mentales]",[52] que de la noche a la mañana invierte las prioridades del orden local. Machado de Assis resume de manera brillante en este cuento la relación entre el sistema político y el individuo incompatible, basada en el retraimiento.

Hoy en día la existencia de sistemas y personas que se dicen comunistas, pero también de quienes valoran positivamente ese pasado, se ve como algo "fuera de moda", algo que no corresponde al mundo después de 1991 y que debe ser erradicado.[53] El presente político, en este caso el democrático liberal, habrá cumplido su misión si se voltea a ver al que aún se dice comunista como "bicho raro", como algo anacrónico y aun exótico, algo parecido al bufón en las cortes de la baja Edad Media —el único a quien se permitía bromear y monopolizar la espontaneidad—,[54] que de más de una boca obtendrá el adjetivo de "pobrecito", a quien se debe "ayudar" mediante caridad y atención especial, pues no puede gobernarse. Un resumen de este triunfo en palabras de una etnóloga estonia es que "sentí sorpresa cuando me di cuenta de que en buena parte de las narrativas [que recopilé] la vida cotidiana soviética era valorada positivamente".[55] Esta confesión refleja más el sentido común, liberal, imperante en Estonia sobre el pasado soviético que otra cosa. En Rumanía, David Kideckel ha encontrado que la clase obrera hoy por hoy es satanizada por haber sido el supuesto eje de la política durante el socialismo; irónicamente, los trabajadores de "cuello azul" —obreros manuales

—, que son los grandes perjudicados con las crisis económicas, son culpados por iniciarlas.[56] Según Kideckel en Rumanía "la implicación es normalmente que las vidas de los trabajadores son menos valiosas que las de otros [individuos]";[57] así, aduce, "el postsocialismo es un concepto amorfo que define a las sociedades por algo que no son, en vez de por lo que son".[58] Lo mismo sucede, insiste Kideckel, con el concepto de "transición", término teleológico, "etnocéntricamente triunfalista y que no respeta variaciones nacionales".[59]

En suma, no puede verse en la nostalgia por el socialismo un sentimiento legítimo; tiene por fuerza que haber algo sospechoso detrás, algo que permita al sentido común del liberal permanecer incólume. Mitja Velikonja ha explicado cómo, para la opinión pública occidental, esta nostalgia es algo naturalmente sospechoso, "fabricado, inventado e impuesto a ciertos grupos para obtener beneficios".[60] Incluso buena parte de la literatura que de algún modo reivindica la nostalgia poscomunista llega a adoptar "a medias" esta perspectiva, lo que se manifiesta de dos formas. Una es el mero hecho de cambiar el nombre a los actores nostálgicos entrevistados; es decir, el entrevistador mantiene en el anonimato a sus interlocutores para evitarles padecer una condena ética, pese a que el discurso apologético de éstos sobre el pasado comunista se lea por lo general en conferencias o revistas académicas —y no en el poblado natal de "Anna" en la Estonia rural o de "Matthias" en el este de Alemania—. La segunda forma es aducir que los actores nostálgicos, por lo general, son "perdedores de la transición", sin advertir, como ya se vio, que en ocasiones son precisamente los "ganadores" quienes concentran mayor nostalgia. Para rematar, parafraseando a Monica Palmberger, la nostalgia poscomunista no puede explicarse únicamente por los "efectos negativos" de la "transición", pues hay manifestaciones claras de ella en países como Eslovenia, que pasaron por una transición relativamente pacífica y sin crisis económicas considerables,[61] al menos hasta 2009.

En realidad ese rechazo automático e instintivo del fenómeno nostálgico poscomunista se debe en gran medida a la inercia del rechazo y la condena occidentales al comunismo durante la Guerra Fría, cuyo discurso característico se basaba en que "El Pueblo", que no podía ser nada más que "oprimido", "aspiraba" a ser como el

ciudadano occidental. Tal discurso constituye la cancamusa egoísta que rodea hasta la actualidad a todo desertor del socialismo, como mostró el filme Moscow on the Hudson[62] —y que ignora los casos de deserción de Occidente a países socialistas—.[63] Alexéi Yurchak demuestra que esa adjetivación negativa de la nostalgia poscomunista es meramente la inercia de las asunciones que se tenían sobre el comunismo en Occidente antes de su caída: que era "malo", "inmoral", "impuesto" por una elite depredadora e, incluso, que era concebido de esa forma por el "Pueblo Oprimido" y que el colapso del sistema se basó en la dicotomía reduccionista de la oposición de "El Pueblo (Bueno)" frente a "El Partido (Malo)".[64] Contestando a estas fantasías, tanto Velikonja como Yurchak llegan a las mismas conclusiones. El primero se pregunta por qué hay tanta gente que no comparte esa condena del pasado si el socialismo era tan terrible como se ha dicho, aduciendo que la actitud de estos individuos disonantes hacia los años vividos durante el antiguo régimen es mucho más compleja de lo que se ha querido mostrar.[65] El segundo es aún más resuelto al decir que entre los detractores del socialismo hay un estado psicológico completamente definido en la mente del hablante antes de que hable:

Lo que parecería perderse en estos relatos es el hecho crucial y paradójico de que buena parte de las personas que vivían bajo el comunismo apoyaba sus valores e ideas fundamentales de manera genuina, a pesar de que sus prácticas cotidianas puedan parecer duales[66] dado que en efecto transgredían rutinariamente varias normas y reglas representadas en la ideología oficial de ese sistema.[67]

Hay dos recuentos relevantes, ambos recabados en Polonia, que permiten hacer a un lado esa dicotomía uniforme y ficticia de "pueblo/partido". Uno de ellos es la excelente etnografía de Agnieszka Pasieka sobre la Polonia rural, publicada en 2012. Mediante testimonios como "¿El Partido? ¿Me está preguntando sobre el Partido? Le diré cómo funcionaban [realmente] las cosas aquí", varios de los interlocutores de la autora, campesinos del sureste polaco de entre 50 y 60 años, hacen borrosa la supuesta

diferencia y dejan ver cómo se “apropiaban” del sistema para hacerlo trabajar en su favor. Uno de ellos, Zenek, cuenta cómo un día llegó al pueblo un “hombre del Partido” (partyjniak), y su hermano Mietek —alto, corpulento y fuerte— sugirió al recién llegado ir a dar una vuelta con él. Tras una breve charla, el partyjniak prefirió irse y “nunca más volver”. Mietek diría después que él sólo fungió como “mediador” y que, en realidad, siempre se cooperaba con las autoridades socialistas para obtener beneficios locales pero, sobre todo, para “evitar problemas”.[68] Según los locales, en todo momento había forma de mantener la paz social porque a través de la mediación con las autoridades siempre se podía resolver conflictos; hoy, en cambio, “nadie tiene dinero para ir a juicio en caso de problemas así”.[69]

Un segundo recuento resulta aún más esclarecedor. Frances Pine relata que a principios de la década de 1950 un pueblo remoto, inaccesible y de tierra improductiva en el sureste polaco fue catalogado como “en proceso de desaparición” por el gobierno. Los locales, no obstante, idearon un plan para convencer a la autoridad de no abandonarlo. Conscientes del visto bueno del gobierno hacia el folclor, varios delegados se vistieron con trajes típicos e incluso llevaron una banda de músicos góral a Varsovia, donde ofrecieron al Ministerio de Economía rescatar la economía local con la construcción de una estación de tren, para la cual donarían tierra, material y mano de obra, pagando los costos con dinero enviado por sus parientes desde Estados Unidos. El permiso se concedió y en la inauguración el sacerdote local encabezó una procesión a la estación. La banda del pueblo tocó, se celebró misa al aire libre y el cura incluso bendijo el tren en cuanto llegó.[70]

Estos relatos difuminan la visión de buena parte de la literatura occidental sobre una “sociedad civil aquiescente” en el socialismo, y muestran algunas de tantas historias de éxito (¡y felicidad!) en el antiguo régimen de las que no suele contarse, especialmente las que ocurrieron a principios de la década de 1950, en pleno estalinismo.

Para retomar el argumento, hablar de la negación de la nostalgia, y definirla mediante lo que no es, permite sacar punta al presente político: una ideología en boga que comprende una dualidad incuestionable, compuesta por la democracia liberal y la economía

de mercado —basada a su vez en la tríada "protectora" conformada por la mayoría de los actores políticos, los medios de comunicación y círculos académicos específicos—. Los apóstoles de la democracia liberal buscan que no haya desviación alguna de un dogma previamente establecido para sobrevivir —algo sumamente normal en todo régimen político, pero que, al ser la ideología predominante en la actualidad, no se dice— y, en ese tenor, no obran distinto de regímenes "autoritarios" o "totalitarios" al buscar una imposición ideológica sobre las sociedades que gobiernan. La (re)construcción del pasado es un vehículo muy necesario para la continuidad de la vida social, para encontrar un punto de vista privilegiado sobre el cambiante ambiente social.[71] Una manera de expresar las similitudes entre la imposición ideológica totalizadora de la democracia liberal y la del socialismo se revela a través de las semejanzas en la negación que ambos inyectan en el discurso público. Es bien sabido que, por lo general en el socialismo —con mayor razón al ser un sistema intolerante hacia otras manifestaciones de pensamiento político—, las personas que discrepaban del gobierno solían hacerlo, en su mayoría, en secreto y en privado;[72] de hecho, esto propició una forma fecunda de preservar oralmente la memoria sobre tradiciones y versiones de la historia tergiversadas o negadas por la ideología e historiografía socialistas, como sucede en todo presente político.[73]

¿Qué es la nostalgia por el socialismo hoy por hoy, en esta faceta negada, si no una reproducción a manera de espejo de este fenómeno? En el orden actual, las memorias positivas individuales sobre el socialismo se preservan exactamente del mismo modo, en un ejercicio donde las "segundas generaciones" de actores nostálgicos reciben de las primeras un discurso privado y escondido, en la forma más pura de la memoria oral y en una versión generalmente distinta de la reivindicada por el discurso oficial. Aun cuando esta nostalgia que pasa oralmente de actor en actor es inyectada en lo público, no hay más que ridiculización y condena por parte de los paladines del presente político.[74] Para completar esta similitud entre la sombrilla impermeable de la ideología liberal y la socialista —o, insisto, de cualquier ideología política con aspiraciones universales—, es necesario también voltear hacia la actuación pública y privada del sujeto al que aquélla se impone. Tanto en el socialismo como en la democracia liberal existe la

figura de lo que Václav Havel llamó el verdulero,[75] es decir, "un hombre común, modesto, [que] es profundamente indiferente frente a la ideología oficial [y] se limita a seguir mecánicamente los rituales establecidos".[76] Este personaje es el que en las fiestas oficiales es sumamente entusiasta y "participa impasible en las concentraciones en masa", pero que se lamenta en privado de la corrupción o la incompetencia de la elite del poder.[77] Yurchak completa la visión del verdulero dentro del socialismo al citar a uno de sus entrevistados en la Rusia postsoviética:

Al asistir a las reuniones del Komsomol en la década de 1970, [él] prestaba muy poca atención a los discursos, y en vez de eso leía un libro. Sin embargo, cuando el voto sobre una resolución se anunciaba mediante la pregunta "¿Quién está a favor?", "cierto sensor se activaba en la cabeza […] y alzabas tu mano automáticamente".[78]

Esta figura, pues, la del participante cínico, encarnaba "el verdadero modo de reproducción de la ideología oficial" en el socialismo.[79] Se trataba de un individuo que fungía como garante de la estabilidad ideológica en la escala más diminuta del sistema, puesto que "toda una serie de señales transmitía, entrelíneas, la advertencia de no tomarse demasiado al pie de la letra las exhortaciones oficiales, de que lo que el régimen deseaba en realidad era una actitud cínica hacia la ideología oficial".[80] Esta reproducción automática del consentimiento garantizaba, pues, la prevalencia del sistema ideológico. Era éste un "acto de reconocimiento de cómo debe uno comportarse en dado contexto ritual con el fin de reproducir el estatus propio como actor social y no un acto que expresaba el acuerdo hacia un significado literal".[81] Esta distinción entre la actuación pública y privada de un mismo sujeto en el socialismo permite ver una similitud importante con varios "sujetos cínicos" que actúan bajo la democracia liberal; concretamente, con los "disidentes en secreto" que se han mencionado ya y que al mismo tiempo, en público, se muestran como participantes activos del sistema actual y aquiescentes para con sus instituciones. De ellos se hablará en el resto del libro.

En ese sentido, ridiculizar la nostalgia poscomunista se vuelve, a su vez, ridículo. En suma, esa nostalgia representa un rechazo (total o parcial) al sistema capitalista y democrático liberal, el cual a su vez es negado por un presente fundamentalmente político que, como todos, intenta imponerse mediante ideologías e instituciones, del mismo modo en que la nostalgia por el régimen zarista constituía un refugio que buscaba negar el presente socialista en sus primeras décadas de vida. Así, la nostalgia por el socialismo es, entre otras cosas, "una crítica social, pese a lo confusa, escondida, sutil o cautelosa".[82]

LA FETICHIZACIÓN DE LA NOSTALGIA

[…] en esa esquina estaba la casa de Bonifacio Acevedo, abuelo del viejo, el hermano del que después fue general Cosme Acevedo (¿el de la calle?), sí, el de la calle: es lo único que nos va quedando, nombres de calles.

ERNESTO SÁBATO, Sobre héroes y tumbas[83]

Sientes acaso cómo los pasados

se aligeran si tú vives un rato

como con dulzura; te dispusieron para el prodigio,

te escolta con imágenes cada sentimiento,

—y las eras enteras parecen sólo un signo

para un gesto que bellamente realzas—.

RAINER MARIA RILKE, “El cantor canta ante un hijo de príncipes” (fragmento)[84]

Vendiendo caro

La nostalgia por el socialismo también es malinterpretada desde un segundo embozo, sin el cual se le puede encontrar en su forma más pura. En esa otra gran obra crucial de 1867, El capital, Marx habla de cómo la mercancía en el sistema de producción capitalista tiende a fetichizarse al atribuírsele un valor que por sí misma no tiene: satisfacer, merced a sus propiedades, la necesidad humana, en vez

de advertir que tras ello hay un tiempo de trabajo socialmente necesario —"gasto de cerebro, nervio, músculo, órgano sensorio, etc., humanos"—[85] para producir un bien de consumo final, de cuyas propiedades no brota la satisfacción como por arte de magia. Este proceso, por el cual el hombre trabaja para el hombre, así como el proceso de intercambio de la mercancía, producen a su vez una relación de carácter social entre individuos:

Si los objetos útiles adoptan la forma de mercancías es, pura y simplemente, porque son productos de trabajos privados ejercidos independientemente los unos de los otros. El conjunto de estos trabajos privados forma el trabajo colectivo de la sociedad. Como los productores entran en contacto social al cambiar entre sí los productos de su trabajo, es natural que el carácter específicamente social de sus trabajos privados sólo resalte dentro de este intercambio. También podríamos decir que los trabajos privados sólo funcionan como eslabones del trabajo colectivo de la sociedad por medio de las relaciones que el cambio establece entre los productos del trabajo y, a través de ellos, entre los productores. Por eso, ante éstos, las relaciones sociales que se establecen entre sus trabajos privados aparecen como lo que son; es decir, no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas.[86]

La cita de Marx viene a cuento no porque este trabajo verse sobre el socialismo en una de sus múltiples facetas, sino porque con el fenómeno aquí analizado sucede algo parecido a ese proceso escondido de la mercancía. La corta rama académica que estudia la nostalgia por el socialismo alberga una corriente que escribe tragándose una falsa nostalgia, que cree advertir su pureza y originalidad al hablar sobre un derivado ínfimo de la misma: su comercialización. En pocas palabras, esta subliteratura le atribuye a un producto "retro" del poscomunismo la posibilidad de provocar nostalgia por sí mismo, cuando en realidad ésta se manifiesta en el momento en que el actor muestra un apego hacia dicho objeto. En ese tenor, varios autores han confundido el estudio de la nostalgia

poscomunista con el estudio de mercancía de simbología potencialmente "nostálgica". A estos autores, lo mismo que a los clientes que compran exoticidades como camisetas con la hoz y el martillo estampados o camisetas con la imagen del Che Guevara, les venden bastante caro. Con esto no digo que sea trivial estudiar la comercialización de la nostalgia como tema sociológicamente relevante.[87] La confusión reside en equiparar esa práctica, la de la nostalgia que se produce en el contacto con elementos físicos, con la nostalgia directa, es decir, la que lamenta la pérdida de los aspectos que considera positivos al hacer un ejercicio de memoria (individual o colectivo) sobre un periodo vivido. Basada en ese carácter selectivo, la última es la que determina a través del individuo qué objetos o hechos la detonan y cuáles no, y no al revés. La nostalgia directa precede a la física; la experiencia está previamente enraizada en la mente del individuo nostálgico, pues el objeto que detona la nostalgia no la contiene ni la produce por sí mismo.

Mitja Velikonja hace al respecto una separación necesaria y puntual que deja en claro la distinción entre la nostalgia y su fetiche, o entre la cultura de la nostalgia y la cultura nostálgica. La primera se caracteriza por un discurso construido verticalmente por ciertos grupos sociales e impuesto u ofrecido a otros para alcanzar objetivos específicos, en especial una retribución económica. Como ejemplo cita la mercancía ya conocida: relojes cuyas manecillas son los bigotes de Stalin, camisetas, destinos turísticos "nostálgicos" e incluso partidos políticos, entre muchos otros productos. La cultura nostálgica, en cambio, es mucho más genuina en tanto que es una "convicción popular [de abajo hacia arriba], un patrón mental, un sentimiento nostálgico" y una suma de actividades por parte de sus actores. Se manifiesta, por un lado, en encuestas de opinión, inscripciones en libros de memorias en sitios propicios para la producción de nostalgia (museos, mausoleos) o en "peregrinajes" voluntarios a sitios simbólicos del antiguo régimen —no meramente turísticos, pues eso correspondería a la primera categoría, sino puramente ideológicos—; por otro lado, se encuentra en la memoria personal.[88]

La diferenciación que hace Velikonja me parece una distinción certera, puesto que diferencia la nostalgia auténtica del negocio,

aunque queda un sabor a insatisfacción, pues el autor equipara ambos fenómenos en su validez epistemológica, es decir que, para él, ambas manifestaciones equivalen a una nostalgia auténtica. En cuanto a partidos políticos, difiero de Velikonja cuando los incluye en la cultura de la nostalgia, o sea en el negocio, lo que implicaría que son una imposición vertical sobre la sociedad como una forma acabada de nostalgia, cuantificable, parecida a un bien de consumo final. La partidista es una discusión de la que se hablará en el capítulo siguiente, pero que resumo aquí: si bien los partidos sucesores pueden verse, sí, como un producto final respecto del cual cientos de miles o incluso millones de actores definen su nostalgia mediante una transacción —el voto—, aquéllos no dejan de ser espacios de mayor complejidad que una simple camiseta con la imagen de Marx o del Che Guevara. En tanto que canales de nostalgia, los partidos políticos pueden ser manifestaciones perfectamente válidas de la cultura nostálgica, a pesar de que haya cuadros oportunistas en ellos que busquen el poder por sí mismo o una simple retribución económica. Entre esos votantes se abre, pues, un nuevo abanico de actores, en el que me interesan los que votan por el partido nostálgico creyendo que puede traer una restauración total o parcial del antiguo régimen. En el siguiente capítulo diré por qué no puede descartarse a estos actores, los cuales, a pesar de poseer lo que podría denominarse una "cultura política totalitaria", depositan su fe, irónicamente, en un ejercicio democrático liberal.

La diferenciación de Velikonja es necesaria porque este menoscabo —confundir la cultura de la nostalgia y la cultura nostálgica— es amplísimo en la literatura en cuestión. Quedará más claro citando algunos casos. Uno bastante recurrente se da en la bibliografía sobre la nostalgia por la República Democrática de Alemania (RDA), en la que incluso se inventó el término Ostalgie,[89] que recoge la etimología de nostalgia y la fusiona con la palabra alemana que da nombre al levante (Ost). Camisetas con leyendas que rezan "nacido en la RDA" ("born in the G.D.R.", en inglés y no en alemán) representan menos un sentimiento intimado que un mero aprovechamiento lucrativo mediante la comercialización de la pérdida colectiva. Basta caminar por las calles de Berlín para encontrar por doquier "mercancía socialista", desde camisetas con el compás y el martillo o postales con fotografías de Erich Honecker

y Walter Ulbricht hasta automóviles Trabant,[90] la Vita-Cola en restaurantes o tiendas conceptuales como la del Ampelmännchen.[91] Esta literatura también destaca la circulación de filmes alemanes "melancólicos" como Sonnenallee[92] o Good bye, Lenin!,[93] que resaltan de manera un tanto apologética la vida diaria en Alemania del Este.[94]

Jonathan Bach, por ejemplo, hace una lista de Ostprodukte ("productos del este") de distribución nacional en Alemania que, según él, "reivindican" la identidad de los ex ciudadanos de la RDA frente al antiguo lado occidental —en algún pasaje incluso se inventa que de ese modo el alemán "oriental […] 'busca' usar el mercado simbólicamente contra el Oeste"—.[95] Sin embargo, Bach no repara en que, de hecho, esos bienes son producidos en su mayoría por empresas occidentales,[96] por lo que el uso del "mercado" es exactamente el contrario. Además, el autor reparte a los alemanes occidentales un pedazo del pastel nostálgico y afirma que incluso ellos sienten una "nostalgia de estilo", que los lleva a consumir productos "retro" de la RDA (¡valorados "precisamente por [su] falta de apego emocional a un pasado específico"!),[97] cuya producción y consumo, dice, representan una "cristalización" de la nostalgia poscomunista.[98] El autor concluye que sólo los alemanes occidentales que no vivieron en la RDA pueden sentir nostalgia por ella a través de una "nostalgia de estilo", o sea, mediante la comercialización de productos "retro", lo cual es un disparate. Kristen Ghodsee, estudiando el caso búlgaro, también da cuenta de lo que para ella es una nostalgia auténtica mediante la descripción de "pines socialistas, botones y medallas; bustos de Marx y Lenin" y discos titulados Las canciones doradas de Rusia que se venden "en el centro de Sofía".[99]

Parece, pues, que estos autores tienen toda una idea incorrecta de la nostalgia: la conceptualizan por todo lo que no es, a pesar de que algunos de ellos irónicamente presentan episodios de nostalgia directa.[100] Ésta aparece —si se atiene a las definiciones que se han dado en este trabajo— como una emoción, un sentimiento, no como un producto: la nostalgia precede a la inclinación que siente el individuo hacia el objeto precisamente por un apego emocional previamente arraigado, que puede estar o no en estado de latencia, es decir, manifiesto o reprimido en su psique; no brota

mágicamente del objeto mismo, sino que es igual a la distancia que el individuo marca frente a éste. Como dijo Otto Boele: “El anhelo por el pasado requiere el reconocimiento de una brecha infranqueable entre uno mismo y el objeto de deseo. Debemos caer en la cuenta del arcaísmo del pasado (the pastness of the past) […] y sólo así podemos vivir la añoranza temporal que se llama nostalgia”.[101] Isaiah Berlin, sin referirse propiamente a la nostalgia, es más directo: “si, en suma, consideramos que nuestra situación se queda corta en perfección, esto se hace inteligible sólo al comparar nuestro mundo con un mundo más perfecto; sólo midiendo la brecha entre ambos podemos medir por cuánto se queda corto el nuestro”.[102] La nostalgia es, pues, un instrumento de medición temporal y, a la vez, un “significante flotante”[103] sobre la sociedad al que se pueden dar muchos cauces, algunos de ellos materiales, pero reducir su complejidad a un objeto no es más que escapar de la acción de pensar. En suma, si el objeto, comercializado o no, trae a la persona recuerdos gratos, lágrimas o un deseo de regresar a tiempos pasados, se habrá producido nostalgia, pero habrá casos en que no sea así necesariamente. No es que un objeto comercializado, un bien final, detone la nostalgia: el hecho somero de producir el objeto no tiene un fin nostálgico, sino comercial. En tanto que producto final, no hace brotar la nostalgia por sí mismo, sino que puede llegar a catalizarla luego de un proceso de asociación mental en donde a la evocación mnemónica del objeto se suma un sentimiento arraigado previamente. Uno no se levanta un día, compra una camiseta con el rostro de Lenin y comienza a sentir nostalgia. Se necesita toda una experiencia previa, quizá de varios años, para detonar ese sentimiento.

A propósito de bienes de consumo, Neringa Klumbytė ha descrito cómo la nostalgia por la naturalidad de las salchichas en Lituania ha redefinido la nostalgia por el socialismo en ese país. Entre otros relatos de sus entrevistados, destaca el de Regina, una mujer mayor de 70 años: “La comida antes era natural. Mis familiares en Alemania me pedían llevar mantequilla y queso de Lituania porque ellos no tenían buena comida. Y la comida lituana era deliciosa y natural. Ahora, cuando [los productores lituanos] empezaron a copiar todo de Occidente, toda la comida se volvió mala […] Las salchichas también eran buenas. Ahora la salchicha boloñesa es puro almidón y sangre”.[104] Dalia, otra mujer mayor de 40 años,

comentó que “ahora buscas y buscas y todas [las salchichas] se ven sospechosas. Una vez compré una rosada. Creo que le añadieron algún tipo de colorante. Antes [en el socialismo] una salchicha era una salchicha, sabías que estabas comiendo carne […] Esos eran tiempos, eran buenos tiempos entonces”.[105] En estos ejemplos, la nostalgia pasa por una pérdida de la calidad de los productos, de lo cual se culpa al nuevo régimen y la apertura de los mercados. El de los entrevistados de Klumbytė es un caso en el que la percepción (negativa) de un producto sí detona una nostalgia por los “buenos tiempos” en los que podía comerse una salchicha que estas personas consideraban decente, pero a la vez es una excusa para enarbolar una crítica a “Occidente”. En este caso no hay un fetiche porque la nostalgia es real, detonada no a partir de un producto que se asume comercialmente como del pasado, sino por uno que precisamente ya no es el mismo del pasado.

Dominic Boyer advierte para el caso alemán que esa supuesta nostalgia auténtica, esa comercialización, no encarna más que negocio puro; en ese sentido, está plagada menos de nostalgia por la RDA que de una fantasía construida precisamente del otro lado, en Alemania Occidental.[106] Boyer hace un gran favor al aclarar que las memorias de los ciudadanos de la RDA se enfocan más en las “formas creativas de sostenerse en una sociedad con escasez material” y mucho menos en el consumo específico, casi obsesivo, de aquellos productos,[107] convertidos en los falsos protagonistas de la nostalgia en interpretaciones académicas. Un ejemplo claro de este reduccionismo fetichista es la búsqueda incansable de los pepinos Spreewald para la madre de Alex, el protagonista de la cinta Good Bye, Lenin!,[108] así como la lista de Ostprodukte que desglosa Bach en su artículo, o también los productos mencionados por Ghodsee.

Lo anterior permite examinar esta fetichización desde otra lente, la de una crítica más amplia de ese conglomerado que es el pensamiento occidental, el cual se manifiesta en el hecho de considerar que la nostalgia que surge por medio de objetos —y no en forma de objetos, como ya esclarecí—[109] sólo es asequible en la comercialización de los mismos, como si no hubiese bienes privados y públicos vigentes y cotidianamente útiles fuera del mercado, a pesar de (o precisamente por) su inexorable vínculo con

el antiguo régimen. En pocas palabras, esos objetos no tendrían que estar en un museo o en un puesto callejero, ni ser intercambiados por dinero, para canalizar nostalgia;[110] eso sólo abona a ver en ella algo aislado, menor y, en última instancia, ridículo o exótico. A esta concepción subyace también la idea de que esos productos ya no son útiles porque se fabricaron durante la época socialista, que al ser un sistema "pasado de moda", lleva hacia la vetustez todo lo relacionado con él. En realidad, para empezar, hay objetos, bienes, lugares o prácticas que siguen teniendo un significado público determinante y que aún son útiles en la vida cotidiana para muchos actores, independientemente de si producen nostalgia o no. El Ampelmännchen berlinés es un diseño aún presente en los semáforos de Alemania por su ingeniosa utilidad, a pesar de haber sido creado bajo el socialismo; por el contrario, en el momento en que se venden camisetas o tazas con su imagen, su utilidad pasa a un segundo plano o, más bien, genera una utilidad de otro tipo: publicitaria y económica.[111] Lo que se esconde en el fondo de esta literatura es la equivocada noción de que los objetos creados en el pasado socialista, como un automóvil Trabant o un pin partidista, son valiosos cuando, por su exoticidad, por ser productos "retro", se les asigna un precio. Todavía más corto de miras es aseverar que eso representa una nostalgia auténtica por el sistema socialista. Habrá quien genuinamente ponga La internacional en el tono de su celular y que eso provoque cierto orgullo o melancolía, o aun quien nostálgicamente se emocione al comprar matrioshkas en cuyo interior se descubre pintados a un líder soviético tras otro, pero cabe insistir en que ese brote surge de orientaciones mentales hacia el pasado previamente definidas en el actor nostálgico, de manera consciente o inconsciente.[112]

En suma, podría decirse que esta visión occidental, triunfalista, y su acompañante literatura tiralevitas llevan el pasado socialista a un terreno familiar —el mercado— porque es una forma en la que: a) la nostalgia se hace reconocible mediante un reduccionismo y se vuelve algo fácil de describir y de entender al restársele complejidad, y b) se le despoja de un contenido ideológico-político sin el cual queda en un estado completamente "inofensivo" y trivial,[113] lo que comprueba que, regresando a Peer Gynt, "claro que cuando se acerca el peligro se acude al fetiche".[114] Marilyn Ivy, en un libro sensacional sobre la presencia del pasado en el Japón

contemporáneo, señala que este fenómeno, la supuesta nostalgia en esta forma comercializada, no conlleva “ni un llamado explícito al retorno, ni un sentimiento agudo de pérdida, ni referencia a una memoria personificada”; por lo tanto, “uno debe preguntarse, pues, si la nostalgia, con su obstinada implicación de pérdida y deseo, es realmente la noción apropiada en este caso”.[115]

Algo similar sucede con el llamado “turismo poscomunista”, una serie de prácticas que se dan entre personas que viajan a países que son o fueron socialistas por experimentar un sistema distinto basado en su “exoticidad”. Entre aquéllas no faltan quienes se disponen a “vivir la experiencia” y por ende aceptan de buen modo un trato propio del régimen, como las formalidades de entrada o la “vigilancia” de la seguridad local, pues es precisamente lo más “exótico” para el turista.[116] En el poscomunismo dicha actividad turística representa el consumo de un servicio (final), que se distingue del mero objeto o producto en que hay una persona —el guía de turistas— que cuenta una “historia oficial”, la cual generalmente incorpora elementos peyorativos y los prejuicios del nuevo orden,[117] como descubrió Duncan Light en tres sitios distintos de ciudades poscomunistas como Budapest, Bucarest y Berlín.[118] Como él sugiere, no sólo se saca un provecho económico de esta actividad, sino también uno político, así sea en el nivel más bajo de la orientación del individuo hacia su sistema político: el turista eventualmente regresará a su país a contar las “crueldades” del extinto socialismo, contribuyendo a la construcción de un sentido común que difunde lo aprendido de manera negativa.[119]

¿Nostalgia por el chicotazo?

Junto a la idea negativa de la fila, uno de los primeros esbozos mentales al escuchar o leer sobre “el socialismo” en Occidente es caer en el reduccionismo de la represión. La definición del socialismo real generalmente trae aparejada esta idea, una de las más difíciles de desasociar de cualquier interpretación occidental sobre aquél. Es lugar común en la literatura sobre el tema, en lo

(poco) que se conoce sobre el sistema socialista, la idea algo orwelliana de que la "policía secreta" era omnipresente, todopoderosa y profundamente violenta. Asimismo, al igual que ocurre con la fila, para el occidental sería un completo disparate que alguien sintiese nostalgia por ese sistema represivo. En lo que sigue no presentaré casos de masoquismo: se trata de entender por qué vías los individuos pueden llegar a esbozar una nostalgia por cierto orden, a la vez que se desmitifica un poco la noción de la ubicuidad hiperbólica de elementos represivos en el socialismo.

A propósito de la Ostalgie, Boyer destaca otra interesante fantasía occidental sobre la vida cotidiana en la RDA: la centralidad de la Stasi, la policía "secreta" del régimen. Para empezar, esta institución no se trataba de ningún secreto puesto que Stasi era un acrónimo de Staatssicherheit, diminutivo por el que se conocía al Ministerio para la Seguridad Estatal (Ministerium für Staatssicherheit), dependencia bastante bien conocida en la RDA. Boyer observa que, entre los alemanes del oeste, la Stasi era punto nodal de la idea que se hacían sobre lo que ocurría en la otra Alemania, al grado de llegar a la exageración de comparar al Ministerio, aunque de manera muy vaga, con los campos de concentración del nacionalsocialismo.[120] A pesar de que la Stasi es en realidad un elemento demasiado marginal en la memoria de los antiguos ciudadanos de Alemania del Este,[121] la fijación occidental con las "policías secretas" es muy clara en las escenas de represión policiaca en Good bye, Lenin! o en La vida de los otros (Das Leben der Anderen),[122] película duramente criticada por Boyer en otro fascinante artículo.[123] El autor aduce que, en la cinta, la caracterización que se hace del sistema político de la RDA sintetiza los elementos típicos que constituyen el "peso semiótico-político" de Europa del este desde el Renacimiento —corrupción, despotismo, degeneración moral—[124] y cuestiona que la ley y la justicia aparezcan sólo al final de la película, una vez que el Muro de Berlín ha caído y que Alemania Occidental ha absorbido a la RDA, como símbolos del triunfante Occidente. El autor sentencia la crítica parafraseando a un amigo suyo que por mucho tiempo fue espiado por la Stasi, al igual que el protagonista de la cinta, y quien muy molesto comentó con Boyer que todo lo que aparece en ella en efecto ocurrió, "pero NO OCURRIÓ ASÍ [sic]. Mil detalles fueron borrados".[125]

Esto vale para otros textos en los cuales surge un nuevo fetichismo o fantasía: que el Estado socialista —y, por ende, también su nostalgia— sólo puede definirse con base en sus elementos coercitivos y represores, bajo la categoría dicotómica "opresores/ oprimidos", variante de la de "pueblo/partido" mencionada en el apartado anterior.[126] Esta idea no está exenta de fantasías ni, en muchos casos, de exageraciones —dependiendo del país y del periodo del cual se hable—, las cuales ignoran que muchas personas en el poscomunismo sienten nostalgia por el antiguo régimen y que incluso esa nostalgia puede basarse, precisamente, en algún aspecto coercitivo de aquél.[127] Hay actores nostálgicos que incluso rechazan abiertamente la imposición de lo que el occidental conoce como "libertad". Con todo, es necesario dejar bien claros los límites —pues abunda el alarmismo— entre, por un lado, una nostalgia orientada a aspectos coercitivos o de orden público en el ámbito inmediato del individuo y, por otro, ver en ello una justificación de la represión de Estado por motivos político-ideológicos.

En su estudio sobre las "geografías cambiantes" en la Polonia poscomunista, Alison Stenning halló frases como la siguiente, que pertenece a Dórota, una pensionada de Nowa Huta, en la región de Cracovia: "Antes [en el socialismo] era más seguro, se podía pasear de noche, incluso a las dos [de la mañana]. Y, ¿sabes?, nadie te acosaba. Y ahora no es posible, porque todos tienen miedo".[128] Otra entrevistada de Stenning, cuya respuesta no tiene desperdicio, extraña la "disciplina" que el comunismo trajo consigo, en la que la seguridad pública estaba garantizada: "Quizá [el problema] es esta libertad. No es bueno tener tanta libertad […] Quizá esa libertad nos ha perdido; no sé qué más pueda ser. Como dicen, con los comunistas había más disciplina. Había más milicia, la milicia distrital, que daba rondas constantemente cuidando el vecindario".[129] La equiparación de seguridad pública con libertad de movimiento durante el socialismo en el último ejemplo es un tema recurrente en las recopilaciones de antropólogos y etnógrafos sobre la nostalgia poscomunista, que invierte el concepto de libertad de una manera radical a como se entiende en Occidente y en los sistemas democrático-liberales. Personalmente también me topé con esta fascinante inversión y con respuestas muy similares en el trabajo que realicé en diferentes ciudades de Rusia, como se verá en el capítulo v.

Dentro de este nuevo fetichismo que reduce el pasado socialista a sus elementos coercitivos, Boyer termina su artículo sobre la Ostalgie diciendo que el mayor trauma para los ciudadanos de la RDA no fue su caída, sino el descubrimiento de que la narrativa occidental luego de la unificación reducía al extinto Estado a un régimen "criminal" donde ellos eran de pronto los reclusos en un campo de reos masivo cuando precisamente ellos, quienes sí lo vivieron, rara vez se sintieron así.[130] Este tipo de invenciones y torceduras convierten a la nostalgia en una "cultura de víctimas", que promueve una versión alterna de la historia como catástrofe.[131] Maria Todorova ha afirmado que "hay un deseo entre quienes vivieron el comunismo [sic], aun cuando se le hayan opuesto o hayan sido indiferentes a su ideología, de conferir a sus vidas un significado y una dignidad; no de ser concebidos, recordados o compadecidos como perdedores o esclavos",[132] o como no-personas[133] que nacieron en un régimen que de la noche a la mañana pasó a considerarse "ilegal";[134] mucho menos como individuos "culpables" sin idea ninguna sobre en qué recae su supuesta culpabilidad, ni como personas que padecieron una pobreza (material) hiperbólica o de plano inventada —la cual muchos sí padecen ahora—. Uno de los recuentos más espléndidos al respecto (acaso por su simpleza e inocencia) es el de una mujer lituana, Dalia, originaria de Kaunas: "Dicen que [durante el socialismo] comíamos huesos. No. Comíamos carne todo el tiempo. No comíamos huesos. En serio".[135] No exagera tampoco una mujer búlgara al decir que "aunque seguimos vivos, hemos sido transformados en momias".[136]

Para recapitular, esta fantasía reduccionista, al igual que el problema de la negación de la nostalgia, se resuelve de una manera sumamente sencilla: preguntando directamente a la gente que vivió en aquel tiempo y anotando sus impresiones.[137] En suma, la nostalgia por el socialismo no tendría por qué ser vista como "historia falsa". Para decirlo con Palmberger, "es más interesante descubrir qué memorias son importantes para los individuos, y por qué y cómo estas reconstrucciones de la historia tienen influencia en sus vidas, que juzgar las memorias de acuerdo con el grado de verdad que contienen".[138] Todo lo anterior deja ver que, como afirma Dasha Furséi, artista rusa contemporánea que reproduce en su obra valores de la época soviética de forma desapasionada:

Cada uno de nosotros [los artistas] presenta su propia experiencia soviética, en su propio contexto. De la obra de [Vitali] Komar y [Aleksandr] Melamid aprendes claramente que la ideología soviética era malvada, y que uno debe exponer esa maldad. La obra de artistas conceptualistas en general contenía un mensaje escondido: que nosotros [los ciudadanos soviéticos] éramos todos idiotas, que simplemente fuimos engañados, que no había nada bueno en nuestra vida, que seguimos a Stalin como una grey de asnos, que "no teníamos sexo", y demás […] En mi obra quiero expresar algo distinto: la idea, sí, de que quizá éramos ingenuos e inexpertos, pero también sinceros y que no éramos estúpidos. No deseo ser cínica sobre esa vida y sobre ese pasado. Prefiero intentar entenderlo, tratándolo con la misma sinceridad y respeto que estaban presentes entonces, en aquella vida.[139]

El estudio de la nostalgia poscomunista no tiene por qué ser un gesto apologético hacia el comunismo en su forma política. Lo que se necesita es entenderla, y qué mejor que sea mediante relatos de primera mano de quienes lo vivieron. Como afirma Todorova, a pesar de que se ve en la caída del socialismo el fantasioso "fin de la historia" y se busca por todos los medios que aquél no resurja, es ilustrativo basarse en la experiencia socialista para revisar formas alternas de organizar la sociedad.[140] Rescatar una dignidad negada y ridiculizada por el nuevo orden liberal no es muy distinto de hacer lo propio al mirar cómo el socialismo real aplastó la dignidad de un gran número de personas. Al mismo tiempo, reducir un sentimiento tan terrible como el de lo irrecuperable a un pin partidista o una camiseta roja me parece perder absolutamente la esencia del fenómeno. Creo que los relatos presentados en este capítulo, así como los que se presentarán en el resto del trabajo, hablan y hablarán por sí mismos.

NOTAS AL PIE

[1] Trad. de Stella Mastrangelo, México, Siglo XXI Editores, 16ª ed., 2003, p. 137.

[2] Trad. de A. Herraiz, Moscú, Progreso, 1977, p. 8.

[3] A lo cual Franz Liszt, otro genio innovador, rindió homenaje con su Marcha Fúnebre (dedicada al Emperador Maximiliano I de México), luego incluida en el tercero (S. 163, núm. 6) de sus Años de peregrinaje. La pieza es otra de las novedades de 1867, puesto que no tiene paralelo estilístico con ningún trabajo musical del siglo XIX.

[4] Nikolái Rimski-Kórsakov escribía a Músorgski su reacción a la pieza de esta manera: "En primer lugar, querido Modest, me has hecho feliz escribiéndome y, en segundo, porque has completado tu Noche en el monte calvo […] La modulación en sol menor y sol bemol mayor interrumpida por fa sostenido menor en un trino debe de ser sumamente bella. La glorificación de Satanás debe de fijo de ser muy sucia, así que es aceptable y oportuna toda clase de suciedad armónica y melódica y no hay razón para enviarte al Conservatorio. Los caballeros de ahí quedarían aterrados contigo, por supuesto, pero es que no son capaces de entender nada decente" (San Petersburgo, 10 de julio de 1867, en Hans Gál (comp.), Cartas de grandes compositores, México, Siglo XXI Editores, 1983, pp. 407-408, cit. en Raúl Zambrano, Historia mínima de la música en Occidente, México, El Colegio de México, 2011, p. 267). Piotr Ilich Chaikovski diría, a propósito, que "Músorgski, con toda su fealdad, habla de un lenguaje nuevo. Puede que no sea bello, pero acaba de nacer. Por eso podemos esperar que algún día produzca Rusia una pléyade entera de talentos vigorosos que abran nuevas rutas al arte. Nuestra fealdad, en todo caso, es preferible a la lamentable impotencia, disfrazada de poder creador serio, de Brahms y otros alemanes" (carta a Nadezhda von Meck, Sanremo, 24 de diciembre de 1877, en H. Gál (comp.), op. cit., p. 418; cit. en ibid., p. 264).

[5] ÅSE: […] ¡Oh, Peer, hijo mío, quién te hubiese visto dueño de Hägstad! Estarías sentado a una mesa bien repleta si fueras el novio.

PEER GYNT: Pues vamos allá; está cerca.

(Henrik Ibsen, Peer Gynt, trad. de Rosamaría Paasche, Buenos Aires, Colihue, 2006, p. 11).

[6] George Bernard Shaw, The quintessence of Ibsenism, Londres, Walter Scott, 1891, p. 49.

[7] Ibid., p. 50.

[8] Peer Gynt cree que la Esfinge es el "Sinuoso" —o Bøyg, personaje de la mitología escandinava representado como una serpiente gigante que funge como obstáculo a los paseantes—, con quien se topó en el acto II y quien dijo ser "sí mismo" cuando Peer preguntó su identidad. Cuando el doctor Begriffenfeldt encuentra a Gynt a los pies de la Esfinge le pregunta quién es ella, a lo que el protagonista responde "ella misma", por lo que el alemán —evidentemente desequilibrado— se emociona y lo toma por un sabio.

[9] H. Ibsen, op. cit., pp. 139-140.

[10] Ibid., p. 141. Las cursivas son mías.

[11] Cit. en Stephanie Schwandner-Sievers, “Invisible-inaudible. Albanian memories of socialism after the war in Kosovo”, en M. Todorova y Z. Gille (eds.), op. cit., p. 102.

[12] Fernando Escalante Gonzalbo, “Las razones del entusiasmo. Hipótesis sobre la actitud de la opinión europea hacia el EZLN”, Foro Internacional, vol. XXXVIII, núm. 4 (154), octubre-diciembre 1998, pp. 512-527.

[13] David Blair, “Anders Behring Breivik’s Norway shooting spree relived in chilling detail”, The Telegraph, 20 de abril de 2012; http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/norway/9217315/Anders-Behring-Breiviks-Norway-shooting-spree-relived-in-chilling-detail.html.

[14] La cobertura de las agencias de noticias europeas durante la revolución libia que destronó a Muammar el-Gadafi en 2011 y la consecuente guerra civil fue muy reveladora en ese sentido. En público muchos de los entrevistados decían haber apoyado la revolución en contra de la dictadura; en privado, no obstante, al preguntar a exactamente los mismos individuos su relación con el antiguo régimen, se escuchaban cosas como “Muammar [el-Gadafi] está en nuestros corazones”, “las nuevas autoridades representan a [Nicholas] Sarkozy” o “esta casa se la dio Muammar a mi padre”. Estos y otros comentarios no estaban exentos de nostalgia por el régimen gadafista en regiones específicas que se beneficiaron de sus políticas, como en la ciudad de Bani Walid, donde predomina la etnia warfala —favorecida en vida por Gadafi— y donde la resistencia a la autoridad del Consejo Nacional de Transición, gobierno provisional que remplazó a Gadafi, se tornó violenta a principios de 2012 (Agence France-Presse, “Qadhafi ‘lives in our hearts’: Bani Walid residents”, Dawn.com, 27 de enero de 2012; http://dawn.com/2012/01/27/kadhafi-lives-on-in-our-hearts-bani-

walid-residents/. Véase Rainer Matos Franco, “El Coronel no tiene quien describa”, ArteMisa, 27 de septiembre de 2012; http://rainermat.wordpress.com/2012/09/27/el-coronel-no-tiene-quien-describa/.

[15] En 1997 Leszek Koczanowicz advertía que en Polonia “la relación con el pasado es punto nodal de la vida política polaca actual. Todas las fuerzas políticas en la vida pública polaca enfatizan las diferencias una de otra en la relación de cada uno con el pasado, característica de los programas electorales. Tiene un gran arrastre emocional y por esto puede ser usado en el juego político” (“Memory of politics and politics of memory. Reflections on the construction of the past in post-totalitarian Poland”, Studies in East European Thought, vol. 49, núm. 4 (1997), p. 268).

[16] Barbara Wieliczko y Marcin Zuk, “Post-communist nostalgia among the middle-aged, middle-class Poles”, trabajo presentado en la conferencia anual de la American Sociological Association, AllAcademic Research, 16 de agosto de 2003, p. 3; http://citation.allacademic.com//meta/p_mla_apa_research_citation/1/0/6/7/0/pages106706/p106706-3.php.

[17] Loc. cit.

[18] Ibid., p. 5.

[19] Una de las grandes críticas a este trabajo por parte de uno de sus sinodales, cuando se presentó en un examen profesional como tesis de licenciatura en El Colegio de México, en diciembre de 2013, fue precisamente ésa: cómo diantres podía decirse que alguien sentía nostalgia por algo así, por una fila enorme para comer. El

sinodal, cuyo nombre dejo en el anonimato, expresaba su rechazo a esta posibilidad con un alarmismo enorme; su crítica no traía aparejada ningún tipo de contraargumento más que un desconcierto apanicado, como si estuviese uno diciendo un disparate. Mi respuesta, que se esboza en el cuerpo del texto y que se basó en conversaciones con personas que sí vivieron tal acontecimiento, no pareció convencerle por una negación y obcecación a priori, que es precisamente lo que critico en la literatura al respecto.

[20] Conversación personal en Moscú con Izabela Kołodziej, estudiante de 24 años originaria de Rzeszów, Polonia, 9 de febrero de 2012.

[21] Cit. en Simina Bădică, "Eating well in times of scarcity: reactions, perceptions and negotiations of shortages in 1980s' Romania", en Daniela Koleva (ed.), Negotiating normality. Everyday lives in socialist institutions, Londres, Transaction Publishers, 2012, p. 135.

[22] Cit. en Neringa Klumbytė, "The Soviet sausage renaissance", American Anthropologist, vol. 112, núm. 1 (2010), p. 31.

[23] Cit. en Kathy Burrell, "The political and social life of food in socialist Poland", The Anthropology of East Europe Review, vol. 21, núm. 1 (2003), p. 192.

[24] Cit. en A. Pasieka, op. cit., p. 75.

[25] Frances Pine, "Dangerous modernities? Innovative technologies and the unsettling of agriculture in rural Poland",

Critique of Anthropology, vol. 27, núm. 2 (2007), p. 196.

[26] S. Bădică, art. cit., p. 128. Véase Ferenc Fehér, Ágnes Heller y György Márkus, Dictatorship over needs, Oxford, Basil Blackwell, 1983. Katherine Verdery parafrasea un estudio inédito de Pavel Câmpeanu (România: Coada pentru hrană, un mod de viaţă, Bucarest, Litera, 1994) en el que éste define la fila [coada] como un "agente de acumulación" monetaria que permite constreñir a los ciudadanos que van a formarse y, de ese modo, preservar su ahorro privado, pero también como una acumulación de recursos que de otra forma —por la vía del mercado— escaparían al control gubernamental socialista, necesario para mantener el poder mediante la distribución (Katherine Verdery, What was socialism, and what comes next?, Princeton, Princeton University Press, 1996, pp. 46-47. Algunos ensayos de este libro se recopilaron en español en ¿Qué era el socialismo y por qué se desplomó?, trad. de Víctor Altamirano, México, Fondo de Cultura Económica: Umbrales, 2017).

[27] Michael Minkenberg, "The radical right in postsocialist Central and Eastern Europe: comparative observations and interpretations", East European Politics & Societies, vol. 26, núm. 2 (2002), pp. 335-363; Kazimierz Słomczyński y Katarzyna Wilk, "Who still likes socialism and why? Time variation of political opinions in Poland", International Journal of Sociology, vol. 32, núm. 3 (2002), pp. 64-77; O. Pachenkov y L. Voronkova, art. cit.

[28] B. Wieliczko y M. Zuk, art. cit., p. 6.

[29] Jacek Lubecki, "Echoes of latifundism? Electoral constituencies of successor parties in post-communist countries", East European Politics & Societies, vol. 18, núm. 10 (2004), p. 17.

[30] S. Schwandner-Sievers, art. cit., p. 96.

[31] Véase el fascinante libro de Dubravka Ugrešić, The culture of lies: antipolitical essays, University Park, Pennsylvania State University Press, 1998. Tiene, incluso, un capítulo llamado “Nice people don’t mention such things”, o sea “La gente buena no menciona esas cosas”.

[32] Monica Palmberger, “Nostalgia matters: nostalgia for Yugoslavia as potential vision for a better future”, Sociologija, vol. L, núm. 4 (2008), p. 361.

[33] La protagonista se refiere a sus antiguos suegros.

[34] Dubravka Ugrešić, The Ministry of Pain, Nueva York, Harper Perennial, 2007, pp. 106-107; las cursivas son mías (edición en español: El ministerio del dolor, trad. de Luisa Fernanda Garrido Ramos y Tihomir Pistelek, Barcelona, Anagrama, 2006).

[35] Tibor Várady, “Minorities, majorities, law, and ethnicity: reflections of the Yugoslav case”, Human Rights Quarterly, 19 (1997), p. 18.

[36] Para el caso de Bosnia-Herzegovina, véanse Timothy Donais, “The politics of privatization in post-Dayton Bosnia”, Southeast European Politics, vol. 3, núm. 1 (2002), pp. 3-19, y Rainer Matos Franco, “Lecciones de privatización balcánica”, Paradigmas, ITAM, 21 de febrero de 2014; http://www.paradigmas.mx/lecciones-de-

privatizacion-balcanica/.

[37] Véanse Vadim Volkov, Violent entrepreneurs: the use of force in the making of Russian capitalism, Ithaca, Cornell University Press, 2002; Alena V. Ledeneva, “Post-Soviet tolkachi: alternative enforcement and the use of law”, en su libro How Russia really works. The informal practices that shaped post-Soviet politics and business, Ithaca, Cornell University Press, 2006, pp. 164-188; Joel S. Migdal, Estados débiles, Estados fuertes, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

[38] Nicole Lindstrom, “Yugonostalgia: restorative and reflective nostalgia in former Yugoslavia”, Journal of East Central Europe, vol. 32, núms. 1-2 (2005), p. 235.

[39] Vanja Ališ, cit. en ibid., p. 236.

[40] Ibid., p. 237.

[41] Fernando Escalante Gonzalbo, “Si no el nacionalismo, ¿qué?”, La Razón, 15 de enero de 2013; http://www.razon.com.mx/spip.php?page=columnistayid_article=155739. El término es de Samuel Johnson.

[42] M. Palmberger, art. cit., p. 361.

[43] “Titovi poklonici opsedaju Kuću cveća” (Fanáticos de Tito sitian Casa de las Flores), Kurir, 4 de mayo de 2012; http://

www.kurir-info.rs/titovi-poklonici-opsedaju-kucu-cveca-clanak-209530.

[44] “¡Camarada Tito!: Quitaron su fotografía de las paredes de nuestros salones, pero no porque el fascismo haya muerto o porque el pueblo haya encontrado la libertad. Su foto se ha ido, pero su memoria persiste”; cita en el libro para visitantes del mausoleo de Tito en Belgrado (cit. en N. Lindstrom, art. cit., p. 237). Más interesante aún me pareció una discusión en el “Sitio Web de Tito”, en la que “un yugoslavo” ataca a un “bastardo esloveno”, diciendo que de no haber sido por Tito los Janez se llamarían “Johann”, y “lahko prihajamo” se diría “guten tag” (ibid., p. 238, n. 26).

[45] Cit. en S. Schwandner-Sievers, art. cit., p. 105.

[46] Francis Fukuyama, “The end of history?”, The National Interest, 16 (1989), pp. 3-18.

[47] Thomas J. Scheff, “Shame and conformity: the deference-emotion system”, American Sociological Review, vol. 53, núm. 3 (1988), p. 396.

[48] Norbert Elias, The civilizing process: state formation and civilization, Oxford, Blackwell, 1982, p. 271.

[49] M. Velikonja, “Lost in transition…”, p. 548, n. 10.

[50] Oana Popescu-Sandu, “‘Let’s all freeze up until 2100 or so’.

Nostalgic directions in post-communist Romania", en M. Todorova y Z. Gille (eds.), op. cit., p. 118.

[51] Joaquim Maria Machado de Assis, "El alienista", en Un hombre célebre (y otros cuentos), 6ª ed., México, Siglo XXI Editores, 2005, pp. 55-120 (no se especifica al traductor).

[52] Ibid., p. 113.

[53] Antes de la muerte de Fidel Castro, ocurrida en noviembre de 2016, en México era común escuchar que quienes deseaban viajar a Cuba querían hacerlo no por las propiedades geográficas de la isla, sino "antes de que se muera Fidel", asumiendo que, a partir del suceso, el sistema político y social de la isla colapsaría. La implicación es que viajar a la isla se trataba de algo verdaderamente exótico, sobre todo a partir de la retroalimentación de quienes ya habían viajado. Muchos entre éstos aseguraban que recorrer Cuba era "como si se hubiera detenido el tiempo" por uno u otro elemento que casi siempre remitía a una crítica implícita del sistema político y social, pues se dice que es algo "del pasado", como si mereciera estar tras la vitrina de un museo. Estas personas hacen del sistema político y social isleño un destino turístico propio. De esto hablaré más adelante como forma de fetichización del socialismo en el "turismo poscomunista" y su consecuente nostalgia.

[54] Véase Sandra Billington, A social history of the fool, Brighton, The Harvester Press, 1984. Dice Raúl Zambrano: "Los textos más terribles pueden ser dichos por el bufón frente a quien sea, porque no están formulados como sentencia o edicto, sino que tienen la coartada de la inteligente contradicción" (op. cit., p. 63).

[55] Kirsti Jõesalu, "'The right to happiness'–Echoes of Soviet

ideology in biographical narratives", Berliner Osteuropa Info, 23 (2005), p. 97.

[56] David Kideckel, "The unmaking of an East-Central European working class", en Chris M. Hann (ed.), op. cit., p. 115.

[57] Ibid., p. 122.

[58] Ibid., p. 115.

[59] Loc. cit.

[60] M. Velikonja, art. cit., p. 539.

[61] M. Palmberger, art. cit., p. 357.

[62] Estados Unidos, Paul Mazursky, Delphi Premier-Columbia Pictures, 1984.

[63] A pesar de que sobran los ejemplos de desertores por motivos políticos —el famoso piloto de carreras de Alemania Occidental, Manfred von Brauchitsch, que desertó a la parte oriental en 1955; el caricaturista afroamericano Ollie Harrington, quien desertó a Alemania Oriental en 1961; Richard H. Pearce, mayor del ejército estadunidense y acreedor de una insignia de bronce durante la Guerra de Vietnam, quien desertó a Cuba el 21 de mayo de 1967; Günter Guillaume, miembro del Partido Socialdemócrata Alemán y

uno de los más cercanos asesores de Willy Brandt, que desertó al lado oriental en 1974 al descubrirse que era agente de la Stasi (Brandt renunció como canciller por el escándalo)—, hubo también desertores "ideológicos", como Glenn Michael Souther, marino estadunidense que decidió establecerse en la URSS en 1986 por afinidad con el socialismo y se suicidó en 1989, o como Victor Grossman (Stephen Wechsler), escritor estadunidense que desertó también a la RDA en 1952.

[64] A. Yurchak, art. cit., p. 482. Para el ejemplo más claro de esta línea de pensamiento, véase X (George Kennan), "The sources of Soviet conduct", Foreign Affairs, vol. 25, núm. 4 (1947), pp. 566-582.

[65] M. Velikonja, art. cit., p. 540.

[66] En el original en inglés, "duplicitous", que también puede traducirse como "hipócrita".

[67] A. Yurchak, op. cit., p. 484.

[68] A. Pasieka, art. cit., p. 77.

[69] Ibid., p. 78.

[70] F. Pine, art. cit., pp. 189-190. Miglena Nikolchina sugiere que "'la relajación' del régimen socialista puede, de hecho, ser descrita como una negociación gradual por espacios cada vez más amplios

para ser reconocidos como 'apolíticos'" ("The West as intellectual utopia", en Maria Todorova (ed.), Remembering communism. Genres of representation, Nueva York, Social Science Research Council, 2010, p. 103). Sobre la "sociedad civil" en el socialismo, véase Andrei Raichev, "Guénezis, mutatsiya i degueneratsiya na vtorite mrezhi" ("Génesis, mutación y degeneración en la segunda red"), Sotsiologicheski Problemi, vol. 1, núm. 2 (2003), quien la define como "un conjunto de reglas para el intercambio de cosas y poder" (p. 7). Sobre la sociedad civil en tanto que cultura "disidente" del socialismo real, véase Jonathan Bolton, Worlds of dissent: Charter 77, The Plastic People of the Universe, and Czech culture under communism, Cambridge, Harvard University Press, 2012.

[71] L. Koczanowicz, art. cit., p. 260. Para Jan T. Gross, la apariencia de "totalitarismo" de los Estados socialistas, especialmente el estalinista, se da en tanto que el régimen "privatiza" los instrumentos de coerción, los cuales, lejos de concentrarse en el poder político, eran asequibles para todos sus ciudadanos mediante el mecanismo de la denuncia: "El verdadero poder de un Estado totalitario surge de estar a disposición de cada uno de sus habitantes, disponible para ser adjudicado de un momento a otro" (Revolution from abroad: the Soviet conquest of Poland's western Ukraine and western Byelorrusia, Princeton, Princeton University Press, 1988, p. 120; cit. en Katherine Verdery, "Theorizing socialism: a prologue to the 'transition'", American Ethnologist, vol. 18, núm. 3 (1991), p. 426).

[72] Veronique Garros, Natalia Korenevskaya y Thomas Lahusen (eds.), Intimacy and terror. Soviet diaries of the 1930s, trad. de Carol Flash, Nueva York, The New Press, 1995; Orlando Figes, The whisperers: private life in Stalin's Russia, Londres, Penguin, 2007. Amén de ser una figura académica bastante controvertida, el libro de Figes ha sido objeto de un sinnúmero de críticas por contener demasiados errores de traducción, al grado de que la asociación rusa Memorial se negó a traducirlo al ruso.

[73] Véase, sobre Georgia, Stephen F. Jones, “Old ghosts and new chains”, en Rubie S. Watson (ed.), Memory, history and opposition under state socialism, Santa Fe, School of American Research Press, 1994, pp. 149-166. En Estonia se combinaron conceptos y prácticas occidentales y soviéticos en la vida privada cotidiana, lo que fungía como una “‘reserva’ subterránea de opiniones y prácticas heterodoxas y disidentes” (Marc Garcelon, “The shadow of the Leviathan: public and private in communist and post-communist society”, en Jeff Weintraub y Krishan Kumar (eds.), Public and private in thought and practice. Perspectives on a grand dichotomy, Chicago, The University of Chicago Press, 1997, p. 317), así como un espacio de cooperación con el sistema. Luego de 1944 en Estonia no hubo una penetración absoluta y total de la nueva cultura soviética, sino que prevalecieron, en su mayoría de forma discreta y silenciosa, patrones de comportamiento y formas de organizar el espacio privado, en los que el hogar era un factor clave. Si uno construía su casa con sus propias manos, se legitimaba frente al sistema socialista, pero también era una forma de superación personal individualista arraigada, una forma de ser un “verdadero estonio” (A. Kannike, art. cit., p. 60).

[74] Jason Gross, por ejemplo, adjetiva al Partido Comunista de Bohemia y Moravia (KSČM) —uno de los más “radicales” en el poscomunismo— como “asociación públicamente desagradable” sin siquiera explicar por qué (“The impact of Czech domestic policies on missile defense agreements between the United States and the Czech Republic”, reporte del Air Command and Staff College, Air University, 2009, p. 7; http://www.dtic.mil/cgi-bin/GetTRDoc?AD=ADA539837). La frase, además, ignora la permanencia del KSČM por veinte años como una de las principales fuerzas políticas en la República Checa, siendo la segunda entre 1990 y 1996 y la tercera desde 1996 hasta 2017, lo que demuestra que es todo menos “desagradable” al electorado. En las elecciones regionales en la República Checa de octubre de 2012, de hecho, el KSČM fue la gran sorpresa como tercera fuerza en dos regiones, la segunda en nueve y la primera fuerza política en dos de trece regiones en total, sin

contar Praga. En las elecciones parlamentarias de octubre de 2013 el partido refrendó su tercer lugar con 14.91% de la votación total, a sólo seis puntos porcentuales del líder.

[75] Václav Havel, The power of the powerless, Londres, Faber & Faber Ltd., 1990.

[76] Slavoj Žižek, ¿Quién dijo totalitarismo? Cinco intervenciones sobre el (mal) uso de una noción, trad. de Antonio Gimeno Cuspinera, Valencia, Pre-textos, 2002, p. 109.

[77] Loc. cit.

[78] A. Yurchak, "The cynical reason of late socialism: power, pretense, and the anekdot", Public Culture, vol. 9, núm. 2 (1997), p. 172.

[79] S. Žižek, op. cit., p. 110.

[80] Ibid., p. 111.

[81] A. Yurchak, "Soviet hegemony of form: everything was forever, until it was no more", Comparative Studies in Society and History, vol. 45, núm. 3 (2003), pp. 485-486. Dice Pierre Bourdieu: "Lo que se requiere no es que uno haga absolutamente todo lo que uno debe, sino que uno dé al menos indicaciones de que así intenta hacerlo. No se espera de los agentes sociales que estén perfectamente en orden, sino que lo sigan, que den signos visibles

de que, si pueden, respetarán las reglas (así es como entiendo yo la fórmula: 'la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud'). Los eufemismos prácticos son cierto tipo de homenaje rendido al orden social y a los valores que el orden social exalta, sabiendo en todo momento que están destinados a ser violados" (Practical reason. On the theory of action, Stanford, Stanford University Press, 1998, p. 98; cit. en Daniela Koleva, "Introduction. Socialist normality: euphemization of power or profanation of power?", en Koleva (ed.), op. cit., p. xviii).

[82] Zsuzsa Gille, "Postscript", en Z. Gille y M. Todorova, op. cit., p. 283.

[83] Buenos Aires, Sudamericana, 1961, p. 61.

[84] En El libro de las imágenes, versión española de Jesús Munárriz, Madrid, Hiperión, 2001, p. 167.

[85] Karl Marx, El capital. Crítica de la economía política, 2ª ed., trad. de Wenceslao Roces, I, vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 37. Cursivas en el original.

[86] Ibid., p. 38. Cursivas en el original.

[87] En los mercados de pulgas, por ejemplo, dicen Pachenkov y Voronkova, pueden encontrarse "ejemplos fascinantes" de la construcción de diversas identidades mediante prácticas de consumo y "economías cambiantes" (art. cit., p. 194). Los autores se enfocan menos en los objetos vendidos que en las historias que cuentan los vendedores en estos lugares, descritos como "únicos"

para encontrar personajes extravagantes y "perdedores de la transición" que, al no tener otra oportunidad económica que vender baratijas en la calle, probablemente sentirán nostalgia por un pasado con pleno empleo y certidumbre económica.

[88] M. Velikonja, art. cit., p. 539.

[89] Daphne Berdahl, "(N)Ostalgie for the present: memory, longing, and East German things", Ethnos, 64 (1999), pp. 192-211; Rainer Gries, "Hurrah, I'm still alive! East German products demonstrating East German identities", en Sibelan Forrester, Magdalena Zaborowska y Elena Gapova, Over the Wall/After the fall: post-communist cultures through an East-West gaze, Bloomington, Indiana University Press, 2004, pp. 181-199; Dominic Boyer, "Ostalgie and the politics of the future in Eastern Germany", Public Culture, vol. 18, núm. 2 (2006), pp. 361-381; Maya Nadkarni, "'But it's ours'. Nostalgia and the politics of authenticity in post-socialist Hungary", en M. Todorova y Z. Gille (eds.), op. cit., pp. 190-214; M. Nadkarni y O. Shevchenko, "The politics of nostalgia…".

[90] D. Boyer, art. cit., p. 361.

[91] El Ampelmännchen es un dibujo de un hombre con sombrero diseñado por el psicólogo alemán Karl Peglau en 1961 para facilitar el sistema de semáforos a personas con daltonismo en la RDA. El símbolo de "alto", en rojo, es el Ampelmännchen con los brazos extendidos, mientras que en el símbolo de "siga", en verde, el hombrecito se encuentra en posición de movimiento.

[92] Alemania, Leander Haußmann, Ö-Film-Sat. 1-Boje Buck Produktion, 1999.

[93] Alemania, Wolfgang Becker, X-Filme Creative Pool-Westdeutscher, Rundfunk, Arte, 2003.

[94] Anke Pinkert, “Vacant history, empty screens. Post-communist German films of the 1990s”, en M. Todorova y Z. Gille (eds.), op. cit., pp. 263-277.

[95] Jonathan Bach, “‘The taste remains’: consumption, (n)ostalgia, and the production of East Germany”, Public Culture, vol. 14, núm. 3 (2002), p. 549.

[96] D. Boyer, art. cit., p. 373.

[97] J. Bach, art. cit., pp. 549 y 554.

[98] Ibid., p. 547. Juzgo aquí sólo uno de los dos tipos de nostalgia que conceptualiza Bach.

[99] Kristen Ghodsee, “Red nostalgia? Communism, women’s emancipation, and economic transformation in Bulgaria”, L’Homme, vol. 15, núm. 1 (2004), pp. 23-24. La autora cae en su propia trampa, pues argumenta que estas baratijas solían ser adquiridas por turistas occidentales en la época socialista como “souvenir”. Si ellas son ahora “manifestaciones crecientemente visibles de nostalgia comunista” y los “mejores clientes” son “búlgaros nostálgicos”, ¿por qué se venden exactamente en el centro de Sofía —la zona más turística del país— y no en mercados locales, mejor conocidos por los lugareños? Es difícil imaginar que un “búlgaro

nostálgico" del socialismo acuda exclusivamente al centro de Sofía a comprar pines socialistas.

[100] En el caso de Bach, esto ocurre con su segundo concepto de nostalgia (tomado de Fredric Jameson, Postmodernism: the cultural logic of late capitalism, Durham, Duke University Press, 1991, p. 19), la "nostalgia modernista": la que lamenta la pérdida de las aspiraciones progresistas que traía aparejado el socialismo (J. Bach, art. cit., p. 546). A lo largo del artículo de Ghodsee, la nostalgia directa se pone de manifiesto en la reivindicación del trabajo femenino en la Bulgaria socialista por medio de una crítica de sus protagonistas a los sistemas laboral, social y económico actuales (K. Ghodsee, art. cit.).

[101] Otto Boele, "Remembering Brezhnev in the new millennium: post-Soviet nostalgia and local identity in the city of Novorossiisk", The Soviet and Post-Soviet Review, 38 (2011), p. 12.

[102] Isaiah Berlin, "La decadencia de las ideas utópicas en Occidente", en Árbol que crece torcido: capítulos de historia de las ideas, trad. de Jaime Moreno Villarreal, México, Vuelta, 1992, p. 23.

[103] El término es de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics, Londres, Thetford, 1985, p. 113.

[104] Cit. en N. Klumbytė, art. cit., p. 28.

[105] Cit. en ibid., p. 31.

[106] D. Boyer, art. cit., p. 363.

[107] Ibid., pp. 375-376.

[108] Véase Daphne Berdahl, “Good Bye, Lenin! Aufwiedersehen GDR. On the social life of socialism”, en M. Todorova y Z. Gille (eds.), op. cit., pp. 177-189.

[109] Como afirma Maya Nadkarni, en el poscomunismo “los productos de consumo aparentemente triviales e impersonales de la producción masiva socialista irónicamente ofrecieron un discurso potente a través del cual se podía lamentar la ‘pérdida de lo normal’ […] mediante la ingenuidad […] que estos objetos aparentemente representaban” (art. cit., p. 198).

[110] “Los objetos sirven como guías para orientar al individuo y para personalizar tanto el tiempo como el espacio. Es posible analizar la nostalgia en la vida cotidiana mediante memorias que conciernen objetos, puesto que acarrean consigo memorias e historias personales” (Pirjo Korkiakangas, “Everyday life, objects and nostalgia”, en Ene Kõresaar, Art Leete y Elle Vunder (eds.), Everyday life and cultural patterns. Studies in folk culture, vol. 3, Tartu, Tartu University Press, 2004, p. 122; las cursivas son mías).

[111] Pasa lo mismo, por ejemplo, con el Mausoleo de Gueorgui Dimítrov —primer gobernante socialista de Bulgaria— en Sofía, dinamitado en 1999, que era no sólo un lieu de mémoire para los habitantes de la capital búlgara sino también un punto de reunión, un objeto útil en la vida diaria independientemente de sus ligas con el antiguo régimen. Incluso hoy por hoy el sitio en el que se

encontraba, donde no ha tenido remplazo, es un punto de reunión para nuevas generaciones que vagamente supieron de él (Maria Todorova, “The mausoleum of Georgi Dimitrov as lieu de mémoire”, The Journal of Modern History, 78 (2006), pp. 377-411). Es el caso, también, de la prevalencia de monumentos soviéticos en Turkmenistán que funcionan como puntos de reunión para los consejos de ancianos en zonas rurales (Michael Denison, “The art of the impossible: political symbolism and the creation of national identity and collective memory in post-Soviet Turkmenistan”, Europe-Asia Studies, vol. 61, núm. 7 (2009), p. 1178). Asimismo, para el caso húngaro, Nadkarni describe cómo la “naranja húngara”, símbolo del filme A tanú (“El testigo”, Hungría, Péter Bacsó, Mafilm, 1969), es actualmente un agente del debate postsocialista sobre qué constituye la identidad nacional, la “autenticidad” de “lo húngaro” (art. cit., p. 210, n. 2). El partido Fidesz, por ejemplo, adoptó esta naranja como símbolo, la cual representa la ironía hacia el socialismo y la “irracionalidad del régimen”. En el filme, el director de un instituto agrónomo, József Pelikán, recibe la orden de crear una “naranja húngara”. A pesar de la contradicción climatológica —la naranja se da en el sur europeo, no en el centro—, el instituto logra producirla. Cuando llegan figuras del Partido Comunista para probarla, Pelikán descubre que su hijo se la ha comido y pide consejo a un alto funcionario del Partido (amigo suyo) antes de la ceremonia, quien le dice que la sustituya por un limón. Cuando el líder principal lo prueba y hace gestos de disgusto, Pelikán le dice campante: “Es la nueva naranja húngara. Un poquito amarilla, un poquito agria. ¡Pero es nuestra!” (ibid., p. 190). Según Nadkarni, la naranja en el nuevo régimen húngaro se convirtió en una “apreciación nostálgica” de cómo se solía ejemplificar la ironía en el antiguo régimen (ibid., p. 191). Véase Rainer Matos Franco, “La naranja húngara”, Paradigmas, ITAM, 4 de julio de 2014; http://www.paradigmas.mx/la-naranja-hungara/.

[112] Nadkarni y Shevchenko arguyen que el hecho de que “esta nostalgia” exista —se refieren específicamente a la aparición de ese tipo de sátira política mediante objetos como la mencionada matrioshka— es síntoma inequívoco de que el antiguo régimen

quedó atrás (art. cit., pp. 499-500). Pero se trata precisamente de eso, de un mero símbolo satírico que tiene difusión toda vez que se sabe que ya no habrá una condena oficial, y eso no quiere decir que tal objeto represente automáticamente "nostalgia". Traduciéndolo en términos mexicanos, sería como decir que las famosas máscaras que pintan como un demonio al ex presidente Salinas son manifestaciones de "nostalgia" por su mandato, dos fenómenos sin relación ninguna.

[113] Véase Gerald W. Creed, "Strange bedfellows: socialist nostalgia and neoliberalism in Bulgaria", en M. Todorova y Z. Gille (eds.), op. cit., especialmente las páginas 38-42. Con mucha razón, Creed afirma que esta fetichización de la nostalgia no hace más que alimentar "la consolidación del capitalismo neoliberal" (ibid., p. 42). El mismo argumento se encuentra en M. Nadkarni y O. Shevchenko, art. cit.

[114] H. Ibsen, op. cit., p. 161.

[115] Marilyn Ivy, Discourses of the vanishing. Modernity, phantasm, Japan, Chicago, The University of Chicago Press, 1995, p. 56.

[116] Duncan Light, "Gazing on communism: heritage tourism and post-communist identities in Germany, Hungary and Romania", Tourism Geographies: An International Journal of Tourism Space, Place and Environment, vol. 2, núm. 2 (2000), p. 161.

[117] Dice Cees Nooteboom: "El turismo de masas es un fenómeno prácticamente idéntico, una imitación plebeya, encajonada entre dos fechas tranquilizadoras, del Grand Tour (de ahí el término) de los siglos XVII y XVIII, habida cuenta de que lo que se debía imitar

degeneró en su contrario: ver lo menos posible, reproducir bajo otro clima la inmovilidad doméstica, casi siempre con la coartada de algún espectáculo organizado por un tour operator (otro término del mismo tipo), traicionando y desnaturalizando de manera banal la especificidad del lugar en que se encuentra uno. El que las mismas personas observadas en el transcurso de semejante espectáculo vengan a su vez a mirarnos o a ver lo que ocurre de modo más o menos permanente está absolutamente fuera de duda" (Cómo ser europeos, trad. de Anne-Hélène Suárez, Madrid, Siruela, 1995, p. 29).

[118] D. Light, art. cit., p. 159.

[119] Loc. cit. Otra virtud del artículo de Light es que, aparte de arrojar luz (como el nombre del autor lo dice) sobre la comercialización del legado socialista en el plano turístico, no menciona la palabra "nostalgia" para referirse a este tipo de servicios; en todo momento lo llama "heritage tourism", traducible como "turismo hereditario" o "turismo de legado", lo cual es de agradecer. En cambio, Laurel Kennedy y Mary Rose Williams sí emplean el término para referirse a la forma en que tanto el gobierno vietnamita como las agencias de turismo en el país han "transformado" a Vietnam en la mente de los visitantes que llegan allí, lo cual "provee a esos turistas de una experiencia […] muy distinta de la experiencia de los vietnamitas". En realidad, se trata —dicen atinadamente— de "una construcción de Vietnam —su historia, su cultura, su gente— diseñada para occidentales, a través de sus propios ojos" ("The past without the pain. The manufacture of nostalgia in Vietnam's tourism industry", en Hue-Tam Ho Tai (ed.), The country of memory. Remaking the past in late socialist Vietnam, Berkeley, University of California Press, 2001, p. 157).

[120] D. Boyer, art. cit., p. 377.

[121] Ibid., p. 375.

[122] Alemania, Florian Henckel von Donnersmarck, Arte-Bayerischer Rundfunk-Creado-Wiedemann & Berg, 2006.

[123] Dominic Boyer, “From algos to autonomos: nostalgic Eastern Europe and postimperial mania”, en M. Todorova y Z. Gille (eds.), op. cit., pp. 17-28.

[124] Véase Larry Wolff, Inventing Eastern Europe. The map of civilization on the mind of the enlightenment, Stanford, Stanford University Press, 1994.

[125] Ibid., p. 24. Me sumo a la crítica: es interesante ver cómo durante toda la película el cielo está bastante nublado, pero al final, en cuanto cae el Muro de Berlín, como por arte de magia, sale el sol.

[126] Ejemplos de esta literatura son Geoffrey Hosking, “Memory in a totalitarian society: the case of the Soviet Union”, en Thomas Butler (ed.), Memory, history, culture, and the mind, Oxford, Blackwell, 1989; Robert Conquest, The great terror: a reassessment, Londres, Hutchinson, 1990; Slavenka Drakulić, How we survived communism and even laughed, Nueva York, W. W. Norton, 1992; R. S. Watson (ed.), op. cit.; Oliver J. Blanchard, Kenneth A. Froot y Jeffrey D. Sachs (eds.), The transition in Eastern Europe, vols. 1-2, Chicago, The University of Chicago Press, 1994. El epítome de esta corriente es Stéphane Courtois (ed.), Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression, París, Robert Laffont, 1997, que ha sido ampliamente criticado por sus comparaciones poco cuidadosas entre comunismo y nazismo y por un sinnúmero de cifras muy poco precisas. Véase D. Singer, art. cit. Para hacerse una idea de esta

visión en libros de texto alemanes que circulan actualmente, véase Augusta Dimou, “Changing certainties? Socialism in German history textbooks”, en M. Todorova (ed.), Remembering communism…, pp. 293-316.

[127] Escribe Maksim Gorki: “A la caída de la tarde, nuestro buen Kiril —hombre severo y ya de edad— se levantó, quitose el gorro y nos dijo: ‘Bueno, muchachos, yo ya no soy más vuestro jefe, ni vuestro servidor, ¡seguid vosotros solos, que yo me voy al bosque!’. Todos nos estremecimos, ¿qué era aquello? Sin una persona que respondiera ante el amo, no podíamos ir, ¡la gente no va sin jefes a ninguna parte! Aunque fuese por el Volga, hasta en un camino recto puede uno extraviarse. La gente es una bestia sin juicio, ¿qué tiene que perder? Se asustaron. Pero él se mantuvo en sus trece: ‘¡No quiero seguir viviendo así, de pastor vuestro, me voy al bosque!’. Había entre nosotros quienes querían darle una paliza y atarlo; otros pensaron en su suerte y gritaron: ‘¡Alto! ¿Adónde va usted?’. El patrón tártaro se puso igualmente a dar voces: ‘¡Y yo también voy!’. Desgracia completa… Estuvimos grita que grita hasta la noche, y por la noche siete de los nuestros se marcharon, quedamos nosotros, no sé si diez y seis o catorce. ¡Ahí tienes lo que es el bosque!” (op. cit., pp. 47-48).

[128] Cit. en A. Stenning, art. cit, p. 129.

[129] Cit. en loc. cit.

[130] D. Boyer, art. cit., p. 377.

[131] P. Fritzsche, art. cit., p. 1592.

[132] Maria Todorova, “Introduction…”, en M. Todorova y Z. Gille (eds.), op. cit., p. 7.

[133] Para Velikonja, “ex gente”, los que carecen de recursos en el nuevo orden (art. cit., p. 535).

[134] Ene Kõresaar, Memory and history in Estonian post-Soviet life stories. Private and public, individual and collective from the perspective of biographical syncretism, tesis de doctorado en etnología, Tartu, Universidad de Tartu, 2004, p. 71; http://dspace.utlib.ee/dspace/bitstream/handle/10062/1185/koresaar.pdf?sequence=5.

[135] Cit. en N. Klumbytė, art. cit., p. 31.

[136] Elena Petróvskaya; cit. en M. Nikolchina, art. cit., p. 104.

[137] Etnografías interesantes para el caso alemán son: Dominic Boyer, “Yellow sand of Berlin”, Ethnography, 2 (2001), pp. 421-439; Paul Betts y Katherine Pence, Socialist modern: East German everyday culture and politics, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2008; Paul Betts, Within walls: private life in the German Democratic Republic, Oxford, Oxford University Press, 2010.

[138] M. Palmberger, art. cit., pp. 358-359.

[139] Cit. en Alexei Yurchak, “Post-post-communist sincerity.

Pioneers, cosmonauts, and other Soviet heroes born today", en Thomas Lahusen y Peter H. Solomon, Jr., What is Soviet now? Identities, legacies, memories, Berlín, Lit, 2008, p. 272.

[140] M. Todorova, "Introduction. The process of remembering communism", en M. Todorova (ed.), op. cit., p. 13.

III. POLITIZAR LA NOSTALGIA,

"NOSTALGIZAR" LA POLÍTICA

Sobrevivir se reduce a ser desempolvado de cuando en cuando.

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA, Escolios a un texto implícito[1]

El comunismo no ha colapsado. Quizá se está reclinando en una posición más cómoda.

ANDRZEJ GWIAZDA, líder de Solidaridad[2]

UNA SUITE DE DISONANCIAS

Once de noviembre de 1989. El Muro de Berlín se caía a pedazos y, con él, el mundo como muchos lo habían conocido. Se vino abajo en minutos, produciendo una confluencia de dos realidades diversas, pero reales al fin. Del otro lado —¡ya no había otro lado! — pronto se vio que la vida era distinta. Los bloques erguidos por el mundo bipolar eran demolidos por los habitantes de Berlín. Y, entre los escombros del llamado totalitarismo, debajo de un gajo del Muro en que relucía un grafiti con Mickey Mouse junto a la leyenda "Willkommen in Ost-Berlin" [sic], un hombre se sentó tranquilamente en una silla. El mundo se desgajaba, los fundamentos de una de las teorías más poderosas de la historia sucumbían por su propio peso y los habitantes de Berlín oriental se preguntaban por su futuro (¿y su pasado?) y, sin embargo, un bonachón sexagenario tenía el temple y la tranquilidad, como todo buen músico,[3] de ofrecer consuelo en las horas más inciertas. Tomando un arco, se acomodó un violonchelo y comenzó a ejecutar la Suite para chelo no. 6 en re mayor, BWV 1012 (ca. 1723) de Johann Sebastian Bach, mientras un escaso público berlinés se aglutinaba para ver al maestro. De las notas de uno de los instrumentos por excelencia en la tradición musical surgía así el himno de la nueva era, bautizada por Mstislav Rostropóvich, quizá el mejor chelista de todos los tiempos. Rostropóvich solía decir que la tonalidad en re mayor de esta Suite evocaba triunfo y alegría; en cuanto a lo primero no estaba muy equivocado, pues se trataba de un triunfo claro del orden liberal. La "alegría" es algo más cuestionable.

El preludio emanado del chelo de Rostropóvich desencadenó, de manera bastante fugaz, la caída de casi todo el bloque socialista en Europa y en otros continentes entre 1989 y 1990. La Unión Soviética sobreviviría hasta 1991, pero su caída quedaría precipitada por el fallido golpe de Estado de agosto de 1991, perpetrado por comunistas "duros" que veían en el proceso de liberalización del país un elemento pernicioso para su integridad.

Curiosamente, lo único que lograron con el golpe fue la implosión del Estado que buscaron salvar.[4] El eco de la debacle de este polo de poder tuvo automáticamente repercusiones en los regímenes socialistas fuera de Europa y del espacio postsoviético. En la actualidad sobreviven sólo cinco de ellos: por un lado, Cuba y Corea del Norte,[5] los más conservadores y, por otro, China —quizá el país más capitalista del orbe—,[6] Vietnam y Laos, que cada vez más parecen ser socialistas únicamente en el nombre.

Cada uno de los Estados poscomunistas se decidió por un camino, por un sistema político, para su transformación: democrático liberal, autoritario[7] o mixto. Entre los últimos hubo dos vertientes contrarias: en algunos sistemas la transformación se dio con miras a un sistema democrático como los de Europa occidental, pero, al cabo de un rato, se sucedieron acordes disonantes que condujeron hacia uno autoritario. También se dio el fenómeno contrario, pues varios Estados que en principio se convirtieron en regímenes autoritarios cedieron con los años hacia un sistema democrático liberal multipartidista. La tabla 1 resume las formas de gobierno que adoptaron los antiguos regímenes marxistas para referencia en el resto del capítulo.

Es interesante que, si bien la caída del bloque socialista y de la URSS se leyó como el "fin de la historia", lo que marcaba la supuesta transformación hacia sistemas democráticos liberales sólidos, muchos de estos Estados dieron un giro hacia el autoritarismo. Lo más interesante es que la democracia liberal y el libre mercado, en los que se veía la solución en ese entonces a cualquier problema, terminaron siendo rechazados por muchos actores. En algunos casos, fue cuando esta fórmula entró triunfante en el poscomunismo que las condiciones de vida empeoraron estrepitosamente —Rusia es un ejemplo muy claro que se verá más adelante—.[8] Por ello, a fin de cuentas, como se ha dicho desde la introducción de este libro, estudiar un orden sociopolítico en función de cuán "democrático" es resulta por completo irrelevante; es más útil —y más cercano a la realidad— comenzar por las manifestaciones empíricas de los fenómenos sociales y no por cuánto se apegan a una teoría preestablecida. Asimismo, tarde o temprano, la literatura entusiasmada por la "democracia" se topa con otros problemas que le cuesta mucho explicar, como

abstencionismos rampantes o, más ignorado en la literatura, el hecho de que a menudo los individuos votan ya sea para cerrar más un sistema o bien restaurar uno anterior, no democrático.[9]

Si se trata de buscar una restauración, miles o millones de individuos, según sea el caso, expresan una nostalgia profunda por un antiguo régimen, por una forma añeja de hacer política; añoran que la conclusión de la supuesta transición complete un ciclo que los devuelva al pasado, sin importar si éste era autoritario, totalitario, "sultánico" o un "régimen burocrático-militar" —o más bien porque era así—. Lo que busco resaltar es que, donde la ciudadanía tiene la oportunidad de elegir una opción real de gobierno, democrática y libremente, no siempre es ésta la de perpetuar el sistema en el que se está ejerciendo el sufragio. Y no me refiero al mero hecho de cambiar de partido en el poder, sino de subvertir el sistema en su totalidad en última instancia.

Tabla 1. Formas de gobierno adoptadas después de la "transición" por países que tuvieron un régimen de tipo marxista-leninista

Democracias liberales		*Autoritarismos*	*Mixtos*	
			Democracia ▸ autoritarismo[1]	*Autoritarismo ▸ democracia*[2]
Albania Alemania[3] Armenia Benín Bosnia-Herzegovina Bulgaria Croacia Eslovaquia Eslovenia Estonia Granada Hungría Kósovo[4]	Letonia Lituania Macedonia Moldavia Mongolia Montenegro Mozambique Polonia República Checa Rumanía Serbia Ucrania	Angola Camboya Eritrea Etiopía Kazajstán Somalia[5] Tayikistán Turkmenistán Uzbekistán Yemen	Azerbaiyán Bielorrusia Rep. del Congo Rusia	Afganistán Georgia Kirguistán

[1] Países con elecciones "libres" luego de la transición y que después se convirtieron en regímenes claramente autoritarios. En el caso ruso se profundizará más adelante. Para Azerbaiyán véanse Suha Bölükbaşı, *Azerbaijan: a political history*, Londres, Tauris, 2011; Scott Radnitz, "Oil in the family: managing presidential succession in Azerbaijan", *Democratization*, vol. 19, núm. 1 (2012), pp. 60-77. Para Bielorrusia, véase Stephen White, Elena Korosteleva y John Löwenhardt (eds.), *Postcommunist Belarus*, Lanham, Rowman y Littlefield, 2005. Para el caso congolés véanse John F. Clark, *The failure of democracy in the Republic of Congo*, Boulder, Lynne Rienner, 2008, y David Eaton, "Diagnosing the crisis in the Republic of Congo", *Africa: Journal of the International African Institute*, vol. 76, núm. 1 (2006), pp. 44-69.

[2] Afganistán pasó a ser una democracia liberal por imposición internacional desde 2001-2002, mientras que Georgia y Kirguistán lo hicieron mediante "revoluciones electorales": el primero con la Revolución de las Rosas en 2003 y el segundo con la de los Tulipanes en 2005 y una más en 2010. Véanse Anna Larson, "Toward an Afghan democracy? Exploring perceptions of democratisation in Afghanistan", Kabul, *Afghanistan Research and Evaluation Unity*, septiembre de 2009; Stephen F. Jones, "The Rose Revolution: a revolution without revolutionaries?", *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 19, núm. 1 (2006), pp. 33-48; Scott Radnitz, "What really happened in Kyrgyzstan?", *Journal of Democracy*, vol. 17, núm. 2 (2006), pp. 132-146; Sabah Aslam, "Kyrgyzstan: internal instability and revolt in 2010", *Strategic Studies*, 31 (2010), pp. 241-260.

[3] Unificada bajo la República Federal de Alemania en 1990. Asimismo, Yemen del Sur se incorporó al régimen autoritario del norte en el mismo año.

[4] Considero Kósovo como un Estado soberano, puesto que así fue reconocido por 110 Estados en noviembre de 2017.

[5] Es, sin duda, un caso de autoritarismo excepcional por la situación en el país. Véanse Román López Villicaña y Marco A. Almazán, "Somalia. Estado fallido y piratería marítima", *Estudios de Asia y África*, tomo XLIV, vol. 3 (2009), pp. 583-607; Peter D. Little, "On the Somalia dilemma: adding layers of complexity to an already complex emergency", *African Studies Review*, vol. 55, núm. 1 (2012), pp. 191-195.

Ya se dijo que la nostalgia por el socialismo no ha sido analizada a fondo en la literatura. Es lamentable que haya tenido que pasar más de una década para apenas comenzar a evidenciar las múltiples averías de textos sobre el poscomunismo basados en teorías de "democracia", "sociedad civil" y "transiciones" para explicar casos que rara vez se adaptan a tipos ideales[10] y para que los trabajos empíricos empezaran a valorarse como es necesario. Éstos han dado cuenta de manifestaciones nostálgicas de carácter institucional, delineadas por pautas recurrentes de comportamiento de gran vastedad, que se extienden a los confines político, social, cultural, económico, diplomático, psicológico u otros. Del mismo modo, estudios antropológicos y etnográficos han examinado prácticas y ejercicios de memoria que revelan lógicas totalmente opuestas para sobrellevar el poscomunismo a las de trabajos convencionales.[11]

En este apartado propongo revisar la nostalgia por el socialismo desde su cauce partidista, pues la centralidad del partido político en el fenómeno es inevitable por dos cuestiones: en primer lugar, debido a la preeminencia de aquél en el antiguo régimen; en segundo, el voto por los partidos políticos sucesores y por los nostálgicos —que no siempre son los mismos— dice algo acerca de la nostalgia, expresada de otra forma, que es útil aunque sea sólo una entre muchas manifestaciones de la misma. Para iniciar, daré un diagnóstico muy general de la politización de la nostalgia, es

decir, la forma en que la nostalgia poscomunista se hace presente como opción política en un sistema pluripartidista —no necesariamente democrático liberal—, pero sí donde la opción es real. Posteriormente relataré el fenómeno contrario, que llamo nostalgización de la política: la manera en que tanto otros partidos, que no son sucesores de los viejos partidos comunistas ni enarbolan banderas nostálgicas, como también regímenes poscomunistas autoritarios, utilizan la nostalgia como estrategia política, lo cual sólo confirmaría que ella existe de forma previa y subyacente en el orden social.

LA POLITIZACIÓN DE LA NOSTALGIA

Puede que estemos arriba

tejidos en el cielo de otros seres

que al atardecer miran hacia nosotros. Tal vez

nos canten sus poetas. Tal vez muchos

nos recen. Tal vez seamos la meta

de extrañas maldiciones que nunca nos alcanzan,

vecinos de un dios al que creen

a nuestra altura cuando a solas lloran,

en el que creen y al que han perdido,

y cuya imagen, como un reflejo de sus

lámparas buscadoras, efímero, agitado por el viento,

pasa por nuestros rostros preocupados…

RAINER MARIA RILKE, “De las fuentes” (fragmento)[12]

Se pensó que la famosa “transición” haría caer como fichas de dominó no sólo a los regímenes socialistas, sino también a los partidos que les dieron origen. En parte así fue. En varios Estados estos partidos fueron declarados ilegales por las cortes constitucionales, pero no faltaron resquicios jurídicos por donde se colaron sus (re)fundadores, quienes reclamaron un legado del antiguo régimen en general positivo y que, aun a favor de la competencia democrática —por ser, en parte, su única manera de

sobrevivir—, dicen verla como clave de una lucha entre polos opuestos: burguesía y proletariado, capitalismo y socialismo.[13] En 39 de los 42 Estados que otrora tuvieron un régimen marxista-leninista, hay al menos un partido comunista o socialista sucesor,[14] por lo que aquéllos han vivido, en distintos grados, el fenómeno de la nostalgia en un cauce partidista.

Que los partidos políticos sean una entre varias manifestaciones institucionales de esta nostalgia no es coincidencia. En el poscomunismo, más que en ningún otro contexto, se hace manifiesto que el partido de Estado era el eje de la sociedad en el viejo orden: lejos de ser un rasgo más de la política, era una característica central y definitoria de la vida pública.[15] Como afirma Valerie Bunce, los partidos comunistas garantizaban mucho más que el mero orden político: no sólo orquestaban el reclutamiento de la elite, el voto, la movilización o el contenido de los medios, sino que fungían como el único empleador en la economía y como defensor de los derechos de los trabajadores; el partido era el único origen de las normas de producción, administrador del tiempo libre, ordenador de bienes y precios y distribuidor exclusivo de vivienda, educación, salud, transporte y demás beneficios.[16] En suma, la sociedad, en las sabias palabras de Sándor Márai, "se alimentaba de las tetas del Estado"[17] por vía del partido único.

La tabla 2 muestra el mayor porcentaje de votación en elecciones parlamentarias que los partidos sucesores han obtenido entre el año de las primeras "elecciones libres" (1989-1995) y 2017.[18] Sólo se toma en cuenta a herederos de los antiguos partidos de Estado, entre los cuales distingo dos tipos: a) los nostálgicos, que reclaman el legado del antiguo régimen, se proclaman en su programa sucesores directos del partido único y propugnan —al menos en teoría— una restauración del sistema socialista, y b) los inerciales, sucesores reformados ideológicamente —del marxismo-leninismo a la socialdemocracia, por ejemplo, o al nacionalismo centrista—,[19] aunque sin haber alterado mucho sus anteriores bases, elites o cuadros políticos; más importante, los partidos inerciales, aunque pueden llegar a reclamar el legado socialista, no buscan un retorno al viejo orden. Sería incorrecto decir, prescindiendo en todo momento de un análisis normativo basado en las bondades de "la

democracia", que los partidos inerciales "respetan" las reglas del juego y que los nostálgicos no; a veces es al revés, como en el caso de Rusia o de algunos países de Asia Central.

Es importante hacer una distinción de este tipo entre partidos sucesores, pues la literatura convencional es insuficiente al respecto. John Ishiyama y András Bozóki, por ejemplo, distinguen vagamente entre partidos "reformados" y "no reformados", es decir, los socialdemócratas y los que aún tienen ideologías comunistas, respectivamente.[20] Esto puede ser confuso porque absolutamente todo partido comunista se reformó de una manera u otra —incluso los que aún ostentan programas marxistas-leninistas—, ya fuera porque los viejos partidos únicos se prohibieron en las nuevas constituciones nacionales, lo que obligó a crear partidos nuevos, [21] o simplemente por evitar caer en la deslegitimación política frente al discurso liberal imperante. Que estos autores los consideren partidos "no reformados" contradice, además, el primer enunciado de su propio artículo: "Desde 1991 los partidos comunistas sucesores […] han padecido una transformación considerable".[22] También arguyen que el único partido no reformado en lo absoluto es el Partido Comunista de Bohemia y Moravia, de la República Checa, pero incluso éste contiene elementos "democráticos" e "innovadores"[23] que, irónicamente, se pasan por alto en la literatura entusiasta por la democracia liberal de la que el estudio de Ishiyama y Bozóki es un ejemplo claro, realizado con regresiones que confunden más de lo que explican.[24]

Otro problema con este tipo de análisis es que rara vez ve más allá de Europa, donde se ubican los sistemas poscomunistas considerados "democráticos" por Occidente,[25] como si no se hubiese dado el socialismo fuera del Viejo Continente. Ni siquiera bajo la euforia por la democracia liberal se estudia a partidos sucesores en Benín, Mozambique o Mongolia, Estados poscomunistas que mantienen un sistema democrático liberal relativamente sano, así como rara vez se analizan casos en el espacio postsoviético, concretamente en el Cáucaso o Asia Central. La fascinación sobre el tema parece (¿padece?) centrarse en Europa como regla, aunque hay quienes se han preguntado por qué debería incorporarse siquiera la "democratización en el poscomunismo"

europeo en alguna “ola democrática”,[26] incluso cuando el entusiasmo cobró nuevos bríos entre 1996 y 2005 bajo las llamadas “revoluciones electorales” que obligaron a claudicar a gobernantes ligados al antiguo régimen.[27]

Aquí se observa un espectro más vasto que comprende a partidos sucesores europeos, africanos, asiáticos y un americano. En la tabla 2 se muestran todos los partidos sucesores de los antiguos regímenes socialistas, indicando si son nostálgicos o inerciales, para lo que me baso estrictamente en sus programas y estatutos; las excepciones se explican más adelante. No se toman en cuenta casos de partidos de izquierda que no parten de algún vínculo político con el antiguo partido único, a pesar de que aquéllos pueden ser mayores canalizadores de la nostalgia que los que sí tienen ese vínculo.[28] Así, por ejemplo, en Rumanía hay múltiples partidos de izquierda pero sólo dos son herederos del Partido Comunista Rumano,[29] al igual que ocurre en Bielorrusia, Eslovaquia o Mongolia. En Ucrania, Moldavia y Kazajstán hay hasta tres partidos sucesores.

Debe advertirse que los números electorales que estos partidos reciben en sistemas autoritarios han de verse con sospecha. Se incorporan bajo el entendido de que las elecciones en estos regímenes sí importan, pues inciden en el comportamiento de los actores políticos y sociales y son un instrumento de participación que dice algo acerca del sistema y de la sociedad;[30] no obstante, estos sistemas tienden a mover números en su favor al controlar el proceso electoral y, por ende, sus resultados son dudosos (en Turkmenistán, por ejemplo, el Partido Democrático ganó más de 99% de los votos en todas las elecciones legislativas entre 1994 y 2008). Sin embargo, estos procedimientos, no conformes con los cánones de la democracia liberal, no contradicen la libertad del elector en el sentido de poder votar por quien se quiera, sin ser obligado, además, a ejercer el sufragio.[31] Asimismo, entre los partidos inerciales de dichos regímenes prevalece un amplio “centrismo”, pues no son ni de izquierda ni de derecha;[32] de igual forma, a menudo se recurre a plebiscitos o a candidatos independientes como método alterno de cooptación y legitimación política. En suma, los resultados electorales de partidos inerciales que compiten en sistemas autoritarios deben verse con reservas, lo

mismo que los de partidos nostálgicos, porque quizá éstos obtengan más votos —o menos, entre los que apoyan al régimen— de lo que dicen los resultados oficiales.

Es necesario también notar que algunos partidos son regionales, como el Partido Socialista Yemení —que antes era el partido único en Yemen del Sur—[33] o el Partido del Socialismo Democrático de Alemania (PDS), que gobernó la RDA como Partido de la Unidad Socialista.[34] El PDS, hoy conocido como La Izquierda (Die Linke), tiene un mayor número de votos tan sólo en el oriente alemán que varios partidos de otros países en el ámbito nacional, aunque con un menor porcentaje de votación. Para evitar confusiones, en la columna 4 de la tabla 2 se ilustra únicamente el número total de votos obtenidos como dato adicional, mientras que lo realmente relevante es el porcentaje que obtuvo cada partido respecto al voto total; éste se observa en la columna 3.

Tabla 2. Mayor porcentaje de votos obtenidos desde la transición al multipartidismo por los sucesores de los antiguos partidos comunistas o socialistas en países que tuvieron un régimen socialista (1990-2017)

Estado	*Nombre del partido sucesor*	*Mayor porcentaje de votación legislativa obtenido desde la transición (%)*[1]	*Número de votos*	*Año en que se obtiene el mayor porcentaje de votación*	*Tipo de partido*
Albania	Partido Socialista de Albania	48.3	764 791	2017	Inercial
Alemania	Partido del Socialismo Democrático/La Izquierda	11.9	5 153 884	2009	Parcialmente nostálgico
Angola[2]	Movimiento Popular para la Liberación de Angola	81.6	4 414 738	2008	Inercial
Armenia[3]	Partido Comunista Armenio	12.1	93 353	1995	Nostálgico
Azerbaiyán[4]	Partido Comunista de Azerbaiyán	6.3	182 029	2000	Nostálgico
	Partido Nuevo de Azerbaiyán	62.7	2 228 35	1995	Inercial

Benín[5]	Unión por el Benín del Futuro	37.3	1 184 349	2003	Inercial
Bielorrusia	Partido de los Comunistas de Bielorrusia/Partido Bielorruso Unido de Izquierda	16.1	2 044 728	1995	Inercial
	Partido Comunista de Bielorrusia	7.4	380 770	2016	Nostálgico

[1] Los datos para la mayoría de los países europeos fueron tomados de Dieter Nohlen y Philip Stöver, *Elections in Europe: a data handbook*, Berlín, Nomos, 2010, excepto Albania (Comisión Central de Elecciones de la República de Albania: http://results2017.cec.org.al/), Bosnia-Herzegovina (Comisión Central Electoral de Bosnia y Herzegovina; http://www.izbori.ba), Croacia (Comisión Central Electoral de la República de Croacia; http://www.izbori.hr), Eslovaquia (Marek Hlavac, "Results of parliamentary elections in the Slovak Republic: 2002-2012-Comprehensive Data Set", Slovak Election Data Project, 2012; https://sites.google.com/site/marekhlavac/slovak_election_data_project), Macedonia (Comisión Electoral del Estado; http://217.16.84.11/Default.aspx), Moldavia (Comisión Electoral Central de la República de Moldavia; http://cec.md/r/r/?attempt=1) y Bielorrusia (Comisión Central de la República de Bielorrusia para Elecciones y la Conducción de Referendos Republicanos; http://www.rec.gov.by/).

[2] Comisión Nacional Electoral de la República de Angola; http://www.cne.ao.

[3] Comisión Nacional Electoral de la República de Armenia; http://www.elections.am.

[4] Comisión Central de Elecciones de la República de Azerbaiyán; http://www.cec.gov.az.

[5] "Elections in Benin", African Elections Database; http://africanelections.tripod.com/bj.html.

(continúa)

Tabla 2. Mayor porcentaje de votos obtenidos desde la transición al multipartidismo por los sucesores de los antiguos partidos comunistas o socialistas en países que tuvieron un régimen socialista (1990-2017) (*continuación*)

Estado	*Nombre del partido sucesor*	*Mayor porcentaje de votación legislativa obtenido desde la transición (%)*	*Número de votos*	*Año en que se obtiene el mayor porcentaje de votación*	*Tipo de partido*
Bosnia-Herzegovina	Partido Socialdemócrata de Bosnia y Herzegovina	17.3	284 358	2010	Inercial
Bulgaria	Partido Socialista Búlgaro	43.5	2 262 943	1994	Inercial
Camboya[6]	Partido Popular Camboyano	58.1	3 492 374	2008	Inercial
Congo[7]	Partido Congolés del Trabajo	65.4	No disponible	2012	Inercial
Croacia	Partido Socialdemócrata de Croacia	40.4	958 312	2011	Inercial

Eslovaquia	Dirección-socialdemocracia	44.4	1 134 280	2012	Inercial
	Partido Comunista de Eslovaquia	6.3	181 872	2002	Nostálgico
Eslovenia	Los Socialdemócratas	30.4	320 248	2008	Inercial
Estonia	Partido Estonio de Izquierda	1.6	7 374	1992	Nostálgico
Georgia[8]	Partido Comunista Unido de Georgia	4.8	95 506	1995	Nostálgico
	Partido Comunista de Georgia	29.6	683 824	1990	Nostálgico
Granada[9]	Movimiento Patriótico "Maurice Bishop"	5.0	2 039	1984	Nostálgico
Hungría	Partido Socialista Húngaro	40.5	2 277 732	2002	Inercial

[6] Comité Nacional de Elecciones del Reino de Camboya; http://www.necelect.org.kh.
[7] "Élections législatives", *Les Dépêches de Brazzaville*, 9 de agosto de 2012; http://www.brazzaville-adiac.com/index.php.
[8] Comisión Central de Elecciones de Georgia; http://www.cec.gov.ge.
[9] Dieter Nohlen, *Elections in the Americas: a data handbook. Volume 1: North America, Central America and the Caribbean*, Oxford, Oxford University Press, 2005, p. 307.

(continúa)

Tabla 2. Mayor porcentaje de votos obtenidos desde la transición al multipartidismo por los sucesores de los antiguos partidos comunistas o socialistas en países que tuvieron un régimen socialista (1990-2017) (*continuación*)

Estado	*Nombre del partido sucesor*	*Mayor porcentaje de votación legislativa obtenido desde la transición (%)*	*Número de votos*	*Año en que se obtiene el mayor porcentaje de votación*	*Tipo de partido*
Kazajstán[10]	Partido Comunista de Kazajstán	17.7	932 549	1999	Nostálgico
	Partido Popular Comunista de Kazajstán	7.1	498 788	2012	Nostálgico
	Partido Nacional Democrático "Nur Otan" (Luz de la Patria)	88.0	5 174 169	2007	Inercial
Kirguistán[11]	Partido de los Comunistas de Kirguistán	29.3	454 589	2000	Nostálgico

Letonia	Partido Socialista de Letonia[12]	5.6	53 325	1995	Nostálgico
Lituania	Partido Democrático del Trabajo de Lituania	44.0	817 331	1992	Inercial
Macedonia	Unión Socialdemócrata de Macedonia (coalición)	37.8	436 981	2011	Inercial
Moldavia	Partido de los Comunistas de la República de Moldavia	50.1	794 808	2001	Inercial
	Partido de los Socialistas de la República de Moldavia	20.5	327 910	2014	Inercial
	Partido Comunista Reformista	4.9	78 716	2014	Inercial

[10] Comisión Central de Elecciones de la República de Kazajstán; http://www.election.kz.

[11] Comisión Central de Elecciones de la República Kirguiza; http://www.cec.shailoo.gov.kg.

[12] Se trata de un caso especial en tanto que desde 1998 ha participado en coaliciones con partidos de izquierda que no son sucesores. El mayor resultado de este partido en coalición es 28.3% en 2011, con 3 de 31 asientos en la Saeima (Parlamento letón), que obtuvo la coalición "Centro de Acuerdo". No he encontrado los datos de la votación específica para este partido dentro de las coaliciones en las que ha participado a partir de 1998, por lo que sólo muestro el resultado de 1995, cuando participó por su cuenta. En 2014 el partido decidió no participar en la elección parlamentaria de ese año.

(continúa)

Tabla 2. Mayor porcentaje de votos obtenidos desde la transición al multipartidismo por los sucesores de los antiguos partidos comunistas o socialistas en países que tuvieron un régimen socialista (1990-2017) (*continuación*)

Estado	*Nombre del partido sucesor*	*Mayor porcentaje de votación legislativa obtenido desde la transición (%)*	*Número de votos*	*Año en que se obtiene el mayor porcentaje de votación*	*Tipo de partido*
Mongolia[13]	Partido Popular de Mongolia	56.9	1 719 257	1992	Inercial
	Partido Popular Revolucionario de Mongolia	22.3	252 077	2012	Inercial
Montenegro	Partido Democrático de los Socialistas de Montenegro	51.9	168 290	2009	Inercial
	Partido Socialista Popular de Montenegro	38.4	133 894	2002	Inercial
Mozambique[14]	Frente de Liberación de Mozambique	74.6	2 907 335	2009	Inercial

Polonia	Alianza Democrática de Izquierda-Unión Laborista	41.0	5 342 519	2001	Inercial
República Checa	Partido Comunista de Bohemia y Moravia	18.5	882 653	2002	Nostálgico
Rumanía	Frente Democrático de Salvación Nacional	66.3	9 089 659	1990	Inercial
	Partido Socialista del Trabajo	3.0	349 470	1992	Nostálgico
Rusia	Partido Comunista de la Federación Rusa	24.2	16 196 024	1999	Parcialmente nostálgico
Serbia[15]	Partido Socialista de Serbia	36.6	1 576 287	1993	Inercial

[13] Comisión General de Elecciones de Mongolia; http://www.gec.gov.mn.

[14] AIM, "Final election results", Agencia de Noticias de Mozambique; http://www.poptel.org.uk/mozambique-news/newsletter/election2009v8.html.

[15] Se toma en cuenta la votación únicamente en la República de Serbia, sujeto federal tanto de la República Federal de Yugoslavia que existió entre 1992 y 2003 como de la República de Serbia y Montenegro (2003-2006). Independiente desde 2006.

(continúa)

TABLA 2. Mayor porcentaje de votos obtenidos desde la transición al multipartidismo por los sucesores de los antiguos partidos comunistas o socialistas en países que tuvieron un régimen socialista (1990-2017) (*continuación*)

Estado	*Nombre del partido sucesor*	*Mayor porcentaje de votación legislativa obtenido desde la transición (%)*	*Número de votos*	*Año en que se obtiene el mayor porcentaje de votación*	*Tipo de partido*
Tayikistán	Partido Comunista de Tayikistán[16]	33.1	746 259	1995	Nostálgico
	Partido Popular Democrático de Tayikistán[17]	71.0	2 321 436	2010	Inercial
Turkmenistán[18]	Partido Democrático de Turkmenistán	99.8	2 008 779	1994	Inercial

Ucrania	Partido Socialista de Ucrania	8.5	2 273 788	1998	Inercial
	Partido Socialista Progresista de Ucrania	4.2	1 075 118	1998	Nostálgico
	Partido Comunista de Ucrania	24.6	6 550 353	1998	Nostálgico
Uzbekistán[19]	Partido Popular Democrático de Uzbekistán	27.6	2 860 081	1994	Inercial
Yemen[20]	Partido Socialista Yemení	18.5	413 404	1993	Inercial

[16] Florian Grotz, "Tajikistan", en Dieter Nohlen, Florian Grotz y Christof Hartmann, *Elections in Asia and the Pacific: a data handbook, volume 1*, Oxford, Oxford University Press, 2001, p. 465.

[17] OSCE, *Republic of Tajikistan: parliamentary elections, 28 February 2010*, OSCE-ODHIR; http://www.osce.org/odihr/elections/69061.

[18] F. Grotz, "Turkmenistan", en D. Nohlen, F. Grotz y C. Hartmann, *op. cit.*, p. 479.

[19] F. Grotz, "Uzbekistan", en *ibid.*, p. 495. La cifra es pequeña considerando que se trata de un partido de Estado. Esto se explica porque el régimen autoritario de Islam Karímov usaba entonces sobre todo a candidatos sin partido para ganar elecciones y mantener su hegemonía, mientras que hoy se usa a diversos partidos para ese fin, donde el más visible es el Partido Liberal Democrático de Uzbekistán. Véase Alisher Ilkhamov, "Neopatrimonialism, interest groups and patronage networks: the impasses of the governance system in Uzbekistan", *Central Asian Survey*, vol. 26, núm. 1 (2007), pp. 65-84.

[20] Iris Glosemeyer, "Yemen", en D. Nohlen, F. Grotz y C. Hartmann, *op. cit.*, p. 304.

Se presentan resultados legislativos no sólo porque la mayoría de estos países tiene sistemas parlamentarios: aun en sistemas presidenciales o semipresidenciales, son las elecciones legislativas las que toman un pulso al electorado más acorde con las tendencias partidistas del individuo, debido a cierta despersonalización de la política, pues el voto se dirige hacia una plataforma política más que a un candidato; este tipo de elecciones es, además, el único denominador común de todos los sistemas poscomunistas.[35] Se toman en cuenta votos por partidos y no por coaliciones. En sistemas electorales mixtos se incluyen sólo las votaciones directas por partido y no por candidatos. Tampoco aparecen en la tabla partidos que no hayan tenido representación legislativa, lo que deja fuera a los exiliados, mencionados entre las excepciones.

Cabe aclarar que algunos partidos sucesores no aparecen en la tabla por diversos motivos. En Afganistán el partido Watan, heredero del Partido Democrático Popular que gobernó entre 1978 y 1990, se encuentra exiliado en Alemania y fue prohibido por el gobierno de Hamid Karzai en 2002 junto con toda "actividad comunista" en el país.[36] En Kósovo la rama nacional de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia (la Liga de los Comunistas de Kósovo) se disolvió en 1990 por los cambios constitucionales con los que el gobierno de Slobodan Milošević revirtió el estatus de la pequeña nación a su situación anterior a 1974, cuando su autonomía era prácticamente

nula;[37] además, temas como la autodeterminación opacan la nostalgia por el socialismo en Kósovo.[38] En Somalia, el Partido Revolucionario Socialista Somalí sí se refundó tras la caída del gobierno socialista del general Siad Barre en 1991 con el nombre de Frente Nacional Somalí, pero no aparece en la tabla porque la cruenta e interminable guerra civil en el país no ha hecho posible convocar a elecciones populares.

A grandes rasgos, la tabla deja ver que la mayoría de los partidos sucesores tomaron la vía inercial, es decir que no buscan el retorno del antiguo régimen, lo cual no quiere decir que no canalicen la nostalgia poscomunista de alguna forma; las estrategias que utilizan al respecto se verán a continuación. Cabe aclarar que, aunque los partidos nostálgicos tienen una menor presencia en el mundo poscomunista, esto no es sinónimo de que la nostalgia tenga la misma debilidad relativa. Votar en el nuevo orden por un partido nostálgico, o incluso por uno inercial, puede ser apenas una de muchas manifestaciones de esa nostalgia. A continuación se analizará de forma complementaria este fenómeno electoral.

Estrategias de politización nostálgica

Que un ciudadano acuda a votar por alguno de estos partidos no quiere decir que, automáticamente, sienta algún tipo de nostalgia directa o indirecta por el pasado, sobre todo si el voto sirve para "castigar" al gobierno en turno. En ese sentido, quizá los resultados dicen más de cada sistema político que de la nostalgia en sí. Sin embargo, entre los partidos sucesores sí hay una politización de esa nostalgia, que por lo general suele presentarse en dos formas. La primera es impulsar una visión del pasado socialista que llegue a considerarse neutral en el debate público al tiempo que el partido se distancia de los "errores" del pasado, algo sumamente difícil debido a la devota convicción del orden liberal de desechar en su totalidad el socialismo y todo lo relacionado con él. Esto da pie, a su vez, a que sea un periodo específico el que los sucesores buscan reivindicar —como suele ocurrir con la nostalgia por su carácter selectivo—, uno que pueda ser públicamente aceptable.

Así ocurre, por ejemplo, en Hungría, donde el gobierno de János Kádár (1956-1988) tiende a verse como un momento positivo en la memoria nacional, puesto que en ese tiempo aumentó el nivel de vida promedio y todos los indicadores económicos en general, además de que los habitantes podían viajar a donde quisieran e imperaba un ambiente de mayor liberalidad que en el resto del socialismo europeo. En 2001, en una encuesta por televisión, 80% del público votó por erigir una estatua al finado líder.[39] Con base en razonamientos semejantes, el Partido Socialista Húngaro pudo construir un discurso basado en la "vaga referencia a la protección de las preocupaciones de la 'gente común' sin tomar responsabilidad por las injusticias del socialismo".[40] Lo mismo se advierte en Bulgaria, donde el Partido Socialista Búlgaro celebró en 1996 el cincuentenario del plebiscito llevado a cabo por el primer gobierno socialista para convertir al país en una república,[41] o en los intentos de dicho instituto político por considerar "ilegal" la explosión del mausoleo de Gueorgui Dimítrov en el centro de Sofía, [42] sin éxito. De la misma manera, el sucesor del Partido Comunista lituano, el Partido Democrático del Trabajo de Lituania (LDDP), país donde la nostalgia no es bien vista en el discurso público actual porque implica para muchos una "rusificación", promovió desde el gobierno, en la primera mitad de la década de 1990, el "respeto por los logros del pasado".[43]

La segunda forma en que los partidos sucesores construyen un discurso apologético de extractos del pasado es mediante el impulso de políticas públicas. En Alemania, Die Linke —lo más parecido a un partido nostálgico en el país sin serlo totalmente— promueve desde el Bundestag políticas como una mayor intervención del Estado en la economía, horas de trabajo más flexibles para frenar el desempleo, subsidios al transporte público y mayor autodeterminación laboral para los trabajadores, entre otras, remitiéndose de manera constante al pasado socialista.[44] El mismo LDDP lituano, en los gobiernos que encabezó entre 1992 y 1996, propugnó hacer frente a lo que sus líderes llamaron "capitalismo salvaje" y "privatización dañina", mediante un paquete económico relativamente estatista, que buscaba enfocarse casi obstinadamente en la corrupción y el desempleo —dos "males" que el socialismo, en teoría, no podía permitirse—; además, intentó dotar al presidente Brazauskas —penúltimo secretario general del

Partido Comunista de Lituania— de amplios poderes mediante una reforma constitucional,[45] bajo la idea clara de que sólo un Estado con suficiente poder concentrado en una sola persona podía erradicar esos problemas. El LDDP incluso llevó a cabo un referéndum en agosto de 1994 en favor de una ley que buscaba revocar privatizaciones realizadas de forma muy poco transparente y compensar a los ciudadanos por la pérdida de ahorros causada por la inflación. Aunque 89% de los votantes optó por aplicar esa ley, sólo sufragó 39.6% del electorado —el mínimo para hacer valer un referéndum en Lituania es de 50%—, por lo que la propuesta se cayó. Como éstos, pueden narrarse muchos casos similares en prácticamente todos los partidos sucesores.

Estas dos estrategias "nostálgicas" son utilizadas tanto por partidos inerciales como por los nostálgicos, lo que en realidad convierte a ambos en agentes naturales de la nostalgia y, en ese sentido, las votaciones que obtienen sí dicen algo acerca de ella. Como se vio en estos casos —o en Eslovenia o Benín, donde el antiguo partido de Estado se convirtió en uno inercial y donde no hay partidos nostálgicos—, son los inerciales la única expresión política que canaliza el fenómeno a pesar de que no se prometa una vuelta total al pasado, sino una que podría considerarse parcial al buscar la continuidad de ciertas políticas públicas o la inyección positiva del pasado socialista en la memoria histórica.

Por su parte, los partidos nostálgicos son especiales en este sentido, pues, a pesar de que se desempeñan dentro de las "reglas del juego" político —democrático o autoritario—, la votación que han recibido sí es síntoma atinado de un deseo restaurador en el electorado, puesto que sus programas están orientados teóricamente al regreso del socialismo, sea probable o no. Así, la votación por partidos nostálgicos en Alemania, Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Eslovaquia, Estonia, Georgia, Granada, Kazajstán, Kirguistán, Letonia, República Checa, Rumanía, Rusia, Tayikistán y Ucrania implicaría, sobre todo entre los números más altos —los que rebasan 15, 20 o incluso 30%—, que la vida era mejor antes para buena parte del electorado, el cual vota por un partido que promete la regresión.

Más aún: me atrevo a decir, a riesgo de que un estudio electoral

realmente profundo lo desmienta, que es bastante probable que algunos de estos partidos estén ganando en el poscomunismo un mayor número de votos, tan sólo con porcentajes de 20 o 30%, de lo que ganaron legítimamente en el antiguo régimen bajo el disfraz de 100%. Más allá de esto, los datos ofrecidos sirven, en primer lugar, para constatar que la supuesta hostilidad rampante con que se ve desde 1989 a los partidos y pasados comunistas o socialistas presenta averías en un buen número de casos —varios de ellos sumamente actuales— y, al mismo tiempo, que esa aversión se encuentra presente mucho más en un discurso en boga que legitima públicamente a quienes le dan voz, aunque a veces sea rechazado en el ámbito privado cuando se le pregunta directamente a los individuos su opinión sobre el antiguo régimen.

El verdadero problema es que ningún partido nostálgico ha gobernado o, más bien, vuelto a gobernar en el poscomunismo. No cabe duda de que varios de ellos son excelentes opositores —tanto por sus números como por sus estrategias—, amén de ser altivos y enérgicos (o gracias a ello), pero surge la duda de si se apegarían estrictamente a sus postulados comunistas desde el gobierno, bajo el entendido de que una restauración es muy improbable por ser otras las condiciones nacionales e internacionales luego de 1991. Los partidos sucesores que continuaron gobernando o recuperaron el poder años después de la transición son meramente inerciales; ninguno de ellos ha subvertido el orden en el que gobiernan —ni democrático-liberal ni autoritario—. Al 1 de enero de 2017, los partidos nostálgicos de los 16 países mencionados sobreviven políticamente, pero sólo seis tienen representación parlamentaria. [46]

El único caso que ofrece una pista fue protagonizado por el Partido de los Comunistas de la República de Moldavia (PCRM), (re)fundado en 1994 y que gobernó el país entre 2001 y 2009 con amplia mayoría en el Parlamento. En su programa proponía el "renacimiento de una sociedad socialista" y, si bien amplió la asistencia del Estado en seguridad social —educación gratuita, salud universal, mayores sueldos públicos y pensiones— y la simbología comunista (la hoz y el martillo, símbolo del partido) fue bastante visible en el periodo, también privatizó varias empresas estatales y propuso de manera obsesiva el acceso a la Unión

Europea, decisiones que no van muy en sintonía con el ideal comunista —por ello lo consideré como un partido inercial—. Sin embargo, en la elección parlamentaria de 2014 el PCRM, que había estado en la oposición desde 2009, echó mano de una nostalgia gigantesca para volver a hacerse del poder, bajo la cual llamó a restaurar no el antiguo régimen, sino al menos la situación anterior a 2009 (cuando gobernaban), basada en un fuerte Estado de bienestar.[47] A partir de la elección de 2014, una facción prorrusa disidente, liderada por el actual presidente moldavo, Igor Dodón, y por la ex primera ministra Zinaida Greceanîi, se escindió del PCRM y se fusionó con otros grupos socialistas para crear el Partido de los Socialistas de la República de Moldavia (PSRM), actualmente el más popular del país.

Dentro de las formas de politizar la nostalgia ya mencionadas, los partidos nostálgicos varían en la forma en que promueven sus estrategias. Los más sólidos suelen ser aislacionistas, es decir que no entran en coaliciones electorales, como es el caso de La Izquierda alemana o el Partido Comunista de Bohemia y Moravia checo, que pueden darse ese lujo al ostentar un voto duro asegurado y por la volatilidad política en sus respectivos sistemas parlamentarios, lo que les da una visibilidad pública mayor que en sistemas presidenciales. En éstos, en cambio, los partidos nostálgicos deben recurrir a otras formas de supervivencia, algo muy evidente, por ejemplo, cuando apoyan a administraciones ligadas al antiguo régimen que destilan visos de nostalgia, en especial en sistemas autoritarios postsoviéticos. El Partido Comunista de Azerbaiyán apoyó en 2008 la candidatura presidencial de Ilham Alíyev —presidente del país y líder del inercial Partido Nuevo de Azerbaiyán— porque "las acciones del presidente [están] orientadas a mejorar las condiciones de vida y bienestar de la población, [por ejemplo] construyendo obras y caminos estratégicamente importantes".[48] El Partido Comunista de Georgia hizo lo propio en las elecciones de 1995 al apoyar la candidatura presidencial Eduard Shevardnadze, ex ministro de Asuntos Exteriores soviético, a la presidencia del país. De igual forma, el Partido Comunista de Bielorrusia respalda en cada elección desde su (re)fundación en 1996 al presidente Aleksandr Lukashenko y, a cambio, es uno de los pocos partidos favorecidos por su régimen. Estas acciones pueden explicarse como un sistema de favores, en el que el régimen permite a ciertos

partidos sobrevivir políticamente e implantar parte de sus programas, al tiempo que se legitima dentro y fuera del país por contar con una "oposición" formal en el sistema político.

Regresando a los datos, salta a la vista que 11 de los 16 países con partidos nostálgicos son ex repúblicas soviéticas —a las que bien podría sumarse Moldavia—;[49] solamente Lituania, Turkmenistán y Uzbekistán carecen de partidos nostálgicos.[50] Esto no quiere decir, de nueva cuenta, que en estos países no haya nostalgia: en ellos, y en muchos otros Estados poscomunistas, los partidos inerciales han canalizado el fenómeno nostálgico, no obstante la imposibilidad de expresar una nostalgia concreta por la vía partidista merced a un diseño institucional que proviene de las elites para impedirlo y asegurar así un predominio político. En los países bálticos, por ejemplo, la línea públicamente trazada desde el gobierno, que divide lo soviético de lo postsoviético, es en buena medida aceptada para adjudicar culpabilidades a Moscú sobre las "herencias" negativas del socialismo.[51] Sin embargo, la negación del pasado socialista no quiere decir que éste no imprima prácticas, formas de pensamiento y expresiones inerciales (o nostálgicas) en las esferas pública y privada en dichos Estados.[52]

En suma, si vamos cada vez más a lo particular, y preparamos el terreno para el siguiente capítulo, en 12 de los 15 antiguos miembros de la Unión Soviética hoy en día hay partidos que se declaran sucesores del viejo Partido Comunista local, que pugnan por una reintegración del espacio postsoviético y ostentan los números electorales más grandes en el poscomunismo para partidos nostálgicos. Lo anterior es aún más interesante si se piensa que, dejando a Rusia de lado, el nacionalismo en dichos países es profundamente antirruso y que la nostalgia en cada caso se entiende como un regreso no deseado a la "sumisión" ante Moscú. Esto tiene consecuencias sociales concretas, pues en cada uno de estos Estados hay población rusa[53] en un rango porcentual que va de 0.45% de la población total en Armenia[54] a 25.6% en Letonia.[55] Esto naturalmente fomenta un amplio rechazo, puesto que los partidos nostálgicos de las ex repúblicas soviéticas apelan ya sea a la reintegración de la URSS o a la preservación de ciertas prácticas o valores que se entienden como "soviéticos", lo cual tiene consecuencias sociales considerables. Un ejemplo muy claro fue la

“Noche de Bronce” en Tallin, en abril de 2007, cuando el gobierno estonio decidió reubicar el memorial de la Segunda Guerra Mundial —compuesto por la estatua del Soldado de Bronce y restos mortales de soldados soviéticos caídos en la “liberación” de la capital estonia en 1944—, lo que produjo las más grandes protestas en el país desde el fin de esa guerra (originadas entre la minoría rusa),[56] con episodios considerables de violencia y una persona fallecida.

En realidad, este rechazo varía según la ex república soviética de que se trate; cada una toma distancia de Moscú de una forma particular y, de hecho, las pugnas políticas en varios de estos Estados se definen por la distancia que candidatos y partidos toman respecto a una nostalgia poscomunista que pasa por una cercanía con Rusia, como en Ucrania, Bielorrusia, Estonia, Letonia[57] o Georgia.[58] A pesar de esta resistencia nacionalista en un contexto en que “nostalgia” se lee como “rusificación”, no parece coincidencia que varios de los partidos nostálgicos más altivos y exitosos se encuentren en el espacio postsoviético. La URSS fue el origen y destino del grueso del socialismo mundial, y prácticamente todos los regímenes socialistas que espontáneamente surgieron alrededor del mundo durante el siglo XX voltearon de una manera u otra hacia Moscú en algún momento, lo mismo que los partidos comunistas de cualquier país. Más allá de eso, la URSS fue la segunda potencia económica, militar e incluso deportiva del planeta, que además dio importancia luego de 1945 a regiones remotas y ajenas al concierto internacional. Por ese lado, es perfectamente comprensible que en Biskek, Bakú o Riga se encuentren partidos comunistas nostálgicos que ganan votaciones amplias.

Los datos presentados en la tabla 2 son apenas una parte de las manifestaciones de la nostalgia, y de hecho son una que a primera vista parece no muy relevante. De ahí que en este apartado haya complementado esa información con ejemplos de la forma en que los partidos sucesores, tanto nostálgicos como inerciales, utilizan la nostalgia para fines políticos. Las estrategias de muchos de ellos se siguen basando, en buena lid, en preceptos que el nuevo orden adjetiva como desusados y condena como inaceptables, pero que suelen atraer mayores porcentajes de votación que los de varios partidos liberales. Merced a esas prácticas, además, los distintos

sistemas políticos poscomunistas tienen un dinamismo propio y original, en el que los vaivenes entre pasado y presente destacan como base de la trifulca partidista. En suma, la nostalgia por el socialismo es un arma política tenaz y bastante explotable, no porque a estos partidos se les ocurriera ofrecerla al electorado un buen día, sino porque notaron que la nostalgia está presente en buena parte de sus respectivas sociedades de alguna u otra manera; tanto, que incluso partidos que no son sucesores de los comunistas, ni se consideran "de izquierda", la emplean como instrumento electoral, lo que probaría el argumento anterior y de lo cual hablaré a continuación.

LA "NOSTALGIZACIÓN" DE LA POLÍTICA

¡Habla en voz baja, Dios! Podría pensar alguien
que la trompeta llamaba a tu reino;
y no hay para su tono abismo suficiente:
se alzarán de las piedras cuantas épocas hubo,
y cuantos se ausentaron reaparecerán
con las ropas ajadas, quebradizos los huesos,
y deformados por la presión de sus terrones.
Será un retorno extraño
a una extraña patria;
incluso los que nunca te conocieron gritarán
y tu grandeza reclamarán como un derecho:
cual pan y vino.

RAINER MARIA RILKE, "El juicio final.
De las cuartillas de un monje" (fragmento)[59]

Robo y apropiación de la nostalgia

Se ha dicho ya que los partidos sucesores de los viejos partidos comunistas no son manifestaciones menores de nostalgia por el

antiguo régimen: son, de hecho, las escurriduras de los organizadores de la vida pública en el socialismo.[60] Sin embargo, si algo trajo la incertidumbre de la transición, aunado a la satanización del sistema previo, fue una orientación del individuo hacia un sistema político más complejo y enredado, en donde ya no había un partido, sino varios, así como instituciones nuevas, no fáciles de asimilar en un primer momento. De pronto había una multiplicidad de elementos a los que el ciudadano podía dirigir su orientación política y su lealtad pública: a "la nación" (en contraste con un ente supranacional como en Yugoslavia, la URSS o Checoslovaquia),[61] a diferentes niveles de gobierno (a menudo encabezados por distintos partidos políticos),[62] a grupos de protección o "mafias",[63] a empleadores privados,[64] a cacicazgos regionales[65] y demás. En el antiguo régimen, ser un "buen comunista" era expresar —o hacer como que se expresaba— una lealtad a elementos claramente reconocibles y simples —al ideal, al Partido—, o en quedarse callado y no expresar nada en absoluto. Aquello solía ser abrumadoramente simple.

Al revisar el uso político de la nostalgia en el nuevo orden, resulta interesante que los partidos sucesores no son los únicos que reivindican aspectos positivos del pasado socialista. Como en la excepción comienza la regla, hay otros partidos, en apariencia de ideologías muy distintas a la propia de una izquierda "radical" o "moderada", que también explotan la nostalgia poscomunista en diversos ámbitos, por oportunismo más que por convicción. Esto es muy importante para entender el fenómeno, pues querría decir que la nostalgia se encuentra anteriormente en la sociedad de manera palpable, y no sólo en unos cuantos partidos "de izquierda" o "neocomunistas" como los que denominé nostálgicos. Esto sucede porque, como dice Fernando Escalante, "un político práctico no trata de inocular nuevas ideas a sus seguidores, sino que se limita a agitar las nociones más primarias que la gente ya tiene en la cabeza, para aprovechar a su favor la efervescencia emocional que resulta de ello".[66] Así, conviene analizar el fenómeno nostálgico desde una visión que es su aparente antítesis: el uso que le dan ideologías contrarias o incluso regímenes de gobierno sin una mentalidad definida,[67] lo que llamo la nostalgización de la política. En última instancia, el hecho de que una ideología que se dice antagónica al socialismo utilice la nostalgia con fines políticos sería

prueba inequívoca no sólo de que ésta existe, sino también de que su amplia propagación "transideológica", oportunista o no, permite ver hasta qué grado se trata de un rasgo relativamente central de la política poscomunista y no un elemento marginal, como se ha insistido en la literatura, ni un instrumento político endémico de partidos sucesores. Una salida fácil para esta cuestión sería argumentar que los cuadros actuales de todos los partidos políticos en Rusia, por ejemplo, provienen del Partido Comunista de la Unión Soviética, y que por esa razón es "natural" que den continuidad a políticas que se entienden propias del antiguo régimen;[68] sin embargo, la evidencia histórica confirma lo contrario: la lista de cuadros y miembros de la elite formados en el antiguo régimen que tienen puestos públicos en el nuevo, sin ningún viso de nostalgia, es interminable.[69]

Entre los partidos no sucesores (y no nostálgicos) que explotan la nostalgia, un primer perfil lo conforman asociaciones abiertamente xenófobas, de un nacionalismo feroz, que Cas Mudde engloba en la "derecha extrema".[70] Esta categorización resulta curiosa, pues, de un tiempo para acá, a todo partido que sea abiertamente racista se le engloba automáticamente en la derecha extrema —aunque el racismo no ha sido históricamente exclusivo de algunas derechas—.[71] Además, varios de los partidos que estudia Mudde suelen declararse "de izquierda" y son socialistas en esencia, por lo que no se justifica que los adjetive bajo el disparatado oxímoron de "partidos comunistas de extrema derecha". Lo que sí podría rescatarse en la definición de Mudde es que "obtienen su inspiración ideológica del periodo comunista", combinando "una ideología nacionalista con nostalgia por el pasado comunista".[72]

Un caso típico es el Partido Nacional Esloveno (SNS), fundado por el carismático Zmago Jelinčič. Una de las metas del "único partido que se interesa por Eslovenia y los eslovenos" es lograr el ideal "paneslovenista" de una única raza eslovena, anexando la Carintia austriaca, la Istria croata y el Trieste italiano.[73] Acaso lo más extraño sea que Jelinčič es quizá el político que más idolatra al mariscal Tito en su país —al rostro más visible del "panyugoslavismo", es decir, de un Estado multinacional—, al haber sido éste amamantado por "madre eslovena" y líder de la "lucha antifascista",[74] a pesar de que el SNS dispara baldones

constantes contra grupos étnicos distintos al esloveno. Entre tanta barahúnda hay, en realidad, poco que entender: el partido se aprovecha de que entre 83 y 90% de la población eslovena —según la encuesta medidora— ve a Tito como una figura positiva y que el mariscal ocupa el cuarto puesto entre "los eslovenos que marcaron los últimos 1 000 años".[75] Decir que el SNS es de un oportunismo recalcitrante no es desatinado, pero hacerlo escatimando los datos presentados sería en verdad ingenuo. De no haber nostalgia por Yugoslavia en Eslovenia y por los valores socialistas del "titoísmo", habría poco que explotar y el SNS no ganaría votos por exigir que se restaure el nombre de "Avenida Tito" a la principal arteria de Ljubljana.[76]

A ese pintoresco ejemplo puede sumarse el Partido de la Gran Rumanía (Partidul România Mare) del ex candidato presidencial Corneliu Vadim Tudor. Como dice su nombre, también propugna un reacomodo territorial para que la nación rumana recupere el territorio obtenido bajo su máxima extensión como monarquía en la primera mitad del siglo XX, que incorporaba Moldavia entera, la Pocutia polaca y la Zacarpatia ucraniana. Así, expresa por un lado prejuicios étnicos —contra judíos, húngaros, gitanos— y, por otro, se autoproclama como un "modelo de comprensión interétnica",[77] o incluso "partido de centro-izquierda",[78] que considera a Nicolae Ceauşescu "héroe nacional".[79] Pueden sumarse a estos casos el Partido Nacional Eslovaco, el Partido Liberal Democrático de Rusia y el homónimo bielorruso de éste. Todos estos partidos, relativamente exitosos en términos electorales, tienen la desventaja política de ser proyectos estrictamente personales que en ocasiones colaboran con sus pares comunistas en votaciones legislativas o de manera abierta en coaliciones políticas, lo que se explica por la afinidad estatista y nostálgica entre ambas ideologías.[80]

Un segundo perfil, quizá más interesante y complejo que el primero, es el de partidos a medio camino entre izquierda y derecha que sustituyen ideológicamente a los nostálgicos a ojos del electorado, al apropiarse de su discurso y poner en práctica sus propuestas una vez que llegan al gobierno. Un caso muy claro y sumamente interesante es el del Partido de Regiones ucraniano (PR), menos por el contraste entre su vaga ideología —que bien puede ubicarlo en ese terreno del "catch-all"— y su forma de explotar la nostalgia, que

por haber sustituido en tan poco tiempo al principal canalizador de ésta, el Partido Comunista de Ucrania (PCU). Para hablar de ello es necesario comprender primero la polarización geopolítica y demográfica del país: hay diferencias enormes entre el noroeste y el sudeste ucranianos, pues en el primero predomina un carácter rural al depender económicamente de la agricultura, principal subsidio del gobierno central (es el único rubro que el Estado ucraniano subsidia al 100%), mientras que el segundo está altamente industrializado y contiene centros urbanos de gran dinamismo económico. Asimismo, la población en la ribera noroccidental del Dniéper tiende a ser étnica y lingüísticamente ucraniana, mientras que en la contraparte sudoriental predominan la lengua y la minoría rusas.[81] A la hora de votar las diferencias se hacen evidentes: en el norte y el occidente del país hay un voto duro por una coalición "nacionalista" en favor de un acercamiento con la Unión Europea —pues se busca que la UE subsidie el campo por la gran cantidad de recursos que representa la Política Agrícola Común en comparación con el deficiente subsidio gubernamental, a partir de lo cual puede explicarse la crisis ucraniana de 2014 y la guerra subsecuente—,[82] mientras que en el sur y el oriente hay un electorado sólido que elige partidos prorrusos y provincias enteras donde la población dice tener una identidad "soviética" en porcentajes de 32.2% (Crimea) o 37.1% (Donetsk).[83]

De este modo, puede decirse que en la mitad sudoriental del país eslavo la nostalgia ha pasado por un fugaz proceso de resignificación política. Si se ve un mapa electoral de Ucrania en 2002,[84] saltará a la vista una división geográfica del voto en una mitad noroeste donde arrasó el partido nacionalista "Nuestra Ucrania" (Nasha Ukraina), mientras que en la mitad sudeste arrasó el Partido Comunista. Si se ve el mismo mapa en 2006,[85] se advertirá casi exactamente la misma división, con el voto nacionalista en el noroeste y el trasnacional en el sudeste. Mientras que en la primera región el voto en 2006 lo acaparó el "Bloque Yulia Tymoshenko" (y en menor grado "Nuestra Ucrania"), en el sudeste hubo un cambio del Partido Comunista al Partido de Regiones, hasta hace poco el más grande del país, con presencia en prácticamente toda la zona rusoparlante de Ucrania. Tan sólo en el periodo 2002-2006, el PR sustituyó al PCU no sólo en números electorales, sino también como explotador de la nostalgia

poscomunista.[86]

¿Cómo fue posible esto? ¿Qué mejor canal de la nostalgia poscomunista que un partido tan fiel al marxismo-leninismo como el ucraniano, el cual aclara en su programa que "el capitalismo logró tomar venganza temporalmente de la situación internacional", que la Revolución de Octubre fue "el evento más importante del siglo XX" y que lucha por "la reconstrucción de la sociedad sobre principios comunistas"?[87] A pesar de que el PCU está en franco declive desde 2002 —no sólo porque se aceleró el crecimiento económico, lo que benefició en parte al oficialismo nacionalista a partir de ese año,[88] sino también por el ascenso del Partido de Regiones en el sudeste como una opción más atractiva—, no ha reformado su programa. Si bien en octubre de 2012 el PCU revivió políticamente con 13.39% del voto popular —cuando en las dos elecciones legislativas anteriores (2006 y 2007) apenas alcanzó 3.66 y 5.39%, respectivamente—, en la elección parlamentaria de 2014 no obtuvo ningún escaño en la Verjovna Rada. Ante este desplazamiento, y debido a su afinidad política con el PR, el Partido Comunista se vio orillado a entrar en una alianza legislativa con aquél y a posicionarse como su aliado más efectivo entre diciembre de 2012 y febrero de 2014.

Por su parte, el Partido de Regiones, coto de burócratas del antiguo régimen (de 40 o 50 años hacia arriba),[89] el cual ostentó la presidencia del país (2010-2014) con Víktor Yanukóvych al frente y que tuvo mayoría relativa en la Verjovna Rada desde 2006 hasta 2014, pudo ganarse el voto comunista al introducir un elemento que el PCU, fiel al trasnacionalismo proletario,[90] nunca tomó en cuenta: la bandera del federalismo como solución a la "cuestión ucraniana", punto medio entre la reintegración con Rusia que proponen los comunistas y el unitarismo paneuropeo que ofrecen los nacionalistas al otro lado del Dniéper. Esta alternativa federalista es válida para la población del sudeste en tanto que afianza una identidad propia sin desmembrar a Ucrania o anexarla a Rusia.[91] En el ámbito social, el PR era un partido de una izquierda y nostalgia colosales, aunque relativamente moderado en cuestiones económicas. Además de proponer el ruso como segunda lengua oficial, su programa se orientaba a un Estado de bienestar generalizado y así lo demostró al implementar un gasto público

enorme: subvenciones al desempleo y a medicamentos esenciales; aumento de sueldos, salarios mínimos y pensiones militares; construcción masiva de complejos departamentales a bajo precio y, en política exterior, un eventual acercamiento con Rusia y sus aliados.[92] Esto le permitió monopolizar en varias zonas del país la nostalgia por "las tetas del Estado", así como restablecer tras 20 años de vida independiente el nombre de "Gran Guerra Patriótica" en vez de "Segunda Guerra Mundial" y la (re)legalización de la bandera soviética durante las celebraciones de la victoria sobre el nazismo[93] —lo que, por cierto, provocó riñas en mayo de 2011 en Lviv entre ucranianos de origen ruso y grupos nacionalistas—.[94] Sobre esas líneas, el Partido de Regiones tenía bastantes similitudes con el partido Rusia Unida de Vladímir Putin, del que se hablará en el siguiente capítulo.

Nostalgia como normalidad y (re)significación

Una última forma de "nostalgizar" la política que merece bastante atención se da en regímenes poscomunistas autoritarios. El ejemplo paradigmático es Bielorrusia bajo la presidencia de Aleksandr Lukashenko a partir de 1995, cuando se aprobó en un plebiscito que el idioma ruso fuese elevado a lengua oficial junto con el bielorruso, que hubiese mayor integración económica con Rusia y que se restauraran tanto la bandera de la República Socialista Soviética de Bielorrusia de 1951-1991 como su escudo de armas (aunque ya sin la hoz y el martillo). En Bielorrusia hay una estatua de Lenin por cada 20 000 habitantes; todas las que había antes de 1991 subsisten en la actualidad.[95] Estas fortísimas tendencias nostálgicas, entre otras, hacen del régimen de Minsk lo más parecido en el mundo poscomunista al viejo orden, luego de pasar por un brevísimo periodo liberal entre 1991 y 1994.

Una de las explicaciones más frecuentes de esta particularidad recae en que Bielorrusia no tuvo nunca una conciencia nacional fuerte: el Estado bielorruso moderno se fundó en 1918 como una república liberal, ocupada un año después por la Rusia soviética; es a partir de entonces cuando esa conciencia empieza a formularse. Sin duda,

el evento más determinante en esa construcción es la Gran Guerra Patriótica (Segunda Guerra Mundial):[96] Bielorrusia perdió entre la tercera y cuarta partes de su población —casi 2.4 millones de personas—[97] durante la invasión nazi (1941-1944). Como respuesta, la amplia y muy efectiva resistencia de las brigadas partisanas que combatieron a los alemanes reforzó no sólo un aparato propagandístico, sino una conciencia pública con tintes patrióticos. Pasada la guerra, Bielorrusia fue una de las repúblicas más ricas y productivas dentro de la URSS, conocida como "taller de montaje" del socialismo soviético, con una calidad de vida más alta que la de sus pares dentro de la Unión. De hecho, la suma de estos elementos hizo que prácticamente no hubiera disidencia en esta república, ya que reinaba un conformismo bastante generalizado.[98] Por todo ello, durante el turbulento periodo de 1989-1991,

mientras que una débil señal proveniente de la capital de la URSS fue suficiente para que los antiguos regímenes cayeran en los países de Europa central [y del este] y las repúblicas bálticas, en Bielorrusia, por el contrario, la sociedad resistió los cambios provenientes del centro en toda forma posible. La mayoría de la población de Bielorrusia siente que la transformación del socialismo ocurrió no como resultado de una crisis interna [de la República], sino como consecuencia de la acción de algunas fuerzas políticas (los "demócratas", Gorbachov, el Frente Nacional de Bielorrusia), y que el mercado y la democracia fueron importados artificialmente de Occidente con ayuda de sus agentes y está siendo incorporada por la fuerza aquí. Un rechazo psicológico de nuevas formas del orden social está ocurriendo en las personas [que habitan en el país].[99]

No es extraño, pues, que 82.6% de la población bielorrusa votara en el plebiscito de marzo de 1991 a favor de preservar la Unión Soviética, aunque al final se otorgara la independencia a un país que, irónicamente, no la deseaba. Tras un breve interludio liberal entre 1991 y 1994, la elección presidencial de este año fue la oportunidad para confirmar el aferramiento al pasado, pues ganó el candidato más altivo y crítico hacia el statu quo (Lukashenko),

quien no tenía programas o ideas “coherentes” en los términos de la democracia occidental, un equipo serio o apoyo de elites económicas. Mientras los demás candidatos prometían un futuro soñado de “democracia” y “libre mercado”, Lukashenko sólo tuvo que recordar la gloria socialista para ganar sin problema —y limpiamente— aquella elección. Esto confirma que, como dicen Karbalevich y Valliere, “la mayoría de la población bielorrusa, ideológica y psicológicamente, continúa viviendo en la Unión Soviética”.[100] Verónika Goncharova, estudiante rusa de 22 años en la Universidad de Finanzas del Gobierno de la Federación Rusa, me comentó lo siguiente cuando le pregunté por qué pensaba que la nostalgia por el socialismo en Bielorrusia, Rusia y Ucrania era más fuerte que en el resto de Europa oriental:

¡Para mí es muy difícil compararnos con esos países [de Europa oriental]! Pero, en lo que respecta a Bielorrusia, hay que tener en cuenta que tienen un régimen totalitario en el país, un cierre respecto a los países del exterior, producción y consumo de sus propios productos. En realidad, tú llegas a Bielorrusia y es como si llegaras a la Unión Soviética, donde en las tiendas sólo [hay] productos bielorrusos y sueldos bajos.[101]

De esta forma, Bielorrusia es, desde hace dos décadas, una realización física ya no de la nostalgia, sino de lo que ésta añora. El modelo impuesto por Lukashenko es muy parecido a lo que había antes de 1991: un aparato de seguridad extenso encabezado (literalmente) por la “KGB”, una economía “socialista” —control de precios, escasez relativa de bienes, desempleo cercano a 1% (que en realidad es mayor, pues en cifras oficiales sólo se incluye al apabullante sector público, aunque hay un creciente sector privado) — y una simbología socialista enorme. El único toque distintivo que haría falta es un partido único; en realidad, Bielorrusia tiene un sistema pluripartidista poco competitivo:[102] los candidatos a puestos de elección popular provienen únicamente del aval de Lukashenko o de los partidos tolerados por el régimen en vista de su apoyo. En las elecciones parlamentarias de 2016, sólo cinco partidos consiguieron representación en la Cámara baja, los cuales

apenas alcanzaron 16 de 110 asientos entre todos. El Parlamento está repleto de diputados “independientes”, que rinden cuentas directamente al presidente.[103]

Casos similares, sumamente interesantes, pueden encontrarse en cualquier ex república soviética de Asia Central, donde la población también votó en el referéndum de 1991, mayoritariamente, por preservar la URSS, ante la debilidad de una conciencia nacional en la región, como la que sí había en el Báltico o en el Cáucaso. Una vez independientes, los líderes de estos países —los mismos que antes de 1991— tuvieron que elaborar una ideología y construir una conciencia nacional de la noche a la mañana sobre bases muy endebles. Sin embargo, ya sea en el rechazo cultural, histórico y político al periodo soviético o a Rusia abiertamente, como sucede en Turkmenistán y Uzbekistán,[104] o en una visión revisionista y matizada como la que predomina en Kazajstán,[105] Kirguistán[106] y Tayikistán,[107] ese pasado sigue siendo vital en la conformación de la conciencia nacional y de diversas prácticas culturales y políticas orientadas desde el Estado. Es interesante —y por supuesto no es coincidencia— que, en los primeros dos casos, el ruso no sea una lengua de carácter oficial y que el periodo soviético se lea en la historiografía como un pasado “colonial”; en Uzbekistán y Turkmenistán, además, los partidos sucesores nostálgicos —abiertamente comunistas— fueron declarados ilegales. En cambio, en Kazajstán y Kirguistán el ruso es lengua oficial a la par de los idiomas nacionales, mientras que en Tayikistán tiene el estatus de “lengua de comprensión interétnica”; además, en estos tres países, los partidos nostálgicos afloraron después de la transición. De hecho, según los números mostrados en la tabla 2, el Partido Comunista de Tayikistán es el que ha ganado mayor votación en la historia de todos los partidos nostálgicos en el mundo poscomunista, mientras que el de Kirguistán se ubica en tercera posición, por abajo del georgiano.

Los cinco Estados centroasiáticos utilizan la nostalgia por la época soviética de una u otra manera, a pesar de que dos de ellos rechacen tajantemente ese pasado en su discurso. Hay que entender que los líderes de estos países fueron funcionarios en los escalones más altos del Partido Comunista soviético local; algunos, como los presidentes Islam Karímov (fallecido en septiembre de 2016) en

Uzbekistán o Nursultán Nazarbáyev en Kazajstán, llegaron a ser secretarios generales de los partidos comunistas locales. Ambos han rehabilitado históricamente a algunos de sus predecesores —y mentores— socialistas en el cargo: a Sharaf Rashídov (1959-1983) en el caso uzbeko y a Dinmuhammed Kunáyev (1960-1962; 1964-1986) en el caso kazako. El régimen uzbeko ha dedicado una estatua, una avenida y una fecha cívica a Rashídov —el día de su cumpleaños—,[108] mientras que el régimen de Nazarbáyev no sólo dio a una avenida el nombre de Kunáyev en la capital, sino que declaró "mártires" a los manifestantes kazakos que fallecieron en las protestas de 1986, cuando se opusieron a la remoción de Kunáyev por parte de Gorbachov. Con esta acción, el régimen actual de Kazajstán puede inyectar simbólicamente en el discurso público un nacionalismo que resiste los designios de Moscú, y al mismo tiempo una loa al pasado soviético al promover la imagen de Kunáyev y denostar la del "traidor" Gorbachov. Con ello queda bien tanto con los actores nostálgicos del país como con las elites nacionalistas. Además, tanto Karímov como Nazarbáyev son presentados como firmes herederos de esas administraciones socialistas duraderas y ejemplares, en un firme deseo por apropiarse de la antigua grandeza (económica, sobre todo) de aquellos años y de monopolizar ese pasado, como si de partidos nostálgicos se tratase.

En esta zona postsoviética, al igual que en Bielorrusia, la Segunda Guerra Mundial es un evento crucial para la reproducción nostálgica desde arriba (y desde abajo) en un diálogo entre gobierno y sociedad. Aunque no vieron acción en su territorio, la enorme mitificación soviética de la Gran Guerra Patriótica imprimió una inercia enorme en los Estados centroasiáticos, y no deja de ser fuente de legitimidad político-histórica para nadie. En Tayikistán esto es por demás revelador. En palabras de John Schoeberlein: "El valor que [en Tayikistán] tiene haber defendido la Unión Soviética [entre 1941 y 1944] no ha disminuido 10 años después de la independencia, y los combatientes en aquella guerra se consideran más merecedores de conmemoración que los que lucharon en la guerra civil postsoviética [1992-1997]".[109]

Incluso un régimen como el de Turkmenistán, sin duda el más cerrado y autoritario del mundo poscomunista,[110] necesita dejar un espacio, por más pequeño que sea, a la nostalgia, como muestra

el brillante trabajo empírico de Michael Denison —el cual por sí mismo tiene la virtud de haber logrado trabajar dentro del país, tarea difícil para extranjeros—. Turkmenistán fue gobernado por Saparmurat Niyázov como secretario general del Partido Comunista local desde 1985 y como presidente de la nación desde 1990 hasta su muerte en 2006. Amén de las exoticidades de ese personaje, [111] éste es el único sistema político poscomunista que hasta la elección parlamentaria de 2013 tuvo un partido único, con una economía que depende en buena medida de sus gigantescas reservas de gas natural, las cuales lo ubicaban a fines de 2015 en el cuarto lugar mundial en reservas de dicho producto.[112]

Denison describe la celebración de la Gran Guerra Patriótica en Turkmenistán como ejemplo de un sentimiento comunal genuino en un país donde la "sociedad civil" está sumamente circunscrita.[113] Esta práctica, recurrente y muy prestigiada desde 1945 —en especial entre la minoría rusa, que en 2013 comprendía 243 677 personas (4.7% de la población)—[114] por haber sido la mayor celebración en tiempos soviéticos, no es bien vista por el gobierno turkmeno desde 1991, pues se asocia con el confinamiento de Turkmenistán al pasado soviético, lo que implicaría no sólo una sumisión ante Moscú, sino también la aceptación del uso de la memoria soviética en una conciencia nacional fabricada sobre valores contrarios a ella.[115] Por eso, a pesar de que el régimen tolera de mala gana la celebración entre la minoría rusa, al mismo tiempo la descontextualiza de manera interesantísima para "presentarla como un conflicto incorpóreo en el que sólo los eventos que atañen al pueblo turcomano cobran significado",[116] es decir que redefine la nostalgia por el socialismo mediante un proceso en el que se apropia de ella para luego inyectarla descontextualizada, cargada de un nuevo significado chovinista en la conciencia nacional. La manera, bastante sagaz, en que Niyázov recreó el mito nostálgico de la Gran Guerra Patriótica fue —como no podía ser de otra manera— pasando por su propia persona, ligándolo a su historia familiar y a la figura de su padre, Atamurat Niyázov, quien supuestamente murió en un campo de concentración alemán en el frente osetio luchando contra el nazismo. En un pasaje de Rujnama, la autobiografía de Niyázov que funge como "guía espiritual" y base de su pensamiento político —texto obligatorio hasta 2011 en todas las escuelas de Turkmenistán—,[117] el finado líder escribe lo

siguiente:

Un día estaba leyendo un libro en la biblioteca [de la Universidad de Leningrado]. Un ruso viejo, que usaba lentes, se me quedó viendo desde mi izquierda y mi derecha… "Señor, ¿me está confundiendo con alguien?", pregunté cortésmente. "Pensé que me recordabas a alguien, hijo mío. Pero mis ojos no son muy buenos"… El viejo dijo: "Si estoy equivocado, mi corazón se romperá. Si no lo estoy, también se romperá. ¡Que Dios me ayude!". Se intentó calmar y levantó su mano derecha: "Quienquiera que seas, debes ser el hijo de Atamurat Annannyyaz". Sentí como si una cubeta de agua hirviendo me hubiese sido lanzada encima. Sentí olas correr dentro de mí al oír el nombre de mi padre viniendo de un extraño. Luego nos presentamos y hablamos. Este profesor, Iván Semiónovich, había sido amigo de mi padre durante la guerra y habían peleado hombro con hombro contra el enemigo e incluso compartieron sus últimos alimentos en el frente… "Tu padre fue inmediatamente ejecutado como un comunista. Nunca perdió ni la mínima parte de su valor… Tu padre era un héroe, un verdadero héroe. Escribí una obra sobre su valor. No soy escritor pero no podía dejar de hacerlo… Querido Saparmurat, hijo mío, tu padre fue un verdadero héroe; aprende sobre su suerte en la guerra y su heroísmo".[118]

Según Denison, de esta forma Atamurat es representado como la personificación de la nación turkmena, que hace un último esfuerzo por salvar al pueblo soviético; el autor agrega que, después de leer Rujnama, no queda duda de que Rusia debería estar agradecida con Turkmenistán por su "gigantesca" contribución a la victoria. La adjetivación en el relato, "ejecutado como un comunista", se lee en este contexto como algo sumamente positivo: el término es apropiado por el "Padre de todos los turkmenos" con el fin de promover la legitimidad que reviste a la figura de su propio padre y abrevar en el pasado socialista como punto de partida, innegable e inexorable, de la legitimidad del nuevo orden. Sobra decir que el memorial de la guerra en Asjabad está compuesto únicamente por la estatua de Atamurat; es ante su imagen donde se deben depositar flores y guirnaldas,[119] y no ante un soldado desconocido o una

flama imperecedera como en otras partes del espacio postsoviético. De esta manera, la nostalgia poscomunista en Turkmenistán, en la forma de una acción colectiva que representa un espacio —por más pequeño que sea— de relativa espontaneidad frente a la saturación del lenguaje público proveniente del régimen, es revestida conforme a los términos que éste establece y, sin duda, cooptada como uno de varios pilares de la construcción del mito nacional, por la sencilla razón de que es un espacio genuino de memoria: la nostalgia, una vez más, está allí antes de que el régimen la use y se legitime en ella.

¶

Se han trazado en este capítulo dos tendencias propias de la nostalgia a lo largo del mundo poscomunista, y es necesario entender su diferenciación. La politización de la nostalgia implica que uno es primero nostálgico y después da un cauce político a esa nostalgia. Es el caso de los partidos nostálgicos presentes en la mayor parte del mundo poscomunista, que politizan su nostalgia al buscar el poder para llevar a cabo una restauración del antiguo régimen o de sus características esenciales. La "nostalgización" de la política es el fenómeno contrario: uno es antes que nada un actor político —no necesariamente de tendencias nostálgicas— que utiliza la nostalgia como recurso de legitimación o la coopta para dar cierto impulso a una ideología que naturalmente tendrá más de un viso de incoherencia. Es éste el caso de algunos partidos ajenos o incluso contrarios a la ideología comunista que usan la nostalgia a su favor, o de regímenes enteros que la usan con el mismo fin.

A continuación analizaré estas dos tendencias en el caso específico de Rusia, donde ambas son perfectamente identificables: hay una politización de la nostalgia en la participación de distintos partidos comunistas nostálgicos en procesos electorales, entre los cuales destaca el Partido Comunista de la Federación Rusa —principal oposición al gobierno desde 1995—, y una nostalgización de la política en la cooptación que hacen sobre todo el gobierno de Vladímir Putin y el partido Rusia Unida de la nostalgia por el

socialismo en el país, con un éxito ni siquiera visto entre los distintos partidos comunistas rusos de la actualidad.

NOTAS AL PIE

[1] Girona, Atalanta, 2009, p. 866.

[2] Cit. en Jacqueline Hayden, Poles apart: Solidarity and the new Poland, Dublín, Irish Academic Press, 1994, p. 33.

[3] Como decía Serguéi Prokófiev parafraseando una conversación en su diario en diciembre de 1932: “Cuando ni la ciencia ni la opinión pública proveen soluciones, corresponde a la música expresar la ansiedad general” (cit. en Simon Morrison, The people’s artist. Prokofiev’s Soviet years, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 14).

[4] En ese sentido es indispensable leer a Serhii Plokhy, El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética, Madrid, Turner, 2015 (original de 2014).

[5] Tras la debacle de su principal patrocinador (la URSS), Corea del Norte eliminó toda referencia al marxismo-leninismo en su constitución para 1998 y la sustituyó con una ideología nacionalista llamada Juche que, en realidad, se encontraba en vigor desde 1972 como ideología oficial tras la ruptura sino-soviética (Grace Lee, “The political philosophy of Juche”, Stanford Journal of East Asian Affairs, vol. 3, núm. 1 (2003), pp. 105-112). En 2009 se desechó todo uso del término “comunismo” y se estableció al Ejército como la “fuerza revolucionaria” del país por excelencia, a través de la

ideología militarista Songun, en detrimento de la clase obrera, aunque ésta sigue siendo homónima del partido hegemónico (que no único, cabe destacar) del Estado, el Partido de los Trabajadores de Corea. Véanse Han S. Park, "Military-first (Songun) politics: implications for external policies", en Park Kyung-ae (ed.), New challenges of North Korean foreign policy, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009, pp. 89-109; Rainer Matos Franco, "Impre(ci)siones norcoreanas", Paradigmas, ITAM, 25 de abril de 2014; http://www.paradigmas.mx/imprecisiones-norcoreanas/.

[6] China ha "tan flagrante y exitosamente hecho alarde del modelo neoliberal" (A. Pickel, art. cit., p. 109).

[7] Me baso en la definición clásica de Juan Linz. Un régimen autoritario es un sistema político con un pluralismo político limitado que carece de una ideología elaborada y coherente pero de mentalidades distintivas, con movilización política esporádica y en donde el líder o grupo de poder ejerce éste dentro de límites vagos, pero formales y predecibles (Totalitarian and authoritarian regimes, Boulder, Lynne Rienner, 2000, p. 159).

[8] Como asevera Peter Fritzsche, "las inseguridades de la revolución económica y política de la era moderna garantizaron la constante política de insatisfacción con el orden social imperante" ("How nostalgia narrates modernity", en Alan Confino y Peter Fritzsche (eds.), The work of memory: new directions in the study of German society and culture, Champaign, Illinois University Press, 2002, p. 63).

[9] El gran ejemplo es Bielorrusia en 1994, del que hablaré hacia el final del capítulo. Sobre el tema de la votación orientada a valores no liberales, véanse R. Rose, W. Mishler y N. Munro, op. cit.; W. A. L. Seligson y J. A. Tucker, art. cit.; Guy Hermet, Alain Rouquié y

Juan J. Linz, Des élections pas comme les autres, París, Fondation National de Sciences Politiques, 1978 (edición en español: ¿Para qué sirven las elecciones?, México, Fondo de Cultura Económica, 1982).

[10] Trabajos pioneros que comenzaron a hablar de problemas derivados de estudiar el poscomunismo con base en meras teorías son Valerie Bunce, "Should transitologists be grounded?", Slavic Review, vol. 84, núm. 1 (1995), pp. 111-127; Charles King, "Post-postcommunism: transition, comparison, and the end of 'Eastern Europe'", World Politics, vol. 53, núm. 1 (2000), pp. 143-172; Thomas Carothers, "The end of the transition paradigm", Journal of Democracy, vol. 13, núm. 1 (2002), pp. 5-21.

[11] Enumero los trabajos que son referencia recurrente: K. Verdery, What was socialism…; K. Verdery y Michael Burawoy, Uncertain transition: ethnographies of change in the postsocialist world, Lanham, Rowman y Littlefield, 1999; C. Humphrey, op. cit.; Caroline Humphrey y David Sneath, The end of nomadism? Society, state and the environment in Inner Asia, Durham, Duke University Press, 1999; Irina Paperno, Stories of the Soviet experience: memoirs, diaries, dreams, Ithaca, Cornell University Press, 2009; Kristen Ghodsee, Lost in transition: ethnographies of everyday life after communism, Durham, Duke University Press, 2011; M. Todorova y Z. Gille (eds.), op. cit.; M. Todorova, Remembering communism.

[12] El libro de las imágenes, p. 199. Cursivas en el original.

[13] John Ishiyama, "Communist parties in transition: structures, leaders and processes of democratization in Eastern Europe", Comparative Politics, 27 (1995), p. 149.

[14] Las tres excepciones son Etiopía, Eritrea y Kósovo, explicadas más adelante.

[15] Stephen White, “Towards a post-Soviet politics?”, en S. White, A. Pravda y Z. Gitelman (eds.), op. cit., p. 2.

[16] Valerie Bunce, Subversive institutions. The design and destruction of socialism and the state, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 28.

[17] Sándor Márai, Confesiones de un burgués, 10ª ed., trad. de Judit Xantus Szarvas, Barcelona, Salamandra, 2008, p. 117.

[18] Granada es la única excepción, pues su partido único se reformó y compitió desde 1983.

[19] Esto es muy común entre regímenes poscomunistas autoritarios, que transformaron el antiguo partido único en nuevas asociaciones que desecharon el marxismo-leninismo, pero apelaron al nacionalismo o a cualquier ocurrencia para sobrevivir. El paradigma de este cinismo es Mathieu Kérékou, presidente del Benín marxista desde 1972 a 1990 y reelecto entre 1996 y 2006, quien un buen día de 1990 pasó de marxista recalcitrante a pastor “pentecostista”, se dio cuenta de que en realidad “nunca había leído a Marx y Lenin” y, por “intervención divina” y “voluntad insondable del Todopoderoso”, “j’ai compris que le marxisme, c’était de la… foutaise” (“comprendí que el marxismo era una… locura”) (cit. en Camilla Strandsbjerg, “Continuité et rupture dans les représentations du pouvoir politique au Bénin entre 1972 et 2001: le président Mathieu Kérékou. Du militaire-marxiste au

démocrate-pasteur", Cahiers d'Études Africaines, vol. 45, núm. 177 (2005), pp. 71-94).

[20] John Ishiyama y András Bozóki, "Adaptation and change: characterizing the survival strategies of the communist successor parties", The Journal of Communist Studies and Transition Politics, vol. 17, núm. 3 (2001), p. 35.

[21] Mark S. Ellis, "Purging the past: the current state of lustration laws in the former communist bloc", Law and Contemporary Problems, vol. 59, núm. 4 (1996), pp. 181-196.

[22] J. Ishiyama y A. Bozóki, art. cit., p. 32.

[23] Seán Hanley, "Towards breakthrough or breakdown? The consolidation of KSČM as a neo-communist successor party in the Czech Republic", The Journal of Communist Studies and Transition Politics, vol. 17, núm. 3 (2001), pp. 96-116; Seán Hanley, "The Communist Party of Bohemia and Moravia after 1989. 'Subcultural party' to neocommunist force?", en J. Ishiyama y A. Bozóki (eds.), A Decade of Transformation. Communist Successor Parties in Central and Eastern Europe, Armonk, ME Sharpe, 2002, pp. 141-165; Anna Grzymała-Busse, "Reform efforts in the Czech and Slovak communist parties and their successors, 1988-1993", East European Politics y Societies, vol. 12, núm. 3 (1998), pp. 442-471, y, más reciente, Jiří Lach, James T. LaPlant, Jim Peterson y David Hill, "The Party isn't over: an analysis of the Communist Party in the Czech Republic", Journal of Communist Studies and Transition Politics, vol. 26, núm. 3 (2010), pp. 363-388.

[24] No obstante, Ishiyama tiene la virtud de haber estudiado la mayoría de los partidos comunistas sucesores tanto en Europa

como, más recientemente, en Medio Oriente ("The sickle and the minaret: communist successor parties in Yemen and Afghanistan", Middle East Review of International Affairs, vol. 9, núm. 1 (2005), pp. 7-29) y en África ("The former Marxist-Leninist parties in Africa after the end of the Cold War", Acta Politica, vol. 40, núm. 4 (2005), pp. 459-479).

[25] Herbert Kitschelt, "Formation of party cleavages in postcommunist democracies: theoretical propositions", Party Politics, 1 (1995), pp. 447-472; Joel Hellman, "Constitutions and economic reform in the postcommunist transitions", East European Constitutional Review, 5 (1996), pp. 46-56; Geoffrey Evans y Stephen Whitefield, "Explaining the formation of electoral cleavages in postcommunist democracies", en Hans Dieter Klingemann y Ekkehard Mochmann (eds.), Elections in Central and Eastern Europe: the first wave, Berlín, Sigma, 2000, pp. 36-70.

[26] Michael McFaul, "The missing variable: the 'International System' as the link between third and fourth wave models of democratization", en Valerie Bunce, Michael McFaul y Kathryn Stoner-Weiss (eds.), Democracy and authoritarianism in the postcommunist world, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 10.

[27] Valerie Bunce y Sharon Wolchik, "Favorable conditions and electoral revolutions", Journal of Democracy, 17 (2006), pp. 7-18, y "A regional tradition: the diffusion of democratic change under communism and postcommunism", en V. Bunce et al. (eds.), op. cit., pp. 30-56.

[28] Aunque "socialista", el hoy gobernante Frente Popular Democrático Revolucionario de Etiopía, por ejemplo, que ha construido un régimen autoritario en el país, comenzó como grupo

rebelde opuesto al gobierno socialista de Mengistu Haile Mariam (1974-1991), por lo que no es nostálgico ni inercial ni se toma en cuenta en la tabla. Lo mismo ocurre en Eritrea, donde el partido oficial, el Frente Popular para la Democracia y la Justicia, fue otra guerrilla marxista que luchó contra Mengistu y que a su caída declaró independiente el país; no fue, como dice Andreas Schedler, una de las "autocracias […] intocadas por la agitación de la crisis del régimen" ("The logic of electoral authoritarianism", en A. Schedler (ed.), Electoral authoritarianism. The dynamics of unfree competition, Boulder, Lynne Rienner, 2006, p. 3). No hay ningún partido en Etiopía ni Eritrea hoy que reclame el legado del régimen de la Derg. Para una idea del sistema autoritario etíope desde 1991, véanse Sarah Vaughan y Kjetil Tronvoll, The culture of power in contemporary Ethiopian political life, Estocolmo, Styrelsen för Internationellt Utvecklingssamarbete, 2002, y Lovise Aalen y Kjetil Tronvoll, "The 2008 Ethiopian local elections: the return of electoral authoritarianism", African Affairs, vol. 108, núm. 430 (2009), pp. 111-120. Para el caso de Eritrea véase el brillante artículo de Richard Reid, "Caught in the headlights of history: Eritrea, the EPLF and the post-war nation-state", The Journal of Modern African Studies, vol. 43, núm. 3 (2005), pp. 467-488.

[29] Grigore Pop-Eleches, "A party for all seasons: electoral adaptation of Romanian communist successor parties", Communist and Post-Communist Studies, vol. 41, núm. 4 (2008), pp. 465-479.

[30] G. Hermet et al., op. cit.; A. Schedler, art. cit.

[31] Guy Hermet, "Introduction", en G. Hermet et al., op. cit., p. 14.

[32] Entre los partidos sucesores en Estados que derivaron al autoritarismo, únicamente en Etiopía, Eritrea, Camboya, Congo y

Angola gobiernan partidos de izquierda o socialistas, mientras que en el resto dominan los partidos "centristas", a medio camino entre izquierda y derecha. En los primeros dos un nuevo partido se convirtió en base del régimen autoritario; en el resto imperó el partido que gobernaba en el antiguo régimen. Para entender el caso camboyano en perspectiva histórica, véase Evan R. Gottesman, Cambodia after the Khmer Rouge: inside the politics of nation building, New Haven, Yale University Press, 2003; para una revisión de su sistema autoritario, véase Sorpong Peou, "Cambodia: a hegemonic party system in the making", en Liang Fook Lye y Wilhelm Hofmeister, Political parties, party systems and democratization in East Asia, Singapur, World Scientific, 2011, pp. 79-108. Un recuento útil en español de la relación entre religión y política en Camboya es John Marston, "Camboya después de Pol Pot y la construcción de una nueva stupa", trad. de María Capetillo Lozano, Estudios de Asia y África, t. XLVIII, vol. 3 (2013), pp. 617-640. En el caso de la República del Congo, el Parti Congolais du Travail es el mismo que gobernó el país bajo un régimen comunista entre 1970 y 1992. Regresó al poder —con su mismo líder, Denis Sassou Nguesso— en 1997 durante una fugaz pero cruenta guerra civil (John F. Clark, op. cit.; D. Eaton, art. cit.). En Angola, el Movimento Popular de Libertacão de Angola (MPLA) surgió como guerrilla marxista anticolonialista que luego fue polo de una guerra civil (1975-2002) contra la anticomunista União Nacional para a Independência Total de Angola (UNITA), entre otros beligerantes. El primero se impuso desde 1975 aunque en 1991 abandonó su ideología marxista por la "socialdemocracia". El presidente José Eduardo dos Santos mantuvo el poder (que ostentó desde 1979 y hasta 2017) entre 1991 y 2002 por el permanente estado de guerra. Un estudio agudo y bien informado sobre el funcionamiento del régimen autoritario en Angola después de 1991 es Nuno Vidal, "The Angolan regime and the move to multiparty politics", en Nuno Vidal y Patrick Chabal (eds.), Angola. The weight of history, Nueva York, Columbia University Press, 2008, pp. 124-174. Un recuento más reciente pero de menos luces es Jon Schubert, "'Democratisation' and the consolidation of political authority in post-war Angola", Journal of Southern African Studies, vol. 36, núm. 3 (2010), pp. 657-672.

[33] Sin embargo, ostenta números nada despreciables en lo que era Yemen del Norte porque surgió legitimado como movimiento anticolonial en la década de 1960 y el régimen que impuso en el sur supo conciliar la ideología socialista con la religión islámica a diferencia, por ejemplo, del Partido Popular Democrático de Afganistán (J. Ishiyama, "The sickle and the minaret…", pp. 17-20).

[34] Véanse Jens Bastian, "The enfant terrible of German politics: the PDS between GDR nostalgia and democratic socialism", German Politics, vol. 4, núm. 2 (1995), pp. 95-110; Jonathan Olsen, "Germany's PDS and varieties of 'post-communist' socialism", Problems of Post-Communism, vol. 45, núm. 6 (1998), pp. 42-52. Véase Hilde Coffé y Rebecca Plassa, "Party policy position of Die Linke: a continuation of the PDS?", Party Politics, vol. 16, núm. 6 (2010), pp. 721-735. Die Linke posee distintas facciones internas, entre las que se cuenta una "comunista", sumamente nostálgica y representada por sus miembros más viejos, que vivieron y trabajaron de lleno en la burocracia de la RDA.

[35] Salvo Somalia, donde los miembros del Parlamento se eligen con base en criterios acordados entre diversos líderes regionales mediante un Comité Técnico de Selección.

[36] Incluso cuando Washington ha estado más dispuesto a cooperar con antiguos cuadros comunistas en Afganistán debido al secularismo de éstos para contrarrestar a grupos islamistas radicales (J. Ishiyama, "The sickle and the minaret…", art. cit., pp. 24-25).

[37] Cabe recordar que Kósovo es un enclave de mayoría étnica albana (más de 92% de la población) dentro de Serbia, que desde 1991 lucha por la vía armada por su independencia y que fue protagonista de una cruenta guerra en 1998-1999 hasta que las fuerzas yugoslavas se retiraron del país tras la intervención de la

OTAN. Serbia considera a Kósovo parte de su territorio.

[38] En el país los partidos de izquierda se guían con base en programas orientados a la autonomía nacional y la revaloración étnica de la sociedad; ninguno reclama el legado socialista yugoslavo (S. Schwandner-Sievers, art. cit.).

[39] M. Nadkarni, art. cit., p. 202. Véanse Roger Gough, A good comrade. János Kádár, communism and Hungary, Londres, I. B. Tauris, 2006, y Taras Kuzio, "Comparative perspectives on communist successor parties in Central-Eastern Europe and Eurasia", Communist and Post-Communist Studies, 41 (2008), p. 400.

[40] M. Nadkarni, art. cit., p. 203.

[41] Iskra Baeva y Evgenia Kalinova, "Bulgarian transition and the memory of the socialist past", en M. Todorova (ed.), op. cit., p. 75. Véase Julian Barnes, El puercoespín, trad. de Marian Womak, Madrid, Nevsky Prospects, 2011.

[42] M. Todorova, "The mausoleum of Georgi Dimitrov…", p. 396.

[43] Diana Janusauskienė, "The metamorphosis of the Communist Party of Lithuania", en J. Ishiyama y A. Bozóki (eds.), op. cit., p. 234.

[44] Alison Mahr y John Nagle, "Resurrection of the successor

parties and democratization in East-Central Europe", Communist and Post-Communist Studies, vol. 28, núm. 4 (1995), p. 400.

[45] D. Janusauskienė, art. cit., pp. 234-235.

[46] El alemán, bielorruso, checo, ruso, tayiko y el PPCK kazako.

[47] Plataforma del Partido de los Comunistas de la República de Moldavia (en ruso); http://www.pcrm.md/main/index.php?action=program. Véase Luke March, "The Moldovan communists: from Leninism to democracy?", Journal of Foreign Policy of Moldova, 9 (2005), pp. 1-25. Para una comparación entre éste y el Partido Comunista de la Federación Rusa, véase Luke March, "Power and opposition in the former Soviet Union: the Communist Parties of Moldova and Russia", Party Politics, vol. 12, núm. 3 (2006), pp. 341-365.

[48] "Azerbaijani communists to support Ilham Aliyev's candidacy at presidential elections", Today.az, 17 de septiembre de 2008; http://www.today.az/news/politics/47610.html.

[49] En 2012 se creó un Partido Comunista de Moldavia (PCM), que surge como opositor al PCRM, denunciado por el primero como partido "de derecha" ("Street scenes", The Economist, 16 de abril de 2009; http://www.economist.com/node/13497056). Según el PCM, su cuasi homónimo ostenta una "estructura burguesa", es un partido "liberal-burgués" y "ha hecho a los pobres más pobres y a los ricos más ricos" ("'Real communists' emerge in Moldova", RT, 24 de mayo de 2011; http://rt.com/politics/moldova-real-communists-party/). Qué fue de este partido es un misterio, pero en 2014, de cara a la elección parlamentaria de ese año, apareció también un Partido Comunista Reformista, que logró incluso 4.9% de la

votación, aunque no alcanzó 6% para acceder al Parlamento.

[50] En Uzbekistán, el Partido Comunista es ilegal y opera en la clandestinidad, mientras que su homónimo turkmeno también es ilegal desde 1991 y se encuentra en el exilio. En Lituania no surgió ningún partido nostálgico.

[51] Eva Jaskovska y John P. Moran, "Justice or police? Criminal, civil and political adjudication in the newly independent Baltic states", The Journal of Communist Studies and Transition Politics, vol. 22, núm. 4 (2006), pp. 485-506.

[52] Véase Martins Kaprans, "Then and now: comparing the Soviet and post-Soviet experience in Latvian autobiographies", Universidad de Letonia, 25 de octubre de 2009; http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.1565829.

[53] Para un interesante análisis de la nostalgia entre la "diáspora rusa" en el espacio postsoviético, véase Larisa Fialkova y Maria Yelenevskaya, "Incipient Soviet diaspora: encounters in cyberspace", Narodna Umjetnost: Hrvatski Časopis za Etnologiju i Folkloristiku, vol. 42, núm. 1 (2005), pp. 83-99.

[54] Es decir, 14 660 personas, según el censo de 2011 ("De jure population by ethnicity", Servicio Nacional Estadístico de la República de Armenia; http://www.armstat.am/file/article/armenia_12_3.pdf, p. 22).

[55] 504 370 personas según el censo de 2016 ("ISG071. Resident population by ethnicity and age at the beginning of the year (by 5-

years age groups"), Centrālā Statistikas Pārvaldes Datubāze; http://data.csb.gov.lv/pxweb/en/Sociala/Sociala_ikgad_iedz_iedzskaits/IS0071.px/table/tableViewLayout2/?rxid=a79839fe-11ba-4ecd-8cc3-4035692c5fc8.

[56] La población rusa en Estonia en 2016 comprendía 330 263 personas, alrededor de 25.1% de los habitantes del país ("Valmistabelid: Rahvaarv rahvuse järgi, 1. jaanuar, aasta", Eesti Statistika, 10 de junio de 2016; http://www.stat.ee/34267).

[57] No es de sorprender si se mira el porcentaje de población rusa en esta república báltica. La elección parlamentaria de 2011 en Letonia, donde por primera vez los partidos prorrusos obtuvieron mayoría relativa con base en este electorado en un contexto de crisis económica severa (aunque no consiguieron formar gobierno), es síntoma de este fenómeno. En la elección parlamentaria de 2014, el partido Armonía refrendó el primer puesto, aún sin formar gobierno. Véanse Daniel A. Kronenfeld, "The effects of interethnic contact on ethnic identity: evidence from Latvia", Post-Soviet Affairs, vol. 21, núm. 3 (2005), pp. 247-277, y "Ethnogenesis without the entrepreneurs: the emergence of a Baltic Russian identity in Latvia", en Karsten Brüggemann (ed.), Narva und die Ostseeregion, Narva, Tartu Ülikoli Narva Kolledž, 2004, pp. 339-363.

[58] Tras la guerra de 2008 entre Rusia y Georgia, la relación diplomática entre ambos se ha ido restaurando paulatinamente. Las dos principales fuerzas políticas en Georgia hoy en día se dirimen entre restablecer una relación con Rusia que económicamente es vital para el pequeño país y seguir las cosas como están.

[59] El libro de las imágenes, p. 127.

[60] V. Bunce, op. cit., p. 28; S. White, “Soviet nostalgia…”, p. 2.

[61] Ian Bremmer y Ray Taras (eds.), New states, new politics: building the post-Soviet nations, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; V. Bunce, op. cit.

[62] Gerald Easter, “Redefining centre. Regional relations in the Russian Federation: Sverdlovsk Oblast’”, Europe-Asia Studies, vol. 49, núm. 4 (1997), pp. 617-635.

[63] A. Ledeneva, art. cit.; V. Volkov, op. cit.

[64] Cătălin A. Stoica, “From good communists to even better capitalists? Entrepreneurial pathways in post-socialist Romania”, East European Politics & Societies, vol. 18, núm. 2 (2004), pp. 236-277; M. Anne Pitcher, “Forgetting from above and memory from below: strategies of legitimation and struggle in postsocialist Mozambique”, Africa: Journal of the International African Institute, vol. 76, núm. 1 (2006), pp. 88-112; B. Hibou, op. cit.

[65] Sarah Birch, “Nomenklatura democratization: electoral clientelism in post-Soviet Ukraine”, Democratization, vol. 4, núm. 4 (1997), pp. 40-62; Zurab Chiaverashvili y Gigi Tevzadze, “Power elites in Georgia: old and new”, en Philipp H. Fluri y Eden Cole (eds.), From revolution to reform: Georgia’s struggle with democratic institution building and security sector reform, Viena/ Ginebra, Ministerio de Defensa de Austria/Academia de Defensa Nacional/Vienna and Geneva Centre for Democratic Control of Armed Forces/ Consortium of Defence Academies and Security Studies Institutes, 2005, pp. 187-207.

[66] Fernando Escalante Gonzalbo, “Enemigo público”, La Razón, 19 de febrero de 2013; http://www.razon.com.mx/spip.php?page=columnistayid_article=160273.

[67] Me refiero a las “mentalidades” de las que habla Linz para regímenes autoritarios (op. cit., p. 159).

[68] Véase Olga Kryshtanovskaya y Stephen White, “From Soviet nomenklatura to Russian elite”, Europe-Asia Studies, vol. 48, núm. 5 (1996), pp. 711-733.

[69] En Polonia, por el simple hecho de legitimarse políticamente, los antiguos líderes socialistas que retuvieron el poder local luego de la transición (y que continuaron siendo miembros del partido sucesor, la Socialdemocracia de la República de Polonia) fueron los primeros en impulsar cambios de nombre en avenidas o institutos de sus respectivas regiones o poblados (Richard S. Esbenshade, “Remembering to forget: memory, history, national identity in postwar East-Central Europe”, Representations, 49 (1995), p. 90, n. 4).

[70] Cas Mudde, “Extreme-right parties in Eastern Europe”, Patterns of Prejudice, vol. 34, núm. 1 (2000), p. 13. Para una discusión sobre el término, véase Iván Ramírez de Garay, El lenguaje de la derecha radical europea, México, El Colegio de México, 2008.

[71] En la literatura y en el sentido común circula una extraña impresión, derivada de los postulados del nacionalsocialismo alemán, de que los partidos racistas o ultranacionalistas suelen ser

“de derecha”, lo cual adquiere validez toda vez que se piensa que el nazismo y fascismo también lo fueron. Sin embargo, si se entiende “derecha” como conservadurismo, tanto en la oposición a la participación activa del Estado en el proceso de producción y su carácter benefactor, como en su retórica ante las masas, el fascismo está mucho más cerca del socialismo y de postulados propios de la izquierda histórica (Robert O. Paxton, The anatomy of fascism, Nueva York, Vintage, 2005, pp. 11-12; George D. H. Cole, Historia del pensamiento socialista, vol. VII, pp. 15-41). Los partidos “de derecha”, antes de la tergiversación nazi, eran partidos de notables, pequeños, apegados a la burguesía y opuestos al intervencionismo rampante; nunca partidos de masas. Por su parte, pese a que los partidos de izquierdas eran en general internacionalistas, sobre todo con la impronta soviética a partir de la Tercera Internacional en 1919, el socialismo histórico, “trasnacional” y “de izquierda” en sus postulados, reprimió a grupos étnicos enteros: la “rusificación” en la Unión Soviética, los turcos en Bulgaria, los húngaros en Rumanía, entre muchos otros. El ideal comunista también sirvió como pretexto para enfrentar a grupos étnicos dentro de un mismo Estado: el MPLA en Angola desató una violencia terrible contra la etnia ovimbundu amparado en el discurso afromarxista revolucionario. Michael Denison ilustra cómo las elites que conformaban el Partido Comunista de la República Socialista Soviética de Turkmenistán eran una continuidad de la estructura de comunidades locales previas a 1917 que usaron los dictados de Moscú, como las purgas estalinistas de la década de 1930, para resarcir viejas diferencias intercomunales entre diversos grupos étnicos turkmenos (art. cit., p. 1172). Otro tipo de violencia étnica entre dos regímenes marxistas se dio en la Guerra del Ogadén entre Etiopía y Somalia en 1977, que estalló cuando ésta intentó incorporar dicha región etíope a una “Gran Somalia” (y en eso se parece a los partidos de los que se hablará a continuación) porque allí habita hasta la fecha una mayoría étnica somalí. Por cierto, ésta fue en realidad la “primera guerra convencional” que desató un régimen marxista contra otro, y no la invasión vietnamita de Camboya, como afirma Benedict Anderson en la primera página de cualquier edición de su conocida obra Comunidades imaginadas. Las políticas étnicas y el nacionalismo se ubican, pues, como el peor enemigo del comunismo mucho antes de 1989.

[72] C. Mudde, art. cit., p. 13.

[73] Rudolf F. Rizman, “Radical right politics in Slovenia”, en Sabrina P. Ramet (ed.), The radical right in Central and Eastern Europe since 1989, University Park, Pennsylvania State University Press, 1999, p. 152.

[74] M. Velikonja, “Lost in transition…”, p. 543.

[75] M. Velikonja, Titostalgia…, pp. 91-92.

[76] Ibid., p. 104.

[77] Artículo 5 del Estatuto del Partidul România Mare, p. 2; http://prmsatumare.ro/wp-content/uploads/statutul-partidului-romania-mare.pdf.

[78] Artículo 2 en loc. cit.

[79] C. Mudde, art. cit., p. 14.

[80] John Ishiyama, “Strange bedfellows: explaining political cooperation between communist successor parties and nationalists in Eastern Europe”, Nations and Nationalism, vol. 4, núm. 1 (1998), pp. 61-85.

[81] R. Matos Franco, “Las dos riberas del Dniéper…”.

[82] Serhiy Zoria y Oleg Nivevskii, “The evolution of the EU Common Agricultural Policy: implications for Ukraine”, Institute for Economic Research and Policy Consulting in Ukraine; http://www.ier.com.ua/files/publications/Policy_papers/German_advisory_group/2005/U2_eng.pdf. Véase Rainer Matos Franco, “¡Es la agricultura, estúpido! Una explicación agraria de la revuelta ucraniana de 2014”, en proceso de publicación.

[83] T. Kuzio, “Soviet conspiracy theories…”, p. 223.

[84] Puede consultarse en línea en “Ukraine. Legislative election, 2002”, Electoral Geography, s. f.; http://www.electoralgeography.com/en/countries/u/ukraine/2002-legislative-elections-ukraine.html.

[85] Puede consultarse en línea en “Ukraine. Legislative election, 2006”, Electoral Geography, s. f.; http://www.electoralgeography.com/en/countries/u/ukraine/2006-legislative-elections-ukraine.html.

[86] Geir Flikke y Sergei O. Kisselyov, “Further towards post-communism? From ‘left’ to regions in Ukraine”, Norsk Uterikspolitisk Institutt, 2006; http://english.nupi.no/content/download/610/13733/version/7/file/WP-713.pdf.

[87] Programa del Partido Comunista de Ucrania, en http://

www.kpu.net.ua/programmakpu/ (en ruso, lo cual no es coincidencia). Las cursivas son mías.

[88] Taras Kuzio, “Ukraine is not Russia: comparing youth political activism”, The SAIS Review of International Affairs, vol. 26, núm. 2 (2006), p. 77.

[89] T. Kuzio, “Soviet conspiracy theories…”, p. 221.

[90] El Partido Comunista de Ucrania pugna por la reintegración de ésta en la Unión Soviética mediante la restauración de la última, o al menos hacia una unión política mucho más sólida con Bielorrusia y Rusia.

[91] Según Kuzio, la Revolución Naranja de 2004, que trajo al poder a las elites nacionalistas proeuropeas tras revisar el resultado de la elección presidencial en la que Yanukóvych había supuestamente ganado en primer lugar, sí sacudió de algún modo la escena política e imprimió en muchos ucranianos la idea de un “nacionalismo cívico” (“Ukraine is not Russia…”, p. 79). Cabe mencionar que el federalismo ofrecido por el Partido de Regiones no niega esto de entrada, a pesar de ser el rival acérrimo de los nacionalistas unitarios.

[92] Programa del Partido de Regiones de Ucrania. Consultado el 21 de diciembre de 2013; http://www.partyofregions.org.ua/program_ru/images/Prog_off_sokr.pdf. Cuando se volvió a consultar el 6 de marzo de 2017, luego de la convulsión de 2014 que destruyó al partido, el sitio se encontró “en reconstrucción”.

[93] Véase Amir Weiner, Making sense of war: the Second World War and the fate of the Bolshevik Revolution, Princeton, Princeton University Press, 2001, especialmente las pp. 298-363 para el caso ucraniano.

[94] T. Kuzio, “Soviet conspiracy theories…”, p. 221.

[95] Valerii Karbalevich y Robert J. Valliere, “The Belarusian model of transformation. Alaksandr Lukashenka’s regime and the nostalgia for the Soviet past: an attempt at analysis”, International Journal of Sociology, vol. 31, núm. 4 (2001), p. 9.

[96] Loc. cit.; Per Rudling, “‘For a heroic Belarus!’: the Great Patriotic War as identity marker in the Lukashenka and Soviet Belarusian discourses”, Sprawy Narodowościowe, 32 (2008), pp. 43-62.

[97] Christian Gerlach, Kalkulierte Morde: die Deutsche Wirtschaftsund Vernichtungspolitik in Weißrußland, 1941 bis 1944, Hamburgo, Hamburger, 1999, pp. 1158-1159.

[98] V. Karbalevich y R. J. Valliere, art. cit., pp. 8-9.

[99] Ibid., p. 10.

[100] Ibid., p. 12. Sobre esta idea, véanse Alexei Lastovskii, “Spetsifika istoricheskoi pamiati v Belarusi: mezhdu sovietskim proshlym i natsionalnoi perspektivoi” (“La especificidad de la

memoria histórica en Bielorrusia: entre el pasado soviético y una perspectiva nacional"), Vestnik Obschestvennogo Mneniya, 4 (2009); http://polit.ru/article/2010/07/19/belorus/; Andrei Kazakevich, "Simbolika mesta: sabyvanie i fragmentatsiya 'sovetskogo' v landshafte Minska" ("Simbolismo local: olvido y fragmentación de lo 'soviético' en el panorama de Minsk"), Neprikosnovennyi Zapas, vol. 80, núm. 6 (2011); http://magazines.russ.ru/nz/2011/6/k4.html; Alexey Bratochkin, "The 'Soviet past' in textbooks and tutorials in post-Soviet Belarus: problems of description", Crossroads Digest, 7 (2012), pp. 112-128; Alla Pigalskaya, "History of design and politics of everyday practices: reconstructing history of graphic design of Belarus", Crossroads Digest, 7 (2012), pp. 140-165.

[101] Es interesante cómo Verónika, en tanto que rusa, no concibe compararse con países democrático-liberales de Europa oriental, pero sí con la Bielorrusia "totalitaria", lo que se extrapola al tema explorado en el siguiente capítulo sobre la nostalgia y la poca legitimidad del liberalismo en Rusia. El cuestionario fue realizado en ruso por mí, llenado por Verónika el 16 de julio de 2013 y enviado de vuelta por correo electrónico. Las cursivas son mías. El cuestionario completo se encuentra en el apéndice 1.

[102] David Marples, "Color revolutions: the Belarus case", Communist and Post-Communist Studies, 39 (2006), pp. 351-364.

[103] En la actualidad, de un total de 110 asientos, 94 son diputados "independientes", ocho pertenecen al Partido Comunista de Bielorrusia, tres al Partido Patriótico, tres al Partido Republicano del Trabajo y la Justicia, uno al Partido Liberal Democrático y uno más al Partido Cívico Unido (Comisión Central de la República de Bielorrusia para Elecciones y la Conducción de Referendos Republicanos; http://www.rec.gov.by/).

[104] Véanse Moya Flynn, “Renegotiating stability, security and identity in the post-Soviet borderlands: the experience of Russian communities in Uzbekistan”, The Journal of Nationalism and Ethnicity, vol. 35, núm. 2 (2007), pp. 267-288; Laura L. Adams, The spectacular state. Culture and national identity in Uzbekistan, Durham, Duke University Press, 2010.

[105] Edward A. D. Schatz, “Framing strategies and non-conflict in multi-ethnic Kazakhstan”, Nationalism and Ethnic Politics, vol. 6, núm. 2 (2000), pp. 71-94.

[106] Ainura Elebayeva, Nurbek Omuraliev y Rafis Abazov, “The shifting identities and loyalties in Kyrgyzstan: the evidence from the field”, The Journal of Nationalism and Ethnicity, vol. 28, núm. 2 (2000), pp. 343-349. Sobre la nostalgia usada en Kirguistán en virtud del ateísmo que representaba la URSS con el fin de hacer frente a nuevos discursos religiosos (islámicos), véase Julie McBrien y Mathijs Pelkmans, “Turning Marx on his head: missionaries, ‘extremists’ and archaic secularists in post-Soviet Kyrgyzstan”, Critique of Anthropology, vol. 28, núm. 1 (2008), pp. 87-103 (especialmente las pp. 98-100).

[107] En los libros escolares de texto tayikos, por ejemplo, el gran “Otro” es Uzbekistán, y la conciencia nacional busca diferenciarse sobre todo de este país, mientras que el periodo soviético se ve bajo la forma de un progreso general. Véase el impecable estudio de los libros de texto en Tayikistán de Helge Blakkisrud y Shahnoza Nozimova, “History writing and nation building in post-independence Tajikistan”, The Journal of Nationalism and Ethnicity, vol. 38, núm. 2 (2010), pp. 173-189. Cabe recordar que, mientras en Uzbekistán 80% de la población es de origen turcomano (tártaro), en Tayikistán 84% de los pobladores son de origen iranio, con una considerable minoría uzbeka (13.8%).

[108] John S. Schoeberlein, “Doubtful dead fathers and musical corpses: what to do with the dead Stalin, Lenin, and tsar Nicholas?”, en John Borneman (ed.), Death of the father. An anthropology of the end in political authority, Nueva York, Berghahn, 2004, p. 215.

[109] Ibid., p. 211. La Guerra Civil en Tayikistán comenzó en 1992 bajo la confluencia de, por un lado, una revuelta étnica en el sureste de la complicada geografía tayika, encabezada por grupos islamistas del sur (apoyados por el régimen talibán en el vecino Afganistán) y, por otro, la protesta liberal de sectores urbanos contra la elección y presidencia de Rajmón Nabíyev. Ambos grupos —islamistas y liberales— se aliaron en contra de la antigua elite soviética que, bajo el comando de Emomali Rajmón —hoy presidente—, consiguió la victoria militar en 1997 e incorporó a su gabinete a parte de la oposición. Véanse Shahram Akbarzadeh, “Why did nationalism fail in Tajikistan?”, Europe-Asia Studies, vol. 48, núm. 7 (1996), pp. 1105-1129; Shirin Akerin, Mohammed-Reza Djalili y Frédéric Grare (eds.), Tajikistan. The trials of independence, Londres, Routledge, 1997.

[110] Kareem al-Bassam, “The evolution of authoritarianism in Turkmenistan”, Demokratizatsiya, 3 (2005), pp. 386-405. No menciono al régimen norcoreano que, puede argumentarse, también es poscomunista.

[111] Renombrar días de la semana y meses del año con nombres de sus familiares, prohibir perros en Asjabad por su olor, prohibir la ópera y el ballet por no ser “suficientemente turkmenos”, bautizar un asteroide con su nombre, hacer que los médicos del país sustituyeran el juramento hipocrático por el juramento al “Padre de los Turkmenos” (o sea él) o prohibir el cabello largo y barba entre los hombres (Monica Whitlock, “Young Turkmen face beard ban”, BBC News, 25 de febrero de 2004; http://news.bbc.co.uk/2/hi/asia-pacific/3486776.stm).

[112] Lo cual permite que países tan liberales como Alemania se hagan de la vista gorda a la hora de recibir al actual presidente turkmeno en Berlín, líder de un régimen sumamente cerrado y autoritario y, por otro lado, critiquen con toda ferocidad a personajes como Putin o Yanukóvych al "preocuparse" por los derechos humanos en Rusia o Ucrania. Véase British Petroleum, BP Statistical Review of World Energy, junio de 2016, p. 20; https://www.bp.com/content/dam/bp/pdf/energy-economics/statistical-review-2016/bp-statistical-review-of-world-energy-2016-full-report.pdf.

[113] M. Denison, art. cit, p. 1168.

[114] Según datos de la agencia People Groups para 2013; http://www.peoplegroups.org/explore/GroupDetails.aspx?peid=984.

[115] M. Denison, art. cit., p. 1178.

[116] Ibid., p. 1183.

[117] En ese año, el sucesor de Niyázov, Gurbanguly Berdimuhamédov, lo relegó al estatus de materia optativa, sustituyéndolo por "Tecnologías de Internet" (Catherine A. Fitzpatrick, "Turkmen government removes Ruhnama as required subject", EurasiaNet, 26 de abril de 2011; http://www.eurasianet.org/node/63365).

[118] Saparmurat Türkmenbashy ("Padre de todos los turkmenos")

Niyázov, Rukhnama. Reflections on the spiritual values of the Turkmen, Asjabad, The State Publishing Service of Turkmenistan, 2005, pp. 32-35; las cursivas son mías.

[119] M. Denison, art. cit., pp. 1178-1182.

IV. EL PODER DE UN ADJETIVO: LO "COMUNISTA" EN LA POLÍTICA RUSA DESPUÉS DE 1991

Mi patria no es Rusia, sino la URSS, es decir, la Rusia soviética. La típica imagen de mi niñez, ante la cual mi corazón se encoge, que trae desde hace mucho ya lágrimas nada dulces a mis ojos. No es un abedul llorón ni la neblina vaporosa sobre un estanque, sino un motor oxidado en un torrente de combustible, cubierto de un verde malaquita; son montones apilados de cascajo polvoriento; es la ensordecedora pista de baile del Parque de la Ciudad, donde me topaba con clamores acogedores: "¡Levchik, saludos, Levchik, ven a nosotros!". Nunca más conocí esa felicidad de la utilidad social.

ALEKSANDR MÉLIJOV, "Expulsión del Edén: confesiones de un judío"[1]

Y de otro zar se acuerdan

que con palabras que eran de locura

solía golpearles las frentes en la piedra.

Y también piensan luego: aquél nunca dejaba

tanto sitio, al sentarse en el trono,

libre en el terciopelo marchito del cojín.

RAINER MARIA RILKE, "Los zares" (fragmento)[2]

EL “FIN DE LA LUZ”

En 1833 el compositor ruso Mijaíl Glinka (1804-1857) escribió una pieza para piano tremendamente sencilla que llamó Motif de chant national. A pesar de estar escrito en francés, el título hacía alusión a un creciente patriotismo ruso identificado con el movimiento eslavófilo, que comenzaba en aquellos años bajo la pluma de Iván Kiréyevski —concretamente, en su artículo “El siglo diecinueve” (1832) —. No sería coincidencia, pues, que en 1990, bajo un halo relativamente nacionalista en el que se buscaba regresar a lo “auténticamente ruso”, el presidente del Presídium del Soviet Supremo de la República Soviética Federativa Socialista de Rusia (RSFSR), Borís Yeltsin, eligiera precisamente esa pieza como el nuevo himno nacional ruso. Sin embargo, el gusto duró poco. En el año 2000, el Motif fue devuelto a los conservatorios en una de las primeras acciones del sucesor de Yeltsin, Vladímir Putin. El nuevo presidente decidió restaurar el himno soviético instaurado en 1944, e incluso pedir al poeta Serguéi Mijalkov, quien escribió la letra de aquél, hacer lo propio 56 años después. En realidad, el himno de Glinka no era muy popular, pues carecía de letra; el sonsonete en la mayor “no inspiraba” mucho a los deportistas rusos.[3] La decisión de Putin responde a una forma muy distinta —y, ya en 2000, mucho más cómoda— de aquilatar el pasado soviético desde el Kremlin; una sumamente positiva, inyectada desde arriba hasta la fecha en la práctica y el lenguaje públicos. En un discurso en diciembre de 2001, Putin hacía uso de su retórica de antiguo régimen:

¿No hay nada bueno que recordar sobre el periodo soviético de nuestro país? ¿No había más que los campos para prisioneros y la represión de Stalin? Y, de ser así, ¿qué se supone que hagamos con [Isaak] Dunayevski, [Mijaíl] Shólojov, [Dmitri] Shostakóvich, [Serguéi] Koroliov y nuestros logros en el espacio? ¿Qué se supone que hagamos con el vuelo de [Yuri] Gagarin?[4]

Aunque son eventos separados, este discurso y la restitución del himno soviético fueron piezas de un mismo rompecabezas. Si digo que en 2000 era “más cómodo” hacer referencias positivas al pasado soviético, es porque la realidad lo había reivindicado “por default” a casi un decenio de la desintegración de la URSS. La década de 1990 en Rusia fue una cátedra de mediocridad socioeconómica: mientras los pocos se embolsaban miles de millones de rublos, entre los muchos había quienes tuvieron que aprender de la noche a la mañana lo que significaba el desempleo; para otros, algo absolutamente inconcebible como la indigencia se volvió un modo de vida, lo mismo que dormir a 30 grados bajo cero en los pasos a desnivel, al calor de una plaga urbana como las palomas. Una mujer entrevistada en Magadán, en el extremo oriente ruso, se lamentaba de esta forma:

Nosotros no vamos a las tiendas a comprar comida, porque es muy deprimente ver lo que hay en ellas cuando sabemos que nunca podremos cubrir esos costos. Para ser honesta, no puedo recordar la última vez que fui a una tienda. Sólo voy de vez en cuando al puesto a comprar pan y, cuando me alcanza, aceite.[5]

Un dato bastaría para comenzar a entender lo verdaderamente terrible que fue aquello: a fines del decenio de 1990, varios indicadores socioeconómicos, como la expectativa de vida masculina, se encontraban por debajo de los estándares de 100 años atrás, o sea, a fines de la década de 1890,[6] y Occidente no lograba entender por qué los rusos eran tan infelices ahora que eran “libres”. Piers Vitebsky sintetizaba la respuesta en un chiste popular de aquellos años: “Mamá, ¿qué usábamos para alumbrar la casa antes de tener velas?”, a lo que la madre responde “electricidad”.[7] En la Rusia de la década de 1990 había una tendencia generalizada a hablar de “crisis” en todos los ámbitos: “había un vocabulario apocalíptico de desesperación, inercia y parálisis, y las conversaciones cotidianas estaban plagadas de palabras como raspad [declive]… o konéts sveta”,[8] que puede traducirse como

“fin del mundo” o “fin de la luz” —frase muy atinada para el chiste anterior—. La producción económica rusa entre 1992 y 1993 descendió a niveles menores a los de Estados Unidos durante la Gran Depresión, y, sin embargo, el Fondo Monetario Internacional y economistas “serios” en Occidente llamaban a Rusia un “caso de éxito”.[9] Así lo lamentaba el mismo Putin en 2005:

Debemos reconocer que el colapso de la Unión Soviética fue la mayor catástrofe geopolítica del siglo [XX]. En lo que respecta a la nación rusa, se convirtió en un drama genuino. Decenas de millones de nuestros conciudadanos y compatriotas se encontraron fuera del territorio ruso. Además, la epidemia de la desintegración infectó a la misma Rusia. Los ahorros individuales se depreciaron, y los viejos ideales fueron destruidos. Muchas instituciones fueron disueltas o reformadas sin cuidado… Grupos oligárquicos, que poseían control absoluto sobre los canales de información, velaron exclusivamente por sus intereses corporativos. La pobreza masiva empezó a verse como norma. Y todo esto estaba pasando con un trasfondo de decadencia económica dramática, finanzas inestables y la parálisis de la esfera social.[10]

En ese contexto, la restauración de un himno nacional que glorificaba al socialismo —al margen del mínimo cambio de letra—, un acto tan cargado de simbología nostálgica, sería prácticamente imposible en un país como Rumanía —que también adoptó un nuevo himno nacional en 1990—,[11] debido al enorme rechazo oficial al pasado socialista allí. Igual de imposible parecería que el gobierno serbio pudiese sustituir las notas de Боже правде (“Dios de la justicia”) para adjudicarse el himno de la ex Yugoslavia, Хеј, словени (“¡Ey, eslavos!”), en vista del hiperbólico nacionalismo en la región. En cambio, sí es perfectamente entendible que en 2002 el presidente Lukashenko restableciera, quizá siguiendo la línea trazada por su vecino Putin, el himno de la República Socialista Soviética de Bielorrusia, Мы, беларусы (“Nosotros, bielorrusos”), abonando al proceso de nostalgización en ese país mencionado en el capítulo anterior. En Rusia el himno soviético fue restaurado prácticamente sin oposición, cuestionado únicamente por las

minorías políticas liberales.[12] Incluso, en septiembre de 2009, una de las líneas del texto original del himno soviético, que mencionaba a Stalin, fue regrabada en la estación Kúrskaya de la línea circular del metro de Moscú.[13]

Todo esto lleva a preguntar por qué en Rusia —y en otros países del espacio postsoviético como Bielorrusia, Kirguistán y, en menor grado, Ucrania y Moldavia— el pasado socialista es reivindicado hoy en día mediante procesos de nostalgización desde arriba, fomentados por sus gobiernos, y por qué no es así en otros Estados poscomunistas, muy claramente en el resto de Europa del este. Esto no quiere decir que no haya una nostalgia genuina en estos últimos, pues en cada uno se le puede encontrar en distintos grados, aunque sea de forma subrepticia, como se dijo en el capítulo anterior. En última instancia, si la nostalgia se vierte desde el gobierno de forma vertical, es porque existe indudablemente debajo, en el orden social.

Mi propósito en este capítulo ya no es evidenciar la enorme presencia que la nostalgia tiene en la vida poscomunista, al grado de ser su más grande constante,[14] sino, por el contrario, partir de su cualidad de fenómeno innegable para entender discursos, lógicas y prácticas en el entorno social que de otra manera no pueden ser del todo comprendidas. En ese tenor, el ruso es un caso muy fecundo para entender los usos sociales y políticos de la nostalgia y sus porqués. Por esta razón, procederé a desarrollar las principales tendencias nostálgicas en Rusia especialmente desde el actuar político. El capítulo cuenta una historia de la nostalgia comunista en Rusia desde 1991, atravesado por un pertinente paréntesis a la mitad. Comienza con un recuento breve del movimiento comunista en la Rusia postsoviética (es decir, un proceso de politización de la nostalgia) y en la segunda parte, siguiendo la misma historia pero desde otro punto de vista, se analiza el uso político que actores no comunistas han dado a la nostalgia (proceso de nostalgización de la política). El gran paréntesis a medio capítulo versa sobre las políticas y prácticas del Partido Comunista de la Federación Rusa en el ámbito local después de 1991, fenómeno que constituye un hecho clave para entender la forma en que la nostalgia se atrinchera entre el poder y la sociedad.

NOSTALGIA POLITIZADA: EL MOVIMIENTO COMUNISTA EN LA RUSIA POSTSOVIÉTICA (1991-1999)

—¿Ves? Es todo generosidad. Sabrás que fue violinista del Colón y ahora da lástima verlo tocar. Pero justamente te ofrece un concierto de violín y con Heifetz.

Con un gesto le señaló las paredes: unos cosacos entrando al galope en una aldea, unas iglesias bizantinas con cúpulas doradas, unos gitanos. Todo era precario y pobre.

—A veces creo que le gustaría volver. Un día me dijo: ¿No le parece que Stalin es dentro de todo un gran hombre? Y agregó que en cierto modo era un nuevo Pedro el Grande y que, al fin de cuentas, quería la grandeza de Rusia.

ERNESTO SÁBATO, Sobre héroes y tumbas[15]

Nostalgias inmediatas y legados comunistas

El primer viso de nostalgia en la nueva Rusia, de la búsqueda de una continuidad histórica tras una ruptura oficializada, se dio inmediatamente después de la prohibición de toda actividad del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), decretada el 6 de noviembre de 1991 por el entonces presidente de la RSFSR, Borís Yeltsin.[16] Tras esta decisión, en cuestión de días surgieron nuevos partidos y asociaciones que reclamaban el legado del PCUS y que se decían sus "sucesores"; incluso, algunos se declaraban abiertamente estalinistas, cosa singular, puesto que desde 1956 la imagen de Stalin no había sido públicamente promovida desde el PCUS.
A principios de 1992 ya florecía una docena de agrupaciones políticas que reclamaban el legado del extinto partido de Estado y propugnaban la restauración de la Unión Soviética y del comunismo

bajo una dictadura proletaria. Varias de ellas tuvieron una membrecía considerable: tan sólo el Partido Comunista Ruso del Trabajo (PCRT) de Víktor Tiulkin, que decía tener presencia nacional, organizó protestas contra el gobierno en las que logró reunir a más de 300 mil personas en Moscú entre 1992 y 1993, por medio del movimiento paralelo "Rusia Trabajadora" de Víktor Anpílov.[17] Entre los partidos de mayor presencia en estos años también destacó la Unión Ortodoxa de Comunistas de Alexéi Prigarin, el Partido de los Comunistas Rusos de Anatoli Kriúchkov y el Partido Comunista de los Bolcheviques de Toda la Unión de Nina Andréyeva, profundamente estalinista. Otro caso, que reivindicaba específicamente el ámbito rural, fue el Partido Agrario de Mijaíl Lapshín —cuyo símbolo ostentaba espigas de trigo junto a la hoz y el martillo—, el cual tuvo mayor éxito que los anteriores, pues decidió abiertamente participar en las elecciones legislativas de 1993 a diferencia de aquéllos y podría considerarse como un partido inercial; su miembro Iván Rybkin fue incluso presidente de la Mesa Directiva de la Duma entre 1994 y 1996.[18]

Resulta curioso que la mayoría de estas asociaciones daban por sentado que el PCUS ya era historia al declararse sus "sucesores". No les hubiera sido fácil asumirse como el PCUS, puesto que dichas organizaciones se habían formado en principio como oposición a las reformas de Gorbachov, quien de hecho presidía el PCUS, y se entendía que dicha institución había sido "viciada" por él y otros líderes "revisionistas". En ese sentido, una de las organizaciones creadas en estos años merece especial mención: el Partido Comunista de la Unión Soviética-Unión de Partidos Comunistas (PCUS-UPC), fundado por Oleg Shenin —miembro del Politburó en 1990-1991—, uno de los personajes que habían conspirado en agosto de 1991 para remover a Gorbachov de su puesto por la fuerza y restaurar la situación anterior a 1985 en el país. El PCUS-UPC es especialmente importante para el tema nostálgico por dos motivos: en primer lugar, al reproducir textualmente el nombre del antiguo partido único y al haberse (re)fundado en lo que se llamó "XXIX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética" en marzo de 1993, negó toda ruptura con el antiguo régimen y se adjudicó el papel de sucesor único del PCUS.[19] En segundo lugar, como su sobrenombre lo indica, se trata de una federación de partidos comunistas del espacio postsoviético, que tiene importantes

vínculos con cada uno —de hecho, todos los partidos comunistas de cada ex república soviética se consideran miembros del PCUS-UPC — y los reúne cada cuatro años en un congreso general.

Todas estas organizaciones nostálgicas rusas, nacidas entre 1991 y 1993, fueron parte de un mismo partido político entre 1990 y 1991: el peculiar Partido Comunista de la RSFSR (que abreviaré como PCR), es decir, un partido comunista propio de la República Soviética Rusa —algo que nunca había existido como tal—, creado en 1990 por comunistas "conservadores" que se oponían a las reformas de Gorbachov. Los mencionados Prigarin, Kriúchkov y Tiulkin eran miembros del Comité Central del PCR, al igual que Guennadi Ziugánov, quien luego será líder del Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR), el más importante de los partidos sucesores rusos. Aquel efímero PCR merece atención no sólo por haber sido el origen de la mayoría de las asociaciones comunistas que vinieron después de la transición, sino por lo que dice acerca de la nostalgia y, sobre todo, de la forma en que Rusia era entendida dentro de un contexto soviético mucho más amplio.

En primer lugar, el PCR permitió ver que la nostalgia por el "socialismo real" en Rusia se palpaba ya poco antes de que terminase la aventura soviética, cuando los valores que propugnaba comenzaban a verse perdidos. Y es que la nostalgia suele echar raíces no después de una ruptura, sino cuando se empieza a caer en la cuenta de que todo va a acabar.[20] Para 1990 las revoluciones en Europa del este, la reunificación alemana, la guerra en Nagorno-Karabaj y la independencia de facto de los países bálticos eran realidades que parecían no tener vuelta atrás. El PCR era un centro político de opositores al relajamiento que trajo consigo la Perestroika, pero también contenía elementos moderados y reformistas, lo cual provocó que las tensiones internas se impusieran y que el partido ni siquiera pudiese nominar un candidato de unidad a la presidencia de la RSFSR en las elecciones de 1991, que Yeltsin ganó impulsado por el ala liberal del PCUS, "Rusia Democrática". El 23 de agosto de ese año, el nuevo presidente suspendió las actividades del PCR en tanto que rama rusa del PCUS, luego del fallido golpe de Estado orquestado por los comunistas "duros" contra Gorbachov. Ambos — PCR y PCUS— fueron prohibidos en territorio ruso el 6 de noviembre de 1991.[21]

En segunda instancia, a pesar de su corta existencia, el PCR es relevante porque nunca antes se había conformado un partido comunista endémico de la República Soviética Rusa. En la Unión Soviética había 14 partidos comunistas nacionales, fundados como ramas del PCUS, pero 15 repúblicas, pues los comunistas "rusos" se identificaban con el PCUS directamente, es decir, el partido de toda la Unión. De hecho, a diferencia de Serbia dentro de Yugoslavia, la RSFSR carecía de muchas de las instituciones que existían en el resto de las repúblicas soviéticas: no había una KGB "rusa" o un Ministerio del Interior "ruso"; ni siquiera una Academia de las Ciencias que perteneciera a Rusia propiamente. El resto de las repúblicas soviéticas, por el contrario, sí contaba con estas y otras instituciones locales.[22] Al prácticamente negar en sus instituciones a Rusia mediante su disolución en la URSS desde 1922, no faltó quien interpretara el hecho como si el gobierno soviético hubiese emprendido una campaña de discriminación deliberada contra la nación rusa.[23] De allí que Yeltsin, presidente de la RSFSR desde julio de 1991, considerara, tomando como punto de partida la reforma política que impulsó Gorbachov, jugar con la carta del nacionalismo y firmar la disolución de la URSS en diciembre de 1991 junto con los nuevos presidentes de las repúblicas ucraniana y bielorrusa, para así dar pie a una Rusia independiente en la que su liderazgo sería incuestionable.[24] Ésta era la única vía para llevar a cabo sus reformas, en vez de competir institucionalmente con un Gorbachov que era líder —aunque debilitado luego del intento de golpe de Estado en agosto de 1991— de toda la Unión. Ante este panorama, no sería sorpresa que la población rusa asentada fuera de la RSFSR, que comprende más de 25 millones de personas desperdigadas por el resto del espacio postsoviético, apelase a una identidad "soviética" por encima de las identidades rusa o local,[25] y que votase en buena medida por partidos comunistas después de 1991 como se vio en el capítulo III.

El poder de un adjetivo: lo "comunista" como espacio legítimo

Regresando a la nostalgia de cauce partidista en Rusia, algo sumamente interesante es que todas y cada una de estas opciones

“radicales” fundadas a partir de la prohibición del PCUS, que abiertamente buscan al día de hoy una restauración del socialismo, tuvieron un éxito que las opciones socialdemócratas jamás han alcanzado en el país, a diferencia de los sistemas políticos de Europa oriental. En Rusia no hay a la fecha un partido sucesor que pueda identificarse como inercial —salvo quizá el ya mencionado Partido Agrario—, en el sentido de los conceptos del capítulo anterior, sino que predomina un sinnúmero de partidos nostálgicos extraparlamentarios y uno parlamentario,[26] el PCFR.

La primera opción socialdemócrata tras la prohibición del PCUS la constituyó el Partido Socialista del Trabajo de Liudmila Vartazárova y el escritor Roy Medvédev, que “tuvo poco éxito, al igual que muchas otras iniciativas socialdemócratas”.[27] Cuán revelador sería que, en su congreso fundacional, varios grupos decidieron abandonar el proyecto debido a que no se incluía el adjetivo comunista en el nombre del partido,[28] lo que refleja una legitimidad del término en Rusia que la socialdemocracia jamás ha adquirido. La crónica del evento es algo así:

Uno de los oradores dijo: “Coincido con lo que se ha dicho… Pero la palabra ‘democrático’ no debería aparecer en el nombre del bloque. Tiene una mala connotación, como ‘privatización’”. Otro dijo: “En Occidente, todo mundo sabe que ‘la izquierda unida socialdemócrata’ representa el nombre de partidos insignificantes. No deberíamos usar ese nombre de ninguna manera”.[29]

En parte, la socialdemocracia no tiene cabida en Rusia precisamente por una visión inercial y prejuiciosa como la de la segunda frase, que dice más sobre la percepción conservadora del orador que sobre la historia electoral de la socialdemocracia europea. De acuerdo con Luke March, las alternativas socialdemócratas tienen una debilidad histórica en Rusia por ser éste el único país donde el socialismo real fue autóctono, lo que le dio mayor legitimidad que allí donde fue “impuesto” (Europa oriental). Se trata de una imposibilidad que para algunos autores es estructural: Rusia no tiene, a diferencia de Europa, una clase media o una “burguesía” claramente

identificables que puedan apoyar la distribución de la riqueza, ni mucho menos un movimiento obrero organizado,[30] además de que el sistema político ruso es históricamente distinto del liberalismo occidental y responde a otros intereses, realidades y procesos.[31] Además, el movimiento que buscó el cambio político en 1987-1991 vino desde dentro del PCUS, cuando una facción se impuso a otra;[32] no vino "desde abajo" como en el caso de Hungría o Polonia,[33] por lo que ningún actor político se sintió obligado a "ceder" a las demandas de una "sociedad civil" ni a matizar su ideología. Por el contrario, la facción derrotada —los comunistas conservadores— decidió seguir su lucha aun después de 1991 contra el grupo que terminó ocupando el poder y que disolvió la URSS sin preguntar a nadie en los Acuerdos de Belavezha, cuando de hecho había mayorías absolutas que votaban en referendos por preservar la Unión en la mitad de las repúblicas restantes; tan sólo en la RSFSR, 71% de la población votó a favor de preservar la URSS.[34] La elección presidencial de 1996, de hecho, no fue otra cosa que una polarización entre los bandos que constituían la facción conservadora y la facción reformista del PCUS en el periodo 1987-1991, o sea entre Guennadi Ziugánov, amparado en el antiguo aparato del PCR —apropiado para 1996 por el PCFR —, y Yeltsin desde el gobierno, con enormes recursos estatales.

La alternativa socialdemócrata más fuerte en la historia de Rusia llegó en 2003. Conforme el presidente Putin daba forma al sistema autoritario que comenzó con la presencia legislativa sin precedentes del partido Rusia Unida (Yedínaya Rossía) en ese año, se diseñó desde el Kremlin un partido de oposición llamado Ródina ("hogar", "nación"), una fusión de partidos "patrióticos" menores proclamados socialistas, mas no comunistas. Más que una opción socialdemócrata genuina, Ródina fue un instrumento del Kremlin para quitar votos al Partido Comunista de la Federación Rusa en las elecciones legislativas de 2003, estrategia mediante la cual logró conseguir más de siete millones de votos[35] (véase el apéndice 2). En 2006 Ródina se fusionó con otras organizaciones para crear Rusia Justa (Spraviedlívaya Rossía), un partido que se dice socialista, pero que funge como "oposición paraestatal", pues "no es un secreto que […] sea una creación del Kremlin"[36] y que se debate hasta hoy entre una facción pro Putin —liderada por un incondicional del presidente, Serguéi Mirónov— y una anti Putin.

Según Tatiana Stanóvaya, para sobresalir en la elección parlamentaria de 2011, Rusia Justa debía incluso "radicalizar su retórica",[37] es decir, rozar los albores del discurso y programa comunistas, hecho que sintetiza bien la escasa notoriedad de la socialdemocracia en Rusia más allá de la mera supervivencia. No obstante, Rusia Justa se convirtió desde ese año en la tercera fuerza política, aunque fue último lugar en la elección presidencial de 2012, donde Mirónov fue un candidato testimonial que logró 3.8% del voto. Más recientemente Rusia Justa ha ido en declive: en la elección legislativa de 2016 se fue a la cuarta posición con 6.2% del voto, superando apenas la barrera para obtener representación en la Duma, y en la elección presidencial en marzo de 2018 Rusia Justa apoyó de lleno a Putin en su nueva candidatura.

Por si no fuera poco comprobar que decirse "comunista" deja votos y legitimidad en el sistema político-electoral de Rusia, cabe arrojar luz brevemente sobre el Partido Comunista de la Justicia Social (PCJS), creado en 2012. Sus fundadores fueron lo suficientemente inteligentes para que sus siglas en ruso fuesen KPSS (Kommunistícheskaya Partiya Sotsialnoi Spravedlívosti), idénticas a las siglas del PCUS en ruso (Kommunistícheskaya Partiya Soviétskogo Soyuza), apelando así a la asociación del nostálgico. Sin embargo, el líder del partido es Andréi Bogdánov, un político de 45 años que pertenecía al Partido Democrático de Rusia, organización que buscaba la entrada del país en la Unión Europea, así como minar la intervención estatal en la economía. El hermano de Andréi, Timur Bogdánov, es el actual líder del Partido Democrático de Rusia. O sea que de comunista el PCJS tiene muy poco, pero la anécdota de sus orígenes no deja de resultar interesante y reveladora. Su fundador pasó de un partido abiertamente liberal, ubicado a la derecha del espectro político, a fundar un partido "comunista" que busca restaurar el socialismo. Si el oportunista de Bogdánov se aventuró a ello es porque sabe que las plataformas comunistas dejan más votos en Rusia que las liberales.[38] Otro caso de relativo éxito fue el de un grupo disidente del PCFR, Comunistas de Rusia (Kommunísty Rossíi), que se ubicó en quinto lugar en el porcentaje de votación nacional en la elección legislativa de 2016, con más de tres millones de votos, aunque no consiguió entrar en la Duma.

Esta historia mínima de la fallida socialdemocracia en Rusia tiene como propósito simplemente destacar que desde 1991 el grueso de la izquierda rusa ha pasado inexorablemente por el discurso y el programa comunistas. Pareciera que en la década de 1990, cuando el sistema electoral era sumamente abierto, bastaba formar un partido que se dijera "comunista" para asegurar un mínimo de votos, algo que los partidos liberales, ya sea en una orientación socialdemócrata o centro-derechista, han logrado con suma dificultad —con la gran excepción de La Elección de Rusia, partido creado por el Kremlin y apoyado por la euforia liberal-democrática que aún persistía en 1993, o del partido Yábloko, que ha estado fuera de la Duma desde 2007—.[39] ¿Por qué hay tantas organizaciones que se declaran sucesoras del Partido Comunista de la Unión Soviética, cuya ideología era abiertamente rechazada por el nuevo régimen político? ¿Por qué parecería ser algo por completo legítimo declararse "comunista" después de 1991 en Rusia? ¿Por qué no crear partidos "democráticos" y liberales que, diría todo "especialista" en la materia, serían mucho más exitosos en el nuevo orden? Si se analiza la historia, el discurso y la práctica del Partido Comunista de la Federación Rusa, sin duda el mayor canalizador de la nostalgia por el socialismo en el país desde hace 20 años, así como la principal oposición al Kremlin desde 1995, es posible llegar a algunas conclusiones al respecto.

El Partido Comunista de la Federación Rusa

El 30 de noviembre de 1992 la Corte Constitucional determinó que Yeltsin había obrado con toda legalidad al disolver el Partido Comunista de la URSS en tanto que órgano de gobierno, pero que sus bases eran entes legales propios al pertenecer a una organización política, por lo que tenían derecho a restablecer sus actividades.[40] Tras darse a conocer esta decisión, varios de los partidos nostálgicos rusos mencionados párrafos más arriba exploraron la posibilidad de hacerse de esas bases y cuadros regionales. La prohibición de actividades que Yeltsin decretó en 1991 contra el PCUS —y, por ende, contra su rama rusa, el PCR— fue punto nodal para la rápida recomposición del movimiento

comunista, puesto que había una causa común en las distintas facciones para hacer frente al embate del presidente.[41] Más aún, una característica común de los diversos partidos comunistas rusos a partir de 1991, algo en lo que podían ponerse todos de acuerdo, era declarar que las "terapias de choque", junto con el resto de reformas económicas neoliberales, reivindicaban las tesis de Marx y Lenin sobre la crisis del capitalismo debido a que la situación socioeconómica, como ya se dijo, decayó como nunca antes en el país.[42] Asimismo, como esclarece March, mientras estos partidos nostálgicos conformaban una "oposición de calle" que buscaba apoyo de las masas, había también una nomenklatura comunista en el Congreso de Diputados del Pueblo que mantenía una actividad contestataria contra el Ejecutivo mediante recursos estatales,[43] pero que fue derrotada en octubre de 1993 cuando Yeltsin se impuso por la fuerza —bombardeando con tanques la sede del Congreso— y disolvió (casi literalmente) el Soviet Supremo para convocar a nuevas elecciones en diciembre y establecer una nueva Constitución.

Agotada la fuerza legislativa en aquel octubre de 1993, había que recurrir al propagandismo clandestino y a la conformación concreta de opciones políticas comunistas, bajo el gran dilema de participar o no en las nuevas elecciones parlamentarias, lo que implicaba aceptar la constitucionalidad de las acciones del presidente —o, en otras palabras, que la Unión Soviética era historia—. Por ello, las asociaciones comunistas más radicales decidieron no participar y boicotearon toda iniciativa de Yeltsin, mientras que elementos relativamente moderados evaluaron esa posibilidad con mayor detenimiento. La facción moderada de lo que había sido el Partido Comunista de la RSFSR tomó una vía mucho más institucional en su visión de las cosas: ya desde el fallido golpe de Estado contra Gorbachov en agosto de 1991, por ejemplo, muchos de estos elementos moderados habían preferido tomar distancia de los acontecimientos y no decantarse por ningún bando; además, obtuvieron mucha legitimidad pública al intentar resolver la cuestión de la prohibición del PCUS y de su propio partido, el PCR, en los tribunales, en vez de orquestar manifestaciones violentas. Esto no quiere decir que se acercaran al gobierno de Yeltsin o que abandonaran el comunismo, sino que aprovecharon las nuevas formas para dar vida a su causa, netamente comunista; de hecho,

usaron argumentos en pro de la democracia y la constitucionalidad contra Yeltsin, pues aducían que "no era democrático" prohibir un partido político desde el poder.[44]

En febrero de 1993 esta ala relativamente moderada del extinto PCR impulsó un Segundo Congreso de Renacimiento y Unificación, orientado a revivir este partido exclusivamente en Rusia, e invitó al resto de organizaciones comunistas del país. En él se acordó que el nuevo nombre del PCR sería Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR) y que, ante la presión de grupos radicales, el liderazgo pasaría del moderado Valentín Kuptsov al antiguo "secretario de ideología" del PCR, Guennadi Ziugánov. Aunque también moderado —y sobre todo de grandes tendencias nacionalistas—, Ziugánov representaba una figura mucho más conciliadora entre distintas facciones que garantizaba la unidad;[45] asimismo, la decisión reflejaba que los miembros del PCFR entendían bien el arrastre del nacionalismo en la nueva Rusia.[46] Ziugánov es líder del partido hasta el día de hoy y en cuatro ocasiones ha sido su candidato presidencial (1996, 2000, 2008 y 2012; véase el apéndice 2). Al (re)fundarse el PCFR logró cooptar cuadros de otras organizaciones: el Partido Socialista del Trabajo padeció un éxodo de 90% de sus miembros, quienes "emigraron" al PCFR —minando de nuevo una opción socialdemócrata—,[47] mientras que el PCRT de Tiulkin perdió también a muchos de sus representantes regionales, como ocurrió en Omsk.[48] El PCFR pronto se convirtió en la asociación política más grande y mejor organizada del país, muy superior en estructura a los partidos que apoyaban a Yeltsin y sosteniéndose en buena parte en las antiguas bases regionales del PCUS.

Los líderes partidistas, moderados en sus formas pero comunistas al fin, entendieron a lo largo de 1993 que sería imposible encontrar bases populares sólidas para derrocar el régimen de Yeltsin, sobre todo después de que el presidente logró una mayoría absoluta en el referéndum de abril que fungió como evaluación de su gestión.[49] Otra prueba de fuego para ellos, como lo había sido el fallido golpe contra Gorbachov dos años antes —en el que se mantuvieron al margen—, fue la crisis constitucional de octubre de 1993, cuando Yeltsin ordenó bombardear el Parlamento luego de que éste se negó a ser disuelto por el Ejecutivo. Mientras que comunistas radicales como Anpílov intentaron tomar la torre de televisión de Ostankinó

y dirigir un mensaje a la nación, Ziugánov apareció en los medios y llamó a guardar el orden.[50] Todos estos eventos en los que el PCFR guardó prudencia tuvieron un claro resultado en las elecciones de diciembre, cuando se convirtió en la tercera fuerza política con 12.4% de la votación legislativa y obtuvo, a diferencia de los partidos comunistas extraparlamentarios, acceso a recursos, subsidios y canales de comunicación que resultarían vitales más adelante.[51] Tras la crisis de octubre, Yeltsin, amparado en su nueva Constitución, volvió a prohibir un partido comunista desde el poder. Esta vez tocó el turno al PCRT de Tiulkin y Anpílov por su participación directa y violenta en contra del gobierno, mientras que el resto de asociaciones comunistas radicales decidió boicotear las elecciones y rechazar la cooperación con el "desviado" PCFR.[52] Éste, por su parte, tan sólo fue suspendido por unos días entre el 3 y el 18 de octubre por la relación de varios de sus miembros con los legisladores atrincherados en la sede del Congreso.[53]

La primera "Declaración programática" del PCFR, en 1993, comenzaba reconociendo los "errores del pasado"; por ejemplo, el no haberse adaptado a "la revolución tecnológica mundial de las décadas de 1960 y 1970" o admitir la decadente "burocratización" de los soviets, errores completados con "la traición […] de Gorbachov y sus asociados".[54] En otra sección se enfatizaba que Rusia regresaría al socialismo "voluntariamente", lo que apuntaba desde un inicio a la participación del partido en elecciones bajo el argumento de que "por ahora" Yeltsin tenía apoyo popular.[55] Si bien se hablaba en ese primer programa de restaurar el socialismo, más adelante se propugnaba no la restauración de la URSS en tanto que confederación de Estados, sino una "integración" gradual de los nuevos Estados independientes, lo que reflejaba el profundo patriotismo panruso de varios líderes partidistas, aunque también se habló de una "unión firme de partidos comunistas" en el espacio postsoviético, que el PCUS-UPC ya representaba vagamente.[56] Sin embargo, para mediados de 1993, quizá como guiño hacia los grupos radicales, el programa del PCFR ya incluía "la restauración de la URSS", siempre dentro de un proceso "paulatino" y "voluntario", dando prioridad a una mejor organización partidista, por encima ya ni siquiera de la unificación del espacio postsoviético, sino de tomar las riendas del gobierno mismo: el PCFR parecía cómodo en la oposición con un puñado de curules.

A pesar de esta relativa moderación en las formas, el contenido del programa del Partido Comunista de la Federación Rusa siempre ha sido de un tono marxista-leninista recalcitrante.[57] Una vez en la Duma se caracterizó por tener la mayor cohesión interna y disciplina parlamentaria entre todas las fracciones,[58] oponiéndose en 99.9% a las iniciativas presidenciales y a las de partidos liberales en los que Yeltsin se apoyó —como La Elección de Rusia o, más tarde, Nuestro Hogar es Rusia—, excepto en la aprobación del presupuesto federal y la propuesta de una amnistía a todos los prisioneros políticos arrestados entre 1991 y 1993.[59] En su III Congreso (enero de 1995), el PCFR comenzó a presentar mayores síntomas nostálgicos: como si de la Internacional Comunista se tratase, se invitó a varios delegados de distintos partidos comunistas del mundo.[60] Del mismo modo, el órgano partidista central restauró el nombre de "Comité Central" y se habló de fomentar un verdadero "centralismo democrático leninista" para organizarse de cara a las elecciones parlamentarias de ese año y las presidenciales de 1996 —es decir que Ziugánov fue reelegido abrumadoramente, lo que prácticamente lo ungió como candidato a la presidencia—. Tan "comunista" fue el contenido del nuevo programa que Aleksandr Kuváyev, líder moscovita del PCFR, declaró: "Ahora, luego de la aprobación del nuevo programa del partido, nuestros oponentes [comunistas radicales] no tienen bases para acusarnos de socialdemocratismo".[61] Por su parte, la plataforma electoral de 1995, aunque plagada de contradicciones —por ejemplo, la tácita infalibilidad de Stalin junto con el exaltamiento del papel de la Iglesia ortodoxa en la historia rusa—, era categórica en su visión dicotómica y de continuidad sobre la realidad político-histórica del país, mediante la diferenciación entre lo que a principios de la década de 1990 representaban, a sus ojos, la "izquierda" y la "derecha" del PCUS. Esta última, se dijo, incluía al "partido de la traición nacional […] el partido de Trotski y [Lavrenti] Beria […], de Gorbachov y de Yeltsin",[62] lo que dejaba al PCFR, en contrapartida, como el partido de Lenin y Stalin, el de los "patriotas" verdaderos.

Es interesante la continuidad en la visión de los dirigentes del PCFR hacia 1995. En sus propuestas se buscaba "un nuevo curso económico" bajo "medidas extremas de regulación gubernamental directa", es decir, la restauración inmediata de la seguridad social

gratuita y universal, mano dura contra el crimen y la corrupción, mayores incentivos a la ciencia y la educación, así como el freno a la privatización y la necesidad del monopolio del Estado sobre el comercio internacional;[63] esto último se haría, no obstante, "sin la antigua nivelación [estatal] de ingresos pero tampoco mediante la nueva estafa capitalista".[64] Según Urban y Soloviéi, este giro "a la izquierda" se dio porque 1994 había sido un año difícil para Yeltsin, en el que el descontento hacia su gobierno cobró nuevos bríos tras la caída del rublo frente al dólar en octubre y el estallido de la guerra en Chechenia en diciembre.[65] Además, si en 1992 el gobierno ruso estimaba que 24% de la población vivía bajo niveles de subsistencia mínima, para enero de 1995 el número ascendía a 33%.[66] Asimismo, el apoyo al nuevo régimen entre la población había caído de 36 en 1994 a 25% a mediados de 1995.[67]

Parte de ese descontento con el gobierno dio el triunfo al PCFR en las elecciones parlamentarias de 1995, que se hizo de 22.3% de los votos de representación proporcional (apéndice 2), lejos del segundo lugar —el ultrapatriótico LDPR, que obtuvo 11.1%—; además, el PCFR consiguió 8 636 392 votos adicionales en distritos de mayoría, mientras que el segundo lugar en este tipo de circunscripción fue su aliado, el Partido Agrario, con 4 066 214 votos (apéndice 3.2).[68] Esta victoria consolidó al PCFR no sólo como el principal partido de izquierda (comunista) en el país, sino como la fracción parlamentaria más grande, y desde entonces funge como la principal oposición al Kremlin, lo que lo ubica en una posición relativamente cómoda. Algo sorprendente fue que el PCRT de Tiulkin se decidió a participar en la elección luego de que se levantó la prohibición de sus actividades, pero sobre todo sorprende que su bloque, cuya campaña se basó en denostar al PCFR por "revisionista",[69] obtuvo más de tres millones de votos: aunque no rebasó el umbral de 5% para entrar en la Duma, sí logró un escaño uninominal.[70] De nuevo, los partidos socialdemócratas obtuvieron porcentajes magros: Derzhava ("Poder"), del ex vicepresidente Aleksandr Rutskói, consiguió 2.57% de la votación, mientras que el Partido del Autogobierno de los Trabajadores, de Sviatoslav Fiódorov, "básicamente socialdemócrata",[71] obtuvo 3.9%. Es de notar que, a pesar de su moderación, este partido usaba un lenguaje nostálgico en el que la palabra trabajadores —caso similar al del adjetivo comunista—, como por arte de magia, daba

vida a una organización política.

De ese modo, a pesar de que tiene visos socialdemócratas,[72] el PCFR no termina de serlo. Queda claro que el poder del adjetivo comunista en Rusia es inmenso y mucho más legítimo que cualquier otra forma de socialismo. El hecho de que sus líderes acudan cada 5 de marzo en peregrinación a la tumba de Stalin, por definición, dista mucho de la socialdemocracia. Pero tampoco tendría por qué convertirse en un partido socialdemócrata: la invitación de varios autores occidentales a que el PCFR abrace la socialdemocracia como ideología política —basándose en el "éxito" de los partidos socialdemócratas de Europa del este—[73] sería contraproducente para él, pues si algo lo ha mantenido por más de 20 años como principal oposición política en Rusia es su carácter "comunista": una izquierda radical en su programa aunque relativamente moderada en sus formas. Este fenómeno es un reflejo de que la nostalgia por el socialismo es un sentir generalizado entre la población rusa y buena parte del espacio postsoviético, como no lo es (en términos generales) en el resto de Europa oriental. En otras palabras, en Rusia ser nostálgico no es tabú ni provoca vergüenza, sino todo lo contrario, mientras que en otras partes del mundo poscomunista, especialmente en Europa del este, el nostálgico es presa de burla y rechazo, como se vio en el capítulo i. Ziugánov, sumido en su nacionalismo, pudo haber creado un partido patriotero como el LDPR,[74] pero fundó uno comunista, porque el adjetivo legitima, atrae votos.

1996: "regresar" o "progresar" (o regresar para progresar)

A su primera elección presidencial, en 1996, el Partido Comunista de la Federación Rusa llegaba con un promedio de edad de 52 años entre sus militantes. De éstos, 20% pertenecía a la clase obrera o al campesinado, 23% eran trabajadores técnicos y 31% militares, intelectuales o maestros. Esta membrecía era mucho más diversa que la de sus homónimos ucraniano y bielorruso, que sí habían mantenido una mayor base obrera.[75] Esto, sumado a que desde un inicio otorgó puestos de elección popular a empresarios a

cambio de remuneraciones económicas, a que mantuvo una tolerancia enorme hacia la Iglesia ortodoxa rusa —institución impulsada en repetidas ocasiones dentro de los visos nacionalistas del partido—[76] o a que conformó alianzas electorales con la "ultraderecha" representada por el LDPR[77] —como en la elección regional de Pskov en octubre de 1996—,[78] muestra que el PCFR dista en la práctica hasta hoy, y a la vez no, de ser un partido comunista "ortodoxo", algo que siempre ha defendido su dirigencia diciendo que en la era postsoviética las cosas funcionan de otro modo y que no puede actuar de otra manera si quiere sobrevivir políticamente.

En marzo de 1996 el PCFR impulsó una iniciativa en la Duma para desconocer los Acuerdos de Belavezha que pusieron fin a la URSS. Además, a lo largo del año se intensificó la circulación de diarios como Pravda —"La verdad", nombre de uno de los diarios del PCUS —, al tiempo que Ziugánov recomendaba públicamente a la militancia familiarizarse con artículos como "Genio de Estado: Stalin y Rusia", de su mano derecha, Yuri Bélov.[79] Por su parte, otros líderes del PCFR, como Nikolái Bindiúkov, marcaban una diferencia entre las posiciones del partido y las de la socialdemocracia alemana o sueca, las cuales "no buscaban construir el socialismo ni consideraban que la propiedad del Estado debe ser parte fundamental de la economía", añadiendo un toque dramático: él era uno entre siete hermanos de familia rural, en la que todos lograron alcanzar una especialidad en educación superior, lo cual "nunca hubiera sido posible en una sociedad occidental".[80]

La campaña presidencial reflejó de manera interesante estas tensiones y contradicciones. Habría que empezar diciendo que Ziugánov era el candidato puntero en las encuestas de opinión, mientras que Yeltsin apenas aparecía entre las posibles respuestas con un solo dígito. Para 1996, la situación crítica del país vaticinaba un triunfo comunista abrumador: el PIB había caído 42% entre 1992 y 1995; tan sólo en este último año el ingreso per cápita real cayó en 13% y el salario promedio en 24%. La deuda salarial creció exponencialmente, de 614 millones de dólares en enero de 1994 a 5 300 millones en junio de 1996, mes de la elección. La guerra en Chechenia minaba la institución presidencial, mientras

que la desconfianza de Yeltsin hacia los partidos políticos había dado oportunidad a Ziugánov de organizar el PCFR como el partido más grande de Rusia,[81] y la liberalización rampante de precios efectuada desde 1992 permitía al candidato comunista prometer una compensación por la pérdida de los ahorros personales fomentada por el gabinete encabezado por Yegor Gaidar.[82] Y, en efecto, Ziugánov hubiese ganado sin problema de no ser por la campaña magistral que se armó desde el Kremlin, basada no sólo en el acceso a medios de comunicación, sino también en las alianzas políticas del régimen. Un aspecto crucial fue la cooptación que Yeltsin hizo del general nacionalista Aleksandr Lébed, el tercer candidato en discordia, sumamente popular, quien restó votos nacionalistas a Ziugánov al ofrecer con mucho mayor ímpetu y carisma precisamente lo que éste ofrecía: terminar la guerra, forjar una mayor integración con Bielorrusia y Ucrania, acabar con la corrupción, reducir impuestos.[83] El presidente también hizo su tarea: firmó decretos a granel que prometían pagar adeudos salariales y emprender subsidios masivos y, una semana antes de la elección, firmó un cese al fuego con Chechenia. Yitzhak Brudny añade que Ziugánov buscó el voto rural y de los "perdedores" de la transición, y no fue sino hasta que quedó derrotado en primera vuelta cuando se decantó por hacer campaña en los centros urbanos y entre los jóvenes, bailando incluso en una discoteca de Moscú.[84]

La forma en que Yeltsin se apropió de elementos nostálgicos durante la campaña para ganar más votos habla ya no de un pragmatismo natural en los sistemas democráticos sino, en el caso ruso específicamente, de la legitimidad generalizada que tiene la nostalgia por el socialismo como instrumento político. Es necesario insistir en ese tema: un político perspicaz sabe que, si quiere obtener una mayoría de votos en un contexto de encrucijada, tiene que apelar a los sentimientos y principales tendencias que hay en la sociedad. El que un profundo anticomunista, como era Yeltsin en 1996, recurriera al fértil terreno de la nostalgia poscomunista en Rusia al prometer mayores subsidios y salarios e incluso la (re)unión con otras ex repúblicas soviéticas, significa que éste no es un fenómeno menor que deba entenderse como "trasnochado". Se trata, por el contrario, de un rasgo definitorio de la vida postsoviética en Rusia —que sin duda Putin sabrá explotar mejor a

partir de 2000—. De hecho, la utilización de esa nostalgia desde el poder (sintetizada en las propuestas de Lébed) para quitar votos al Partido Comunista se convirtió en una pauta que Putin seguiría más adelante con la creación de Ródina y luego de Rusia Justa en la década de 2000.

Ziugánov obtuvo 32.5% del voto en primera vuelta contra 35.8% de Yeltsin (apéndice 2), lo que reflejaba una importante polarización entre nostalgia y renovación. En segunda vuelta, con el apoyo de Lébed, Yeltsin subió a 54.4% contra 40.7% de Ziugánov. La elección presidencial también arrojó conclusiones interesantes sobre la situación socioeconómica del país: Ziugánov ganó apoyo sustancial por debajo del paralelo 55° norte, particularmente en regiones a lo largo del Volga, áreas rurales o de industria pesada improductiva que dependían de enormes subsidios estatales,[85] así como en el inestable Cáucaso; sin embargo, no le fue bien en centros urbanos grandes y medianos. Una tendencia mucho más marcada y obvia fue que, mientras más viejos eran los votantes, más dispuestos estaban a votar por el candidato comunista.[86] En ambos casos la nostalgia por la protección del Estado (subsidios, pensiones, estabilidad social y política) fue un factor determinante en el resultado final.[87]

Luego de la elección, a pesar de que algunos miembros del PCFR reclamaron un fraude de Estado, el clima de moderación en el interior del mismo convirtió la discusión poselectoral, más que nada, en una reflexión sobre los errores cometidos. Así, mientras por un lado Nikolái Ryzhkov no podía responderse la pregunta de "por qué la región hambrienta de Ivánovo y otras regiones del norte ruso votaron por Yeltsin", por otro Ziugánov lanzaba un discurso dual de crítica al régimen pero también de autocrítica, en el que llegó a decir que se debía eliminar a "los elementos ortodoxos aún existentes" entre las filas del partido.[88]

Para 1996 el Partido Comunista había llegado a un punto en el que aquilató que la ambigüedad en su discurso, ese vaivén entre comunismo y nacionalismo, la diferencia entre el aparentemente inamovible programa partidista y las cambiantes plataformas electorales, le eran bastante redituables.[89] En 1997 una encuesta del Centro de Estudios de la Cultura Política de Rusia reveló que

más de dos tercios de los simpatizantes del partido querían que continuara sintetizando la ideología comunista con la nacionalista, aproximadamente un tercio buscaba que tuviera una posición comunista ortodoxa y sólo 4% deseaba que el partido se convirtiera en socialdemócrata.[90] Según explica March:

Esta incoherencia no era necesariamente una desventaja. Como las ideologías movilizadoras más efectivas, ésta hablaba en absolutos escatológicos que tenían por virtud su mera simplicidad, y apelaban a ideales, sueños e impulsos del corazón más que a la razón […] o el cálculo sobrio […]. De ese modo, el programa y la plataforma significarían cosas completamente distintas para un miembro comprometido del partido (que esperaba una eventual resurrección del comunismo) y para un votante no comunista que podría identificarse con la nostalgia conservadora de la plataforma pero con poco más que eso.[91]

Después de todo, fue esa ambivalencia ideológica la que permitió a Ziugánov forzar a Yeltsin a una segunda vuelta electoral: las encuestas de opinión a mediados de la década de 1990 dejaban ver que no había un consenso sobre el rumbo —capitalista o socialista — que debía tomar el país, lo que abría paso a los pragmatismos y puntos medios. Sin embargo, lo que sí era definitivo era la nostalgia general: en 1997, 54% de los encuestados pensaba que el sistema soviético, especialmente antes de 1985, era “mejor” al actual, con lo que un candidato que proponía su restauración tenía una considerable ventaja.[92] Lo curioso es que, a pesar de esos números nostálgicos que se repiten constantemente en las encuestas de opinión en la Rusia postsoviética, la mayoría de la población votaba por preservar el nuevo régimen, lo que creaba una nueva contradicción, que se tratará más adelante al ver la relación entre Rusia Unida y la nostalgia.

EL NEOCOMUNISMO EN LA PRÁCTICA: EL PCFR EN EL ÁMBITO LOCAL

Tal el sentido es de todo cuanto fue,

que no se quede en toda su seriedad,

que vuelva a nuestro ser,

intrincado en nosotros, profundo y prodigioso.

RAINER MARIA RILKE, “El cantor canta ante un hijo de príncipes” (fragmento)[93]

Federalismo anticomunista

Establezco aquí un paréntesis en el texto para hacer una revisión de las acciones del Partido Comunista de la Federación Rusa en el ámbito regional y local, que permita entender desde abajo las configuraciones de la nostalgia y su relación con el poder político y el orden social, y arroje luz sobre estos y otros asuntos. ¿Cómo se comportaba el Partido Comunista de la Federación Rusa en la práctica extraparlamentaria, en la administración local, donde sí tenía el poder? ¿Echaba mano de programas más o menos “comunistas” —como era aparente desde la Duma—, aprovechando el diseño federal de Rusia, o sus gobernadores y alcaldes se veían obligados a ceder ante la asfixia presupuestal del gobierno central? La respuesta es ambigua, aunque la tendencia predominante para el partido en los últimos 20 años ha sido que sus gobernadores terminan por desentenderse de él o bien se convierten en miembros de uno nuevo, lo que refleja, ciertamente, un oportunismo generalizado en la política rusa,[94] pero sobre todo una necesidad

de actuar de forma aquiescente frente al centro, del cual se depende financieramente.

Hay que decir que, desde 1991, Rusia ha pasado por una historia electoral en sus provincias un tanto accidentada. De 1991 a 1996 se permitieron sólo algunas elecciones para gobernador en regiones donde Yeltsin pensaba que podía ganar; en las que no, el presidente designaba directamente a los gobernadores. A partir de 1996 iniciaron elecciones para gobernador en todo el país, de lo cual la oposición, especialmente el PCFR, se benefició mucho. En 2004 el presidente Putin decidió suspenderlas tras la masacre de Beslán, [95] aunque se siguieron permitiendo las elecciones municipales; con ello, la designación de gobernadores se convirtió de nueva cuenta en una facultad del presidente de la Federación, sujeta a aprobación de las Dumas locales. En 2012 el presidente Medvédev cedió a demandas populares para restaurar las elecciones a gobernador en todas las regiones de Rusia.

En cuanto a los gobiernos locales comunistas, Nikolái Grishin y Natalia Shelípova, en uno de los contados estudios al respecto, encuentran que en la región de Vladímir el gobernador comunista Nikolái Vinográdov (1997-2013) tuvo una clara orientación social en sus políticas públicas; sin embargo, al menos en cuanto a política de vivienda —tema que ellos estudian—, los resultados no fueron muy distintos que en regiones gobernadas por otros partidos. Los autores atribuyen estas deficiencias no a la aparentemente clara vocación "comunista" del gobernador, sino a las limitantes que no le permitieron tener un margen de maniobra amplio frente al aparato de subsidios del gobierno federal. Otro problema común era que los gobernadores comunistas no incorporaban a sus correligionarios en el gobierno, sino a elementos tecnócratas, debido a que la economía regional se encontraba por los suelos o a que ésa era la condición para ser apoyados desde Moscú.[96] Mismo caso es el de los gobernadores Nikolái Maksiuta en Volgogrado, Anatoli Belonógov en Amur, Aleksandr Tkachiov en Krasnodar o Yuri Lodkin en Briansk, entre otros que también fueron miembros del PCFR al menos en un primer momento.[97] Rostislav Turovski lo dice llanamente: "En realidad, sencillamente se vio que era imposible crear cualquier régimen local aislado que pudiera llevar a cabo el programa del PCFR".[98] Ante la generalizada falta

de resultados “comunistas” de sus gobernadores, el PCFR entró en conflicto con varios y suspendió la membrecía a la gran mayoría, ya porque cambiaron de color político y se unieron a partidos apoyados por el Kremlin —especialmente a Rusia Unida, a partir de 2001— o bien porque no introdujeron políticas públicas “comunistas”. Si en 1997 el PCFR presumía que casi la mitad de los 89 ejecutivos regionales eran “sus gobernadores”, para 2008 no tenía ninguno;[99] ni siquiera a Vinográdov, quien en ese año fue obligado por el Kremlin a renunciar a su militancia comunista como condición para no ser removido.[100]

Los escasos intentos de gobernadores “rojos” por echar mano de políticas públicas “nostálgicas”, más allá de una mera orientación social, se dieron por lo general entre quienes se mantuvieron en el PCFR hasta el final de su mandato o entre quienes emigraron a otro partido de corte comunista, pero no a uno alineado al Kremlin. Vasili Starodúbtsev,[101] en Tula (1997-2005), logró —como hizo Yeltsin en 1996 para obtener su reelección— minimizar los atrasos salariales, cuadruplicar el presupuesto en salud y destinar una cuarta parte del mismo al sector educativo,[102] así como “mantener a los ‘oligarcas de Moscú’ fuera de las fábricas locales”.[103] Básicamente el mismo programa llevó a cabo el gobernador Viacheslav Liubímov (1997-2004) en Riazán, una región donde aproximadamente la tercera parte de la población la componen pensionados y donde, para el año 2000, prácticamente la mitad sobrevivía por debajo del mínimo de subsistencia.[104]

El lenguaje comunista: el affaire Mashkóvtsev

Algo que sí se advierte en las administraciones locales comunistas en la Rusia postsoviética es una nostalgia más arraigada en formas y símbolos, en detrimento de la de contenido, cargada de un lenguaje de antiguo régimen por demás interesante. En Volgogrado, la administración comunista de Nikolái Maksiuta (1997-2010) suspendió el nombre de Duma al parlamento local y restableció el de Soviet;[105] asimismo, intentó en 2001 restaurar a la capital regional el nombre de Stalingrado sin éxito.[106] En Tula

Starodúbtsev restauró la organización “Pioneros Rojos” en todas las escuelas de la región y además creó la Unión de Jóvenes Comunistas de Tula.[107] En Vladímir el gobernador Vinográdov impulsó elementos simbólicos de corte comunista como la bandera de la región en 1999, la cual toma como modelo la adoptada por la RSFSR en 1954 y se suma a algunas otras en la Federación Rusa que ostentan hasta la fecha la hoz y el martillo, buscando así dar una continuidad simbólica —gráfica— al pasado soviético.[108] Asimismo, el Programa Social de Vivienda 2008-2015, impulsado por Vinográdov, buscaba la construcción de “apartamentos multifamiliares” (mnogokvartírnie zhilye domá) de un solo piso (odnoetázhnoye),[109] y no de casas (literalmente) de interés social o algo similar. El “apartamento multifamiliar” era la realización por excelencia de la política de vivienda socialista.[110] En palabras de Svetlana Boym, era “la piedra angular de la civilización soviética […] un intento de llevar a la práctica ideologías utópicas y destruir banalidades burguesas”,[111] y no extraña que un gobernador comunista lo siga entendiendo de ese modo, a pesar de que esto no es algo particular de regiones gobernadas por ellos sino una inercia internalizada en Rusia y el espacio postsoviético en general desde hace casi un siglo, pero que fue una innovación que trajo consigo la utopía socialista.

Incluso el lenguaje de difamación y “exhibición” desde el seno del partido hacia miembros que no están cumpliendo del todo con el ideal comunista es de una nostalgia brutal, perteneciente al más puro estilo estalinista. Es encantadora la alocución de los delegados de la XLI Conferencia Regional del PCFR en Volgogrado en agosto de 2007, dirigida al ya entonces ex gobernador comunista de Kamchatka, Mijaíl Mashkóvtsev (2000-2007), en vista del apoyo que éste buscaba dar por ese entonces al partido Rusia Justa:

Apelamos a usted, Mijaíl Borísevich, dado que nos consideramos en nuestro derecho de hacerlo. Después de todo, usted asistió a la escuela en nuestra tierra, Stalingrado [sic], fue alimentado y criado por patriotas, personas conocedoras del precio de la lealtad y la traición. Estamos profundamente indignados por el hecho de que usted, diciéndose comunista, amparó la creación de otro partido,

ajeno a nosotros en espíritu, que lleva por nombre “Rusia Justa”. Su deseo de “participar” en el trabajo para elevar el perfil de “Rusia Justa”, encabezando la lista regional del partido, es incompatible con las disposiciones autorizadas propias de un comunista.

Quizá usted está equivocado. Queremos creer que tal vez usted no comprende la gravedad de todas sus declaraciones públicas, que están en prensa.

Piense bien, todavía hay tiempo. Con sus acciones, usted no fortalece la autoridad del partido del cual es usted miembro, y sólo la desgasta. Nuestra fuerza está en la unidad.

Sabiendo que es usted un hombre valiente, estamos seguros de que evalúa adecuadamente la situación y que junto con el comité territorial del PCFR en Kamchatka hará todo lo posible por fortalecer la posición del PCFR en la región.[112]

Esta alocución tiene todos los elementos característicos de una acusación o advertencia estalinista: primero que nada, evidenciar lo malagradecido del personaje con el partido que le ha dado todo. La condena estalinista del Comité Central del PCUS a Nikolái Bujarin y a Alexéi Rykov en 1937 es, en ese sentido, el epítome del juicio de los “verdaderos comunistas” hacia un elemento “hereje”, sobre la base de que se está haciendo un favor al camarada desviado. Como la literatura reciente ha aclarado, el socialismo histórico en todo momento priorizó la “cura” sobre el “castigo”, que era siempre el último recurso disponible.[113] Correspondería en aquel momento a Stalin y, luego, a Andréi Andréyev, miembro del Politburó, evidenciar lo “malagradecidos” que eran los acusados durante su amonestación:

STALIN: Creíamos en ti, te condecoramos con la Orden de Lenin, te hicimos subir en el escalafón, y nos equivocamos. ¿No es cierto, camarada Bujarin?

BUJARIN: Es cierto, es cierto; lo mismo he dicho yo.[114]

[…]

ANDRÉYEV: Como ustedes [Bujarin y Rykov] saben, el Partido y el Comité Central les han dado suficiente tiempo, más de lo necesario en tiempo y recursos para desarmarse y probar su inocencia. A ningún otro de entre los oposicionistas y enemigos se ha dado tal periodo de tiempo […] excepto a ustedes. El Partido ha hecho lo posible por mantenerlos entre sus filas. Cuánto esfuerzo se ha empleado, cuánta paciencia ha sido mostrada hacia ustedes por el Partido y especialmente, debo decirlo, por el camarada Stalin.[115]

Al igual que en la alocución a Mashkóvtsev, lo que seguía en el proceso de amonestación estalinista por antonomasia, luego de vapulear al juzgado, era mostrar la sorpresa de los miembros del partido al enterarse de que el apóstata siempre supo lo que hacía y no tomó cartas en el asunto. Así lo denunciaba Anastás Mikoyán en el mismo juicio a Bujarin:

Hay una cosa que nadie puede poner en duda. Estar al tanto del terror contra el liderazgo del Partido, del estropeo en nuestras fábricas, de espionaje, de [la presencia de] agentes de la Gestapo, y no decir nada de ello al Partido. ¡¿Qué es esto?! Él [Bujarin] es un miembro del Comité Central y un miembro del Partido […] [Estas actividades] eran del conocimiento de Bujarin, él sabía que se estaban preparando actos terroristas contra el liderazgo del Partido, él sabía y no avisó al Comité Central. ¡¿Es esto permisible para un miembro del Comité Central y un miembro del Partido?! Es algo evidente aun hasta para un ciego.[116]

De esta forma se advierte que, incluso en la manera de concebir la disidencia o la “desviación” en el neocomunismo, hay un viso de nostalgia por un tecnicismo que parecía, hasta la década pasada, reposar criogenizado exclusivamente en miles de archiveros a lo largo del espacio postsoviético. Desgraciadamente, la información de este tipo es muy limitada tanto en los anales del PCFR —ni qué

decir en el resto de partidos comunistas en Rusia— como en el debate público ruso hoy en día. En lo que respecta a Mashkóvtsev, terminó por unirse no a Rusia Justa, sino a la nueva versión del partido de Víktor Tiulkin, Comunistas de Rusia, creado en 2009 sobre la base política de aquél y el apoyo de disidentes del PCFR, quienes consideran que el partido liderado por Ziugánov no tiene posibilidad de llegar al poder porque ha cometido "errores considerables".[117] Curiosamente, con esta movida Mashkóvtsev terminó por afianzarse aún más hacia la izquierda que sus acusadores.

Hurtando la nostalgia local

Serían otros gobernadores que no pertenecieron al PCFR los que irónicamente se valdrían de programas "comunistas" en sus regiones —echando mano de la nostalgización de la política—, como Yuri Goriáchev en Uliánovsk (1992-2001), quien llegó al grado de subvencionar alimentos básicos en su administración,[118] generalizar el control de precios y limitar las ganancias de los productores.[119] Uliánovsk, de hecho, llegó a considerarse un "bastión del comunismo",[120] a pesar de que Goriáchev fue apoyado por partidos liberales como Yábloko o los aliados del Kremlin. Esto es algo relativamente sencillo de entender: los niveles de subsistencia en muchas regiones rusas tras la caída de la URSS eran, en ocasiones, mínimos; los gobernadores, del partido que fuera, tenían que buscar una reelección mediante políticas sociales, o incluso, como Aleksandr Mijáilov en Kursk, prometer que se restaurarían políticas soviéticas para ganar elecciones,[121] lo que refleja sin duda la preponderancia de la nostalgia. Así lo decía un asesor de Goriáchev en 1994: "No podemos permitir que nuestros hijos tengan hambre. No podemos decir a las personas mayores que han hecho todo lo que necesitábamos y que ahora es tiempo de echarlos fuera [a la calle]. No podemos hacer eso y construir una sociedad civilizada".[122] Otro caso fue el de Amán Tuléyev, gobernador de Kémerovo desde 1997 hasta la fecha, quien nunca perteneció al PCFR pero fue un aliado constante del partido en sus inicios. A pesar de incorporarse a Rusia Unida en 2005, como

gobernador Tuléyev ha seguido fomentando políticas públicas que habían sido parte integral del programa del PCFR,[123] gracias a lo cual Rusia Unida ha ido disputando a los comunistas el estatus de monopolizador de la nostalgia por el socialismo en el país, lo que se verá en el siguiente apartado.

La nueva condición desde el centro para la permanencia de gobernadores de oposición, a partir de la configuración del sistema autoritario en Rusia desde 2003, ya no es ni siquiera ser aquiescente con Moscú, sino ceñirse a los designios del pluralismo limitado, cuando no ingresar de lleno en las filas de Rusia Unida.[124] Sin embargo, a pesar de las dificultades de los gobernadores "rojos" para instaurar sus programas, hay un ejemplo interesante que niega que los gobernadores de oposición estuvieran maniatados frente al presupuesto federal: el de Yevgueni Mijáilov en Pskov (1996-2004), miembro del ultrapatriótico LDPR. Durante su mandato, Mijáilov se guio con base en el programa profundamente estatista de su partido: su primera prioridad fue controlar la producción y regulación de alcohol en la región —piedra angular del programa del LDPR—,[125] obligando por decreto a todo productor de vodka a que acreditara su elaboración en un laboratorio especial y reduciendo considerablemente la importación a la región de insumos y materias primas no sólo del extranjero, sino también desde otras regiones del país, al igual que la exportación de cualquier producto endémico de Pskov.[126] También se crearon empresas públicas regionales que obtuvieron un monopolio tanto en alcohol ("Pskovalko") como en la producción de pan ("Pskovjleb"), vendiendo por debajo de los precios de mercado.[127] Estas políticas no eran más que el ultraestatismo del LDPR a escala y, aunque en principio Moscú buscó reducir los fondos destinados a la región, se logró impedirlo tras un importante cabildeo del liderazgo partidista en la capital,[128] algo que el PCFR, por su negativa rotunda a relacionarse con el gobierno federal en la década de 1990, nunca consiguió. Sorprendentemente, Mijáilov también terminó sumándose a Rusia Unida en 2001. A pesar de esto, el caso demuestra que no es del todo cierto que, como dice Piotr Pánov, mientras el PCFR "tiende a dar la impresión de guiarse por la ideología", el LDPR utiliza únicamente "tácticas cínicas",[129] pues, como se ha demostrado, este último condujo la administración regional con estricto apego a su programa en la

única gubernatura que ha ganado,[130] algo que para los gobernadores comunistas no fue, a grandes rasgos, una prioridad ni, en su defecto, una posibilidad.

Negociar la nostalgia: el PCFR y el orden social

En lo que respecta a actividades sociales, el Partido Comunista es mucho más activo. Se trata —o trataba, hasta que Rusia Unida se convirtió en la organización política más grande del país— del partido "que parece tener los debates internos más vigorosos y un rango diverso de actividades en la escena política rusa", así como el único que se encontraba activo diariamente, es decir que organizaba al menos una actividad por día en la mayoría de las regiones.[131] Al revisar prensa y los distintos sitios web regionales o el federal del PCFR, la actividad más sobresaliente y constante es sin duda la defensa de estatuas, especialmente de Lenin, por todo el país, ya sea para evitar su remoción o para financiar su remodelación.[132] Esto se suma al ya mencionado énfasis en una nostalgia de formas o simbólica, más que de contenido, en las diversas actividades de los miembros del partido. No obstante, más allá de restauraciones nominales, simbología soviética y una que otra política pública visiblemente "comunista", el PCFR también hace un importante trabajo desde abajo en el ámbito local como "sustituto de la sociedad civil",[133] no sólo al apropiarse de formas de expresión y sentimientos colectivos, sino también como garante de la estabilidad en el nivel más bajo de las relaciones sociales.

Iván Kurilla ha explorado las actividades del PCFR en la escala más baja del orden social. El autor parte del argumento de que varias organizaciones existentes durante el socialismo fueron muy parecidas a las ONG occidentales por su intermediación entre el Estado y el individuo —a pesar de que todas eran creadas desde el poder—: los sindicatos con afiliación masiva, la Komsomol, las organizaciones de mujeres, los comités vecinales. Muchas de ellas, y ahí radica su importancia actual, continuaron existiendo tras el colapso socialista, cuando se convirtieron en asociaciones sin fines

de lucro no gubernamentales.[134] Mediante sus células territoriales, el PCFR fue capaz de penetrar en varias de ellas, en las que proveyó desde asistencia domiciliaria a pensionados hasta grupos de orientación para jóvenes, y se relacionó con las ramas regionales de la Unión de Escritores, sindicatos y demás agrupaciones que no veían con buenos ojos al gobierno federal, pues sustraía al Estado de sus anteriores funciones paternalistas.[135] El PCFR fue tan exitoso en esa tarea que se llegó a un punto en que, como en los mejores tiempos soviéticos, el límite entre las organizaciones y el partido se hizo borroso.

De ese modo, en una ciudad de 40 000 habitantes como Uriúpinsk en la región de Volgogrado, el Partido Comunista de la Federación Rusa se convirtió en un sustituto de la sociedad civil a escala, al grado de que "no se necesita ninguna otra organización" en el poblado.[136] El PCFR es el único mediador en la ciudad entre el individuo "indefenso" y el Estado "depredador"; es la institución que se encarga, a través de 40 poderosos comités vecinales, de "revisar" casa por casa viendo que no falte nada a nadie. Así describía una periodista la tarea cotidiana de Yevguenia Ívlieva, líder de uno de los comités:

Cada mañana Yevguenia inspecciona su vecindario y dirige a la gente para que limpie. Dos o tres veces por semana visita a sus vecinos y, aun si es despertada a medianoche, sabrá quién vive dónde, qué problemas tienen, y cuál de los visitantes parece sospechoso. Como acto de justicia pacífica dirime controversias entre los vecinos, y escribe recomendaciones y certificaciones para ellos.[137]

No es de extrañar que el entonces alcalde de Uriúpinsk, Valeri Sushkó, aplaudiera los resultados de dicho orden pagando en regla a los comités vecinales —al mismo tiempo que debía su paga a varios pensionados—, ni que las organizaciones de Uriúpinsk apoyasen abrumadoramente con votos al Partido Comunista. La negociación política en el nivel más bajo, según la descripción de otro periodista, se daba de esta forma:

El alcalde […] decidió poner algunos parterres en Uriúpinsk. "¡La ciudad sería más bonita! ¡Dejemos que la gente vaya a los subbótnik!".[138] No obstante, los [activistas] públicos […] respondieron: "Está bien, plantaremos flores, pero… ¿nos daría usted dos maestros más para el kindergarten, la delimitación para construir aceras y algo de arena para los juegos infantiles…?". "Bueno", respondió el alcalde, "les daré dos maestros, y todo lo demás que quieran, e incluso crearemos un consejo ciudadano para el autogobierno. Y ustedes, a cambio, organizarán los subbotniks para plantar flores y, después, convencerán a sus vecinos de elegir a las personas indicadas en las siguientes elecciones". Los activistas públicos estuvieron de acuerdo.[139]

La influencia del PCFR sobre los comités vecinales es particular de poblados relativamente pequeños como Uriúpinsk, pues en ciudades más grandes la presencia de estas instituciones es magra y se entretejen intereses más amplios donde participan otro tipo de organizaciones, otras lógicas y órdenes. Además, el partido se beneficia cuando aquellos que no se van de la ciudad en busca de una mejor vida en un centro urbano grande se ven "obligados" a entrar en sus filas para ascender, pues les da acceso a fondos y a una carrera profesional. Crear una organización independiente en Uriúpinsk se dificulta debido a la falta de dinero o a su relativa lejanía.[140] Si en el antiguo régimen había al menos que pronunciarse "comunista" dentro del PCUS como una de varias formas de escala social,[141] en la particularidad postsoviética de Uriúpinsk poco importa el dogmatismo de los miembros del PCFR: hay objetivos personales de ascenso laboral o social mucho más relevantes y necesarios en el nuevo orden.

Tampoco es coincidencia que las regiones gobernadas por los comunistas fueran las más pacíficas de Rusia en cuanto a tasa de homicidios se refiere, mientras que las más violentas (arriba de 30 homicidios por 100 000 habitantes) fueran las que experimentaron un mayor cambio político —o sea que votaron abrumadoramente por partidos "reformistas"—. Mediante prácticas y negociaciones en la vida cotidiana como las ya mencionadas, el PCFR logró influir en

el orden social local y garantizar una estabilidad que rara vez se vio en otras regiones. La tasa de homicidios en Rusia aumentó 80% entre 1991 y 2000; no obstante, en regiones como Kursk (entre otras), gobernada por los comunistas en la segunda mitad del decenio, la tasa era menor a un homicidio por 100 000 habitantes gracias a este tipo de prácticas y negociaciones de la nostalgia poscomunista local, lo cual abona a su relevancia.[142]

Este breve paréntesis ha dejado ver, en primer lugar, las imposibilidades estructurales de la acción restauradora en buena parte de los gobiernos locales comunistas en Rusia, y en segundo, que la nostalgia por el socialismo en el país más grande del planeta rebasa al partido que supuestamente debería canalizarla de manera más clara. Hay otros actores políticos o sociales que toman partido en su configuración, y es en ese tenor que se sostiene el argumento del siguiente apartado, donde se analiza el proceso de nostalgización de la política desde arriba en Rusia.

SUBIBAJAS: "NOSTALGIZACIÓN" DE LA POLÍTICA EN RUSIA (1999-2017)

Es la hora en que el imperio se contempla

en los muchos espejos de su esplendor en vano.

RAINER MARIA RILKE, "Los zares" (fragmento)[143]

Combien rapidement et que de fois nous

changeons d'existence et de chimères!…

Nos liaisons varient: il y a toujours un temps

où nous ne possédions rien de ce que nous possédons,

un temps où nous n'avons rien de ce que nous eûmes.

L'homme n'a pas une seule et même vie;

il en a plusieurs mises bout à bout, et c'est sa misère.

FRANÇOIS-RENÉ DE CHATEAUBRIAND,

Mémoires d'outre-tombe[144]

A pesar de que se dijo —y se dice aún cada vez que los comunistas rusos pierden una elección— que tras la reelección de Yeltsin en 1996 el PCFR iría en declive, seguía siendo el partido de mayoría en la Duma, al tiempo que incrementaba su presencia regional. Tan sólo entre 1995 y 1997 el número de gobernadores comunistas pasó de tres a 19 en áreas tan distintas como Magadán, Vladímir o Cheliábinsk; como era de esperarse, las regiones más pobres elegían

a los gobernadores más radicales, pues dependían más de los subsidios del centro.[145] En las elecciones parlamentarias de diciembre de 1999, el PCFR lograría refrendar su posición como mayoría relativa en la Duma al obtener su máxima votación legislativa, con 24.2% del voto en representación proporcional (apéndice 2) y más de ocho millones de votos en distritos de mayoría, a pesar de haber perdido escaños en la Cámara baja. Por su parte, el bloque de Tiulkin y Kriúchkov recibió esta vez más de un millón de votos, que representaron poco más de 2% de la votación total. El que no corrió con suerte fue el "Bloque estalinista" de Anpílov —en el que participó el nieto de Stalin, Yevgueni Dzhugashvili—, que obtuvo 0.67% del voto y ningún escaño.

El enorme voto comunista se debió sin duda al colapso del rublo en 1998, el año más difícil para la economía rusa. Esto permitiría ver que el curso capitalista radical que Rusia estaba tomando debía ser compensado con una participación más activa del Estado, pero también que el PCFR y el LDPR ya no eran los únicos partidos que basaban sus campañas en esta premisa "populista". Al mismo tiempo, el PCFR echó mano de un mayor pragmatismo, lo que atrajo votos no comunistas: se hablaba ya no de la restauración de la URSS, sino de la creación de una "Unión Eslava", e incluso propuso defender los derechos de propiedad de inversionistas y de pequeñas y medianas empresas —lo cual desentonaba con el llamado a una "coalición anti Hitler" días antes de la elección y con el elogio desmedido hacia Stalin—.[146] Asimismo, la victoria se explica porque el partido había tenido mayor acceso a medios, particularmente en las regiones donde tenía gobernadores, mientras que el Kremlin había enfocado sus ataques mediáticos en otros rivales potenciales por su popularidad, como el nonato partido "Patria" (Otéchestvo) de Yuri Luzhkov, alcalde de Moscú, y Yevgueni Primakov, ex primer ministro y la figura pública más popular del país para 1998 y la primera mitad de 1999.

Con todo, la victoria comunista también sorprendió, pues el contexto era radicalmente distinto al de 1995: se trataba de la antesala a una nueva elección presidencial en la que Yeltsin ya no podría participar por ley, por lo que habían surgido en ese año dos fuerzas políticas de considerable arrastre. Una fue Patria, de

tendencia centroizquierdista, y la segunda fue Unidad (Yedinstvo), un partido centrista creado desde el Kremlin con el propósito específico ya no de proveer una base legislativa al Ejecutivo —como había sido el caso de La Elección de Rusia en 1993 y de Nuestro Hogar es Rusia en 1995—, sino de atraer los votos potenciales de Patria. En suma, Unidad era una táctica con miras a la elección presidencial y no un proyecto legislativo como sus predecesores, [147] a pesar de lo cual obtuvo la primera minoría en 1999 con 23.3% del voto, apenas por debajo de los comunistas, mientras que Patria obtuvo un lejano tercer lugar con 13.3% (apéndice 2). Estos dos nuevos partidos se alzarán en 1999 como los más grandes competidores del PCFR, y lograrán quitarle la estafeta de mayoría legislativa cuando se fusionen en 2001 para crear Rusia Unida, el único partido en la vida independiente del país que logrará mayoría absoluta en la Duma a partir de 2003 (apéndice 3.4).[148] No sólo eso: Rusia Unida se apropiará de varios elementos que el PCFR y otros partidos impulsaban en sus programas, con lo cual neutralizará prácticamente a toda oposición y buscará monopolizar, entre muchas otras tendencias sociopolíticas, la nostalgia por el socialismo en el país.

El éxito de Unidad en 1999 recayó en la figura del nuevo primer ministro, Vladímir Putin, designado por Yeltsin en agosto de ese año por ser el hombre de mejores resultados en el gabinete como director del FSB. Pronto el nuevo jefe de gobierno se hizo muy popular al decidirse a contrarrestar una invasión de extremistas islámicos en Daguestán, seguida de explosiones en departamentos que dejaron varias personas muertas en diversas ciudades rusas. La implicación era obvia: la siguiente víctima podía ser cualquier ciudadano común.[149] Tras la sorpresiva renuncia de Yeltsin el 31 de diciembre de 1999, Putin quedaba no sólo como presidente interino sino también como comandante de las Fuerzas Armadas, ungido de esa manera como candidato a la presidencia que ya ostentaba de forma interina.[150] Putin llegaba a la escena política con una característica que lo diferenciaba de su predecesor en cuanto a la relación con la oposición: durante su primera campaña presidencial jamás recurrió a eslóganes anticomunistas, limitándose a sugerir que el PCFR se convirtiera en un partido de izquierda "del tipo europeo",[151] declaración bastante ingeniosa con la que el presidente "quedaba bien" fuera de Rusia, pero hacia dentro dejaba

ver que entendía perfectamente que el PCFR no lograría amasar tantos votos de convertirse en un partido socialdemócrata, como ya se argumentó. Asimismo, Putin echó mano del patriotismo como no se había hecho antes de forma oficial, con lo que privó a Ziugánov de esa carta.[152] A principios de 2000 Putin se encontraba muy por encima del líder comunista en intención de voto, y al final logró 53.4% frente a 29.5% de Ziugánov en la elección presidencial (apéndice 2). Con todo, el PCFR, que jamás pensó obtener números tan considerables (casi 22 millones de votos), seguía ostentando la mayoría legislativa y había mejorado sus números en varias regiones.[153]

El subibaja de la ambigüedad

Apenas iniciaron las actividades de la nueva Duma en diciembre de 1999, Unidad y el PCFR lograron un acuerdo para la distribución de comisiones legislativas exclusivamente entre ambos, y comenzaron a "coquetear" en varios rubros, dejando ver la nueva tendencia "patriótica" del Kremlin, que hacía a un lado el liberalismo (el político, mas no el económico) y se enfocaba en lograr alguna mayoría legislativa para llevar a cabo su programa. Ya como presidente, por ejemplo, Putin lograría que su primer ministro, Mijaíl Kasiánov, fuera aprobado por un récord de 325 votos a favor con el visto bueno del PCFR, o que prácticamente todas las facciones, salvo los liberales, aprobaran la restauración del himno soviético. No obstante, los comunistas se opusieron en todo momento a temas como el diseño del presupuesto federal o a la propuesta de privatización de tierras no agrícolas.[154] En la III Duma (1999-2003) el porcentaje de apoyo del PCFR a las iniciativas presidenciales fue de 27.2%, mientras que el de partidos como Unidad, el LDPR o Patria rebasaba 80%.[155] Esta creciente oposición del PCFR, a pesar de su alianza pragmática con Unidad, fue uno de los motivos por los que este último y Putin buscaron una alternativa en la centroizquierda para conseguir mayoría, algo que encontraron en su antiguo rival, Patria, con el que negociaron para cooptar su militancia y dar paso así a un solo partido de poder, Rusia Unida, precisamente con el fin de "evitar futuros Patrias".

[156]

Tras la fundación en 2001 de Rusia Unida y su posicionamiento como nueva mayoría a partir de 2003 (apéndice 3.3), el PCFR se hizo “a la izquierda” conforme avanzaba la presidencia de Putin, lo cual era de esperarse, pues éste “había robado varios de los eslóganes del ‘patriotismo estatista’ del PCFR”.[157] Así, se buscó poner el énfasis en asuntos concretos, en demostrar desde abajo que el partido se preocupaba por las personas, que buscaba “ser necesario para la gente en sus acciones, problemas y tareas cotidianas”,[158] así como buscar el apoyo de los sindicatos. Y es que la anfibología de Putin y su nuevo partido era demasiada competencia para la del PCFR. Desde 2000 el nuevo presidente había sintetizado en una frase reveladora el cariz que tomaría el simbolismo de su administración: “Quien se vanaglorie de la caída de la Unión Soviética no tiene corazón; quien quiera restaurarla no tiene cabeza”.[159]

Una vez cooptada Patria e integrada en un nuevo partido de poder, Putin comenzó a ser “implacable” contras los comunistas, pues eran sus rivales ideológicos más próximos, a pesar de las ambigüedades de cada parte, y conforme construía un régimen autoritario en el país, el partido que más sufrió los efectos de esta conformación fue nada menos que el Comunista, al que “más se ha buscado destruir” desde el poder, lo que refleja su preeminencia como la principal oposición al Kremlin. Esto se palpa no sólo en la ya mencionada creación de Ródina y Rusia Justa para drenar votos al comunismo, ni en el uso de Zhirinovski como elemento cizañero que pudiera atraer votos al LDPR mediante su retórica estatista —efecto logrado con el “ultracomunista” Víktor Anpílov, quien apoyó a Zhirinovski en la elección presidencial de 2012—. Un ejemplo concreto de esta “caza de brujas” comunistas vino en 2009, cuando se buscó a toda costa que los candidatos comunistas en elecciones regionales no pudieran hablar en público, e incluso la Comisión de Elecciones argumentó por razones burocráticas que no podía recibir la candidatura de varios miembros del PCFR.[160] No era coincidencia: en ese año vino la primera recesión de la economía rusa desde 1998, que puso en aprietos al oficialismo.

Asimismo, la cooptación que hizo Putin de antiguos rivales

potenciales, sumada a la confirmación de que los visos nostálgicos de ciertos actores políticos —o, mejor dicho, el capital político que se encontró en las acciones "nostálgicas"— comenzaban a girar casi exclusivamente en torno a la figura presidencial y ya no en torno al PCFR, fue evidente en septiembre de 2002, cuando Yuri Luzhkov, alcalde de Moscú y antiguo rival político de Putin, sugirió a éste restaurar de una vez por todas la estatua de Dzerzhinski en Lubianka —iniciativa del PCFR, apoyada por el LDPR—. Luzhkov notó, y notó bien, que el presidente ponía un énfasis en la simbología política,[161] en el uso político de los "significantes flotantes" en la sociedad.[162] Con esto Luzhkov, que podría haber negociado la restauración de la estatua con las fracciones del LDPR y PCFR en la Duma moscovita, prefirió llamar la atención de Putin usando la figura del fundador de la policía soviética a su favor, lo que da a entender que el nuevo presidente, a diferencia de Yeltsin, toleraba —e incluso fomentaba— acciones restaurativas de "lo soviético".

Según Moonyoung Lee, la "mitología de la nueva identidad rusa" es "constantemente diseminada y estimulada por el régimen de Putin, que reconcilia la cultura capitalista global y la tradición socialista e invoca los valores culturales del pasado ruso en el presente. Por supuesto, es imposible negar la existencia de un entorno social que responde a este discurso político construido",[163] lo que resalta la complementariedad entre un discurso nostálgico desde arriba y una aceptación y legitimidad del mismo desde abajo. El éxito de esta política simbólica oficial se ha reflejado en que "el matrimonio entre las identidades rusa y soviética ha sido tan intensamente propagado en la Rusia de Putin que incluso una nueva generación de ciudadanos [jóvenes] encuentra difícil divorciar la identificación de Rusia con la supuesta grandeza de la Unión Soviética".[164]

Iliá Kalinin argumenta que a partir de 2000 se observa una política cuidadosamente diseñada desde la presidencia para restaurar ciertas formas y símbolos de "lo soviético" o, incluso, para "normalizar" algunas de las páginas más crueles de la historia soviética. Sus cuatro pilares son la conservación, restauración, reanimación y reactualización de elementos pasados, es decir, la inyección de una carga de simbolismo soviético en un lenguaje político neutral de historia y cultura comunes entre Rusia y la URSS. Su principal

característica no es la restauración per se, sino la neutralización de ese pasado, con la cual queda desideologizado, deja de ser opción política y se vuelve la base de un nuevo consenso social.[165] La evidente implicación política tanto de esa neutralización oficial de "lo soviético" como del desarrollo del sistema de partidos durante la década de 2000 —resumida en la consolidación de un partido hegemónico en un régimen autoritario a partir de 2003— fue que los comunistas empezaron a perder terreno ante esta nostalgia oficial. De igual forma, el repunte económico del país a partir de 1999-2000, basado en el aumento sostenido de precios de petróleo y gas, dejaría poco a poco al PCFR sin una variable económica que explotar. Así, parecía natural pensar que la nostalgia, tan cargada de un componente económico de bienestar, también iría en picada. Sin embargo, curiosamente, ocurrió el fenómeno contrario: "De algún modo el progreso no curó la nostalgia sino que la exacerbó".[166]

En 1994 el porcentaje de rusos que deseaban un regreso al sistema comunista era de 27%, pero para 2001 había llegado a 47%, mientras que en 2006 el número se mantenía aún en 36%,[167] números entendibles si se revisan las expectativas de cada momento histórico. No obstante, otra encuesta en 2005 registraba que 70% de los rusos evaluaba positivamente el antiguo régimen y más de la mitad declaraba que "sería mejor si estuviéramos como antes de 1985".[168] Para 2009 —año de la primera recesión desde 1998 y uno después del cenit de la economía rusa y la popularidad de Putin (2008)—,[169] el Centro Levada registraba que 60% de los encuestados expresaba nostalgia por la URSS.[170] Esta tendencia a la alza de manifestaciones nostálgicas en el periodo putinista puede deberse menos a la mala experiencia socioeconómica de los noventa que a la reproducción de esa nostalgia desde el poder mismo; es decir, uno de los efectos de la política oficial de neutralización selectiva del pasado soviético fue que la gente ya no tenía ningún viso de la vergüenza mencionada en el capítulo ii para declararse abiertamente nostálgico, pues el mismo gobierno así se reconocía.

Al mismo tiempo —y esto es sin duda lo más interesante—, las encuestas revelaban un sentimiento generalizado de irreversibilidad: para la gente común el regreso del socialismo podía ser relativamente deseable, pero era prácticamente inviable. De los

encuestados en 2005, 83% lo veía como algo imposible, mientras que 16% lo consideraba una probabilidad.[171] Cabe destacar que el número de quienes evalúan positivamente el antiguo régimen es mayor que el número de personas que desean una restauración del socialismo y aún mayor que el de quienes piensan que puede lograrse: esta tensión entre el anhelo de un retorno, la aceptación de su imposibilidad y el rechazo abierto a una restauración a pesar de que uno pueda ser nostálgico se debe, quizá, a que no se desea volver a vivir un cambio político radical dada la experiencia del antes y después de 1991. Para un estudiante universitario esta dualidad entre anhelo y desesperanza era el rasgo definitorio de la "persona postsoviética": "[es] la parte más amplia de la población rusa: soñando con los viejos tiempos y al mismo tiempo sabiendo que no habrá regreso al pasado".[172] No era coincidencia, pues, que el único partido que combinaba, en la mayor de las anfibologías ideológicas, una política oficial cargada de simbología nostálgica con un impulso cotidiano a la continuidad del nuevo régimen —Rusia Unida— fuera el más votado desde su fundación en diciembre de 2001 hasta la fecha; el partido es la materialización y síntesis de un limbo difuso entre pasado, presente y futuro.

El nuevo partido del poder había logrado desideologizar el contexto político al tomar elementos de los partidos convencionales, dejándolos en un desnudo ideológico: de Yábloko absorbió su "liberalismo social" y su estatus promercado, del LDPR su retórica nacionalista agresiva —ejemplificada en los discursos bélicos de Putin sobre Chechenia—[173] y su estatismo, mientras que del PCFR drenó la nostalgia poscomunista, el patriotismo y el uso de simbología soviética, así como buena parte de su estructura territorial. Por ello, no sería sorpresa que, en las elecciones parlamentarias de 2003, Rusia Unida obtuviera 37.6% del voto plurinominal, con 22 millones de sufragios, frente a 12.6% del PCFR (menos de ocho millones de votos; apéndice 2), su más cercano competidor. Cabe recordar que la creación del partido socialdemócrata Ródina desde el poder en ese año logró que varios votos de izquierda fueran sustraídos a los comunistas, sin duda el rival más fuerte para el Kremlin, aunque para algunos autores esta explicación no es convincente, pues Ródina ganó en zonas urbanas y no en áreas rurales, las cuales suelen concentrar el voto duro comunista.[174] El hecho es que el apoyo al PCFR había caído en

absolutamente todos los distritos electorales al atraer esta vez sólo a uno de cada ocho votantes, vacío que fue llenado abrumadoramente por Rusia Unida.[175]

Y, en efecto, el Partido Comunista iría en declive durante la década, síntoma de que el Kremlin le había arrebatado el discurso nostálgico. En 2004 tuvo su escisión más fuerte: disidentes que criticaban a Ziugánov por los pobres resultados de 2003 decidieron crear un congreso alterno encabezado por Vladímir Tíjonov, gobernador de Ivánovo, quien fue incluso contactado por Putin para "encontrar coincidencias".[176] Esto, sumado a la campaña mediática organizada desde el poder en contra de todos los partidos de oposición —la mayoría de los cuales había sido apoyada por el magnate Mijaíl Jodorkovski, arrestado en 2003—, dio como resultado que en 2004 Ziugánov cediera la candidatura a la presidencia a Nikolái Jaritónov, miembro del Partido Agrario, para aplacar el descontento intrapartidista.[177] Sin embargo, la corriente de Tíjonov creó su propia organización en 2004, el Partido Comunista Panruso del Futuro,[178] aunque la mayoría de sus miembros regresaría al PCFR un año después, al ver que el partido de Tíjonov tenía todo menos futuro.

No obstante, en estos años el Partido Comunista de la Federación Rusa jamás dejó de ser la primera minoría en la Duma, pese a sus magros números, y se empezó a comportar cada vez más como una oposición leal al régimen constitucional y la más crítica—por no decir casi la única— hacia Putin.[179] También, como ya se dijo, fue perdiendo a sus gobernadores uno por uno a partir de la cooptación y coerción que de ellos hizo Rusia Unida. Ziugánov permaneció en la dirigencia y sería de nueva cuenta candidato a la presidencia, prácticamente sin cambios considerables en el programa. Fue hasta 2011 cuando el PCFR tuvo un considerable repunte electoral, lo que se explica de nueva cuenta por la variable económica: entre 2008 y 2010 Rusia fue presa de la recesión internacional y, a pesar de que la recuperación fue relativamente rápida durante la presidencia de Dmitri Medvédev (2008-2012), el Kremlin perdió votos al grado de que, por primera vez en 10 años, la mayoría del electorado votó por la oposición, pues Rusia Unida obtuvo únicamente 49% de la votación legislativa en 2011 (apéndice 2). No obstante, esto le alcanzó para constituirse en

mayoría absoluta en la Duma (apéndice 3.6), aunque perdió los dos tercios necesarios para hacer cambios constitucionales. El PCFR, como principal beneficiario en la oposición, obtuvo más de 19% del voto en 2011, en unas elecciones marcadas por protestas masivas en Moscú en contra de Rusia Unida y un supuesto fraude electoral. El partido buscó colgarse del "boom" mediático internacional que éstas ocasionaron: los representantes comunistas en los templetes clandestinos, al tiempo que demandaban "elecciones libres y justas", invitaban a "restaurar el poder soviético" ante un abucheo generalizado, principalmente de personas jóvenes con tendencias liberales, protagonistas de aquellas manifestaciones.[180] A pesar de estas acciones, el PCFR sigue siendo, hasta la fecha, el máximo beneficiario del voto de protesta en Rusia.[181]

Choque de nostalgias: el hombre que camina por la ciudad

Los ejemplos del proceso por el cual Rusia Unida o el "putinismo" se apropian de la nostalgia poscomunista sobran. Algunos ya fueron mencionados: la restauración del himno soviético, la reproducción de un fragmento de su texto original en el que se menciona a Stalin en la estación Kúrskaya del metro moscovita, además de la colocación, por parte del mismo Putin, de una placa en el Kremlin en la que se honra a Stalin por la victoria en 1945, acompañada de una orden al Banco Central de imprimir monedas con la imagen del líder soviético y la erección de un busto suyo en el Parque de la Victoria de Moscú, todo ello tan sólo en el año 2000.[182]

Más allá del anecdotario, quisiera mostrar, por medio de un nuevo ejemplo empírico, la forma en que Rusia Unida hurta —literalmente —, negocia y reproduce la nostalgia a partir de 2002, pasando inexorablemente por sus autoridades gubernamentales, y cómo los miembros de este partido, empezando por el presidente del país, se apropian de elementos nostálgicos para conseguir una legitimación en los recovecos más diminutos del orden social, sin importar en qué actor —partido político, líder regional, "sociedad civil"— se origine la iniciativa nostálgica.

El ejemplo descrito a continuación habla de la nostalgia por la época del líder soviético Leonid Brézhnev (1964-1982), la cual, curiosamente, es vista en la historia de Rusia por la academia occidental como un periodo de "estagnación" o "declive económico", sobre todo desde que Gorbachov la describió así en cuanto subió al poder en 1985. No obstante, para los rusos en general se trató de una época dorada que terminó precisamente cuando iniciaron las reformas liberalizadoras y democráticas de Gorbachov: en 1999, 51% de los rusos decía que ésa había sido la mejor época para vivir.[183] De hecho, en 2013 una encuesta del Centro Levada dejó ver que, para los rusos, Brézhnev fue "el mejor líder soviético del siglo XX", apenas por arriba de Lenin y Stalin,[184] ejercicio que quizá revela más sobre la edad de los encuestados y su nostalgia directa e inmediata de ese tiempo, que sobre sus orientaciones políticas y conocimiento histórico profundo.

Lo que ocurre en la ciudad portuaria de Novorosiisk es un claro ejemplo de lo anterior. Ésta se ubica en la costa rusa que se extiende por el mar Negro y se trata de un importante puerto comercial y petrolero. Novorosiisk cuenta con apenas un cuarto de millón de habitantes y tiene una importante posición estratégica, al grado de haber sido ocupada en 1942 por el ejército alemán. Novorosiisk es una de las poblaciones que ostentan el título de "ciudad heroica" de la Segunda Guerra Mundial. El título fue conferido por Brézhnev en 1973 por una mera coincidencia —y conveniencia— política: el líder soviético participó en su liberación en 1943, en la batalla de Málaia Zemliá.[185] Gracias a su designación como "ciudad heroica" en virtud de este vínculo directo con Brézhnev, el dirigente fue recibido como una celebridad en Novorosiisk en septiembre de 1974. Esta visita es sin duda el evento más explotado públicamente al día de hoy en ese puerto, y la reconfiguración de su memoria histórica gira en torno al secretario general del PCUS, personaje tremendamente popular en Novorossiisk.[186]

En 2004 un diputado comunista de la Duma de Krasnodar —región a la cual pertenece el puerto—, Dmitri Shíshov, propuso una iniciativa para erigir una estatua al líder soviético en el centro de la ciudad, con el fin de capitalizar su imagen. Además del PCFR, el partido que apoyó y aprobó abrumadoramente su instauración fue

Rusia Unida, y sería de hecho el alcalde del puerto, Vladímir Siniagovski —miembro y líder local de este partido—, quien mejor aprovecharía la imagen de Brézhnev: la develación de la estatua, ubicada en el centro de la ciudad, se llevó a cabo el 16 de septiembre de 2004, exactamente en el día en que fue liberada 61 años antes. La efigie mostraba a un vigoroso Brézhnev vestido como civil, saco a la espalda, bonachón, caminando por la calle. El mensaje era claro: Brézhnev era un hombre común, "uno de nosotros"; el título de la estatua, de hecho, era "El hombre que camina por la ciudad". En 2007, en el 101º aniversario de su natalicio, los periódicos locales, como Novorossiiskii Rabochii, se vendían como pan caliente al reproducir la entrevista de un empleado del hotel Brigantina que había aseado el cuarto donde permaneció Brézhnev en 1974 y lo había visto salir del edificio "con sus propios ojos".[187] De esta manera, se "recordaba" a los habitantes del puerto el lazo especial que tenían con el líder,[188] al tiempo que Rusia Unida reproducía esa nostalgia no bajo sus propios términos, como hacen por ejemplo los dirigentes centroasiáticos mencionados en el capítulo anterior al inyectar un enorme toque nacionalista que pasa por ciertas figuras concretas, sino en los mismos términos en que el partido la recibe. No es más que una apropiación y su posterior reproducción, sin transformar absolutamente nada: nostalgia en estado prístino.

El problema vino en 2009, cuando el mismo alcalde Siniagovski, sumido en las ambigüedades ideológicas de su partido, propuso cambiar a Brézhnev de su sitio en el centro de Novorossiisk a una zona periférica de la ciudad, dado que un año antes se había erigido detrás de él un monumento a la efímera República de Novorossiisk de 1905,[189] reflejo de la yuxtaposición de nostalgias tan característica de Rusia Unida. La reacción ciudadana fue de tal magnitud que el alcalde tuvo que prometer que Brézhnev "no terminaría en un patio trasero", e incluso un internauta del portal local de Internet nrnews.ru comentó el suceso como si del Apocalipsis se tratase: "Estos tiempos son confusos, inestables. Para dar un ejemplo: estamos a punto de mover la estatua de L. I. Brézhnev".[190] Novorossiiskii Rabochii llamaba incluso a "hacer la guerra" por Brézhnev como éste lo había hecho por la ciudad en 1943, y daba cuenta de la indignación en voz de una mujer adulta:

¿Por qué no deben mover la estatua? Porque es el monumento a un frontóvik[191] que peleó por la ciudad. ¿O estamos de acuerdo con que los fascistas estonios y letones estén sembrando laureles al desatar una guerra contra los memoriales soviéticos?[192] Yo siempre traigo flores al monumento de Leoníd Ilich [Brézhnev] y me entristece cuando sólo hay algunas cuantas sobre el plinto. Si la gente ordinaria estuviera un poquito mejor [económicamente], ¡estoy convencida de que el monumento estaría inundado por flores! Brézhnev luchó por la ciudad e hizo mucho por Novorossiisk en [la década de] los 1970 cuando era jefe de Estado. ¡Creo que […] Brézhnev debe estar ahí siempre![193]

Fue hasta que se decidió remover la estatua cuando la rama local del PCFR realizó mítines para defenderla e intentar así reapropiarse del capital que había perdido literalmente por un arrebato; es decir, hasta que la rama local de Rusia Unida, encarnada en el alcalde Siniagovski, introdujo en el espacio público un elemento que competía con Brézhnev en lo nuestro, o sea en el terreno de lo que verdaderamente pertenece a la identidad de la ciudad. Si bien el monumento a la República de Novorossiisk de 1905 no suponía una nostalgia directa como sí lo hacía la estatua del líder soviético, aquél chocaba con ésta en un mismo espacio público y ambos se disputaban quién era más endémico del puerto. Esto era algo que Rusia Unida, en su yuxtaposición de ideologías y nostalgias, no podía permitirse: tenía que dar cabida a ambos, pero por separado, sin confundir a la ciudadanía. Al final, el monumento a la República —la cual, al contrario de Brézhnev, sí era endémica de Novorossiisk — tuvo prioridad sobre la estatua del líder soviético. El PCFR podía concentrarse así en una sola nostalgia, la directa (Brézhnev), mientras que el acto público evidenciaba el abanico abigarrado de memorias y nostalgias que Rusia Unida fomentaba, pero también la forma en que debía quedar bien con todas ellas. De esa forma, ante la indignación y presión sociales, el alcalde Siniagovski dio en realidad una cátedra de decisión política: Brézhnev permanecería en el centro de la ciudad, pero no en la plaza principal, sino unos metros más allá, viendo hacia el horizonte y la lejana curvatura del

mar Negro. Novorossiiskii Rabochii no lo podía haber descrito mejor: mirando hacia el mar, el "secretario general ahora sería capaz de 'ver' cómo se desarrollarían el puerto y la ciudad, por los que tanto había hecho".[194]

¶

A modo de conclusión, no quisiera seguir repitiendo incansablemente la preponderancia de que goza la nostalgia por el socialismo en Rusia desde hace más de 25 años, pues me parece evidente: se trata de la práctica cultural más importante de la Rusia postsoviética.[195] Quisiera, más bien, invitar a una reflexión que deje de lado los convencionalismos polarizados entre "democracia" y "totalitarismo", a un ejercicio de registros empíricos; ver qué se dice, quién lo dice, por qué y qué efecto tiene en la sociedad. No sería muy desatinado aseverar que la abrumadora mayoría de la literatura sobre el sistema político ruso en Occidente —e incluso sobre la nostalgia— se basa en premisas construidas previamente, síntoma de la "transitología" cuyos estadios teleológicos muy rara vez se cumplen. En la Rusia democrática y de libre mercado de la década de 1990, había maestros que se desmayaban de hambre frente a sus alumnos mientras el Banco Mundial declaraba a Rusia un "caso de éxito" económico.[196] Hay que entender que la nostalgia no surge de la nada. Es un fenómeno real, tangible y entendible.

Termino citando un par de textos al respecto para dar paso al último capítulo, donde se analizará la nostalgia por el socialismo en Rusia desde el orden social, en "esos terrenos poco vigilados de la sociedad, entre personas unidas casi exclusivamente por la complicidad de las experiencias comunes".[197]

Vistos en conjunto, los aspectos espaciales característicos de la geografía social de Rusia —un espacio transcontinental inmenso, con distancias enormes desde y entre grandes ciudades, baja

densidad de población, la severidad y ferocidad de la naturaleza, una "poliperiferia" vasta y multiétnica, la dislocación entre el grueso de la población en la Rusia europea contra el grueso de los valiosos recursos en la Rusia asiática, así como los obstáculos que representa el flujo de sur a norte de los principales ríos siberianos—se mezclan para crear un entorno sociogeográfico fundamentalmente resistente a la gobernabilidad. Este entorno hace a los modelos occidentales de desarrollo económico, político y administrativo difíciles de aplicar.[198]

O, como decía el marqués Astolphe de Custine luego de su viaje a Rusia en 1839:

Al entrar en el país de los rusos, se ve de inmediato que el orden social como ellos lo han dispuesto sirve sólo para ellos. Se debe ser ruso para vivir en Rusia, aunque en la superficie todo procede como en todos lados. La diferencia está en lo fundamental.[199]

NOTAS AL PIE

[1] ("Izgnanie iz Edema: izpoved yevreya"), Novyi Mir, 1 (1994), p. 104. Agradezco la ayuda de Alyona But con la traducción de este párrafo y sus metáforas.

[2] El libro de las imágenes, pp. 155-157. Cursivas en el original.

[3] En la eliminatoria de la Copa del Mundo de Francia 98, los jugadores de la selección rusa de futbol insistieron en que no habían logrado llegar al torneo, no por el gol de Pierluigi Casiraghi al minuto 53 en el repechaje contra Italia, sino por la carencia de

patriotismo en el himno nacional (Marina Frolova-Walker, “Music of the soul?”, en Simon Franklin y Emma Widdis (eds.), National identity in Russian culture: an introduction, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 116). De igual manera, los jugadores del club de futbol Spartak de Moscú expresaron en el año 2000 que la música del himno era poco apropiada, “afectando su moral y desempeño” en la cancha, a pesar de haber ganado la liga rusa en aquella temporada (“Duma approves old Soviet anthem”, CNN, 8 de diciembre de 2000; http://archives.cnn.com/2000/WORLD/europe/12/08/russia.anthem). Incluso Yelena Muzúlina, diputada del partido liberal Yábloko, dijo que la melodía era “difícil aun para su simple reproducción” (cit. en Daria Korsúnskaya, “S guímnom vas, dorogíe továrischi!” [“¡Feliz himno, estimados camaradas!”], Vremya-MN, 11 de marzo de 1999; cit. en Sergei Oushakine, “Third Europe-Asia lecture. In the state of post-Soviet aphasia: symbolic development in contemporary Russia”, Europe-Asia Studies, vol. 52, núm. 6 (2000), p. 997).

[4] Cit. en Robert Service, Russia: experiment with a people, Londres, MacMillan, 2003, p. 195.

[5] Cit. en John Round, “Marginalized for a lifetime? The everyday experiences of Gulag survivors in post-Soviet Magadan”, Geografiska Annaler: Series B, Human Geography, vol. 88, núm. 1 (2006), p. 19.

[6] Sotsiálnoye polozhéniye i uroven zhizni naselenya Rossii [“Condición social y nivel de vida de la población de Rusia”], Moscú, Goskomstat, 1997, p. 10; cit. en Allen C. Lynch, How Russia is not ruled. Reflections on Russian political development, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 51. Según John Round y Colin Williams, la expectativa de vida masculina cayó de 61 años a fines de la década de 1980 a 58 en 1993, el récord más estrepitoso de una caída demográfica en el hemisferio norte fuera de tiempos de guerra (“Coping with the social costs of ‘transition’:

everyday life in post-Soviet Russia and Ukraine", European Urban and Regional Studies, vol. 17, núm. 2 (2010), p. 184).

[7] Piers Vitebsky, "Withdrawing from the land. Social and spiritual crisis in the indigenous Russian Arctic", en Chris M. Hann (ed.), op. cit., p. 181.

[8] Loc. cit. Véase también Nancy Ries, Russian talk. Culture and conversation during Perestroika, Ithaca, Cornell University Press, 1997.

[9] Hannes Adomeit, "Russia as a 'great power' in world affairs: images and reality", International Affairs, vol. 71, núm. 1 (1995), pp. 54 y 64. En febrero de 1992, 52% de los rusos pensaba que era preferible una economía de mercado frente a 27% que prefería una economía planificada; no obstante, para marzo de 1993 los números se habían revertido a 33 y 35%, respectivamente (Archie Brown, "The Russian transition in comparative and Russian perspective", Social Research, vol. 63, núm. 2 (1996), p. 413).

[10] Vladímir V. Putin, "Mensaje anual a la Asamblea General de la Federación Rusa", 25 de abril de 2005; http://archive.kremlin.ru/eng/speeches/2005/04/25/2031_type70029type82912_87086.shtml.

[11] Entre 1953 y 1977 el himno nacional de Rumanía fue Te slăvim, România ("Te glorificamos, Rumanía"), que mencionaba la amistad con la Unión Soviética y glorificaba el leninismo. En 1977 y hasta 1990 fue sustituido por Trei culori ("Tres colores"), de carácter nacionalista y que ya no hacía mención de la ideología socialista. Éste fue remplazado en 1990 por Deșteaptă-te, române! ("¡Despiértate, rumano!"), escrito en 1848 por Andrei Mureșanu y

que perdura hasta hoy.

[12] Una encuesta realizada por el Centro Panruso de Estudios de la Opinión Pública (VTSIOM) en 2009 reveló que 56% de los encuestados sentía orgullo al escuchar el restaurado himno nacional, a pesar de que sólo 39% podía recordar la primera estrofa ("Tret rossián ne znáyut, kak nachináyetsya guimn Rossii" ["Un tercio de los rusos no sabe cómo empieza el himno de Rusia"], RBC, 20 de agosto de 2009; http://top.rbc.ru/society/20/08/2009/323360.shtml).

[13] El texto, grabado en letras de oro, reza: "Nos crio Stalin para ser leales al pueblo, al trabajo y a las proezas nos inspiró". Había sido originalmente colocado en la rotonda a la entrada de la estación desde la apertura de ésta en 1950 hasta su remoción en 1961, como parte del proceso de desestalinización. En la estación Park Kultury de la línea roja también se encuentra grabado en letras de oro el nombre de Stalin.

[14] Rainer Matos Franco, "Añorando el comunismo", Nexos, núm. 434, febrero de 2014, pp. 26-31; http://www.nexos.com.mx/?p=18364.

[15] Op. cit., p. 88.

[16] La presidencia de Rusia argumentaba que el Partido había sido un órgano del Estado, por lo que el presidente tenía autoridad para disolverlo, y no un partido político común y corriente cuya suerte correspondería a los tribunales (Richard Sakwa, Russian politics and society, 4ª ed., Londres, Routledge, 2008, p. 135).

[17] Luke March, “The contemporary Russian left after communism: into the dustbin of history?”, Journal of Communist Studies and Transition Politics, vol. 22, núm. 4 (2006), p. 439.

[18] En 2008 el Partido Agrario apoyó a Dmitri Medvédev como candidato a la presidencia y se fusionó, en el mismo año, con el entonces partido hegemónico, Rusia Unida.

[19] Existe también otro “Partido Comunista de la Unión Soviética”, a secas, fundado en 1992 por Serguéi Skvortsov y que difícilmente opera, aunque así lo diga su líder, “en aproximadamente la mitad de las antiguas repúblicas soviéticas” (Serguéi Skvortsov, Discurso en la sesión plenaria de la XXVII Convención Nacional del Partido Comunista de los Estados Unidos de América, julio de 2005; http://www.kpss.org/d_04.htm).

[20] Para Marilyn Ivy, en Japón se observa constantemente una “reconfirmación” de un sentimiento de continuidad con un pasado que se encuentra en todas las generaciones, la cual no sería necesaria, dice, si la pérdida misma de las identidades pasadas no estuviera en riesgo (Discourses of the vanishing…, p. 10). En la URSS lo que ocurrió con la fundación del reaccionario Partido Comunista de la RSFSR fue que nunca antes, por decisión oficial, se había dado un partido comunista “ruso”, es decir, nacional, y menos uno que buscara preservar la forma comunista “tradicional” sin caer en cuenta de que se le estaba añadiendo un elemento “nuevo” (el nacionalismo) al sistema que irónicamente se buscaba mantener.

[21] Luke March, The Communist Party in post-Soviet Russia, Manchester, Manchester University Press, 2002, p. 26.

[22] John Dunlop, “Russia: in search of an identity?”, en I.

Bremmer y R. Taras (eds.), op. cit., p. 29. Serbia, por ejemplo, sí tenía las mismas instituciones que el resto de las repúblicas que conformaban la República Socialista Federal de Yugoslavia, con lo que a la muerte de Tito la negociación interrepublicana se hizo de forma horizontal hasta el ascenso de Milošević al poder en Serbia en 1989. En Checoslovaquia, como en la URSS, no había un partido comunista checo, pero sí uno eslovaco. De cada caso derivó una forma particular de nacionalismo (V. Bunce, Subversive institutions…, especialmente las pp. 102-117). Para el caso checoslovaco véase Geoffrey Evans y Stephen Whitefield, "The structuring of political cleavages in post-communist societies: the case of the Czech Republic and Slovakia", Political Studies, XLVI (1998), pp. 115-139.

[23] Mark Bassin y Catriona Kelly, "Introduction: national subjects", en M. Bassin y C. Kelly (eds.), Soviet and post-Soviet identities, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, p. 5.

[24] Yuri Afanásiev decía: "Soy ruso, ciertamente. He sido educado y he crecido como un ruso. Pero soy más un soviético, incluso quizá un europeo, porque no parece ser necesario, útil, cómodo o incluso cortés ser en primer lugar un ruso" (cit. en Roman Laba, "How Yeltsin's exploitation of ethnic nationalism brought down an empire", Transition, 2 (1996), p. 7). De la misma forma, una persona entrevistada en 1991 decía: "Sumemos las pérdidas. Hemos regalado el Báltico, cedido Crimea y vamos a vender las islas Kuriles… Dios, ¿es que realmente seremos reducidos de nuevo al tamaño del Rus de Vladímir-Súzdal o del principado de Serpújovsk? No, no, no lloro por el imperio, aunque, por supuesto, es doloroso que en breve no será fácil dar un paseo por la Vyshgórod de Tallin, sentarse con los amigos en los cafés de Tbílisi, o tomar un poco de sol en las playas de Koktébel" (Serguéi Razgónov, Moskovskie Nóvosti, núm. 45, 1991; cit. en J. Dunlop, art. cit., p. 49).

[25] J. Dunlop, art. cit., p. 29.

[26] Dos, si se toma en cuenta que en 1995 el Bloque Radical de Tiulkin y Anpílov obtuvo un diputado.

[27] Richard Sakwa, “Left or right? The CPRF and the problem of democratic consolidation in Russia”, Journal of Communist Studies and Transition Politics, vol. 14, núm. 1 (1998), p. 131.

[28] Joan Barth Urban y Valerii Solovei, Russia’s communists at the crossroads, Boulder, Westview, 1997, p. 22.

[29] Cit. en Michael Urban, “The politics of identity in Russia’s postcommunist transition: the nation against itself”, Slavic Review, vol. 53, núm. 3 (1994), p. 734.

[30] L. March, op. cit., pp. 114-125.

[31] R. Sakwa, op. cit.

[32] Según Stephen Cohen, desde la muerte de Stalin en 1953 la pugna interna en el PCUS se definía por un péndulo entre reformar el sistema o resistirse al cambio, con dos facciones rivales claramente identificables (Stephen F. Cohen, “The friends and foes of change: reformism and conservatism in the Soviet Union”, Slavic Review, vol. 38, núm. 2 (1979), pp. 187-202).

[33] L. March, op. cit., pp. 16-25.

[34] S. White, “Soviet nostalgia…”, p. 2.

[35] Véase Hans Oversloot y Ruben Verheul, “Managing democracy: political parties and the state in Russia”, Journal of Communist Studies and Transition Politics, vol. 22, núm. 3 (2006), pp. 383-405.

[36] Luke March, “Managing opposition in a hybrid regime: A Just Russia and parastatal opposition”, Slavic Review, vol. 68, núm. 3 (2009), p. 511.

[37] Cit. en Luke March, “Just Russia—from ‘second leg’ to ‘footnote’?”, Russian Analytical Digest, 102 (2011), p. 10.

[38] Mijaíl Zúbov, “Zagadka nóvyj ‘krásnyj’” (“El misterio de los nuevos ‘rojos’”), Moskovski Komsomolets, núm. 26005, 3 de agosto de 2012; http://www.mk.ru/politics/article/2012/08/02/732746-zagadka-novyih-krasnyih.html.

[39] M. Steven Fish, “The predicament of Russian liberalism: evidence from the December 1995 parliamentary elections”, Europe-Asia Studies, vol. 49, núm. 2 (1997), pp. 191-200; Henry E. Hale, “Yabloko and the challenge of building a liberal party in Russia”, Europe-Asia Studies, vol. 56, núm. 7 (2004), pp. 993-1020.

[40] R. Sakwa, op. cit., pp. 135-136.

[41] J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., pp. 10-11.

[42] Ibid., p. 3.

[43] L. March, op. cit., p. 28.

[44] Ibid., p. 33.

[45] Ibid., p. 35.

[46] Geir Flikke, “Patriotic-left centrism: the zigzags of the Communist Party of the Russian Federation”, Europe-Asia Studies, vol. 51, núm. 2 (1999), p. 277.

[47] Loc. cit.

[48] Neil J. Melvin, “The consolidation of a new regional elite: the case of Omsk 1987-1995”, Europe-Asia Studies, vol. 50, núm. 4 (1998), p. 628.

[49] En junio de 1993, Ziugánov declaraba que “La oposición [comunista de calle] se ha desorientado a sí misma y a sus partidarios al apostar por una pronta explosión de descontento popular y la caída del régimen actual. Las asunciones de que el régimen no tenía ningún tipo de apoyo amplio entre las masas no estaban adecuadamente corroboradas” (“Vesná illiuzii” [“La primavera de la ilusión”], Sovetskaya Rossiya, 1 de junio de 1993,

p. 2; cit. en J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., p. 82).

[50] L. March, op. cit., p. 37.

[51] J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., p. 5.

[52] Ibid., p. 118, n. 48.

[53] L. March, op. cit., p. 173.

[54] Cit. en J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., p. 56.

[55] Loc. cit.

[56] Ibid., p. 57.

[57] Luke March, “For victory? The crises and dilemmas of the Communist Party of the Russian Federation”, Europe-Asia Studies, vol. 53, núm. 2 (2001), p. 265. Véase el Programa del Partido Comunista de la Federación Rusa; http://kprf.ru/party/program (en ruso); http://cprf.ru/party-program/ (en inglés).

[58] J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., p. 109.

[59] Ibid., p. 110.

[60] Al Congreso acudieron delegados de los partidos comunistas iraquí, norcoreano, italiano, cubano, portugués, eslovaco, francés, húngaro y estadunidense (ibid., pp. 136-137).

[61] Cit. en Glásnost, vol. 180, núm. 5-6 (1996), p. 4; cit. en ibid., p. 140. Según Richard Sakwa, este programa adoptado en el III Congreso del PCFR "fue una síntesis incoherente de la ideología marxista, nacionalista y reformista. Se basaba en un tono confrontador, en contra de todo viso de capitalismo" ("The Russian KPRF. The powerlessness of the powerful", en J. Ishiyama y A. Bozóki (eds.), The communist successor parties…, p. 246).

[62] J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., p. 163. Ishiyama y Bozóki añaden que el PCFR se identifica como el partido de Yuri Gagarin, Gueorgui Zhúkov (el general que ganó las batallas de Stalingrado y Berlín durante la Gran Guerra Patriótica) y del escritor Mijaíl Shólojov (J. Ishiyama y A. Bozóki, art. cit., p. 35).

[63] J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., p. 163.

[64] Loc. cit.

[65] Ibid., p. 137.

[66] J. Round y C. Williams, art. cit., p. 185.

[67] Stephen White, Richard Rose y Ian McAllister, How Russia votes, Chatham, Chatham House, 1997, p. 181.

[68] Para una explicación de la victoria del PCFR en las elecciones de 1995 con base en la defensa que el partido hizo de las provincias frente a las "madames de Moscú", véase Alexander S. Tsipko, "Why Gennady Zyuganov's Communist Party finished first", Demokratizatsiya, vol. 4, núm. 2 (1996), pp. 185-200.

[69] L. March, op. cit., p. 177.

[70] D. Nohlen y P. Stöver, op. cit., p. 1642.

[71] J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., p. 166.

[72] Para una interesante visión del PCFR no sólo como principal fuente del discurso socialdemócrata en Rusia sino también como una "oposición leal" al régimen constitucional (como lo define Juan N. Linz en Crisis, breakdown and reequilibration. The breakdown of democratic regimes, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 36-37), véase Ekaterina Levintova, "Being the opposition in contemporary Russia: the Communist Party of the Russian Federation (KPRF) among social-democratic, Marxist-Leninist and nationalist-socialist discourses", Party Politics, vol. 18, núm. 5 (2012), pp. 727-747.

[73] Yitzhak M. Brudny, "In pursuit of the Russian presidency: why and how Yeltsin won the 1996 presidential election", Communist

and Post-Communist Studies, vol. 30, núm. 3 (1997), p. 269; Joan Barth Urban, “Zyuganov’s communists at odds”, The New Leader, vol. 83, núm. 4 (2000), p. 16.

[74] El Partido Liberal Democrático de Rusia (LDPR por sus siglas en ruso) se fundó en 1991 y es hoy —si no se toma en cuentra que el PCFR es una refundación del PCR— el partido más viejo en Rusia. Su líder es Vladímir Zhirinovski, “el Le Pen ruso”, personaje misterioso y polémico. El partido suele ser ubicado en la extrema derecha e incluso en el fascismo —insisto: más propio del centro, no de la derecha— debido a su programa ultraestatista, ultrapatriótico, anticomunista y anticapitalista, así como a enormes rasgos racistas. Decir que este partido no es ni “liberal” ni “democrático”, amén de su nombre, se ha convertido en un chiste predilecto en la literatura sobre el sistema político ruso.

[75] R. Sakwa, “The Russian KPRF…”, p. 244.

[76] Loc. cit.; J. Ishiyama y A. Bozóki, art. cit., p. 35.

[77] El PCFR estaba así pactando con un partido que en 1995 había redactado un proyecto de ley intitulado “Sobre el reconocimiento como ilegal del golpe de Estado en Rusia el 7 de noviembre de 1917”, es decir, la Revolución bolchevique (Frederick C. Corney, “Rethinking a great event: the October Revolution as a memory project”, Social Science History, vol. 22, núm. 4 (1998), p. 390). Curioso es, sin embargo, que el LDPR apoyara la iniciativa del PCFR de restaurar la estatua de Félix Dzerzhinski, fundador de la Cheká, en la glorieta de Lubianka, frente al edificio del FSB (ex KGB) en Moscú, rechazada por mayoría en la Duma (Irina Tolstoshéyeva, “V den chekista moskvichi prosnutsia i uvídiat Dzerzhínskogo na Lubianskoi Plóshadi” [“En el día del chekista los moscovitas se levantan y ven a Dzerzhinski en la plaza de Lubianka”], Gazeta, 19

de diciembre de 2009; http://kprf.ru/rus_soc/74132.html).

[78] Véase Darrell Slider, “Pskov under the LDPR: elections and dysfunctional federalism in one region”, Europe-Asia Studies, vol. 51, núm. 5 (1999), pp. 755-767.

[79] J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., p. 151.

[80] Cit. en ibid., p. 154.

[81] Y. M. Brudny, art. cit., pp. 256-257.

[82] L. March, op. cit., p. 82.

[83] Tras la elección, Lébed sería nombrado secretario del Consejo de Seguridad Nacional en agradecimiento, y luego “ayudado” para obtener la gubernatura de Krasnoyarsk, mientras que su hermano se convirtió en presidente de la República de Jakasia, sujeto federal de Rusia (Henry E. Hale, Why not parties in Russia? Democracy, federalism and the state, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, p. 77).

[84] Y. M. Brudny, art. cit., p. 269.

[85] Esta área al sur y sureste de Moscú se conocería pronto como “Cinturón rojo” por el dominio que tendría el PCFR en los gobiernos provinciales, de lo que se hablará a continuación.

[86] J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., p. 186.

[87] Véase Timothy J. Colton, “Economics and voting in Russia”, Post-Soviet Affairs, vol. 12, núm. 4 (1996), pp. 289-314.

[88] J. B. Urban y V. Soloveii, op. cit., pp. 184-189.

[89] Dice Eric Hobsbawm: “Tarde o temprano, sin embargo, es probable que se llegará a un punto en que el pasado ya no pueda ser reproducido o incluso restaurado literalmente. En este momento, el pasado se vuelve algo tan remoto de la realidad actual, o incluso de la realidad recordada, que probablemente se convierta al final en poco más que un lenguaje para definir ciertas aspiraciones no necesariamente conservadoras del hoy en términos históricos (“The social function of the past: some questions”, Past & Present, 55 (1972), p. 8).

[90] Víktor Peshkov (ed.), Kommunisty: pravo na vlast (“Comunistas: derecho al poder”), Moscú, Inform-Znanie, 1998, p. 79.

[91] L. March, op. cit., pp. 74 y 86.

[92] Stephen White, Russia’s new politics: the management of a postcommunist society, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 269-275.

[93] El libro de las imágenes, p. 167.

[94] Coinciden R. Sakwa, "The KPRF…", p. 255; Michael McFaul, "Explaining party formation and nonformation in Russia: actors, institutions, and chance", Comparative Political Studies, vol. 34, núm. 10 (2001), p. 1169; Nikolái V. Grishin y Natalia V. Shelípova, "Problémy iskazheniya gubernátorami ot KPRF partíinyj printsípov zhilischnoi polítiki" ("Problemas de distorsión de principios partidistas en política de vivienda entre gobernadores del PCFR"), ponencia presentada en la Conferencia "Preservación del legado cultural y problemas de la falsificación histórica", Universidad de Astraján, 19-21 de septiembre de 2012, pp. 186-190; http://astraheritage.ru/sites/default/files/%202.%20проблемы%20фальсификации%20.pdf.

[95] Véase el excelente artículo de Gearóid Ó Tuathail, "Placing blame: making sense of Beslan", Political Geography, 28 (2009), pp. 4-15.

[96] Rostislav Turovsky, "Opposition parties in dominant-party regimes: inclusion and exclusion in Russia's regions", en William M. Reisinger (ed.), Russia's regions and comparative subnational politics, Londres, Routledge, 2013, pp. 87-92.

[97] N. V. Grishin y N. V. Shelípova, art. cit., p. 187.

[98] Rostislav Turovsky, "The oppositional parties in Russian regions: the hard choice between inclusion and exclusion", Documento de trabajo, Universidad de Iowa, 2011, p. 4; http://ir.uiowa.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1120ycontext=shambaugh.

[99] Luke March, “Communism”, en Graeme Gill y James Young (eds.), Routledge handbook of Russian politics and society, Londres, Routledge, 2012, p. 135.

[100] Darrell Slider, “Regional governance”, en G. Gill y J. Young (eds.), op. cit., p. 156.

[101] Miembro de la Junta creada en agosto de 1991 que tuvo el poder por unos días durante el intento de golpe de Estado contra Gorbachov, lo que explica su inmutable convicción comunista.

[102] La información proviene del sitio web del PCFR (http://www.kprf.ru/personal/starodubcev). Estoy consciente de que puede haber un sesgo considerable en el sitio, pero es una de las poquísimas fuentes, en ruso y en cualquier otra lengua, para saber en qué consistieron las políticas públicas concretas de gobernadores comunistas. La alternativa es la prensa local en el periodo, sumamente limitada.

[103] Robert W. Orttung, “Business and politics in the Russian regions”, Washington, The National Council for Eurasian and East European Research, 2006, p. 9; http://www.ucis.pitt.edu/nceeer/2002-817-02f-Orttung.pdf.

[104] Tatiana Sadóvova y Yelena Jvorostenko, “Ryazan. Gde TNK, tam i rvetsya” (“Riazán. Donde haya trasnacionales, habrá descanso”), Profil, 43 (2000), p. 74; http://www.dosye.ru/archiv/profil131100.php.

[105] Sergei V. Golunov, “Regions of the ‘Red Belt’ in the process of internationalization: the case of Volgograd Oblast”, Documento de trabajo núm. 8, Eidgenössische Technische Hochschule Zürich, abril de 2001, p. 19; http://dspace.cigilibrary.org/jspui/bitstream/123456789/7454/1/Regions%20of%20the%20Red%20Belt%20in%20the%20Process%20of%20Internationalization.pdf?1.

[106] Ivan Kurilla, “Symbols and the past. The symbolic politics of the Putin administration”, en Philipp Casula y Jeronim Porevic, Identities and politics during the Putin presidency: the discursive foundations of Russian stability, Ibidem-Verlag, 2009, p. 278.

[107] O. Nikoláyenko, art. cit., p. 247, n. 3.

[108] El artículo 1 de la Ley sobre la Bandera del Óblast de Vladímir establece lo siguiente: “En el centro de la parte superior de la línea azul se muestra el martillo y la hoz en oro. En el centro de la tela roja, una capa de oro de armas de la región de Vladímir” (Ley sobre la Bandera del Óblast de Vladímir, 28 de abril de 1999; http://www.avo.ru/region/passport/flag). La bandera de la ciudad de Oriol es muy similar, pues también se basa en la de la RSFSR adoptada en 1954, y ostenta el escudo de la ciudad en medio junto a la hoz, el martillo e incluso la estrella comunista en rojo. Se adoptó el 29 de enero de 1998.

[109] Objetivos del Programa Regional Social de Vivienda 2008-2015, Ministerio de Justicia de la Federación Rusa, 8 de abril de 2008; http://zakon.scli.ru/ru/legal_texts/legislation_RF/printable.php?do4=documentyid4=7a724009-7d26-4364-82b1-e5d51c882656.

[110] Para un estudio de la política de vivienda en regímenes socialistas y su relación con la vida cotidiana, véase Hana Pelikánová, “Housing as a norm and as an everyday life strategy in communist Czechoslovakia (1968-89)”, en Daniela Koleva (ed.), op. cit., pp. 175-194.

[111] Svetlana Boym, Common places. Mythologies of everyday life in Russia, Cambridge, Harvard University Press, 1994, pp. 123-124. La autora analiza de forma fascinante el “departamento comunal” especialmente en las pp. 1-28 y 121-165. Boym recuerda que el Baile de Satanás en El maestro y Margarita, de Mijaíl Bulgákov, tiene lugar en un departamento comunal, “la quinta dimensión”, cuya sátira se advierte cuando Koróviev se presenta ante Margarita para los preparativos del Baile: “Quien conozca bien la quinta dimensión puede ampliar cualquier local todo lo que quiera y sin ningún esfuerzo, y además, le diré, estimada señora, que es posible hasta límites inimaginables” (3ª ed., Madrid, Alianza, 2012, p. 330).

[112] Cit. en “Konferentsiya volgográdskij kommunístov obratilas s preduprezhdeniyem k eks-gubernátoru Kamchatki M. B. Mashkóvtsevu” (“La conferencia de los comunistas de Volgogrado envió una advertencia al exgobernador de Kamchatka M. B. Mashkóvtsev”), Kommunistícheskaya Partiya Rossiiskoi Federatsii (en adelante, KPRF), 17 de agosto de 2007; http://kprf.ru/rus_soc/50936.html. Las cursivas son mías.

[113] Oleg Kharkhordin, The collective and the individual in Russia. A study of practices, Berkeley, University of California Press, 1999, p. 37. La pirámide cuya cima era el castigo, es decir, la expulsión del partido, se componía de los siguientes peldaños en forma ascendente: censura en comités partidistas, censura en asambleas regionales, censura en prensa y, como penúltimo paso, suspensión temporal. Cuando estas medidas fallaban venía la expulsión del PCUS, que no necesariamente llevaba a la ejecución del individuo. Kharkhordin traza una analogía fenomenal entre la

Comisión Central de Control del PCUS y la Iglesia ortodoxa rusa, cuya forma de proceder ante el hereje pasaba por las mismas etapas: exposición, amonestación y excomunión. En ambos casos, eran las cortes estatales (seculares) las que se encargaban de castigar (penalmente) al desviado, mas no estas instituciones "de amonestación". Las purgas partidistas, a fin de cuentas, eran una "prueba de fe" del individuo (ibid., pp. 35-74). Véase también, para la dimensión espiritual de una autobiografía bolchevique, Richard L. Hernandez, "The confessions of Semen Kanatchikov: a Bolshevik memoir as spiritual autobiography", Russian Review, 60 (2001), pp. 13-15.

[114] Cit. en J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 261-262; cit. en S. Žižek, op. cit., p. 124.

[115] Discurso de Andréi Andréyev ante el pleno del Comité Central del PCUS, 25 de febrero de 1937, cit. en la edición en inglés del libro mencionado en la nota anterior: J. Arch Getty y Oleg Naumov, The road to terror. Stalin and the self-destruction of the Bolsheviks, 1932-1939, New Haven, Yale University Press, 1999, p. 378. Vlas Chubar proseguía de esta manera: "Camaradas: el Comité Central de nuestro Partido ha hecho todo lo posible una y otra vez para ayudar a aquellos miembros […] que han cometido errores con el fin de corregirlos. El Comité Central ha hecho todo lo que ha podido para corregir a los derechistas que han sido tan obstinados en sus errores, haciendo uso de todos los recursos a disposición del Partido" (Discurso ante el pleno del Comité Central del PCUS, 25 de febrero de 1937; cit. en ibid., p. 384). Para un interesantísimo análisis de la emoción en la condena a Bujarin, véase Glennys Young, "Bolsheviks and emotional hermeneutics. The Great Purges, Bukharin, and the February-March Plenum of 1937", en Mark D. Steinberg y Valeria Sobol (eds.), Interpreting emotions in Russia and Eastern Europe, DeKalb, Northern Illinois University Press, 2011, pp. 128-151.

[116] Voprosy istorii, 4-5 (1992), p. 22; cit. en J. A. Getty & O. Naumov, op. cit., p. 369.

[117] En palabras de Mashkóvtsev, “La falla principal de la dirección del PCFR, es decir, de Ziugánov, es que torpedea todos los intentos de unir las fuerzas de centroizquierda en el país […] En este escenario no tenemos ninguna posibilidad de ganar el monopolio al partido en el poder [Rusia Unida]. Y de forma deliberada se distrae la atención de lo siguiente: hoy Guennadi Andréyevich [Ziugánov] llama a las barricadas; mañana dice que Rusia ha agotado el límite de la Revolución. Nos invita, dice, a sentarnos tranquilamente, a veces como doguillos sobre un elefante, a ladrar al partido en el poder, pero a no hacer nada para cambiar la situación del país. Por eso me uní a ‘Comunistas de Rusia’” (cit. en Yelena Yúrieva, “Kommunísty Rossíi poshlí protiv KPRF” [“Comunistas de Rusia va contra el PCFR”], VsyaRossiya, 10 de noviembre de 2011; http://www.allrussia.ru/new/111110130200.html).

[118] N. V. Grishin y N. V. Shelípova, art. cit., p. 189. Según Rostislav Turovski, “el régimen regional en [la década de] los 1990 que se consideraba ‘socialista’ (con un fuerte control gubernamental sobre políticas sociales de corte paternalista) para los expertos fue el régimen de Goriáchev en Uliánovsk, quien fue criticado por los comunistas locales y se le opusieron en las elecciones para gobernador de 1996” (art. cit., p. 4).

[119] Kathy Lally, “Bolshevism’s birthplace tries hanging on to past”, The Baltimore Sun, 14 de febrero de 1994; http://articles.baltimoresun.com/1994-02-14/news/1994045065_1_ulyanovsk-administration-building-russia.

[120] Irina Busygina, “Russia’s regions in search of identity”, Acta Slavica Iaponica, 19 (2002), p. 304.

[121] Liudmila Butúzova, “Kurskii gubernátor Aleksandr Mijáilov povtoriáyet put Aleksandra Rútskogo” (“El gobernador de Kursk Aleksandr Mijáilov repite los pasos de Aleksandr Rutskói”), Kompromat, 19 de agosto de 2003; http://www.compromat.ru/page_10353.htm.

[122] K. Lally, art. cit.

[123] N. V. Grishin y N. V. Shelípova, art. cit., p. 187.

[124] Grigorii Golosov, “The regional roots of electoral authoritarianism in Russia”, Europe-Asia Studies, vol. 63, núm. 4 (2011), pp. 623-639.

[125] Programa del Partido Liberal Democrático de Rusia 2016-2021; http://ldpr.ru/party/Program_LDPR/ (consultado el 14 de abril de 2017). Véanse también las entrevistas a Vladímir Zhirinovski en Michael McFaul, The troubled birth of Russian democracy. Parties, personalities, and programs, Stanford, Hoover Press, 1993, pp. 243-257, y H. Hale, op. cit., pp. 68-70.

[126] D. Slider, “Pskov under the LDPR…”, pp. 760-762.

[127] Ibid., pp. 763-764.

[128] En el particular caso del LDPR, según John Dunlop, Zhirinovski había sido desde la década de 1990 “el más activo adherente de las políticas de Yeltsin no sólo en Chechenia sino en asuntos presupuestales, la guerra contra el crimen y la defensa de los intereses de Rusia como primacía en la política exterior” (J. Dunlop, art. cit., p. 69).

[129] Pyotr Panov, “Russian political parties and regional political processes: the problems of effective representation”, en Cameron Ross y Adrian Campbell (eds.), Federalism and local politics in Russia, Londres, Routledge, 2009, p. 172.

[130] Ésta ha sido la única gubernatura que ha ganado el LDPR en su historia, con apoyo comunista. En abril de 2012, quizá como “premio” por el apoyo tácito del partido a la mayoría de las iniciativas del Kremlin y a la buena relación con Rusia Unida, el presidente Medvédev instauró a Alexéi Ostrovski, miembro del LDPR, como gobernador de la región de Smolensk, apoyado por la rama regional de Rusia Unida y su facción en la Duma local. Es la única gubernatura que ostenta el LDPR en la actualidad.

[131] Derek S. Hutcheson, Political parties in the Russian regions, Londres, Routledge, 2003, pp. 82-88.

[132] “Kúrskaya óblast. Kommunísty otremontírovali pámiatnik V. I. Léninu” (“Región de Kursk: los comunistas remodelaron la estatua de V. I. Lenin”), KPRF, 12 de septiembre de 2012; http://kprf.ru/party_live/110011.html; I. Tolstoshéyeva, art. cit.

[133] Ivan Kurilla, “Civil activism without NGOs: the Communist

Party as a civil society substitute", Demokratizatsiya, vol. 10, núm. 3 (2002), pp. 392-400.

[134] Iván Kurilla, "Grazhdánskoye óbschestvo i gosudarstvo v Volgograde: polyarizóvannaya model nizovói demokratii" ("La sociedad civil y el Estado en Volgogrado: modelo polarizado de la democracia popular"), Otéchestvenniye Zapiski, 6 (2005); http://magazines.russ.ru/oz/2005/6/2005_6_11.html.

[135] Para Kurilla, en la Rusia del decenio de 1990 la "derecha" se manifestaba desde el gobierno mediante democracia liberal y economía de libre mercado, mientras que la "izquierda" existía únicamente en la forma de esta incipiente "sociedad civil" (loc. cit.).

[136] I. Kurilla, "Civil activism without NGOs…", p. 393.

[137] Nadezhda Andréyeva, "Uryúpinsk-brand rossiiskoi provintsii" ("Uriúpinsk: marca de la provincia rusa"), Gorodskie Vesti, 12 de febrero de 2002; cit. en ibid., p. 395.

[138] De subbota (sábado). Se refiere a los fines de semana de trabajo voluntario establecidos por el régimen socialista desde 1917, tradición que aún se celebra en muchas partes del espacio postsoviético. También hay voskrésnik (de voskresenie, domingo).

[139] Dmitri Petrov, "Uryúpinsk kak zérkalo russkoi demokratii" ("Uriúpinsk como espejo de la democracia rusa"), Russkii Zhurnal, 12 de marzo de 1999; cit. en I. Kurilla, "Civil activism without NGOs…", pp. 395-396.

[140] I. Kurilla, “Civil activism without NGOs…”, pp. 396-398.

[141] Por no decir que había que ser un “verdadero comunista” para ser aceptado en el partido o tolerado por el régimen, sino simplemente aparentarlo, como ya se vio en el capítulo II. Véanse A. Yurchak, op. cit., y V. Havel, op. cit.

[142] William A. Pridemore y Sang-Weon Kim, “Democratization and political change as threats to collective sentiments: testing Durkheim in Russia”, Annals of the American Academy of Political and Social Science, 605 (2006), pp. 82-103.

[143] El libro de las imágenes, p. 155.

[144] “¡Cuán rápidamente y con qué frecuencia / cambiamos de existencia y de quimeras! / Nuestros vínculos cambian: hay siempre un tiempo / en que no poseíamos nada de lo que poseemos, / un tiempo en que no tenemos nada de lo que teníamos. / El hombre no tiene una sola e igual vida; tiene muchas dispuestas de punta a punta, y es ésa su miseria” (cit. en Agnès Verlet, Les vanités de Chateaubriand, Ginebra, Droz, 2001, p. 31).

[145] L. March, op. cit., pp. 207-208. Una mujer de Omsk, región jamás gobernada por los comunistas, decía en 1999: “Cuando pienso en economía […] pienso en cuántas patatas puedo darme el lujo de comer en el día. El gobernador Polezháiev no entiende eso. Los comunistas sí” [cit. en el brillante artículo de Nancy Ries, “Potato onthology: surviving postsocialism in Russia”, Cultural Anthropology, vol. 24, núm. 2 (2009), p. 200].

[146] L. March, op. cit., p. 213.

[147] Henry Hale, “The origins of United Russia and the Putin presidency: the role of contingency in party-system development”, Demokratizatsiya, vol. 12, núm. 2 (2004), p. 169.

[148] La treta de Putin y Rusia Unida para obtener la mayoría absoluta fue la cooptación de un partido minúsculo llamado “Partido Popular” fundado en 1999, que en 2003 logró —por alguna extraña razón— ser el segundo partido más votado en distritos de mayoría, incluso por arriba de los comunistas (que, de hecho, obtuvieron un mayor porcentaje de votación), y consiguió 17 escaños. Rusia Unida había conseguido 120 escaños plurinominales y 103 uninominales, lo que sumaba 223 de los 226 requeridos para una mayoría absoluta. La fantástica solución fue incorporar a la fracción del Partido Popular a Rusia Unida, con lo que el partido del poder obtuvo 240 escaños. Es impresionante que prácticamente ningún autor ha comentado este suceso, clave para entender la configuración del sistema autoritario en el país una vez que Rusia Unida logró la mayoría absoluta. Véase apéndice 3.4.

[149] H. Hale, “The origins of United Russia…”, p. 177.

[150] Para una visión de la presidencia de Putin a partir del incremento en la capacidad (mas no necesariamente en la calidad) de los instrumentos de coerción del Estado ruso para obligar a distintos órganos de ley a cumplir sus tareas, véase Brian D. Taylor, State building in Putin’s Russia. Policing and coercion after communism, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

[151] L. March, op. cit., p. 220.

[152] Ibid., p. 221.

[153] Ibid., pp. 223-224.

[154] Ibid., p. 241.

[155] Thomas Remington, “Presidential support in the Russian State Duma”, Legislative Studies Quarterly, vol. XXXI, núm. 1 (2006), pp. 5-32.

[156] H. Hale, “The origins of United Russia…”, pp. 184-189.

[157] Entrevista a N. Bindiúkov y A. Kravets, miembros del PCFR, cit. en L. March, op. cit., p. 87.

[158] L. March, op. cit., p. 89.

[159] Komsomólskaya Pravda, 11 de febrero de 2000, cit. en ibid., pp. 110-111.

[160] Vladimir Shlapentokh, “Expediency always wins over ideology: Putin’s attitudes towards the Russian Communist Party”, Communist and Post-Communist Studies, 44 (2011), pp. 33-38.

[161] I. Kurilla, “Symbols and the past…”, p. 278.

[162] E. Laclau y C. Mouffe, op. cit., p. 113.

[163] Moonyoung Lee, “Nostalgia as a feature of ‘glocalization’: use of the past in post-Soviet Russia”, Post-Soviet Affairs, vol. 27, núm. 2 (2011), p. 173.

[164] O. Nikoláyenko, art. cit., p. 255.

[165] Iliá Kalinin, “Nostalguícheskaya modernizatsiya: sovetskoye proshloye kak istoricheskii gorizont” (“Modernización nostálgica: el pasado soviético como horizonte histórico”), Neprikosnovennyi Zapas, vol. 74, núm. 6 (2010); http://magazines.russ.ru/nz/2010/6/ka2.html.

[166] Svetlana Boym, The future of nostalgia, Nueva York, Basic, 2001, p. xiv.

[167] Neil Munro, “Russia’s persistent communist legacy: nostalgia, reaction and reactionary expectations”, Post-Soviet Affairs, vol. 22, núm. 4 (2006), pp. 292-294; M. Lee, art. cit., p. 171; Lisa Karpova, “Sixty percent of Russians nostalgic for the Soviet Union”, Pravda, 22 de diciembre de 2009; http://english.pravda.ru/society/22-12-2009/111328-sovietnostalgia-0/.

[168] S. White, “Soviet nostalgia…”, p. 3.

[169] Véase Ian McAllister y Stephen White, “‘It’s the economy, comrade!’ Parties and voters in the 2007 Duma election”, Europe-Asia Studies, vol. 6, núm. 6 (2008), pp. 931-957.

[170] L. Karpova, art. cit.

[171] N. Munro, art. cit., p. 294.

[172] Cit. en S. Oushakine, art. cit., p. 995.

[173] Según Henry Hale, como presidente interino Putin usó un lenguaje característico de Zhirinovski e incluso del hampa, por ejemplo, al describir lo que los militares rusos harían a los terroristas cuando los capturasen, a saber: “Perseguiremos por todas partes a los terroristas. Si los atrapamos en los baños, los hundiremos en la mierda” (cit. en Yuri Baturin, Alexander Iline y Vladímir Kadatski, Epoja Yéltsina: ocherki politícheskoi istorii (“La época de Yeltsin: ensayos de historia política”), Moscú, Valgrius, 2001, p. 785; cit. en Julien Buffet, “Las metamorfosis del sentimiento nacional ruso: de Borís Yeltsin a Vladímir Putin”, trad. de Eduardo Jiménez Díaz Barriga, Foro Internacional, vol. LIII, núm. 1 (2013), p. 118). Asimismo, según Hale, Putin inyectó parte de esa retórica a Unidad y luego a Rusia Unida (H. Hale, op. cit., p. 70).

[174] William A. Clark, “Communist devolution. The electoral decline of the KPRF”, Problems of Post-Communism, vol. 51, núm. 1 (2006), p. 22.

[175] Ibid., p. 15.

[176] Alison Swain, The development of the Communist Party of the Russian Federation (1993-2008), tesis doctoral, Universidad de Glasgow, 2010, p. 58; http://theses.gla.ac.uk/1839/1/2009swainphd.pdf.

[177] H. Hale, op. cit., p. 66. El golpe mediático fue tan fuerte que Zhirinovski también se abstuvo de ser candidato del LDPR y cedió el puesto a su guardaespaldas, Oleg Malyshkin.

[178] "CPRF slammed by alternative communist party", RIA Novosti, 11 de septiembre de 2004; http://en.rian.ru/onlinenews/20040911/39768942.html.

[179] Véase E. Levintova, art. cit.

[180] David M. Herszenhorn, "Where communists see an opening, many Russians see a closed door", New York Times, 20 de diciembre de 2011; http://www.nytimes.com/2011/12/21/world/europe/communists-solidify-opposition-role-in-russia.html. Para una crónica de primera mano de dichas protestas y una comparación entre las pro Putin y las anti Putin, véase Rainer Matos Franco, "Moscú: visiones fugitivas", Nexos, 430, octubre de 2013, pp. 35-37; http://www.nexos.com.mx/?p=15505.

[181] Dice Vladímir Guelman: "Los comunistas se están convirtiendo en los mayores beneficiarios del creciente ambiente de

oposición no por su propia habilidad para ganar votos, sino debido al hecho de que otros partidos, ya sea obvia o más sutilmente, son herramientas del Kremlin, mientras que el PCFR preserva al menos parcialmente su autonomía organizacional e ideológica frente a la administración presidencial" (Vladimir Gelman, "The Communist Party of the Russian Federation: 'paper tiger' of the opposition", Russian Analytical Digest, 102 (2011), p. 12).

[182] Benjamin Forest y Juliet Johnson, "Unraveling the threads of history: Soviet-era monuments and post-Soviet national identity in Moscow", Annals of the Association of American Geographers, vol. 92, núm. 3 (2002), p. 540.

[183] O. Boele, art. cit., pp. 8-9.

[184] 56% se inclinó por Brézhnev, 55% por Lenin y 50% por Stalin. Sin sorpresa, Gorbachov fue el líder de menor aprobación entre los encuestados ("Brezhnev beats Lenin as Russia's favorite 20th century ruler", RIA Novosti, 22 de mayo de 2013; http://en.rian.ru/russia/20130522/181291682/Brezhnev-Pips-Lenin-as-Russias-Favorite-20th-Century-Ruler.html).

[185] Según Zhorés Medvédev, "Hasta que Brézhnev la transformó en una batalla crucial 30 años después, fue un episodio menor de la [Segunda] Guerra [Mundial]" (Gorbachev, Oxford, Blackwell, 1986, p. 217; cit. en Edwin Bacon, "Reconsidering Brezhnev", en E. Bacon y Mark Sandle (eds.), Brezhnev reconsidered, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2002, p. 9). Véanse también Vicky Davis, "Remembering the war: 70 years on in the Hero-City of Novorossiisk", UCL SSEES Research Blog, 9 de mayo de 2013; http://blogs.ucl.ac.uk/ssees/2013/05/09/remembering-the-war-70-years-on-in-the-hero-city-of-novorossiisk/; y Oksana Mashkarova, "Novorossiisk pomnit!" ("¡Novorossiisk recuerda!"), Novorossiiskii

Rabochii, 5 de febrero de 2013; http://www.novorab.ru/ArticleSection/Details/7641/6.

[186] O. Boele, art. cit., pp. 22-23.

[187] “Zaidiá v magazín, Brézhnev udivilsia” (“Saliendo a la tienda, Brézhnev se sorprendió”), Novorossiiskii Rabochii, 18 de diciembre de 2007, p. 2; cit. en O. Boele, art. cit., p. 23.

[188] O. Boele, art. cit., p. 22.

[189] La República de Novorossiisk existió entre el 12 y el 26 de diciembre de 1905, producto de la agitación revolucionaria de ese año en toda Rusia, y fue creada por el soviet de Novorossiisk. El 25 de diciembre las tropas zaristas entraron a la ciudad y llevaron a cabo una represión masiva contra los líderes rebeldes. Véase Vladímir D. Sokolski, Novorossíiskaya Respúblika: soviet rabóchij deputátov Novorossiiska v 1905 godú (“La República de Novorosiisk: el consejo de diputados obreros de Novorosiisk en el año 1905”), Moscú, Mysl, 1963.

[190] Ambas citas en O. Boele, art. cit., p. 24. Las cursivas, muy atinadas, son de ese autor.

[191] De front, “frente”, es decir un veterano de guerra.

[192] Clara alusión a la Noche de Bronce en Tallin.

[193] Cit. en O. Boele, art. cit., p. 25. Resulta muy revelador, sobre la construcción de Brézhnev como parte integral de la historia de Novorossiisk, que la entrevistada crea que la estatua no tiene flores porque "no hay dinero" y no porque quizá ir a dejar flores a Brézhnev tiene sin cuidado a la mayoría de la población.

[194] "Brézhnev poverniotsa k moriu" ("Brézhnev regresa al mar"), Novorossiiskii Rabochii, 29 de junio de 2010, p. 1; cit. en ibid., p. 27.

[195] Julie A. Cassiday y Emily D. Johnson, "A personality cult of the postmodern age. Reading Vladimir Putin's public persona", en Helena Goscilo (ed.), Putin as celebrity and cultural icon, Londres, Routledge, 2013, p. 40.

[196] Susan Richards, Lost and found in Russia. Lives in a post-Soviet landscape, Nueva York, Other, 2009, p. xi.

[197] S. Márai, op. cit., p. 157.

[198] Sergei Medvedev, "Power, space and Russian foreign policy", en Ted Hopf (ed.), Understandings of Russian foreign policy, University Park, Pennsylvania State University Press, 1999, pp. 16-19; cit. en A. Lynch, op. cit., p. 26-27.

[199] Marqués Astolphe de Custine, La Russie en 1839; cit. en Michael Stuermer, Putin and the rise of Russia, Londres, Phoenix, 2008, p. 1.

V. LAS TRINCHERAS DE LA NOSTALGIA. TENDENCIAS NOSTÁLGICAS EN RUSIA DESDE ABAJO

Pero después de aquello, ya no volvió a encontrar su lugar en el mundo; sentía una fuerte nostalgia por su vida pasada, de modo que empezó a beber y a maldecir el estúpido orden social que rebajaba a capitanes del ejército a simples cajeros de banco, reclamando con palabras ardorosas que "ocurriera algo".

SÁNDOR MÁRAI, Confesiones de un burgués[1]

¡Qué fatal instinto impulsa al cochero a conducirme por esta vía dolorosa, empedrada de recuerdos enterrados que, a esta hora nocturna, resucitan como si de aparecidos se tratase!

AUGUST STRINDBERG, Inferno[2]

Tras casi 20 años fuera de su país, el compositor Serguei Serguéievich Prokófiev regresó a la Unión Soviética en 1936. No había salido en 1918 por diferencias políticas con los bolcheviques, sino porque Rusia se encontraba en plena guerra civil, pero, sobre todo, porque su música no era bien vista desde que se inició en el Conservatorio de San Petersburgo; de hecho, Prokófiev huyó del Petrogrado revolucionario por miedo a que las fuerzas blancas retomaran la antigua capital y se instaló con su madre en Kislovodsk, en el Cáucaso.[3] Pero había una gran paradoja: Serguéi Serguéievich pensaba que su música sería aceptada en Estados Unidos o en una Europa occidental que rechazaba a Stravinski en París, a pesar de que, en sus siguientes 18 años de ausencia, su mayor empleador sería precisamente la Unión Soviética por vía postal.

Aunque en teoría se encontraba en el exilio, algo en la Revolución bolchevique lo animaba. Y es que, ¿qué era Prokófiev sino un revolucionario en música? Las nuevas sobre la formación del gobierno de Lenin le parecían "noticias excitantes".[4] Ya como ciudadano soviético a partir de 1936, Prokófiev regresó a Nueva York un año más tarde, donde visitó a su amigo Vladímir Dukelski (Vernon Duke) y a la madre de éste. Dukelski describe así la visita:

Llevé a Serguéi a ver a Mamá, quien lo adoró. "Serguéi Serguéievich, ¿estás queriendo decirme que los comunistas te dejaron salir, así como así?", preguntó ella incrédulamente. "Así como así, Anna Alexéievna", le respondió Prokófiev, palmeando sus muslos —una de las manías favoritas en él—. "Aquí estoy en una sola pieza, como puede ver". "¿Y Lila Ivánovna?",[5] inquirió Mamá. "Regresará conmigo a Estados Unidos en octubre —tengo suficientes compromisos para garantizar un pronto retorno—". "¿Qué hay de tus niños?". Con esto, Prokófiev cambió de tema abruptamente. Luego supe que las autoridades soviéticas no los habían dejado viajar con sus padres […] En la cena […] hice una pregunta difícil a Serguéi, que no salía de mi cabeza. Quería saber cómo podía vivir y trabajar en la atmósfera del totalitarismo soviético. Serguéi guardó silencio por un momento; luego dijo queda y seriamente: "Así me siento al respecto: no me importa en lo absoluto la política —soy un compositor de principio a fin—. Cualquier gobierno que me deje escribir música en paz, que publique todo lo que compongo antes de que la tinta se seque y que escenifique toda nota que sale de mi pluma va bien conmigo. En Europa todos tenemos que faenar para [conseguir] escenificaciones, engatusar a directores de orquesta y de teatro; en Rusia vienen a mí —prácticamente no puedo ni seguir el ritmo a la demanda—. Es más: tengo un departamento cómodo en Moscú, una encantadora dacha[6] en el campo y un coche nuevo. Mis niños van a una buena escuela inglesa en Moscú. Es verdad, Lina Ivánovna se queja de vez en cuando —pero ya la conoces—. No es fácil ser la esposa de un compositor".[7]

Estas palabras del gran compositor rozan algunas de las tendencias

más visibles en el tema estudiado en este trabajo. Ya se ha visto aquí que una de las principales respuestas de los actores nostálgicos del socialismo es, precisamente, que hoy en día hay que "faenar" para ganarse la vida, en vez de esperar a que todo llegue a uno como antes, cuando el Estado paternalista facilitaba muchas cosas; que se acabaron los tiempos de los "departamentos cómodos" —baratos, más bien— y las "dachas encantadoras", al igual que de las "buenas escuelas", elementos que Prokófiev elogiaba aunque dijera que "no le importaba" la política.

La nostalgia, además de fascinante en sí misma, me interesa por lo que dice como hilo conductor acerca de otras cosas; no sólo del presente real, sino de la concepción y construcción que hacen los individuos de su propia realidad y la manera en que la inyectan en la mitología colectiva, así como los efectos que produce en su vida cotidiana. Se trata de un vínculo hacia otros fenómenos cuyo mayor entendimiento ella propicia, difícilmente asibles sin la variable nostálgica. En Rusia la nostalgia poscomunista adquiere un protagonismo singular como parte integral de la vida cotidiana en todo sentido: se vuelve lo que Svetlana Boym llama una "magia asociativa", por la que "todo aspecto de la vida cotidiana se relaciona con una misma obsesión".[8]

En este último capítulo pretendo escribir lo menos posible, con el fin de permitir a otros actores hablar sobre su nostalgia. Propongo revisar el fenómeno mediante un cauce empírico-antropológico, analizando una serie de tendencias que, según revelan diversos interlocutores, son las más constantes en los recuentos nostálgicos. Quisiera aterrizar con un sustento empírico las principales tendencias de la nostalgia poscomunista en Rusia, echando mano de 16 entrevistas realizadas en las ciudades de Moscú, Omsk, Zlátoust y Cheliábinsk. Todas tuvieron lugar en el hogar de los entrevistados, con un rango de duración de aproximadamente media hora hasta cuatro horas; el entrevistado más joven tenía 18 años, mientras que el de más edad rondaba los 76 en aquel momento. Del mismo modo, realicé una encuesta (apéndice 1) que fue llenada vía electrónica por 20 personas a quienes no pude entrevistar in situ, la cual me fue enviada posteriormente mediante correo electrónico. Por razones de apremiante brevedad, he citado sólo algunos fragmentos de apenas algunos recuentos, los que me parecen más

relevantes para entender el fenómeno de la nostalgia. Procuré, sobre todo, ir más allá de lo simple y común, que bien podría sintetizarse como “antes alcanzaba para todo, las salchichas eran baratas y sabrosas, las pensiones eran mejores, se podía ir de vacaciones adonde uno quisiera y ahora no hay dinero”. Como bien me dijo Aleksandr Masiutin (ingeniero moscovita nacido en 1955): “Yo no quiero hablarte, como hace todo mundo, de lo maravillosas que eran las salchichas. Me interesa que hagas un buen trabajo”.[9] El capítulo se complementa con otros recuentos recabados en textos pertenecientes a la literatura etnográfica sobre la vida cotidiana en Rusia.

EL NOSTÁLGICO DERREDOR

En una encuesta realizada en Rusia por Stephen White en 2005, 66% de las personas coincidía en que la caída de la URSS fue un "desastre" y 76% de la población de la Comunidad de Estados Independientes deseaba "recuperar un solo Estado". Del mismo modo, más de la mitad contestó que "sería mejor si estuviéramos como antes de 1985". ¿Por qué? Porque "éramos un país más unido y grande" y "había orden", según dijo 26%. El 24% consideró que la razón era que "había confianza en el futuro" y 20% mencionó que "los precios eran bajos y estables". Sólo 21% veía la Perestroika como un cambio positivo, mientras 56% la consideraba algo negativo;[10] de acuerdo con una encuesta similar, la respectiva proporción era 28 y 63%.[11] En la encuesta de White, aun sabiendo que "se requería algún tipo de reestructuración", es de la opinión general que debió haber sido "sin destruir el orden socialista" (33%), o al menos "construyendo poco a poco relaciones de mercado en la economía y sin imponer la democracia" (19%). Los respondedores identificaban como aspectos "negativos" del sistema soviético su carácter burocrático, secreto y corto de miras; sin embargo, al poner los porcentajes en la balanza, pesaban más los aspectos positivos: era "cercano a la gente", "legal", "nuestro". El poscomunismo, en cambio, se asociaba con crimen y corrupción, como algo "remoto", "irresoluto", "débil" y "más burocrático" aún que el sistema socialista; se llegaba a ver, también, como "ilegal" e "incompetente". A pesar de que los individuos entienden que ahora pueden asociarse a cualquier organización y expresarse sin esperar represalias, en general consideran que antes, durante el socialismo, tenían mayor incidencia sobre la política pública y que el trato del gobierno actual es mucho peor que el del soviético.[12] Otras encuestas en el periodo arrojan datos enormemente similares. Aún en 2016, 56% de la población rusa "lamentaba" la caída de la URSS, 28% no veía en su desaparición ningún motivo de orgullo, 51% consideraba que pudo evitarse y 44% deseaba que la Unión Soviética y su sistema (político, económico, social) fuesen restaurados. Adicionalmente, la percepción del "papel de Lenin en

la historia del país" ha mejorado desde 2006, cuando 40% consideraba que era parcial o totalmente positiva, a 2016, cuando las mismas respuestas sumaron 53% de positividad.[13]

Así las cosas, quizá Rusia sea hoy en día uno de los pocos países del mundo —junto con países aún socialistas, o con la Bielorrusia de Lukashenko— en el que uno puede encontrarse simultáneamente en la calle "Karl Marx", colonia "Gorki", frente a la estatua de Friedrich Engels, al cruce con "Avenida Lenin", en la "Plaza de la Revolución", en la región de "Sverdlovsk" y en la ciudad de "Kaliningrado". La diferencia es que, si se considera el caso bielorruso aparte, Rusia ya no es un país socialista. La avenida principal de la mayoría de las ciudades rusas —excepto la emblemática Nevski de San Petersburgo—[14] lleva el nombre de Lenin, y la plaza central de cada una sostiene una estatua del líder bolchevique viendo al horizonte, ora con el brazo levantado, ora al costado. Las imágenes que dieron la vuelta al mundo en 1991 de estatuas de Vladímir Ilich cayendo a pedazos se habrán grabado en otras ex repúblicas soviéticas. En Rusia dichos monumentos, salvo un puñado de ellos —como el de Dzerzhinski en Lubianka, cuya restauración ha sido considerada por más de un partido político—, siguen intactos. Es más: los edificios principales del gobierno ruso aún ostentan la hoz y el martillo en lo alto, inalterados, y prácticamente ninguno de estos símbolos ha sido removido. Incluso la compañía aérea Aeroflot, la más grande de Rusia, ostenta en su escudo una hoz y martillo con alas, y no es menor el número de sitios web (119 016) que usan el dominio de internet ".su" (Soviet Union) en vez de ".ru" (Russia).[15]

Acaso el símbolo más claro de la nostalgia soviética en el espacio físico ruso sea el Mausoleo de Lenin en medio de la Plaza Roja, en Moscú. Mientras que en el caso de Ceaușescu, en Rumanía, su ejecución televisada fue parte de un intento de la elite sucesora —encabezada por Ion Iliescu, mano derecha del dictador— por "hacer transparentes los humos políticos, […] de iluminar a la sociedad y aplacar rumores",[16] en Rusia el paradero de Lenin —el centro simbólico del país— es síntoma de la dificultad intrínseca y edípica de lo que John Borneman llama "matar al Padre" en términos alegóricos, característica de una sociedad "moderna" en su variante "democrática".[17] En el caso ruso no sólo se "rememora al Padre"

físicamente a diario, sino que se le cuida cada tanto: el Mausoleo cierra unos meses al año para que científicos de la más alta talla hagan lo que tengan que hacer para seguir preservando el cuerpo intacto del camarada Lenin; ya ni hablar de la tumba de Stalin, detrás del Mausoleo, que consta de una efigie más clara —más blanca— y pulida que las de otros líderes soviéticos y que diariamente presenta una mayor cantidad de flores que el resto.

Evidentemente, como se advierte en el hecho mismo ya no de considerarlo intocable sino de dar mantenimiento al Mausoleo de Lenin, esta proliferación del pasado en el presente ruso, ese derredor nostálgico, no puede ser tan visible, palpable y consabido sin un empuje oficial deliberado. El padre de la Revolución de Octubre no es el único a quien se conserva: las pocas estatuas que cayeron en 1991 en Rusia yacen hoy en el "Parque de Arte" Muzeón, una galería moscovita de antigüedades al aire libre, que recibe constante mantenimiento sin siquiera cobrar la entrada.[18] Incluso el Canal 1 (Piérvy Kanal), el más popular en el país y del cual el gobierno ruso posee 75% de las acciones, transmite prácticamente todos los días películas soviéticas; la mayoría de ellas comienza con una toma del reconocible logo de la compañía cinematográfica Mosfilm, es decir, la escultura El obrero y la mujer del koljoz de Vera Mújina, que representa al obrero y la campesina uniendo sus utensilios —martillo y hoz, respectivamente— para formar el ideograma comunista. Esta decisión, en realidad, surgió de una coincidencia: en 1998, debido a la enorme crisis del rublo, el canal ya no podía pagar telenovelas latinoamericanas, por lo cual hubo que buscar en los archiveros telenovelas y filmes soviéticos que se adaptaran al formato de 52 minutos que el tiempo en televisión requería. Sin embargo —y aquí entra la complementariedad de la nostalgia desde arriba y desde abajo—, la recepción del público hacia el recuerdo de la vida cotidiana soviética, sus temas e imágenes, fue tan positiva que el canal decidió mantener ese material viejo diariamente hasta la fecha.[19]

Comienza a quedar claro que la nostalgia soviética va mucho más allá de ser una inercia de los efectos del "omnipotente" aparato propagandístico soviético, o de insertarse en el discurso público para fines meramente personales, como tanto se atribuye al sistema autoritario establecido por Putin desde 2002. El eje de las

entrevistas que realicé y que presento a continuación, sumado a las realizadas por otros investigadores, refleja una atmósfera en la que ni siquiera fue necesario hacer preguntas específicas a mis interlocutores para que destilaran una carga de comparación entre el "glorioso" pasado y su penosa situación actual.[20] Como dicen Zborovski y Shirókova:

> En los últimos años una atmósfera nostálgica ha penetrado en la sociedad rusa […]. No sólo [se ha] establecido en un nivel que merece atención sociológica concreta, sino [que] es también aceptada como una especie de sentido común. En cuanto a la vida ordinaria, ejerce una influencia en el estilo de vida, propósito, orientación y comportamiento de la persona promedio y toma un lugar crucial en la formación de lo ordinario. Como resultado, se refleja en la autoconciencia social colectiva y en la dirección de pensamientos y deseos.[21]

Hay, pues, una necesidad de mantener símbolos, de darles mantenimiento, de "cuidarlos" para que no les pase nada, precisamente como si Rusia no hubiese transitado de un antiguo a un nuevo régimen, como si la hoz y el martillo empotrados hasta la fecha en lo alto del Ministerio de Asuntos Exteriores hablaran en nombre de sus propios diplomáticos, tanto a la población rusa como al extranjero. Esta necesidad es la de cobijarse bajo una corriente de significación. La hoz y el martillo significan: para el ruso promedio este símbolo puede entenderse como orgullo, como yugo o algo vetusto, pero sería difícil encontrar a quien rechace que sea algo "nuestro" sin juicios de valor. A ojos de un extranjero puede producir temor o admiración, lo que también dice mucho acerca de la forma como Rusia quiere seguir siendo vista desde fuera —y, en buena medida, desde dentro—, a pesar de que reitere constantemente su carácter de Estado defensor de la multipolaridad internacional. No es coincidencia que el mismo símbolo que iba dibujado en el primer satélite artificial o en el cohete del primer hombre en el espacio sea el mismo que está empotrado hasta la fecha en todos los edificios de gobierno. Es, también, el mismo símbolo que iba impreso en el pasaporte del que tanto alardeaba

Maiakovski:

Con qué placer,
de casta de gendarmes,
me azotarían,
o me harían crucificar,
por tener en las manos
el pasaporte soviético,
el de la hoz y el martillo.
Yo,
como un lobo,
mordería al burocratismo,
a las credenciales
no les tengo respeto.
¡Que se vayan
todos al diablo,
cualquier papel,
pero éste…!
Yo saco
del bolsillo
de mis enormes pantalones,
un duplicado del pasaporte,

carga de poco peso.

¡Leed,

envidiadme!

Yo soy

ciudadano

de la Unión Soviética.[22]

LAS TRINCHERAS DE LA NOSTALGIA

Tras describir brevemente el derredor nostálgico, paso a la nostalgia privada, asequible sólo mediante conversaciones íntimas y recuentos diversos y en apariencia inconexos que producen tendencias importantes. La primera tendencia interesante que la ubicuidad de la nostalgia en Rusia pone sobre la mesa es la continuidad. Pareciera que varios individuos prefieren proyectar una imagen pasada de ellos hacia el mundo exterior, y no una "adecuada" a los tiempos actuales. Al igual que la elite partidista del PCFR traza continuidades entre los regímenes nuevo y viejo en su concepción de la historia política reciente del país, tal como se argumentó en el capítulo anterior, la gente común en Rusia suele hacer lo propio a pesar de que el cambio social derivado de la Perestroika se resiente enormemente, reflejo de que el nivel en el que se construye la historia no coincide en muchas ocasiones con el nivel en que las personas viven su vida.[23] Un trabajador de una fábrica de metales en Moscú daba cuenta de este fenómeno al describir la muy común actividad informal en la que incurren muchos trabajadores:

Tomamos parte del material de la fábrica y luego lo revendemos en el mercado local. También tomamos parte del metal y hacemos adornos o tomamos parte del vidrio y lo revendemos entre la gente […] Es normal, y los jefes se hacen de la vista gorda […] ellos saben que hacemos esto, pero no les importa realmente. Simplemente manipulan algunas cifras y todo se ve normal. Nosotros sabemos que ellos hacen dinero manipulando cifras y ellos saben que nosotros ganamos haciendo esto también. Funciona así; funciona como antes [en el periodo soviético].[24]

Este tipo de prácticas inmutables luego de la ruptura en 1991

abonan a la ya mencionada visión del socialismo como un sistema en el que se hacían las cosas como si, en vez de cumplir las asignaciones al pie de la letra.[25] En el testimonio anterior, la supervivencia del protagonista depende precisamente de que las cosas funcionen como antes y, al mismo tiempo, como si no fuera así. No es que este tipo de actores sean directamente nostálgicos, porque no han dejado de proceder "como antes", pues no ha habido una ruptura en sentido estricto, al menos no en su práctica cotidiana. Sin embargo, hay quienes, a pesar de vivir prácticamente igual que "antes", entienden que algo hace falta: "Sigo teniendo el mismo trabajo [que antes de 1991], sigo acudiendo cada mañana al depósito de camiones, pero la atmósfera ya no es la misma. En estos días, nadie necesita de nadie".[26]

Otro ejemplo de continuidad son los museos, uno de sus máximos recipientes, sobre todo por el papel que desempeñan en la construcción de puentes sobre las enormes rupturas entre pasado y presente. Alexia Bloch describe cómo en Turá, capital del distrito de Evenk en Siberia, homónimo de su población indígena, se encuentra la Casa de Arte Folclórico que representa, mediante artefactos y artesanías, la historia local y la identidad evenk. Allí, por ejemplo, es común encontrar imágenes de un Lenin "evenkizado" —es decir, con ojos más rasgados de lo que de por sí tenía— fabricado en abalorio, lo que subraya que el pasado socialista sigue siendo parte importante de la identidad local, pero sobre todo que la elite evenk busca conscientemente ser reconocida así desde fuera.[27] El origen de esta continuidad y legitimidad de "lo soviético" en la cultura evenk es algo sencillo de explicar: el Estado socialista estableció escuelas en territorios donde no las había, que fomentaban el sentido de pertenencia a una comunidad mediante internados que transmitían valores colectivos. Estas prácticas dieron como resultado no un rechazo, sino una incorporación del sistema socialista en las vidas cotidianas del grupo étnico, una noción de orgullo y participación voluntaria en la vida pública. Polina Mijáilovna, una mujer evenk, llega al grado de justificar la represión de Stalin contra su propio padre con base en esos preceptos:

Respeto a Stalin a pesar de todo […] apresó a mi padre, pero no siento odio hacia él. Gracias a Stalin somos honestos. Crecimos con honestidad. Nunca llegamos tarde al trabajo, nunca fumamos y nunca bebimos. Así que ése es el resultado del "culto a Stalin".[28]

Este breve recuento desemboca inexorablemente en la idea del paternalismo estatal que pretendía "proteger" al individuo de los "vicios" humanos, desde el tabaquismo hasta la pornografía, apenas superados en su "corrupción moral" por el individualismo.[29] Es ésta la idea del buen comunista, que en el ideario de muchos actores era un objetivo y una creciente realidad, mucho más legítimos que cualquier otro elemento fomentado desde el sistema: un legado conformado por un conjunto ulterior de valores ubicados por encima de cualquier acción del gobierno soviético, que no justifica la represión interna o las intervenciones militares fuera de la URSS en la mente de estas personas, pero sí prioriza lo "positivo" por encima de todo cuestionamiento. Es ésta la segunda tendencia que encontré en los recuentos nostálgicos, definida por la adversativa: admitir primero que "sí hubo cosas malas", seguido de un enorme pero que tiene el inmenso poder de eximir al ideal comunista y sus tergiversaciones prácticas de cualquier cosa:

He sido miembro del Partido [Comunista de la URSS] por 50 años. Tengo que admitir que había muchas cosas en el partido que estaban mal, y que había arribistas, ¡pero la mayoría de la gente en el partido era honesta! Mi conciencia está limpia. Durante mi vida, hice lo que pude para verificar que las fábricas trabajaran bien, para asegurarme de que la gente viviera mejor. No tomé nada para mí. Usted ve en qué casa vivo. Tuve más de una oportunidad para obtener un departamento, pero no lo hice. ¿Por qué? Porque tuve varias trabajadoras que tenían niños y no tenían apartamentos. No podía pedir uno para mí. Por eso estoy en esta casa, que construimos mi esposo y yo, y aquí vivimos.[30]

Uno de mis entrevistados, Oleg Yanushpolski, quien vivió casi toda

su vida en la República Soviética de Uzbekistán, ni siquiera tiene que justificar nada: los valores de la era soviética eran lo más alto a lo que se podía aspirar entonces:

Había [en la época soviética] más entusiastas, más personas enérgicas, que aspiraban a ideales verdaderos y elevados; querían hacer de la vida algo mejor, hacer cosas importantes […] En el capitalismo se perdió ese espíritu, los ideales cambiaron, ahora todos piensan en sus ganancias.[31]

El recuento de una moscovita septuagenaria no es muy distinto a pesar de que haga referencia al terreno de las diferencias étnicas y religiosas, lo mismo que el de mi entrevistado Aleksandr Masiutin y el de un obrero que ya no encuentra significado a su trabajo:

Aprecio las relaciones que yo tenía con personas comunes: apoyo mutuo, colaboración y ansiedad mutuas. Esto era muy típico del tiempo de la Segunda Guerra Mundial y después. Ahora es diferente: cada quien se preocupa de sí mismo. Y extraño ese sentimiento del "hombro del vecino". No prestábamos atención a nuestras nacionalidades; no sabíamos cuál era la diferencia entre distintas religiones. Sólo éramos "gente" […] Tengo un fuerte sentimiento de nostalgia por aquel tiempo, por las relaciones amables y de corazón abierto entre las personas. Rusos, judíos, tártaros, nadie pensaba siquiera en las nacionalidades del otro. Sólo éramos gente.[32]

Había seguridad porque estaba prohibido no trabajar. Eso era bueno porque no había holgazanes o bandidos; el sistema te hacía trabajar. Había sociabilidad, una ayuda real entre personas. Sabíamos que vivíamos entre personas, no entre perros […] La sociedad era buena; obligaba a la moralidad […] No había nacionalismos, nadie se odiaba. ¡La "amistad de los pueblos" de la que nos hablaban era real! […]

Había disciplina en todo, no sólo en el Ejército; de verdad estudiábamos, leíamos mucho; ahora nadie lee, ni siquiera en internet […] El egoísmo era algo extraño, de verdad éramos una Unión; no había nada virtual (Skype, Vkontakte,[33] celular), todo era real, era una asociación.[34]

Antes era más interesante; se conseguía más entonces. Y podíamos decirle a la gerencia qué iba mal y qué necesitábamos. Se hablaba entonces […] Antes yo solía levantarme y era feliz de saber que iba al trabajo. Ahora despierto y no quiero ir al trabajo; ni siquiera nos pagan. Y la cooperativa estaba mejor antes. Incluso me atrevo a decir que antes estaba muy bien. Pero ahora la gente se ha vuelto desagradable por todas las dificultades, y eso influye en las relaciones [laborales]. [La cooperativa] me gustaba más en el periodo comunista. En ese entonces teníamos el Plan. Teníamos que correr de un lado a otro para cumplirlo, y si lo lográbamos éramos premiados: la gente tenía un interés en su trabajo […] La cooperativa ha cambiado. Estaba mucho más unida antes. Ahora está fragmentada. Y la gente se ha vuelto agresiva […] Antes había algo a lo que aspirar: se otorgaban medallas, los bonos; todo significaba de alguna manera. Yo solía correr de aquí para allá. Yo era miembro del comité partidista, del comité sindical, de la defensa civil, radiaba energía y solía conseguir que todo se hiciera […] Ahora, si soy honesto, he perdido un poco el interés en el trabajo. Por ejemplo, un vagón puede venir sucio de la mina, y antes lo hubiera limpiado a manguerazos, pero ahora ni siquiera me importa: que se quede sucio. [35]

Estos relatos, caracterizados por la gran adversativa que no pone en duda el balance donde lo “bueno” superaba por mucho a lo “malo”, permiten ver también los recuentos nostálgicos —positivos por definición, es de subrayar— sobre la época soviética como un reflejo menos de la forma en que el “aparato de propaganda” consiguió “lavar el cerebro” a la gente que como síntoma del apoyo visible del que gozaba el sistema cuando sus gobernados veían beneficios en él, cuando sentían un margen de maniobra real en los asuntos públicos al pertenecer a un todo que construía el futuro. Este tema es recurrente —y en él conviene hacer hincapié— en cierta parte de la literatura reciente, pero sobre todo en los

recuentos directos y estudios de corte antropológico.[36] Pero también pintan un retrato del presente: de la decadencia y desgano generalizados, de un gobierno que hoy en día tiene muy poca o nula responsabilidad moral en la mente de buena parte de sus gobernados.

Esta "bondad" ulterior del antiguo régimen deriva en una tercera tendencia en el grueso de los recuentos nostálgicos: las distintas formas de concebir la libertad antes y después de 1991, la cual permite entender que no hay una configuración universal de su significado, mucho menos del que la cultura política occidental hace alarde, incluso cuando —como en Occidente suele hacerse— se equiparan dos conceptos distintos como libertad y democracia en su valor epistemológico en el ideario de los entrevistados. El tema no es menor dado que el nuevo régimen ruso, basado en la Constitución de 1993, así como la tríada constituida por actores políticos, medios de comunicación y académicos occidentales, justifican su actuar en la idea de que ahora hay "libertad" y durante el socialismo no la había. Pero surge una duda: libertad de qué, de quiénes, para qué. Todos mis interlocutores —incluso los jóvenes—, así como los de otros autores, niegan que Rusia viva hoy en "libertad" cuando se les pregunta su opinión al respecto. Mijaíl Zhióltov, diseñador de 49 años nacido en Omsk, sintetizó en una respuesta la condena a las nuevas formas de "corrupción moral" que antes "no había" con una crítica a las nuevas formas de liberalización de la vida cotidiana: "La permisividad y disponibilidad de programas de información [en internet], recursos en línea, que socavan la vida moral y el sentido del honor y la dignidad, nada tienen que ver con la democracia".[37] Por su parte, Aleksandr Goncharov, diplomático residente en Jimki, secundaba: "Rusia vive una 'libertad' sin ningún tipo de límites".[38] Valentina Korzhán, estilista de 64 años originaria de Zlátoust, en los Urales, declaraba sin tapujos: "Era mejor antes porque había sólo un partido. Ahora hay muchos, hay 'democracia', y nadie se pone de acuerdo; todos dicen tonterías. Antes era mejor porque sólo había uno y se hacía lo que él decía".[39]

Esta noción, tan recurrente en Rusia —en especial después de la experiencia negativa del decenio de 1990—, de que la libertad debe estar limitada no sólo para rendir frutos, sino también para evitar

todo tipo de caos, produce en no pocos actores una interpretación del antiguo régimen como uno más “libre” que el actual. Olimpia Malivánova, una física rusa retirada, y Genovaitė, una mujer lituana —que vivió bajo el mismo sistema soviético desde 1944— lo explican así, respectivamente:

Puede usted imaginar que [yo podía] fácilmente subirme al tranvía e ir a la estación de metro. Hay un mercado ahí. Se puede comprar todo lo que uno quiera. No hay que hacer ninguna fila. El pequeño problema es que [ahora] uno no tiene dinero. Otro problema es la seguridad. Cuando era joven, podía ir al teatro por la noche y podía regresar a casa fácilmente sin miedo a que alguien me asaltara. Ahora es terrible y hay asesinos y hooligans. A la gente le da miedo salir por la noche. En ese tiempo me sentía más libre que ahora. [40]

Lo más terrible de esta época es la inestabilidad, la incertidumbre sobre el mañana. Vivimos al día […] Eres explotado por cada empleador; eres como un esclavo. Si algo no te gusta, te dicen que hay una línea [de trabajadores potenciales] tras la puerta […] Antes, si no te gustaba, si la paga era muy baja, podías irte al día siguiente. Podías decir lo que querías sin miedo, decir lo que no te parecía. Podías escoger sin tener miedo del mañana. Yo sabía que mi salario iba a ser pagado en tal día. Si gastaba todo mi dinero, podía pedir prestado. Sabía que lo pagaría al día siguiente. Ya no es así. Hoy puedo tener trabajo; mañana puedo estar desempleada. Y no sé si conseguiré tal trabajo. Tal vez nadie me prestará dinero, no tendré nada que comer. No tengo ahorros; vivimos al día […] Esta incertidumbre es tan deprimente.[41]

Mientras que en el primer recuento Olimpia identifica la libertad con la paridad de compra y la seguridad pública, Genovaitė lo hace con una libertad de expresión —en el sentido liberal— que para ella existía en el socialismo, aunque curiosamente después de 1991 se diga incansablemente que en Lituania ocurre lo contrario, tanto en

producciones mediáticas como académicas y políticas. Aunque se refieren a hechos distintos, ambos testimonios están vinculados en su nostalgia por la certidumbre que producía tal o cual elemento del sistema. La declaración de una pensionada polaca sobre la inseguridad en su localidad es muy similar al relato de Olimpia, pues arroja luz sobre una forma poscomunista de entender la libertad ajena a la convencional, al igual que el testimonio de una joven madre de Kírov, Rusia:

Quizá es esta libertad. No es bueno tener tanta libertad […] Quizá esa libertad nos ha perdido; no sé qué más pueda ser. Como dicen, con los comunistas había más disciplina. Había más milicia, la milicia distrital, que daba rondas constantemente cuidando el vecindario.[42]

Yo estaba orgullosa de vivir en la Unión Soviética. Mi madre y yo podíamos ir a caminar tarde, en la noche, a las diez u once […] caminar por la calle sin tener miedo de que alguien saliera de por ahí, atacara, golpeara o disparara […] o se llevara dinero. Para mí, para mi hijo, eso se manifestaba en libertad. Y ahora […] no pienso que soy libre.[43]

Resulta muy interesante la forma en que en estos recuentos se equipara libertad con disciplina, algo perfectamente extrapolable a muchas realidades particulares del poscomunismo. Hoy se depende de la incertidumbre, mientras que en tiempos soviéticos pasaba exactamente lo opuesto: depender del Estado titánico, certero, de pronto equivalía a "ser libre", hasta que éste se replegó de la vida privada para ser sustituido en la dependencia social por elementos como el dinero. Como me dijo Rimma Bulávina, "antes [las personas pedantes] presumían sus conexiones con el Partido, ahora presumen su dinero".[44] Quizá la dependencia sea semejante, pero la ineficacia del circulante, en el sentido de no ser algo tangible para muchas personas en la Rusia postsoviética —sea porque hasta la fecha se atrasan los pagos o por el desempleo repentino—, comparada con la constantemente verificable eficacia del Estado

soviético en los espacios público y privado, producen en conjunto una sensación de mayor dependencia hoy. Una mujer anónima que llenó uno de mis cuestionarios escribía: “Yo no siento libertad. Hay una serie de problemas que son muy difíciles de resolver. En todos lados hay una dependencia del dinero a lo largo de la vida”.[45] Aleksandr Masiutin fue mucho más resuelto:

Primero nos dijeron [desde el gobierno] que todo estaría bien [en el nuevo orden]. Luego de años de estabilidad [bajo el antiguo régimen] un buen día nos dijeron que no podían pagarnos el sueldo. ¿Cómo entiendes eso? […] Yo no sé qué significa “libertad”. Para mí es trabajar, vivir bien. Lo mismo con [el concepto de] “democracia”. Ahora la “libertad” nos trajo gente que muere de hambre, que no puede pagar sus medicinas. No se necesita “libertad” […] ¿“Democracia” es ir a gritar a Putin que es un inútil? Esto es una oclocracia; gana el que tiene dinero.[46]

Resulta revelador que la presunta equivocación de Masiutin, quien seguramente quiso decir plutocracia en vez de “oclocracia”,[47] es síntoma de que la aplicabilidad de conceptos occidentales a la realidad cotidiana postsoviética no sólo ostenta un rechazo abierto y generalizado, sino que no logra asir la complejidad de diversos fenómenos sociales y políticos específicos del caso ruso. Si algo expresa la nostalgia es el rechazo a un orden de cosas novedoso, a lo moderno, pero también a lo ajeno. Todos estos recuentos conforman una fuerza centrípeta en torno a la cual gravitan percepciones de libertad que, además de diferir por completo de las que se conocen y practican en Occidente, revelan que no pocos individuos se sentían mucho menos restringidos en su quehacer cotidiano bajo el socialismo, lo que para los apóstoles del orden liberal sería sumamente inconcebible, pero no por eso debe desdeñarse sino, por el contrario, comenzar a entenderse.

Un último punto sobre las formas de comprender la libertad en Rusia antes y ahora es relevante: no sólo se sobreentiende que, para numerosos actores, el antiguo régimen era mucho más permisivo y “había mayor libertad”, o que, para otros, el problema en la

actualidad es que hay demasiada libertad. Gran parte de estos últimos recuentos dan al traste con la idea occidental de que el régimen ruso actual, el de Putin, tiene un carácter "autoritario" o incluso "totalitario", como algunos exageradamente llegan a decir. Sin duda se trata, en el sentido académico del término —como nivel de análisis—, de un modelo político autoritario perfectamente identificable de acuerdo con la definición clásica de Juan Linz.[48] Distinto es que ese autoritarismo se impregne en absolutamente todas las facetas de la vida cotidiana. ¿Cómo puede entenderse que, por un lado, la prensa occidental llegue a tildar de "totalitario" al régimen de Putin y, por otro, una buena cantidad de rusos afirme que hay una libertad desenfrenada en el país, lo que representa precisamente un problema? Esto es todavía más extraño habiendo una corriente historiográfica a la que incluso se le hace inexacto llamar "totalitario" al sistema soviético porque siempre era posible "darle la vuelta". Así me lo decía el propio Masiutin:

Dicen que no teníamos sexo. ¡Claro que había! ¿Y quieres saber cuántas veces [al día]? […] Dicen que había "totalitarismo" [en la Unión Soviética]. ¿De dónde [sacan eso]? Uno vivía de sus allegados y ya. Vimos todas las películas estadunidenses que quisimos […] Teníamos todo. Escuchábamos a Pink Floyd […] a los Doors, a [Jimi] Hendrix, Uriah Heep, Grand Funk Railroad, Led Zeppelin, Deep Purple.[49]

Para no pocos rusos esa "libertad" actual es tan licenciosa que debería tener límites. Esto contrasta profundamente con la imagen que la prensa, la política y parte de la academia occidentales pintan sobre el régimen de Putin: cerrado, represor, "dictatorial", "totalitario";[50] comparable con todos los dictadores que han pisado la faz terrestre, desde Stalin y Hitler —las escapatorias fáciles que no necesitan explicación—[51] hasta los más recientes, como Mubarak o Gadafi, cuyas caídas son una "advertencia" para el presidente ruso,[52] pasando por —mi comparación favorita, debo decir— Salvador Allende.[53] Es notable el impacto que se logra en el público yuxtaponiendo adjetivos cargados de connotaciones negativas desde la inmaculada posición de un inocente "periodista",

cuya credibilidad suele pasar no por el contenido de sus escritos, sino por la confusión con su derecho a decir lo que quiera.

En realidad, no me interesa lo que piense la prensa o los actores políticos occidentales, muchos de los cuales hablan sin haber pisado Rusia, sino lo que piensan los rusos que no están en el ojo público, los que viven día con día sus realidades cotidianas. El mero hecho de que muchos entre los locales consideren que el nuevo régimen es demasiado laxo permite entender que, en primer lugar, no tiene grado de comparación con el antiguo; en segundo, da al traste con la idea actual de Rusia como un Estado controlado de forma casi absoluta por una sola persona. Insisto en un punto reiterado desde la introducción de este volumen: no hay que ser comunista para reivindicar tal o cual elemento del antiguo régimen[54] —ni admirar a Putin para reconocer sus fortalezas y desaciertos—: hace falta estar informado, y quién mejor que aquellos que lo han vivido en carne propia, como las distintas biografías, trayectorias y creencias de los entrevistados revelan. Así lo decía una maestra estonia a propósito del pasado soviético de su país:

Hemos sido impulsados a nuevos caminos a lo largo del tiempo muchas veces y no es fácil encontrarse a sí mismo otra vez. Yo trato de ser honesta y decir la verdad… la nueva vida, el orden soviético hizo a la gente más feliz en un país repleto de muchas personas pobres y pocas ricas. ¿Mentí? […] Parecería que no puedes escribir sobre tu vida separadamente de la política. Incluso una persona que no está involucrada en lo absoluto con la política vive en ella, pues, de algún modo u otro, la vida aún es política […] nada queda fuera de la política.[55]

ESTRATEGIAS DE SUSTITUCIÓN DEL ESTADO: CAMBIAR PARA SEGUIR IGUAL

Retomando el hilo del capítulo, a lo largo de este trabajo se ha hablado mucho sobre el repliegue del Estado respecto de la vida cotidiana durante el poscomunismo, pero no se ha profundizado en las estrategias mediante las cuales los individuos asimilan y sustituyen esa pérdida, puesto que no sólo basta vivir con ella y decir que algo "hace falta", sino que la reacción de los involucrados adopta la forma de prácticas sociales que el investigador no puede dejar de lado en su análisis. En Rusia la nostalgia por el socialismo produce estrategias de sustitución del Estado, sin importar que sean formales o informales —en realidad, predominan las últimas—, que tienen por objetivo hacer sentir al individuo de nueva cuenta como parte de un todo, que vuelva a ser útil para con su entorno y rellenar el vacío que dejó el sistema anterior.

La estrategia más visible es la de pertenecer a una comunidad de amigos que por lo general comienzan siendo vecinos, algo que la realidad física que representan los bloques de apartamentos multifamiliares sigue fomentando constantemente. Este sentido de pertenencia tiene consecuencias netas en el bienestar de los individuos.[56] Más que simple amistad, se trata de un sistema interpersonal (o "intervecinal") de favores, una cadena de asistencia legítima y recurrente, mucho más que la que pudiera fomentar el Estado,[57] el cual es rechazado cuando se dan a conocer casos de corrupción oficial en el ámbito local o regional.[58] En realidad, no es que durante el antiguo régimen no se hayan dado estas prácticas: precisamente lo que se busca con ellas es reproducir las mismas del pasado, pero la diferencia radica en la relación que ahora se tiene con el Estado.

Bajo el socialismo esta asistencia interpersonal adquiría dos formas claras. La primera surgía desde dentro, es decir que se hallaba incorporada en el conjunto de valores que el sistema soviético promovía, en donde quizá el más articulado, por la dependencia

interpersonal al cobijo del Estado, era la ayuda mutua en la granja colectiva, en la que “cuando plantábamos papa, lo hacíamos juntos. Por ejemplo, hoy la plantamos para uno de mis vecinos, al día siguiente para otro, [y] en dos días será mi turno. Estos días no volverán nunca. La gente se ha ido, y no hay un vínculo como solía haber antes. Algo hace falta”.[59] La segunda era desde fuera, o sea mediante prácticas ajenas al sistema —al menos de forma nominal, puesto que llegaban a ser toleradas— que se hacían con el fin de “dar la vuelta” al mismo, es decir, recurriendo a la informalidad. En el sistema soviético ésta era representada por el blat, una práctica empleada para obtener toda clase de recursos dentro de la pertenencia a un círculo social de simpatía y “buscar una forma de evitar los procedimientos formales”,[60] fenómeno que es “una reliquia de los tiempos soviéticos”[61] y que, según un dicho popular, era “más poderoso que Stalin”.[62]

Al contrario de estos fenómenos tan recurrentes bajo el socialismo, las crecientes estrategias de sustitución del Estado a partir de la Perestroika se dan porque aquél ya no se inmiscuye en la vida cotidiana ni en las relaciones sociales, y ya no es generoso con los subsidios, por lo que “la pensión no alcanza”. Es evidente que las estrategias definidas en el antiguo régimen no pueden funcionar del mismo modo en el nuevo; en pocas palabras, los individuos deben inventarse nuevas estrategias para seguir igual, para volver a sentirse parte de un todo. La expresión política más clara de esta ansiedad fue el triunfo —en el voto plurinominal (apéndice 2)— de Vladímir Zhirinovski y su partido, el Liberal Democrático (LDPR), en las elecciones parlamentarias de 1993, las primeras de la Rusia independiente. Su retórica era una expresión de la política de la queja, es decir un recurso “populista” de apelación al “hombre común”, una denuncia en nombre de los desprovistos, pero sin plantearse seriamente obtener el poder sino meramente sobrevivir políticamente, aunque sea de forma marginal. Zhirinovski innovó en la política rusa al ser el primer político en “quejarse” de una manera directa —algo en lo que Yeltsin fue pionero en 1988-1991, pero cuyo vínculo con el antiguo régimen y posterior llegada al poder ponían en tela de juicio— y agresiva, que consistía en gritar, parlotear, enojarse, denunciar el repliegue del Estado, golpear a otros parlamentarios y capitalizar el sufrimiento del hombre común, dando su teléfono personal a los electores en televisión o

proveyendo asesoría legal en los comités distritales del LDPR, sustituyendo de esa forma al desaparecido Estado de alguna manera.[63] ¿Y qué es este partido sino una búsqueda de "cambiar para seguir igual" que en el antiguo régimen, como se vio en el capítulo anterior al describir las actividades de la administración local del LDPR en Pskov?

Abajo, en el orden social, en el ámbito de las relaciones de proximidad interpersonal —a pesar de que hay otros grupos de pertenencia, concretamente lo que se conoce como "mafias"—,[64] la estrategia es definida por una habitante de Jlópovo: "Más que nada vives con tus amigos y vecinos en algo así como grupos pequeños, yo diría en grupos y terrones, donde todos somos hermanados de alguna forma. La gente que se sale de éstos [sólo] consigue problemas".[65] Los recuentos abundan en la literatura etnográfica al respecto; cito tres que me parecen ilustrativos.

Las cosas eran mucho mejores y más fuertes antes. Si el koljoz regresara todo sería mucho mejor. ¡Incluso podríamos ganar algo de dinero! […] Nosotros en el campo éramos más fuertes. Ahora todos somos débiles. Pasamos de ser una granja fuerte a una granja inexistente. Todo de pronto desapareció, y ahora sólo tenemos el uno al otro.[66]

Lo más importante me parece que es la posibilidad de socializar. Por supuesto, venimos por los ejercicios, pero socializar es la parte más importante. Yo soy nueva [en el grupo], aunque llevo ya nueve años aquí. Del mismo modo, cuando nos encontramos ya sea en el bazar o en la calle es como si te encontraras a tu familia.[67]

Vienen a verme cada año. Visitan a los ancianos […] Incluso viene el jefe […] A veces traen té, a veces leche condensada o un paquetito de dulces. Siempre traen algo lindo. Nunca nos olvidan.[68]

El primer recuento pertenece a una anciana de Móshkino, mientras que los dos últimos fueron recabados en un club informal de pensionados en Burla, en la región de Altái, en la frontera con Kazajstán. Este lugar, al igual que miles de asociaciones informales en el país —consejos de veteranos de guerra, por ejemplo—, se ha convertido con la ayuda de antiguos compañeros de trabajo en una realización de la sustitución de la asistencia del Estado. En estos sitios, como se ve en el segundo testimonio, si uno no socializa no logra, por un lado, satisfacer sus necesidades inmediatas, y por otro, no consigue sentirse parte de un todo, por lo que algunos llegan incluso a comparar al grupo de asistencia con la familia. Rebecca Kay parafrasea este patrón en voz de uno de los encargados del club: "Somos todo para ellos [los pensionados]: mamá, papá, hijos y nietos en uno solo".[69]

El sentimiento de que ya nadie necesita de nadie como antes se exacerba no sólo debido al "abandono" del Estado, sino también por la forma en que éste rechaza —tanto como estos grupos interpersonales rechazan al "corrupto" Estado actual— la inercia social de los tiempos soviéticos, sin entender que sin ésta un enorme número de individuos no entendía su propia supervivencia, al ya no sentirse un eslabón necesario en el proceso de producción colectivo. Tatiana, una granjera de Moshkínskoye (región de Nizhni Nóvgorod), un habitante de Zúbova —donde la zona penal ya no mantiene económicamente a las zonas rurales aledañas—[70] y un hombre sexagenario de Moscú, respectivamente, dan cuenta de este fenómeno, no sin visos de nostalgia perfectamente entendibles en tres relatos muy distintos:

Siento que ya nadie nos necesita, pero aun así queremos sobrevivir. De dos a tres años para acá el jefe de la administración en Gorodéts reunió a todos los granjeros independientes para una junta. [Él] no estaba satisfecho con nuestro trabajo y uno de los granjeros al final de la junta se levantó y preguntó: "Díganos qué productos quiere de nosotros. Podemos reorganizar nuestras granjas muy fácilmente y cultivar lo que usted quiera". Y el administrador dijo: "Yo no necesito nada de ustedes". ¿Lo ve? Ya no hay ningún tipo de apoyo para nosotros. Creo

que los granjeros privados en Rusia no pueden tener éxito aunque puedan sobrevivir.[71]

[La situación económica] se ha vuelto mucho peor. Cuando era responsabilidad de la zona [penal] era mucho mejor. Sólo había que solicitar [reparaciones] y la zona ayudaba […] y costaba menos […] Zúbova [la zona penal] no nos necesita. Ése es el problema. Todo ha sido privatizado […] tenemos que pagar por los servicios comunales como el agua, drenaje y depósito de desechos.[72]

Nuestra nieta vino con sus amigos a nuestra casa de verano luego de su graduación de preparatoria. En la cena comenzamos a hablar de sus planes para el futuro. La idea principal que retuve de esa conversación es que actualmente la gente joven no confía en su futuro, temen por sus vidas (terrorismo, mafias, drogadicción, etc.), y no sienten que el país los necesite […] Me sentí triste. Recordé los "buenos tiempos", cuando me gradué de preparatoria. Sabía cuáles eran mis metas, y veía hacia el futuro con optimismo […] Sentía que se me necesitaba. Ciertamente, hubo errores y decepciones en mi vida, pero en su mayoría fueron causados por mí. Es una pena que los tiempos tranquilos, estables y balanceados estén en el pasado, cuando no dudábamos si "veríamos el amanecer" [letra de una canción]. Ahora los jóvenes y los no tan jóvenes dudan de su futuro. ¿En dónde está ese tiempo de oro? ¿Qué pasó con la gente y con el país? No hay respuesta. Pareciera como si alguien invisible descaradamente hubiese trepado hasta nuestra alma, robado todo y dejado nada a cambio.[73]

En los tres casos, como en todos los que se han citado, los protagonistas de la nostalgia van del antes al ahora en un vaivén de atemporalidad, y es la nostalgia el hilo conductor de recuentos a primera vista distintos, que dan cuenta de fenómenos diversos. Por otro lado, los testimonios son reveladores en la distancia que toman frente a su Otro: para la mujer de Moshkínskoye, la actitud de desdén del gobierno local marca la diferencia entre antiguo y nuevo

régimen, entre sentirse y no sentirse útil para la comunidad. En el segundo relato es la privatización, mientras que el tercero rechaza el futuro —y, en cierto grado, el presente— en su visión de la juventud actual. Los tres reflejan un enorme desbalance en el que, aunque "nadie necesita de nosotros", "nosotros" sí necesitamos del Estado de una manera urgente, lo que reconfigura la relación de éste con los entes nostálgicos que gobierna. Así, esa necesidad de sentirse necesitado, valga la redundancia, en realidad se convierte en una necesidad del Estado benefactor, que ya no lo es más. Como dice Aleksandr, un empresario de apenas 30 años:

Nosotros aquí no tenemos lo que la gente llama "el Estado". Simplemente no existe. El Estado es el aparato que… sí, explota esto y aquello, pero lo más importante [es que] de alguna manera se preocupa por sus ciudadanos. Y, en nuestro caso, absolutamente nadie se preocupa por nosotros.[74]

El recuento sobre la nieta que llevó a sus amigos a su dacha es aún más relevante porque, a pesar de que viene implícita una crítica a los cambios políticos de 1985-1991, marca una diferencia sobre todo con las nuevas generaciones, otra tendencia muy común encerrada en los recuentos nostálgicos entre adultos rusos. Sobran testimonios en los que el "estable" pasado soviético adquiere mayor legitimidad al diferenciarse del "caótico" presente. Ese "caos" se refleja en lo que, para muchos adultos rusos mayores de 40 años, es la actitud de indiferencia hacia la vida y el futuro de las personas jóvenes, quienes ya no vivieron el "socialismo real" o no lo recuerdan. Así lo decía un par de adultos mayores en una conversación:

VITALI MÁRKOV: Es mejor que [usted, el entrevistador] reúna a gente joven [para un grupo de enfoque]. Ellos le dirán cosas distintas. Tienen una mirada diferente; ellos no vivieron bajo el comunismo.

ZOYA KÁRPOVA: Sí […] Y [por eso] no nos entienden. Ellos no trabajan como nosotros lo hicimos. No trabajan en lo absoluto, sólo causan problemas y abusan de nosotros. Ellos no ayudan a los demás.[75]

Como siempre, Aleksandr Masiutin es mucho más resuelto y sintetiza de modo muy diligente y sucinto este sentir generalizado hacia las nuevas generaciones que no vivieron bajo el socialismo en la siguiente frase: "Antes planificábamos el alma; ahora los jóvenes [sólo] se sientan a fumar por ahí".[76] No obstante, diferenciarse de las nuevas generaciones también trae a colación exactamente la idea opuesta a la de los valores soviéticos supremos que pueden perdonar sus errores a cualquier individuo, trazada páginas atrás. Es decir: si antes los grandes valores extraídos del sistema soviético por la población común y corriente —honestidad, dignidad, sencillez, sacrificio hacia la comunidad, por nombrar los que las personas entrevistadas han enlistado— eran tan absolutos (al menos en su ideario) que podían eximir los pasajes "negativos" de la historia soviética, ahora los valores occidentales, para estos actores, son un telón de fondo que confunde a las nuevas generaciones y ejerce una influencia que escapa al albedrío individual. Si los valores extraídos del sistema soviético eran más poderosos que cualquier individuo, los valores del nuevo orden también son más poderosos que una supuesta "bondad natural" de las personas, en especial los jóvenes. Esto se manifiesta en los relatos que eximen a "los jóvenes" de sus "desviaciones": no son ellos por sí mismos quienes ya no ostentan ni ponen en práctica valores positivos, sino que se ven como "presa" de las circunstancias actuales, verdadera causa de la desgracia juvenil en el ideario de no pocos actores. Cito de nueva cuenta a Antonina Alexándrovna, quien refleja este sentir al vincular la "involuntaria" actitud de los jóvenes de hoy con el nuevo estado de cosas, echando mano de una inevitable comparación con el régimen anterior a 1991:

[Antes] la gente no deseaba dinero, y es sorprendente porque en el

sentido material no se vivía muy bien, pero nadie buscaba ganar dinero por medios deshonestos. De algún modo las cosas fluían con calma, las personas se respetaban mutuamente y eran honrados en su trabajo. Todo estaba bien […] Ahora no es así. Lo más alarmante [es] la gente joven. Nuestros jóvenes no son malos, nuestros jóvenes son buenos, ¡pero todos estos mercachifles tienen una gran influencia sobre ellos! ¿Por qué han empezado a dejarse llevar tanto por el dinero? Porque les llega fácilmente. Hablando estrictamente, nada se está produciendo ahora. La fábrica en la que yo trabajé y en la que mi esposo trabajó —trabajamos ahí toda la vida— ahora está inactiva. ¿Puede imaginar eso? ¿Cómo puede ser? ¿Con ese tipo de maquinaria? ¿Y qué hay de la gente? ¿Cuánta gente está sin trabajar?[77]

Similar es la reacción de una mujer de Kírov de 39 años (“joven”), a quien no le parece “natural” la actitud de las nuevas generaciones —en su caso, la de los niños—, lo que siempre deja espacio para sospechar de una fuerza superior al albedrío que obliga a los individuos a actuar de cierta manera cuando “en realidad” querrían actuar de otra. Para ella, dicha fuerza es muy clara: se trata de la educación actual, la postsoviética, que en sus programas integra elementos tan “poco naturales” como la religión:

No hay forma de cambiar [los valores soviéticos] por completo en nuestro nivel. Los valores pasados de una persona viven. No somos zombis. La conciencia de los niños de hoy, por ejemplo, realmente me alarma. En el pasado teníamos una ideología, de hecho una forma radiante de ideología, pero ahora [les] inculcan la cultura de la iglesia, así como antes inculcaban la cultura del comunismo. Algo no es natural.[78]

Es interesante que esta mujer entrevistada por James Alexander también se valga de la adversativa, del pero, para establecer una jerarquía entre lo “bueno” y lo “malo”, como lo hacen sus compatriotas citados antes. En su caso, la “radiante” ideología

comunista sigue siendo sumamente legítima, pero hoy en día no se explica cómo pueden inculcar a los niños valores religiosos, los cuales en realidad nunca desaparecieron durante el orden soviético a pesar de la supresión relativa de la religión.

En cuanto a la memoria entre niños rusos, mi experiencia personal durante una entrevista a una persona mayor en Cheliábinsk fue reveladora de la politización y conocimiento histórico inmediato de la generación rusa más joven. Mientras Valentina Ilínichna, pensionada originaria de Zlátoust, me hablaba sobre su infancia en la época de Stalin y Jrushiov y de los cambios que cada líder trajo a su vida, sus nietos, que acababan de llegar a casa, no pudieron evitar oír nuestra conversación con cierto tono de aburrimiento. Al escuchar que su abuela hablaba de historia política, decidieron traer el tema a su nivel de conocimiento histórico diciendo: “Abuela, mejor háblanos de Yeltsin”, ante una mueca de reprobación de la anciana. La implicación era reveladora: para la generación más joven, nacida a principios de la década de 2000, la historia comenzaba en 1991. Lo anterior era irrelevante.

EL ÚLTIMO NOSTÁLGICO

Esta última intervención de un par de infantes abre la perspectiva opuesta, la de las nuevas generaciones y su visión acerca de los nostálgicos, que también dice algo sobre las relaciones sociales y familiares en la Rusia contemporánea. Para alguien como Andréi Minéyev, quien tenía 17 años en 1991, este "problema" del "atraso" de las viejas generaciones puede resolverse fácilmente, pero en un largo e indefinido plazo, lo que refleja la ruptura generacional que significó el desmantelamiento de la URSS y del sistema socialista:

Las nuevas generaciones y la nueva mentalidad simplemente […] remplazarán [a los ancianos nostálgicos]. La vieja generación, de 40 [años] para arriba, es ya imposible de cambiar […] Simplemente tenemos que esperar a que toda la gente vieja se muera.[79]

Es decir que para Minéyev el problema de la nostalgia es perfectamente resoluble, aunque no quizá de la forma más "políticamente correcta". Es cuestión de esperar y, en ese sentido, no carece del todo de razón: la nostalgia por el socialismo se encuentra en la flor de la vida y quizá en algunos países está pasando por su mejor momento —sin duda limitado, pues si fuera un sentimiento todopoderoso ya no sería nostalgia—. Así ocurre en Rusia, en donde su gran auge vino no con los grandes números electorales del Partido Comunista de la Federación Rusa en la década de 1990, sino en el decenio siguiente, cuando fue inyectada por la administración de Putin en el lenguaje público y aceptada, negociada y reivindicada desde el orden social, en una complementariedad de nostalgias que hizo posible un ordenamiento sociopolítico como el que se ve hoy en el país. Minéyev pone sobre la mesa el tema ineludible de la finitud de la nostalgia, al menos de la directa, porque en algún momento habrá de morir el último

nostálgico, la última persona que haya conocido y celebrado el viejo orden.[80] Esta bomba de tiempo hace necesario recabar todos los recuentos posibles al respecto antes de que sea demasiado tarde, pues constituye una oportunidad única para entender lo que fue la experiencia comunista desde abajo, pero también la de la nostalgia y sus repercusiones en la vida cotidiana.

La finitud de la nostalgia es un fenómeno que sin duda conllevará cambios, renovaciones y consecuencias sociopolíticas —para empezar, sacudirá enormemente a los tres principales partidos políticos de Rusia, que la explotan de forma abrumadora—. La búsqueda de nuevas configuraciones políticas que poco tienen que ver con las vetustas, nostálgicas y tradicionales se ha dejado ver en dos elecciones recientes: la presidencial de 2012, donde el magnate Mijaíl Prójorov obtuvo un contundente tercer lugar en buena medida gracias al voto joven y un programa liberal, y la elección local en Moscú de septiembre de 2013, donde un candidato liberal como Alexéi Naválny escaló a un importante segundo lugar por encima del candidato comunista, Iván Mélnikov, lejano tercero —aunque sea éste un fenómeno indiscutiblemente exclusivo de un centro urbano como Moscú—.[81] Incluso hoy en día la construcción ridiculizada de la nostalgia como algo vetusto ya tiene síntomas muy claros, de los que la diferenciación y denuncia mutua entre nuevas y viejas generaciones son apenas un indicio. Una mujer de edad avanzada cerraba así su entrevista, revelando algo más que lo que Norbert Elias llama “la soledad de los moribundos”:[82]

Qué mal que no hay más tiempo. ¡Podría contarle mucho más! Pero a nadie le interesa. Los periodistas [que me entrevistaron anteriormente] siempre se enfocaban en una sola cosa: “Eso es todo, Vera Ivánovna, eso es todo”. Siempre escribían algún articulito. Zas, pum, y nada más. A nadie le interesa. Absolutamente a nadie le interesa ahora. Y estamos muriendo. La mayoría de nosotros ya se fue. Somos lo que queda. Y no hay más.[83]

“Y no hay más”. Una vez que el último nostálgico se encuentre en

los albores de esta fase postapocalíptica, en la que él ya no tenga ningún tipo de cabida en el nuevo orden, como Robert Neville en su celda en la novela I am legend (1954), de Richard C. Matheson, frente a una sociedad distinta, ajena y hostil que aguarda su ejecución, y donde ya no tenga derecho alguno a impedir al resto de los nuevos "normales" su propia muerte ni condenarla al ser el único individuo "anormal" que vive del pasado, la nostalgia directa morirá con él.

Cayó contra la ventana, y miró a la calle. Estaba llena de gente [vampiros]. Se agrupaban a la luz grisácea de la mañana. El sonido de sus voces llegaba a él como el zumbido de las abejas. Neville los miró, agarrado con la mano izquierda de los barrotes y con los ojos febriles. Entonces alguien lo vio. Durante un rato las voces se elevaron un poco. Se oyeron algunos gritos. Pero luego el silencio se extendió sobre sus cabezas como una pesada capa. Todos volvieron hacia Neville sus rostros pálidos. Neville los observó severamente. Y de pronto razonó: "Yo soy el anormal. La normalidad es un concepto mayoritario. Norma de muchos, no de uno solo".[84] Y comprendió la expresión que reflejaban aquellos rostros: angustia, miedo, horror. Le tenían miedo. Ellos lo veían como un monstruo terrible y desconocido, de una malignidad más odiosa que la de la plaga. Un espectro invisible que como prueba de su existencia sembraba el suelo con los cadáveres desangrados de sus seres queridos. Y Neville los comprendió, y dejó de odiarlos. La mano derecha apretó el paquetito de píldoras [que le habían dado para suicidarse]. Por lo menos el fin no sería violento, por lo menos no habría una carnicería… Neville observó a los nuevos habitantes de la Tierra. No era uno de ellos. Semejante a los vampiros [en otro tiempo], era un anatema y un terror oscuro que debían eliminar y destruir. Y de pronto nació la nueva idea, divirtiéndolo, a pesar del dolor. Tosió carraspeando. Se dio vuelta y se apoyó en la pared mientras se tomaba las píldoras. "El círculo se ha cerrado", pensó al momento de hundirse en la noche definitiva. "Un nuevo terror nace de la muerte; [soy] una nueva superstición entrando en la inexpugnable fortaleza de la eternidad. Soy leyenda".[85]

La nostalgia poscomunista indirecta en el orden ruso luego de muerto el último nostálgico cobrará quizá más la forma kitsch de los objetos fetichistas, de la "juguetización" del pasado —de manera parecida a la nostalgia napoleónica indirecta en Francia—;[86] acaso configure un par de opciones políticas que difícilmente serán unípedes bajo la sola bandera del comunismo sin mezclarse con algo más. Lo verdaderamente difícil de pronosticar es si la nostalgia tendrá amplio, mediano o corto alcance: la enorme organización, institucionalización y alcance nacional de partidos (semi)nostálgicos como Rusia Unida, el PCFR o el LDPR apunta hacia la continuidad de una nostalgia no sólo longeva sino extendida en el espectro político y en el espacio físico rusos, pero las tendencias de quienes tienen menos de 40 años, aunque no uniformes, orientan los vectores en sentido opuesto. Sin embargo, mientras esta generación no se apodere del electorado por completo, como los vampiros del mundo en la novela de Matheson, o los "locos" del manicomio en las obras de Ibsen y Machado de Assis, seguirá habiendo loquitos nostálgicos no sólo allá abajo, en el orden social, sino también allá arriba habrá quienes se sigan beneficiando políticamente al construir una imagen a partir de esa nostalgia. No obstante, si la mayoría de los rusos hoy —si se hace caso a las encuestas de opinión citadas al principio de este capítulo— son de una u otra forma nostálgicos, ¿quiénes son los verdaderos "locos", o sea la minoría? ¿O es la minoría de la población la que está cuerda? Por desgracia, no hay un Simão Bacamarte ni un doctor Begriffenfeldt que precisen estos datos en nombre de la ciencia.

¶

En resumidas cuentas, la nostalgia por el socialismo manifiesta menos el deseo de una restauración fiel del antiguo régimen o la idealización del comunismo como programa político que el anhelo de recuperar una mínima dignidad negada por el nuevo orden, como se refleja en la totalidad de los relatos de primera mano aquí reproducidos. Del mismo modo, este trabajo ha intentado reconstruir una forma de dotar de sentido la vida cotidiana, que resiste el embate de una indiferencia descomunal: reedificar

mediante un enfoque empírico, centrado en prácticas y relatos, la manera en que los actores nostálgicos entienden su realidad individual y la de su mundo inmediato, el cual repercute sobre ellos, y lo que eso dice acerca de otros fenómenos como la realidad política, los procesos históricos, el orden social y las expectativas y decepciones de la modernidad. Por otro lado, representa un microscopio que observa el pasado, por cuyas lentes se puede mirar un conjunto de moléculas "pequeñas", "insignificantes", pero que quizá dicen más acerca de nuestra propia forma de observar que sobre su composición. Si se busca una constante del mundo poscomunista, desde Budapest hasta Phnom Penh, de Maputo a Piramida,[87] no se encontrará en las recurrentes crisis económicas ni en la personalización del poder, sino en la nostalgia por el socialismo. No es sólo que la experiencia socialista en países que en el lenguaje público desechan de tajo toda relación con ese pasado como Croacia o Benín sea imposible de ignorar; la nostalgia es, tanto como esa experiencia, un factor fundamental en estos y otros Estados para entender tanto el desarrollo del proceso político cotidiano como la evolución del orden social. Romper con el pasado abruptamente puede tener enormes consecuencias no buscadas —negativas, sobre todo—. Es necesario entenderlo y conocerlo, saber que, aun destruyendo símbolos, tirando estatuas y cambiando de nombre y constitución a un país, hay personas que no pueden desprenderse de una identidad y una forma de concebir su vida y obra tan fácilmente, sobre todo si actuaron de una sola manera por décadas. Estos individuos necesitan dar un sentido a sus actos y pensamientos, especialmente después de sacudimientos políticos y sociales tan determinantes. Y, si uno pretende gobernar —y, como procura el nuevo régimen, ganar votos—, se debe tener la inteligencia suficiente como para no dejar fuera a estos actores —que, como se ha demostrado, no son pocos— sin alterar drástica y violentamente un orden social funcional.

Es necesario, del mismo modo, ser conscientes de que el nuevo régimen más o menos liberal no es un titán todopoderoso e impermeable que ha llegado para quedarse, como sugiere la idea sumamente egocéntrica de "el fin de la historia". Muchos actores lo entienden de esa manera y no comparten el entusiasmo generalizado por la modernidad, la democracia liberal (o el nuevo autoritarismo, según sea el caso) o la economía de mercado. Una

alemana del este, de poco menos de 40 años, decía muy atinadamente las siguientes palabras en una entrevista:

El único momento en que pienso que ser alemán del este te es contraproducente es cuando expresas opiniones sobre que quizá este sistema democrático-burgués no representa el fin de la historia, y cuando sugieres que puede venir algo después de él. Porque, como cualquier sistema, va a terminar tarde o temprano, quizá en cincuenta, quizá en cien años. Y entonces uno tiene que pensar sobre qué vendrá después de él y qué clase de sociedad debe ser. Pero eso, hablar del final de este sistema es completamente un tabú, porque en el momento en que te escuchan decir algo como eso, ellos piensan: “Oh, ella quiere que vuelva la RDA”, que de ninguna forma es el punto. Los alemanes occidentales no tienen problema preguntándonos cómo pudimos haber vivido en la RDA, pero no creo que se hayan puesto a pensar jamás sobre cómo responderían a la pregunta de un fuereño dentro de 50 años que les preguntara: “¿Cómo podías tú vivir en la República Federal Alemana, con su desempleo, con hambre, bueno, no mucha hambre, pero definitivamente con personas sin hogar?”.[88]

Se trata de la misma incertidumbre y desconfianza del futuro que desquicia a August Strindberg, al enunciar en la última oración de Inferno (1897), cuando se queda esperando sempiternamente la respuesta de un monasterio belga para dedicar a él su retiro, lo siguiente: “¿Y después qué? ¿Qué vendrá después? ¿Una nueva broma de los dioses que se ríen a carcajadas mientras nosotros lloramos a lágrima viva?”.[89]

NOTAS AL PIE

[1] Op. cit., p. 22.

[2] Trad. de José Ramón Monreal, Barcelona, El Acantilado, 2002, p. 153. Cursivas en el original.

[3] Semen Shlifstein (ed.), Sergei Prokofiev. Autobiography, articles, reminiscences, Honolulu, University Press of the Pacific, 2000, pp. 45-51.

[4] Ibid., p. 48.

[5] Primera esposa de Prokófiev.

[6] Nombre que reciben las residencias de verano en Rusia.

[7] Cit. en Simon Morrison, op. cit., pp. 52-53. Las cursivas son mías.

[8] S. Boym, The future of nostalgia…, p. 4.

[9] Entrevista con Aleksandr e Irina Masiutin, una pareja de ingenieros de 58 y 54 años, respectivamente; Moscú, Rusia, 4 de junio de 2013.

[10] S. White, “Soviet nostalgia…”, pp. 1-2.

[11] Mijaíl Gorshkov y Vladímir Petujov, “Perestroika glazami rossián: 20 let spustia” (“La Perestroika a ojos de los rusos: 20 años después”), en su libro Proryv k svobode: o perestroike dvádsat let spustia (kritícheski análiz) (“Avance hacia la libertad: sobre la Perestroika veinte años después (análisis crítico)”), Moscú, Alpina, 2005, p. 380.

[12] S. White, “Soviet nostalgia and Russian politics…”, pp. 2-9.

[13] “Bolshe polovíny rossián…”, Centro Levada, 19 de abril de 2016, cit. en Rainer Matos Franco, “La revolución rusa”, Nexos, núm. 474, junio de 2017, p. 53; http://www.nexos.com.mx/?p=32463.

[14] Véase Nikolái Gógol, “La avenida Nevski”, en Historias de San Petersburgo, trad. de Juan López-Morillas, Madrid, Alianza, 2011, pp. 11-60.

[15] “TLDs (Top-level domains) General Statistics”, RU TLD: registration and delegation statistics; http://stat.nic.ru/en_su/2016/11/07/titul-20161107.shtml, consultado el 15 de abril de 2017 (actualizado por última vez el 7 de noviembre de 2016).

[16] David A. Kideckel, “The undead: Nicolae Ceaușescu and paternalist politics in Romanian society and culture”, en J. Borneman (ed.), op. cit., p. 135.

[17] John Borneman, “Introduction: theorizing regime ends”, en J. Borneman (ed.), op. cit., p. 9.

[18] Para un recuento antropológico bastante interesante de este lugar, véase S. Boym, The future of nostalgia…, pp. 83-91.

[19] Sergei Oushakine, "'We're nostalgic but we're not crazy': retrofitting the past in Russia", The Russian Review, 66 (2007), p. 454.

[20] Lo mismo le ocurrió a Olga Shevchenko en "'Between the holes': emerging identities and hybrid patterns of consumption in post-socialist Russia", Europe-Asia Studies, vol. 54, núm. 6 (2002), p. 850.

[21] Yelizaveta Shirókova y Gárold Zvorobski, "Sotsiálnaya nostalguía: k issledovaniyu fenomena" ("Nostalgia social: hacia un estudio del fenómeno"), SotsIs, 31 (2001), pp. 31-34.

[22] Vladímir Maiakovski, "Versos sobre el pasaporte soviético" (fragmento; 1929), versión de Samuel Feijóo y Nina Bulgákova, en Margarita Russinyol (ed.), 30 poetas soviéticos, La Habana, Arte y Literatura, 1977, pp. 157-160.

[23] Ene Kõresaar, op. cit., p. 35.

[24] Cit. en J. Round y C. Williams, art. cit., p. 189. Las cursivas son mías.

[25] A. Yurchak, op. cit.; V. Havel, op. cit.

[26] Cit. en Daniel Bertaux y Marina Malysheva, “The popular model of the Russian popular classes and the transition to a market economy”, en Daniel Bertaux, Anna Rotkirch y Paul Thompson (eds.), On living through Soviet Russia, Londres, Routledge, 2004, p. 34.

[27] Alexia Bloch, “Authenticating tradition: material culture, youth, and belonging in Central Siberia”, Museum Anthropology, vol. 23, núm. 3 (2000), pp. 42-45.

[28] Cit. en Alexia Bloch, “Longing for the kollektiv: gender, power, and residential schools in Central Siberia”, Cultural Anthropology, vol. 20, núm. 4 (2005), p. 554. Las cursivas son mías.

[29] Sheila Fitzpatrick, “The Soviet Union in the twenty-first century”, Journal of European Studies, vol. 27, núm. 1 (2007), p. 62.

[30] Antonina Alexándrova Berézhnaya, nacida en 1910; entrevistada en Yekaterimburgo en 1994; cit. en Barbara Alpern Engel y Anastasia Posadskaya-Vanderbeck, “Overcoming an ‘incorrect’ birth: Antonina Aleksandrovna Berezhnaia”, en su libro A revolution of their own. Voices of women in Soviet history, trad. de Sona Hoisington, Boulder, Westview Press, 1998, p. 113. Las cursivas son mías.

[31] Entrevista con Oleg Yanushpolski, metalurgista y economista nacido en 1937; Moscú, Rusia, 12 de mayo de 2013. Las cursivas

son mías.

[32] Cit. en Susan Holak, Alexei Matveev y William Havlena, "Nostalgia in post-socialist Russia: exploring applications to advertising strategy", Journal of Business Research, 61 (2008), p. 175. Las cursivas son mías.

[33] "Vkontakte", literalmente "En contacto", es la "red social" virtual más conocida y difundida de Rusia y la segunda más grande de Europa (después de Facebook), creada por Pável Dúrov en octubre de 2006 y con más de 424 millones de usuarios en el mundo (abril de 2017).

[34] Entrevista con Aleksandr e Irina Masiutin. Las cursivas son mías.

[35] Cit. en Sarah Ashwin, "Redefining the collective: Russian mineworkers in transition", en Michael Burawoy y Katherine Verdery (eds.), Uncertain transition. Ethnographies of change in the postsocialist world, Oxford, Roman y Littlefield, 1999, p. 264. Las cursivas son mías.

[36] Esta corriente historiográfica, basada en archivos, diarios, cartas, recuentos y demás elementos de primera mano, es la de Sheila Fitzpatrick, Everyday Stalinism. Ordinary lives in extraordinary times: Soviet Russia in the 1930s, Oxford, Oxford University Press, 1999; Tear off the masks! Identity and imposture in twentieth-century Russia, Princeton, Princeton University Press, 2005; Gábor T. Rittersporn, Stalinist simplifications and Soviet complications. Social tensions and political conflict in the USSR, 1933-1953, Filadelfia, Harwood, 1991; Stephen Kotkin, Magnetic mountain. Stalinism as civilization, Berkeley, University of

California Press, 1995; A. Yurchak, op. cit.; Igal Halfin, Red autobiographies. Initiating the Bolshevik self, Seattle, University of Washington Press, 2011.

[37] Entrevista con Mijaíl Zhióltov, diseñador nacido en 1964; Omsk, Rusia, 23 de noviembre de 2012.

[38] Encuesta llenada por Aleksandr Goncharov, diplomático de 48 años; Jimki, Rusia, 23 de julio de 2013.

[39] Entrevista con Valentina Korzhán, estilista nacida en 1949; Zlátoust, Rusia, 8 de noviembre de 2012.

[40] Cit. en Christopher Ohan, "From hope to escape: post-Soviet Russian memory and identity", History & Anthropology, vol. 19, núm. 1 (2008), p. 64. Las cursivas son mías.

[41] Cit. en Neringa Klumbytė, "Post-Soviet publics and nostalgia for Soviet times", en Ingo W. Schröder y Asta Vonderau, Changing economies and changing identities in postsocialist Eastern Europe, Berlín, Lit, 2008, p. 35. Las cursivas son mías.

[42] Cit. en Alison Stenning, art. cit., p. 129. Las cursivas son mías.

[43] Cit. en James Alexander, "Uncertain conditions in the Russian transition: the popular drive towards stability in a 'stateless' environment", Europe-Asia Studies, vol. 50, núm. 3 (1998), p. 432. Las cursivas son mías.

[44] Entrevista con Rimma Bulávina, contadora de 67 años; Moscú, Rusia, 27 de mayo de 2013.

[45] Encuesta llenada por una mujer anónima de 48 años en Volgogrado el 4 de julio de 2013, quien también ocultó su profesión e incluso envió con un intermediario sus respuestas al autor. Fue la única persona que decidió permanecer anónima entre todos mis entrevistados.

[46] Entrevista con Aleksandr e Irina Masiutin. Las cursivas son mías.

[47] Según la RAE, la plutocracia es la "Preponderancia de los ricos en el gobierno del Estado", mientras que por oclocracia se entiende el "Gobierno de la muchedumbre o de la plebe" (DRAE, s. v. PLUTOCRACIA y OCLOCRACIA). Para Polibio, la oclocracia se da cuando la democracia "se mancha […] con ilegalidades y violencias" (Las historias de Polibio de Megalópolis, trad. de Genaro Godoy Arriaza, Santiago, Universidad de Chile/Andrés Bello, 1971, VI, 4).

[48] Totalitarian and authoritarian regimes…, p. 159.

[49] Entrevista con Aleksandr e Irina Masiutin.

[50] Para el disparatado Jonathan Dimbleby, se trata de un "régimen totalitario esclavizado por un zar que está creando un imperio fascista", cuya síntesis en una palabra puede ser el

“criptofascismo” (“Russia: a totalitarian regime in thrall to a Tsar who’s creating the new Fascist empire”, The Daily Mail, 17 de mayo de 2008: http://www.dailymail.co.uk/news/article-566931/Russia-A-totalitarian-regime-thrall-Tsar-whos-creating-new-Facist-empire.html).

[51] Victor Davidoff, “Why Stalin would be proud of Putin”, The Moscow Times, 13 de mayo de 2013: http://www.themoscowtimes.com/opinion/article/why-stalin-would-be-proud-of-putin/479781.html. Sólo por el número de años que Putin gobernará en total hasta 2024, el periodista mexicano León Krauze también decía que Stalin estaría “orgulloso” de Putin en un lamentable tuit del 2 de marzo del 2012.

[52] Tom Washington, “McCain warns Putin of ‘Arab spring’”, The Moscow News, 6 de diciembre de 2011: http://themoscownews.com/international/20111206/189263561.html.

[53] Ignoro en qué realidad alterna Allende habrá sido un “dictador”, pero para la “periodista” rusa Yulia Latynina, Putin, Allende, Hitler, Stalin, Mahmoud Ahmadinejad, Hugo Chávez y hasta el ex primer ministro georgiano, Bidzina Ivanishvili, son la misma cosa (“Ivanishvili is Georgia’s Chavez”, The Moscow Times, 14 de noviembre de 2012: http://www.themoscowtimes.com/opinion/article/ivanishvili-is-georgias-chavez/471408.html). Puede verse mi propia respuesta a estas disparatadas afirmaciones en Rainer Matos Franco, “Camaradaführerayatolacomandante”, ArteMisa, 14 de noviembre de 2012: http://rainermat.wordpress.com/2012/11/14/camaradafuhrerayatolacomandante/.

[54] S. Fitzpatrick, Tear off the masks!…, p. 62.

[55] Cit. en E. Kõresaar, op. cit., p. 114. Las cursivas son mías.

[56] Rebecca Kay, “Managing everyday (in)securities: normative values, emotional security and symbolic recognition in the lives of rural Russian elders”, Journal of Rural Studies, 28 (2012), p. 70.

[57] Loc. cit. Véase también Oksana V. Lylova, “Informal mutual assistance in a rural community”, Sociological Research, vol. 42, núm. 3 (2003), pp. 87-93.

[58] Rebecca Kay, “Social security, care and the ‘withdrawing state’ in rural Russia”, en Aina Jäppinen, Meri Kulmala y Aino Saarinen (eds.), Gazing at welfare. Gender and agency in post-socialist countries, Newcastle upon Tyne, Cambridge Scholars, 2011, p. 11.

[59] Pável Ignátiev, residente de Zhilkontsy; cit. en Sergei Shubin, “Networked poverty in rural Russia”, Europe-Asia Studies, vol. 59, núm. 4 (2007), p. 609.

[60] Alena V. Ledeneva, Russia’s economy of favours. Blat, networking and informal exchange, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 1.

[61] Anne White, Small-town Russia: postcommunist livelihoods and identities. A portrait of the intelligentsia in Achit, Bednodemanyovsk and Zubtsov, 1999-2000, Londres, Routledge, 2004, p. 137.

[62] Cit. en A. Ledeneva, op. cit., p. 11. Mediante el blat podía conseguirse "la organización de un banquete de bodas, naranjas fuera de temporada para los niños, un boleto para vacacionar en Yalta, medicina para un familiar, un asiento en el transiberiano, ropa de alta calidad, repuestos de televisión y refacciones de automóvil, una nueva estufa eléctrica, exención de trabajo en el koljoz o de asistencia a las juntas partidistas, caviar cuando no se encontraba en las tiendas, una nueva edición de [alguna obra de] Dostoievski, semilla de papa para el huerto, etc." (ibid., pp. 6-7). Es distinto al soborno, puesto que éste implica un conflicto de intereses, es ilegal y se daba cuando el blat no funcionaba, mientras que éste requería de la pertenencia a un círculo social y, además, no necesariamente rayaba en la ilegalidad (ibid., pp. 40-41).

[63] Henry Hale, Why not parties in Russia?…, pp. 68-69.

[64] Vadim Volkov, Violent entrepreneurs…; A. Ledeneva, "Post-Soviet tolkachi…", pp. 164-188.

[65] Orina Tonkova, habitante de Jlópovo en la región de Moscú; cit. en S. Shubin, art. cit., p. 606.

[66] Nadia, granjera de Móshkino; cit. en P. Heady y L. L. Gambold Miller, art. cit., pp. 37-38. Las cursivas son mías.

[67] Anna, pensionada de Burla, región de Altái, Rusia; cit. en R. Kay, "Managing everyday (in)securities…", p. 69. Las cursivas son mías.

[68] Anastasia, pensionada viuda de más de 70 años, residente de Burla; cit. en loc. cit. Las cursivas son mías.

[69] Cit. en R. Kay, “Social security…”, p. 18.

[70] Las zonas penales en la Unión Soviética, columna vertebral del sistema carcelario, se basaban en la idea comunista de reformar a los elementos “desviados” que habían cometido algún delito. Se ubicaban de manera aledaña a zonas rurales para que los presos pudiesen realizar actividades en beneficio de la comunidad como símbolo de purificación. De esta manera, las zonas penales terminaban manteniendo en buena medida a las rurales. Sin embargo, las reformas penales que han tenido lugar en Rusia desde 1991 han ido desmantelando este sistema, en el que la transferencia de responsabilidades de zonas penales ha pasado a mando civil, lo que repercute en el desarrollo de las comunidades rurales aledañas: básicamente, éstas mantienen ahora a las zonas penales mediante la recaudación fiscal. Antes, los reos realizaban trabajo gratuito en las zonas rurales, pero ahora, con la ratificación en Rusia de tratados internacionales sobre “el tratamiento humano de los prisioneros”, esto ya no sucede. Y donde, por decisión arbitraria de la dirigencia de las zonas penales, los reos trabajan en zonas aledañas, suelen cobrar una cantidad monetaria que los locales ya no pueden pagar. No es coincidencia que llegue a escucharse en las zonas rurales que los prisioneros viven mejor que los locales (Judith Pallot, “Changing symbolic and geographical boundaries between penal zones and rural communities in the Russian Federation”, Journal of Rural Studies, 28 (2012), pp. 118-129).

[71] Cit. en Liesl L. Gambold Miller, “Interdependence in rural Russia: the postsocialist mixed feudal economy”, Documento de trabajo núm. 51, Max Planck Institute for Social Anthropology, (2003), p. 11: http://www.eth.mpg.de/cms/en/publications/working_papers/pdf/mpi-eth-working-paper-0051.pdf. Las cursivas son mías.

[72] Cit. en J. Pallot, art. cit., p. 123. Las cursivas son mías.

[73] Cit. en S. Holak, A. Matveev y W. Havlena, art. cit., pp. 174-175. Las cursivas son mías.

[74] Cit. en O. Shevchenko, art. cit., p. 860. Las cursivas son mías.

[75] Cit. en S. Shubin, art. cit., p. 611.

[76] Entrevista a Aleksandr e Irina Masiutin.

[77] Cit. en B. A. Engel y A. Posadskaya-Vanderbeck, op. cit., p. 113.

[78] Cit. en J. Alexander, art. cit., p. 436.

[79] Cit. en C. Ohan, art. cit., p. 68. Las cursivas son mías.

[80] Es inexorable pensar en Robert Neville, protagonista de la novela I am legend (1954), del novelista estadunidense Richard C. Matheson. Se trata de un libro pionero del género "postapocalíptico", en el que Neville es el único sobreviviente humano en el planeta de una pandemia que produce síntomas similares a los del vampirismo. Utilizaré esta analogía poco más adelante.

[81] Véase Rainer Matos Franco, “Naválny o la mojiganga liberal en Rusia”, Nexos, 25 de enero de 2018; https://redaccion.nexos.com.mx/?p=8571.

[82] En un librito corto y exquisito, Elias expone la tendencia a aislar a las personas ancianas en las sociedades occidentales: “Las últimas horas son sin duda importantes. Pero, a menudo, la despedida comienza mucho antes. El quebrantamiento de la salud suele separar ya a los que envejecen del resto de los mortales. Su decadencia los aísla. Quizá se hagan menos sociables, quizá se debiliten sus sentimientos, sin que por ello se extinga su necesidad de los demás. Eso es lo más duro: el tácito aislamiento de los seniles y moribundos de la comunidad de los vivos, el enfriamiento paulatino de sus relaciones con personas que contaban con su afecto, la separación de los demás en general, que eran quienes les proporcionaban sentido y sensación de seguridad. La decadencia no es dura únicamente para quienes están aquejados de dolores, sino también para los que se han quedado solos. El hecho de que, sin que se haga de manera deliberada, sea tan frecuente el aislamiento precoz de los moribundos precisamente en las sociedades desarrolladas, constituye uno de los puntos débiles de estas sociedades. Atestigua las dificultades que encuentran muchas personas para identificarse con los viejos y los moribundos” (La soledad de los moribundos, 3ª ed., trad. de Carlos Martín, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 20-21).

[83] Vera Ivánovna Malájova; cit. en B. A. Engel y A. Posadskaya-Vanderbeck (eds.), op. cit., p. 218.

[84] Es éste el mismo razonamiento del Dr. Bacamarte en O alienista de Machado de Assis, cuando cae en la cuenta de que, al tener alojada en su hospital psiquiátrico a 4/5 partes de la población de Itaguaí, la norma es ser loco y lo anormal es ser

cuerdo, idea que se encuentra antes en el manicomio del doctor Begriffenfeldt en Peer Gynt, de Ibsen, después de que “la razón absoluta” expira un buen día a las 11 de la noche, temas tratados en el capítulo II de este trabajo.

[85] Richard C. Matheson, Soy leyenda, trad. de Jaime Bellavista, Buenos Aires, Minotauro, 1971, pp. 72-73. Las cursivas son mías.

[86] Véase Sudhir Hazareesingh, The legend of Napoleon, Londres, Granta, 2005.

[87] Asentamiento ruso en la isla noruega de Svalbard que ostenta la estatua de Lenin más septentrional del mundo.

[88] Cit. en Dominic Boyer, “Ostalgie and the politics of the future…”, p. 374. Cursivas en el original.

[89] A. Strindberg, 25 de junio de 1896; cit. en op. cit., p. 224.

EPÍLOGO

Niki Ardelean, coronel en reserva

Por arrancar un sonido del pasado de la vida,

Por hacer, oh alma, que tiembles de nuevo

En vano acaricia mi mano la lira.

Se ha perdido todo en el horizonte de la juventud

Y muda es la dulce boca de otros tiempos,

El tiempo crece a mis espaldas… me ensombrezco.

MIHAI EMINESCU, “Han pasado los años” (fragmento)[1]

Dentro del desigual mercado de la industria cinematográfica en el planeta, circula un filme apenas conocido que tiene la desventaja internacional de haber sido filmado, producido y dirigido en Rumanía. Niki Ardelean, colonel în rezervă (“Niki Ardelean, coronel en reserva”),[2] del director rumano Lucian Pintilie, es un filme que, a pesar de contar la historia de un hombre y su familia, se compone de una profunda y tensa dualidad entre presente y pasado, entre lo tradicional y lo moderno; habla más bien de la dificultad de establecer un momento de transición tajante, con rayitas y numeritos, en la vida social de Rumanía luego de 1989. A lo largo del filme, así como de esta reseña, se pueden encontrar todas las tensiones que produce y las derivaciones que genera la nostalgia por el comunismo: informalidad, rechazo, entusiasmo, prácticas inerciales, ridiculización desde el nuevo orden —sin la conciencia

de que éste puede ser aún más absurdo cuando pretende ridiculizar —, las simplificaciones de la historia que trae aparejada la nueva visión de las cosas, las expectativas que conlleva la "modernidad", la necesidad de sentirse necesitado, el pensamiento de las nuevas generaciones, etc. Es un ejercicio de reflexión sumamente recomendable que ve la nostalgia a través de sus opuestos, sus rivales y acusicas, como se ha intentado hacer en buena parte de este trabajo que aquí concluye.

Niki Ardelean es, como el título del largometraje lo dice, un coronel del ejército rumano, de aproximadamente 70 años. Pese a su edad, Niki no se ha retirado, sino que constituye parte del cuerpo de reserva, esperando el día en que sea llamado para servir de nueva cuenta a su patria, como lo hizo durante la Segunda Guerra Mundial. Como militar, Niki muestra un apego a las tradiciones: respeta los rituales al pie de la letra, es sumamente puntilloso en los detalles, se mueve con lentitud pero con precisión, realiza la misma rutina diariamente —comenzando por dar sus medicinas a su esposa Puşa—, cuida sus palabras, habla pausadamente y contempla Los boteros del Volga de Iliá Repin en su pared. El antagonista de la cinta, la antítesis de Niki, es Florián Tufaru, un hombre un par de décadas más joven, quien, además de ser su vecino de enfrente, es su consuegro. Florián, o "Flo", es una persona completamente embelesada con la modernidad y con todo lo "nuevo": un hombre ágil, que sale a la calle en bermudas, que cree en los valores occidentales. Florián considera la modernidad como solución a cualquier problema, desde la fundición de un fusible hasta las controversias de la historia de Rumanía. Es un personaje que en la placa de su auto último modelo ostenta "B10-FLO"; un "freelancer" que hace "baratijas" y "sabe de quiromancia y tarot", quien cree que los masones son determinantes en la historia mundial y que tiene varias computadoras en uno de los cuartos de su departamento, las cuales contempla, pero no usa: un adorno (inútil) de la modernidad.

El filme abre cuando Niki se viste con su traje de militar para asistir al funeral de su hijo, Mihaita. Conforme los invitados llegan a la casa para dar su último adiós, Florián arriba con una cámara de video y graba todo el evento, haciendo zoom a los familiares en los momentos más difíciles, como cuando Niki besa en llanto el cadáver

de su hijo. No sorprende que nadie grite a Flo “¡deja de grabar!”, pues la familia Ardelean se encuentra enteramente sumida en las formas rituales y disciplinarias —“sumisas”, podría decirse— de la vida tradicional rumana, que el régimen socialista contribuyó a cobijar y lentificar.[3] Puşa apenas esbozará un “¿Qué haces?” hacia Flo más tarde, cuando éste pida a los trabajadores del cementerio que abran varias veces el ataúd para tener una mejor toma del muerto en pleno entierro. Otra escena es memorable: mientras los familiares suben el ataúd a una camioneta para llevarlo al cementerio y una banda militar toca la “Marcha Fúnebre” de la Sonata no. 2 para piano, op. 35 de Chopin, la cámara por la que el espectador observa la cinta, que se encuentra del otro lado de la calle, apenas capta la escena y la música, pues el ruido y velocidad con que pasan los automóviles frente a ella, sello de la modernidad, es el verdadero protagonista de la toma. En una imagen, se observa la tradición e inercia de las formas rituales del antiguo régimen barridas por la velocidad del nuevo; incluso pasan frente a la cámara un par de camiones de carga que representan novedosas empresas privadas, mientras que un tercero, ubicado detrás de la camioneta en la que finalmente se mete el ataúd, suena su claxon con desquicio para que ésta acelere el paso, sin importar el sensible momento.

La comida después del funeral es otra escena significativa, en la que Florián atosiga en la mesa a un apático y silencioso Niki hablando del futuro viaje a Estados Unidos que los hijos de ambos, ya casados, emprenderán en busca de una mejor vida. Niki se limita a decir que Estados Unidos está muy lejos, que quizá no es necesario ir hasta allá. Él ha conseguido a su yerno, hijo de Flo, un trabajo como programador en el ejército, y de esa forma recuerda cómo, cuando su hijo Mihaita tocó en la Orquesta Filarmónica del Ejército rumano, visitó “Praga, Budapest y Leningrado; vio el mundo” (o lo que para Niki es el mundo), mientras Flo insiste en que los recién casados pueden visitar “Miami y el Gran Cañón”. En la comida sabemos que Niki es un militar en reserva, cosa simbólica por lo que dice no sólo acerca de su profesión, sino de su forma de vida: si bien la arduidad del ejército ya no es para él y los de su edad, como tampoco la Rumanía moderna de las nuevas formas, sigue “en reserva”, esperando que suceda algo, buscando sentirse necesitado para con los suyos y para con su país, y se niega a desprenderse de

su pasado. La discusión en la comida también revela la particular Weltanschauung de Niki y de Florián, que gira en torno a la muerte de Mihaita. Cuando un sacerdote, invitado de honor, pregunta a Niki cómo murió su hijo, él revela que, tras comprar una lavadora nueva que jaló mucha corriente y fundió un fusible, Mihaita se electrocutó al tocarlo con las manos mojadas, pues no se percató de que el aislante estaba roto. Florián se para de la mesa y va por el fusible roto para mostrárselo al cura, a quien dice: "Usted nunca verá uno así en Estados Unidos", para luego adjudicar la muerte de Mihaita a lo viejo y "atrasado" del fusible, mientras que para Niki la muerte de su hijo fue provocada por el deseo de querer tener la lavadora más moderna, algo que se pudo haber evitado con un toque de sencillez y prudencia. En suma, para Niki, la innecesaria modernidad mató a su hijo; para Florián, la sencilla explicación recae en el atraso tecnológico del país. Flo corona la escena poniendo el fusible sobre la mesa ante la atónita mirada de los comensales.

Prosigue una serie de escenas que dan vida a la película mediante la tensión entre lo "moderno" y lo "vetusto": cuando se vacía el cuarto de la hija de Niki, quien está a punto de irse a Estados Unidos, Flo reprime a sus consuegros por ser "esclavos de sus hábitos"; regaña a Niki por no saber cómo desmantelar una mesa y sugiere a Puşa deshacerse de una máquina de coser vieja para que "haya más espacio". Días después, Niki y Flo discuten sobre el papel del ejército en la liberación de Rumanía durante la Segunda Guerra Mundial: para Niki, las Fuerzas Armadas tuvieron un papel ejemplar e impecable como institución, pero para Flo sólo cuenta la acción de un puñado de generales oportunistas. Es la primera vez en el filme que Niki responde airadamente a su antihéroe, quien ha faltado al respeto al ejército. Otro día, Niki llega a casa para encontrarse con una Puşa vestida de hada madrina por Doina (esposa de Flo), quien pone unas orejas de Mickey Mouse a Niki en la cabeza. A continuación, Doina lee en voz alta una carta de Angela, hija de Niki, donde cuenta que está embarazada y que es feliz en Estados Unidos. Cuando Niki pregunta por qué su propia hija no le escribe directamente a él, Doina osa decir que "ella ama más a Florián", su suegro. Todas estas experiencias negativas de pérdida, de rechazo, de alienación e incluso de suplantación paterna que experimenta Niki van formando en su mente una bola de nieve

en picada, un rencor profundo cada vez más fuerte y que terminará —como todos los rencores constantemente provocados— en tragedia.

La escena final es digna de una (o dos, o tres) Palme(s) d'Or. El 25 de octubre, Día de las Fuerzas Armadas, Niki Ardelean se levanta de la cama, igual que en la primera escena, y tras su rutina cotidiana se viste con su impecable uniforme de militar mientras escucha por radio que una joven entrevistada no sabe qué se conmemora ese día, lo que quizá contribuye a su ira, pero parece ya ni siquiera importarle, pues tiene un objetivo fijo en mente, como buen militar. Con uniforme completo, incluido su gorro, Niki toma un martillo y lo guarda en una bolsa. Sale de casa. Atraviesa la calle lenta y tranquilamente, como acostumbra, y llega al edificio de Florián. Se anuncia por el interfono y Doina, esposa de Flo, abre electrónicamente la puerta de la calle. Niki sube las escaleras, toca la puerta del departamento y entra. La mujer lo anuncia con sumo desdén: "Es Niki, vestido otra vez de militar", mientras Flo lee el periódico en la mesa de la cocina. Florián ni siquiera voltea a ver a Niki y sigue leyendo el periódico, sabiendo que tras de sí hay una escena seguramente patética. Error: el hecho de no voltear a ver a Niki por un prejuicio sobre lo patético de su existencia y hasta de su vestimenta le cuesta la vida. Niki saca el martillo de la bolsa y se lo clava a Florián en el cráneo (una, dos, tres, cuatro veces) ante la mirada silenciosa y aterrorizada de Doina. Niki sale del departamento de sus consuegros. Regresa a su casa. Se sienta a la mesa, un tanto nervioso. La película termina.

NOTAS AL PIE

[1] Originalmente en Poesii (1884); cit. en Mircea Cărtărescu, Nostalgia, trad. de Marian Ochoa de Eribe, Madrid, Impedimenta, 2012, p. 41.

[2] Rumanía, Lucian Pintilie, Filmex-Movimento Productions, 2003.

En Occidente predomina el título francés, Niki et Flo.

[3] Para un brillante estudio sobre la “estatización del tiempo” en la Rumanía socialista, que consistía en la exhibición de poder por parte del Estado, la producción de subordinación y la privación física (corporal) de la posibilidad de ejercer una actividad para producir bienes de consumo, véase Katherine Verdery, “The ‘etatization’ of time in Ceaușescu’s Romania”, en su libro What was socialism, and what comes next?…, pp. 39-58.

APÉNDICE 1

Encuesta[1]

Nombre/apellido: _____

Fecha de llenado: _____

Fecha y lugar de nacimiento: _____

Profesión: _____

1. ¿Siente nostalgia por la vida en la Unión Soviética? De ser así, ¿por qué aspectos concretamente? // Вы чувствуете ностальгию по СССР? Если да, в каких аспектах?

2. Aparte del aspecto económico, ¿por qué elementos siente nostalgia? Por ejemplo, he escuchado mucho que la gente en general era “más feliz” o “más amable” antes… // Помимо экономических вопросов, Вы испытываете ностальгию в других аспектах? Например, я обычно слышу что люди были счастливее в целом, добрее…

3. ¿En qué sistema se vive mejor? ¿En el socialismo o en el capitalismo? ¿Por qué? // В какой системе лучше жили? В социализме или в капитализме? Почему?

4. ¿Apoyaba usted el ideal comunista o era más bien apático al respecto? // Вы поддерживали коммунистический идеал, или были апатичными к нему? Почему?

5. ¿Le gustaría que el sistema socialista y la URSS fueran restaurados? ¿Lo apoyaría? // Хотели бы Вы, чтобы СССР и социалистическая система были восстановлены? Поддержали бы Вы это?

6. ¿Cuál fue su reacción tras la desintegración de la URSS en 1991? ¿Cómo lidiar con ese sentimiento de pérdida? ¿Cómo asimilar que mucho de lo que le habían repetido constantemente en su vida de pronto no era cierto? // Какая была ваша реакция после падения СССР? Как справиться с чувством потери? Как ассимилировать, что большинство того, что они сказали вам в жизни, вдруг оказалось неправдой?

7. ¿Ha votado por Guennadi Ziugánov y el Partido Comunista de la Federación Rusa? ¿Cuál es su opinión acerca de este partido? // Вы когда-нибудь голосовали за Зюганова и КПРФ? Какого Ваше мнение об этой партии?

8. ¿Qué piensa cuando se dice que Rusia vive en “democracia” y “libertad”, valores que supuestamente antes no había? // Что вы думаете, когда слышите, что Россия живет в “свободе” и “демократии” после 1991 года, ценности которым по общему мнению до этой даты не придавали?

9. ¿Por qué cree que en Rusia o Bielorrusia es mayor (o al menos más visible) la nostalgia por el socialismo que en Europa del este (Polonia, Rumanía, Hungría)? // Почему Вы думаете, что в России или в Беларуси ностальгия по социализму больше (или,

по крайней мере, более заметна), чем в Восточной Европе (Польша, Румыния, Венгрия)?

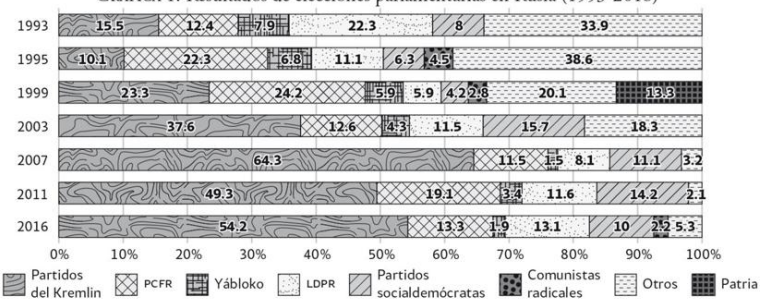
NOTA AL PIE

[1] Ésta es la encuesta enviada vía electrónica a personas que no pude entrevistar directamente. Las preguntas no difieren mucho de las que fungieron como base para las entrevistas, pero a veces la charla se prestaba para elaborar otros temas. Agradezco la ayuda de Alyona But con la traducción de las preguntas al ruso.

APÉNDICE 2

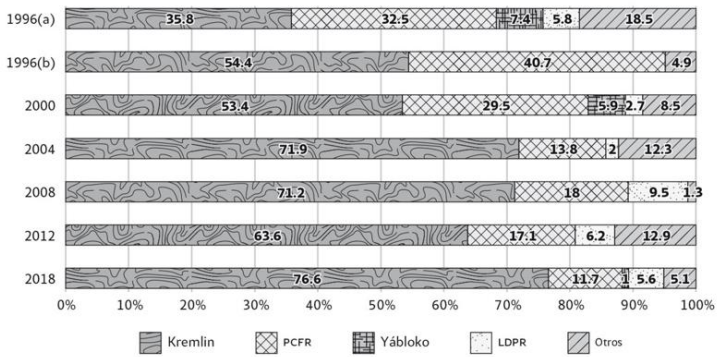
APÉNDICE 2
Elecciones parlamentarias y presidenciales en Rusia, 1993-2016

GRÁFICA 1. Resultados de elecciones parlamentarias en Rusia (1993-2016)*



*Se toman en cuenta únicamente resultados de la votación plurinominal. "Partidos del Kremlin" representa las bases legislativas del presidente: La Elección de Rusia (1993), Nuestro Hogar es Rusia (1995), Unidad (1999) y Rusia Unida (2003-2016). PCFR = Partido Comunista de la Federación Rusa. "Comunistas radicales" = bloques Tiulkin-Anpílov. LDPR = Partido Liberal Democrático de Rusia. Por "socialdemócratas" se entiende a todos los partidos, creados o no desde el Kremlin, que abiertamente profesan esta ideología o que representan una izquierda no comunista; el partido "Patria", aunque socialdemócrata, se muestra aparte dada su relevancia en la elección de 1999.

GRÁFICA 2. Resultados de elecciones presidenciales en Rusia (1996-2018)*

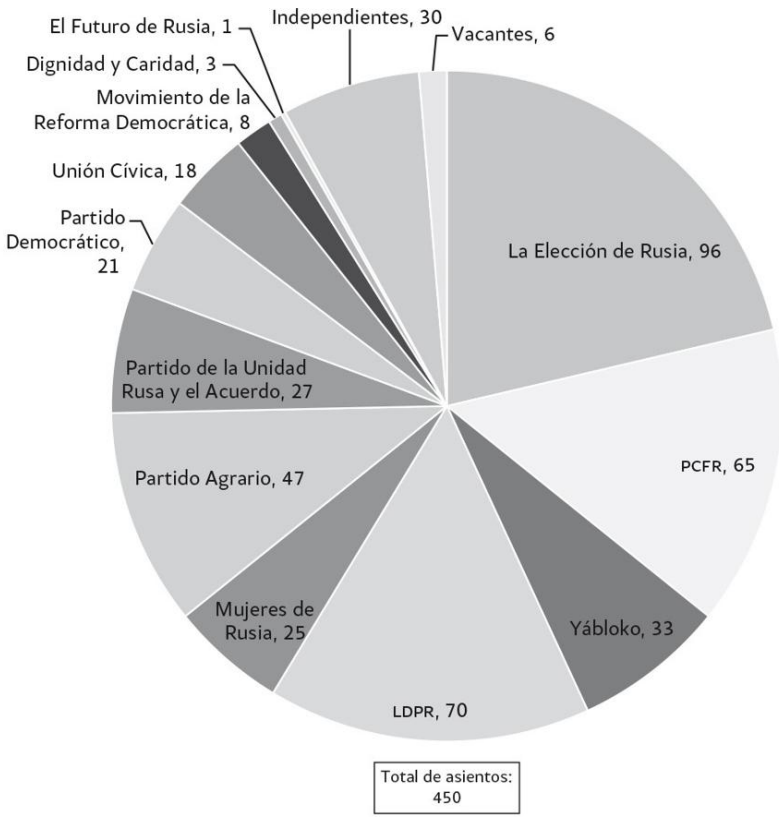


*La elección presidencial de 1996 muestra el resultado en primera (a) y segunda (b) vueltas; en ésta, "Otros" representa votos nulos o en contra. En "Partidos del Kremlin", los candidatos fueron Yeltsin (1996; a y b), Putin (2000, 2004, 2012 y 2018) y Medvédev (2008). Para Yábloko, el candidato siempre fue Grigori Yavlinski. Por parte del PCFR y LDPR, los candidatos siempre han sido Ziugánov y Zhirinovski, respectivamente, excepto en 2004, cuando el primero fue sustituido por Nikolái Jaritónov, del Partido Agrario, y el segundo por su guardaespaldas, Oleg Malyshkin, miembro del LDPR. En 2018 Ziugánov fue remplazado por Pável Grudinin.

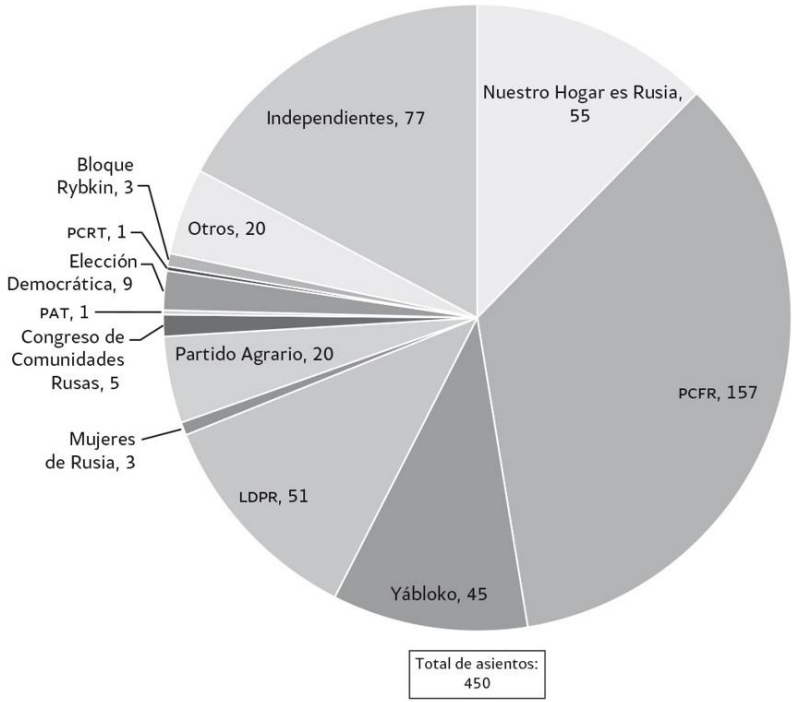
APÉNDICE 3

APÉNDICE 3
Distribución de asientos en la Duma rusa por elección (1993-2016)

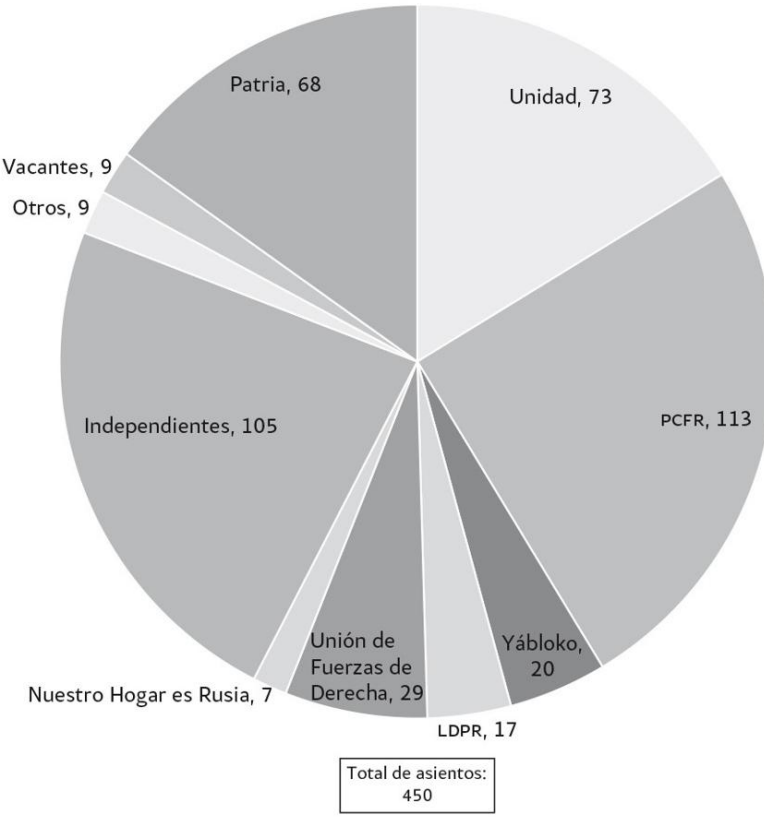
3.1. I Duma (1993-1995)



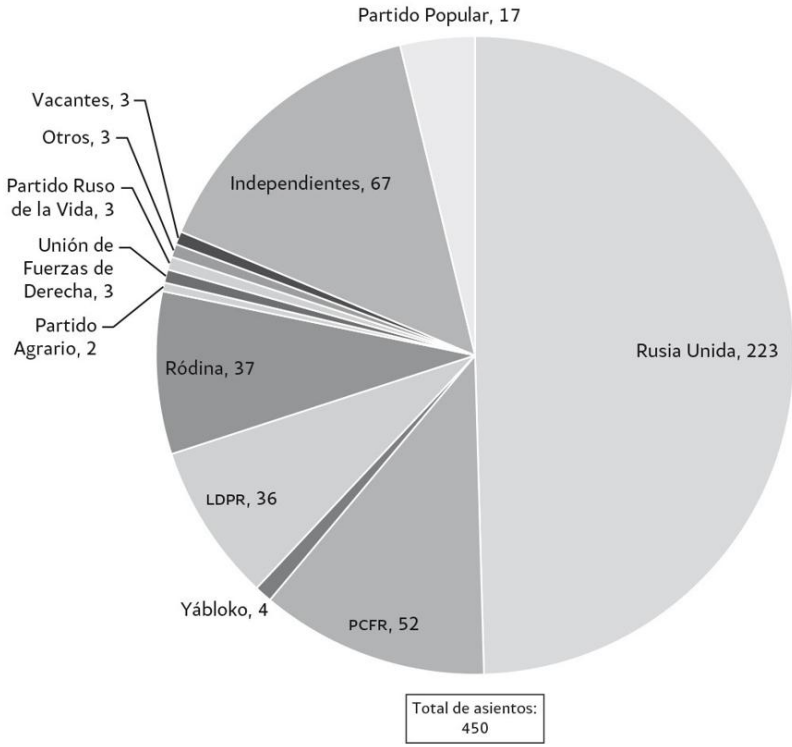
3.2. II Duma (1995-1999)



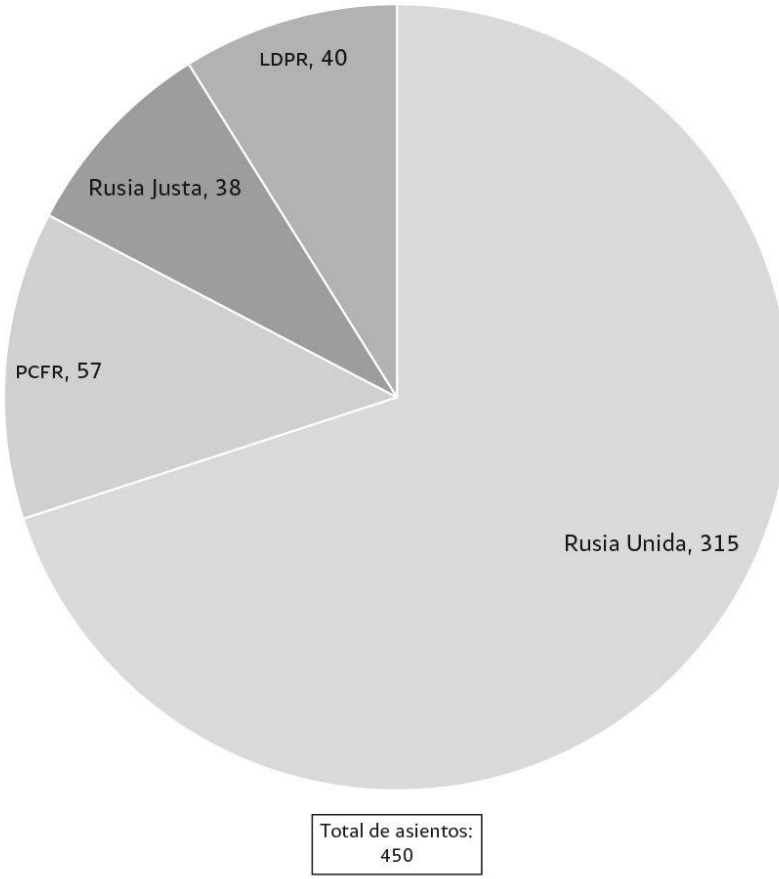
3.3. III Duma (1999-2003)



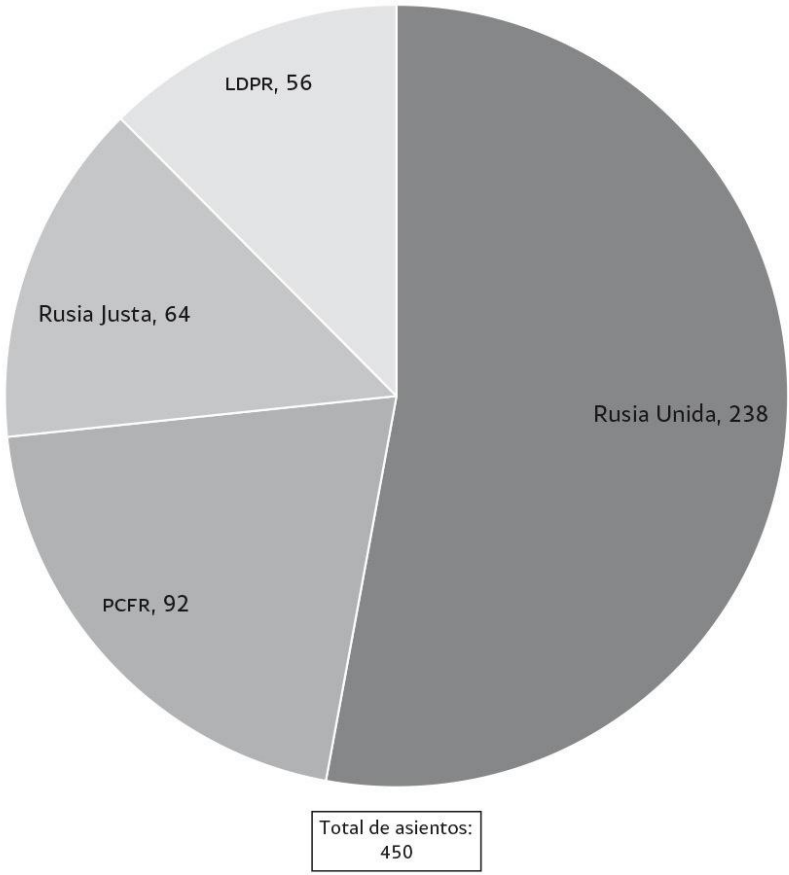
3.4. IV Duma (2003-2007)



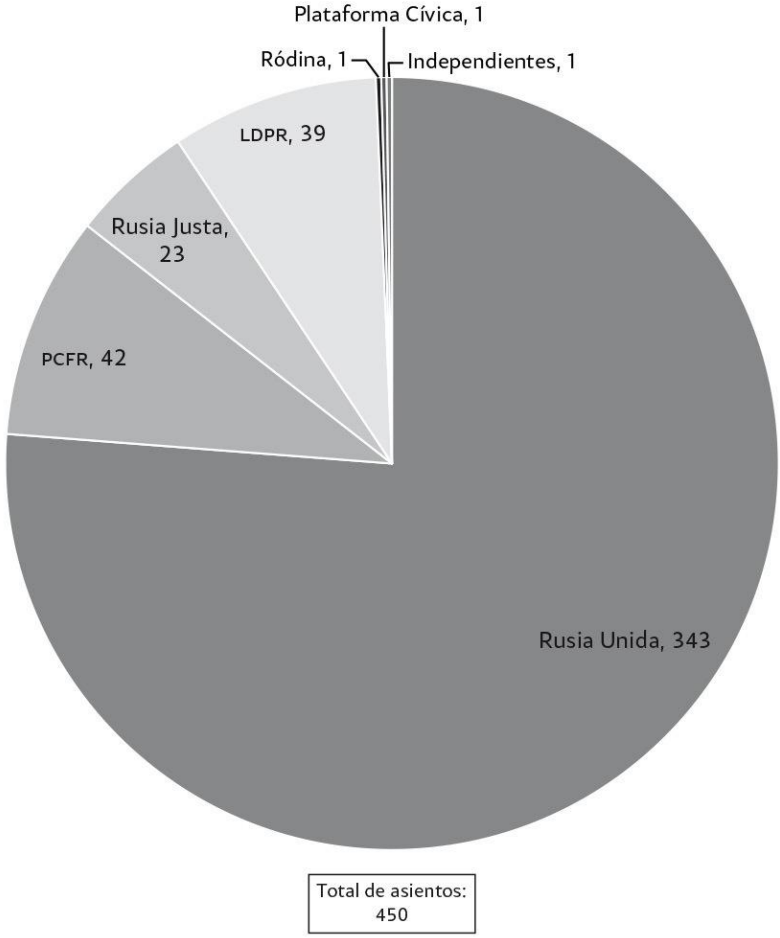
3.5. V Duma (2007-2011)



3.6. VI Duma (2011-2016)



3.7. VII Duma (2016-2021)



SOBRE EL AUTOR

RAINER MARÍA MATOS FRANCO. Nació el 11 de noviembre de 1989 en la Ciudad de México. Es licenciado en Relaciones Internacionales por El Colegio de México y maestro en Estudios de Rusia y Eurasia por la Universidad Europea de San Petesburgo, Rusia. Es colaborador de las revistas Istor (CIDE), Revista de la Universidad de México (UNAM) y Nexos, donde ha publicado artículos sobre política poscomunista, estudios eurasiáticos y cultura rusa. Es autor de la Historia mínima de Rusia, publicada también por El Colegio de México.

Limbos rojizos: la nostalgia por el

socialismo en Rusia y el mundo poscomunista

Portada: Pablo Reyna

Imagen de portada: Universidad Estatal M. V. Lomonósov de Moscú.

libros.colmex.mx

video-comentarios de libros COLMEX

Epub trabajado por PIXELEE

www.pixelee.com.mx

Noviembre 2018

Jornadas
174

El poscomunismo como objeto de estudio ha producido una literatura que se ha enfocado en cuestiones teóricas, con un peso considerable en las teorías sobre "democratización" y en los análisis de política económica. En este volumen, Rainer Matos propone observar el poscomunismo desde otra lente: la nostalgia por el antiguo régimen, por los subsidios masivos, por el orden público, por el prestigio internacional, por la certidumbre salarial, por el Estado de bienestar total e, incluso, por los aparatos de seguridad de los regímenes comunistas.

El autor no se detiene en países europeos, como es común en la escasa literatura sobre la nostalgia poscomunista, sino que revisa casos de otras latitudes (en Medio Oriente, Asia y África) para descubrir una añoranza que se expresa de diferentes formas en el mundo contemporáneo y de una manera tan moderna como los nuevos valores liberales. Sin que Rusia deje de ser la principal preocupación del libro, la nostalgia por el comunismo se revela como hilo conductor de procesos políticos, económicos, sociales y culturales que de otra manera no tendrían nada en común.

Mediante un enfoque antropológico, fuentes primarias y secundarias, e incluso entrevistas, Rainer Matos contribuye al estudio de un fenómeno más común de lo que se piensa, plasmado por primera vez en lengua española y que contribuye a cuestionar la legitimidad de la mitología política liberal al dar voz a actores nostálgicos que se encuentran en un limbo entre presente y pasado.

EL COLEGIO DE MÉXICO